Historia
M·Í·N·I·M·A
de

Chile

RAFAEL SAGREDO BAEZA

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MÍNIMA DE CHILE

HISTORIA MÍNIMA DE CHILE

Rafael Sagredo Baeza

EL COLEGIO DE MÉXICO

TURNER

983
S1299h
Sagredo B., Rafael
Historia mínima de Chile / Rafael Sagredo Baeza — 1a. ed. — México, D.F. : El Colegio de México, 2014.
297 p. : mapas ; 21 cm — (Historia mínima).

ISBN 978-607-462-609-4
Incluye bibliografía

1. Chile — Historia. I. t.

Mapas elaborados por Juan Pablo Astudillo

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-Nocomercial-Compartir igual)

Primera edición, 2014

DR © El Colegio de México, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 978-607-462-609-4

Impreso en México

ÍNDICE

Presentación, 11

Los habitantes de lo más hondo de la tierra, 19
Los primeros americanos, 19.
Los pobladores del llano central, 25. Los pascuenses, 28.
Las culturas originarias, 31. El pueblo mapuche o araucano, 35

La conquista de América y sus protagonistas, 39
La expansión europea, 39.
Los descubrimientos y sus consecuencias, 42.
La conquista de América, 43. El conquistador español, 47

Chile, *finis terrae* imperial, 51
Los europeos en Chile, 51. La expansión hacia el Sur, 55.
Oro y sociedad en el siglo XVI, 58.
El *finis terrae* del imperio español, 62

Chile colonial, el jardín de América, 66
La colonia, 66. La guerra y la paz en la Araucanía, 68
La economía colonial, 71. El auge material en el siglo XVIII, 74

La sociedad mestiza, 79
Los sectores sociales, sus actividades y tareas, 79.
La vida material y el acontecer social, 85. Arte y cultura, 91.
La hospitalidad como compensación colectiva, 95

La organización republicana, 104
Antecedentes de la independencia nacional, 104.
El proceso de independencia, 106.
Los desafíos de la república, 112.
La pedagogía cívica patriota, 118

El orden conservador y autoritario, 124
El predominio conservador, 124.
Chile, del orden natural al orden autoritario, 132.
Darwin en Chile: espectáculo geológico
y sociedad de contrastes, 139

La capitalización básica, 142
La producción de materias primas y alimentos, 142.
El desenvolvimiento social y cultural, 148.
De colonia a República a través de los naturalistas, 153

La expansión nacional, 161
Chile, país minero, 161. La expansión agrícola, 164.
El sistema monetario y la industria, 166.
Chile, un vasto hospital, 170. Las pestes y sus secuelas, 176

Los conflictos internacionales, 180
La guerra contra España, 180. Las controversias limítrofes, 189.
La Guerra del Pacífico, 191

La sociedad liberal, 195
La expansión social y cultural, 195.
La lucha por la libertad, 200. Política y ferrocarril, 205.
La Guerra Civil de 1891, 209

La crisis del régimen liberal, 213
El régimen parlamentario, 213. La situación social, 215.
La fragilidad económica, 218. Cultura y educación, 220.
La clase media en el poder, 222

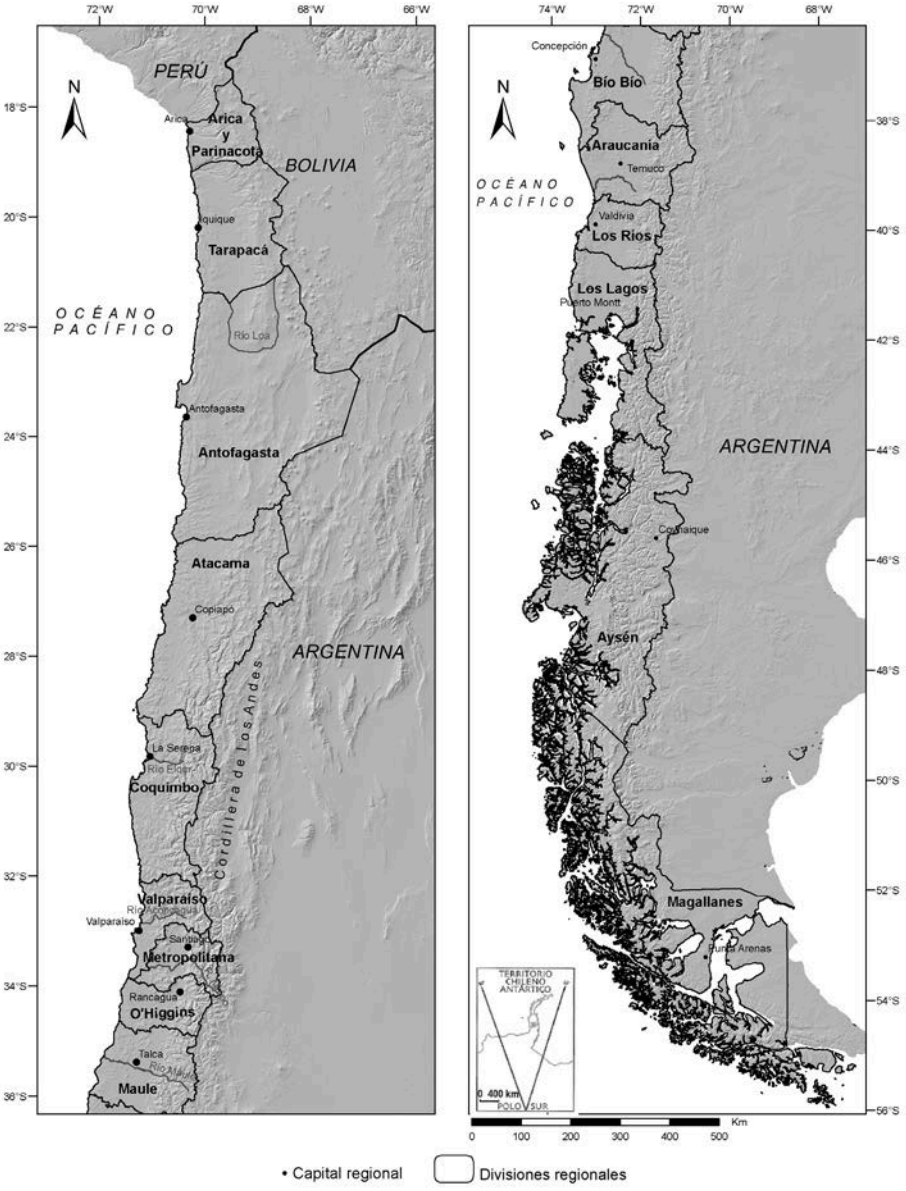
El esfuerzo desarrollista, 228
El modelo de desarrollo hacia adentro, 228.
El flagelo de la inflación, 231. La realidad social, 234.
El mundo de la cultura, 238

Crisis y recuperación de la democracia, 242
La evolución política, 242. El quiebre institucional, 247.
El régimen militar, 250. El autoritarismo en Chile, 258.
La recuperación de la democracia, 262.
Las expectativas de una sociedad crítica, 271

Colofón, 279

Referencias bibliográficas, 283

Chile actual.
División político-administrativa



PRESENTACIÓN

En el extremo suroccidental de América del Sur, frente al Pacífico, con una gran extensión latitudinal desde los desiertos del norte a los hielos del sur, constreñido entre la cordillera y el mar, desde tiempos inmemoriales Chile ha estado asociado a lo lejano, a lo más hondo y frío de la tierra, al *finis terrae* del imperio español, a una existencia aislada entre los imponentes fenómenos naturales que lo contienen, a una posición marginal en el concierto americano hasta las primeras décadas de la república, a una subsistencia marcada por el rigor y la austeridad, cuando no la pobreza, hasta bien entrado el siglo XIX, a un devenir de constante esfuerzo que solo en las postrimerías del siglo XX hizo posible algún grado de holgura para la mayor parte de su población, no sin antes pasar experiencias traumáticas como la dictadura de Pinochet.

Tal vez porque solo hoy Chile disfruta de una condición que supuestamente lo sitúa en el llamado umbral del desarrollo, acercándose a los 20 000 dólares per cápita, es que su acontecer histórico ha estado desde siempre, aunque conscientemente desde la época de la organización de la República, asociado a la epopeya, a las grandes acciones de carácter público, a protagonistas que inevitablemente resultan ser personajes heroicos; a lo épico, a gestas gloriosas merecedoras de ser cantadas poéticamente, dignas de recuerdo; a hechos legendarios o ficticios que se han transformado en modelos, valores, paradigmas de la sociedad; a sucesos que alcanzan la categoría de dramáticos a lo largo de la narración, siempre centrada en un héroe, individual

o colectivo, cuyas hazañas merecen conocerse, recordarse, transformarse en patrimonio de la comunidad, en historia, la historia de Chile. Una historia plagada de mitos, todos muy útiles para cohesionar la nación.

Desde *La Araucana*, el poema épico del español Alonso de Ercilla aparecido entre 1569 y 1589 que relata los primeros años de la conquista de Chile, el drama y la lucha, el sacrificio, el dolor, los hechos atrevidos, audaces y temerarios, protagonizados por sujetos valientes, intrépidos, por héroes insuperables, desafiados por guerreros indomables, han contribuido a dotar de contenido a la nacionalidad, el gran proyecto estatal del siglo XIX.

Una manifestación elocuente de que lo épico debía formar parte del proyecto nacional está en las circunstancias en que se generó la primera historia de Chile, la monumental *Historia física y política de Chile* que el naturalista francés Claudio Gay escribió por encargo del gobierno chileno a partir de 1839, dando origen así a la historiografía chilena.

El impulso vino del ministro de Culto e Instrucción Pública, en medio de la euforia nacional desatada por el triunfo chileno obtenido entonces en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana en enero de 1839. Alentado por el éxito militar y estimulado por el entusiasmo popular y el fervor patriótico que se prolongaría durante prácticamente todo aquel año, el gobierno aquilató la conveniencia de contar con una historia de Chile digna, a la altura de la República que había conquistado la gloria en los campos de batalla.

Frente al encargo, la primera reacción de Gay fue preguntar si acaso el pasado de Chile significaba algo en el concierto de la civilización. La respuesta del gobernante no solo no se hizo esperar, definitivamente marcó el rumbo del historiador y de la historiografía nacional cuando aseguró que ciertamente ese aporte era algo pues la guerra de Arauco durante casi tres siglos hirió aquí de muerte el concepto imperial castellano. Había sido en Chile donde se dieron las dos batallas decisivas de la libertad de

América: Chacabuco y Maipú, y el país era el único organizado que en esos momentos existía en América, sometido a un régimen político y respetuoso de su sistema republicano.

La noción sobre la excepcional trayectoria chilena en el concierto americano estuvo presente en las élites de la década de 1830, aun antes de que se escribiera la historia nacional. Era consecuencia de la realidad que apreciaban en el contexto local e internacional existente, y que estas vivieron intensa y dramáticamente, como lo demostraban su participación en la independencia, la organización republicana y la guerra contra la Confederación. Era el caso de una sociedad marcada en la época colonial por la marginalidad, el aislamiento y la pobreza que, desde temprano luego de la independencia, comenzó a ponderar los que se apreciaban como logros extraordinarios, la estabilidad y el orden republicano, en medio de una América convulsionada.

Como se le hizo saber a Gay, escribir la historia de Chile era una necesidad nacional, pues la ponderación de la evolución luego de la independencia, apreciada como notable y gloriosa, épica en verdad, sería la base sobre la cual se sustentaría la unidad nacional. La urgencia de constituir una comunidad imaginada, entre otros medios mediante la invención de una tradición, en el sentido de —por medio del conocimiento histórico— dar continuidad a la nueva realidad republicana con un pasado que fuera adecuado, exigía contar con una historia de Chile. Pero no cualquier historia pues el gobernante había precisado con claridad, realmente decidido a nombre del Estado, cuál sería el conocimiento útil para este. Un saber plagado de mitos que antecedió a la historia, que de este modo tiene en ocasiones más el carácter de propaganda del Estado chileno y su obra, que de relación y comprensión de la trayectoria de la comunidad de la que forma parte.

La propensión a exaltar caracteriza la historiografía de prácticamente cualquier nación; en el caso de Chile, y por las que

podrían considerarse "razones de Estado", se expresa en glorificar, transformar en épico, dramatizar —ponderando— hechos o acciones potencialmente constitutivos de lo nacional. Claudio Gay no solo lo comprendió, sino que actuó en consecuencia al abordar el pasado chileno concibiéndolo como una progresiva aproximación a la situación existente en la primera mitad del siglo XIX. Organizó su material de tal modo que el pasado, siempre comparado con el presente, resultó menoscabado ante la obra realizada una vez lograda la independencia y organizada la República, una verdadera epopeya que la historia debía relatar.

En los tomos de su *Historia* está el cuadro de las alternativas de una sociedad a la que las adversidades habían desafiado una y otra vez, imponiéndole sacrificios formidables que esta había superado hasta surgir reponiéndose de sus pesares. De este modo el acontecer infausto, característico de la evolución chilena, al igual que la capacidad de la población para sobreponerse, pasó a constituir una de las notas distintivas y motivo de orgullo de la nueva nación. Tanto como la aspiración por la libertad que, desde las primeras páginas, Gay señala como propias de los habitantes de Chile.

Así, en Chile, lo épico, en el sentido de lo heroico, memorable y glorioso, está íntimamente relacionado con lo histórico y con su evolución como sociedad, particularmente en la época republicana, la que ha sido representada como una verdadera lucha: por la libertad desde la independencia en adelante y durante gran parte del siglo XIX; por el desarrollo en el siglo XX; por la igualdad de derechos y oportunidades en tiempos más recientes. Lucha que alguna vez convocó a triunfar o morir, como se lee en una de las octavas de la primera Canción Nacional de 1819, y que desde las epopeyas militares del siglo XIX mudó, con el tiempo y los nuevos desafíos, hacia logros materiales, como el Viaducto del Malleco, la obra de arte ferroviaria de 102 metros de altura y 347.5 metros de longitud que, inaugurada en 1890,

se convirtió en el símbolo material de la expansión decimonónica, culminado luego de 25 años de esfuerzos; metas sociales, como la cobertura sanitaria y educacional a lo largo del siglo XX; hazañas de la ingeniería y el trabajo, como la del Riñihue en 1960 luego del terremoto que asoló el centro sur del país; inéditos triunfos deportivos, como las medallas olímpicas de los tenistas en Atenas en 2004, y, la más reciente, la lucha, aunque todavía en curso, para derrotar la pobreza.

Los chilenos tienen motivos para sentirse orgullosos de una evolución histórica que muestra crecientes grados de integración de cada vez más sujetos al sistema; la sola existencia de la República, del Estado y de la nación chilenas, y hoy de su estabilidad institucional y sostenido crecimiento económico, pueden ser esgrimidos como demostración de su éxito como comunidad. Sin embargo, esta historia, tan estrechamente relacionada con el Estado y la nación, con lo público e institucional, concebida casi como pedagogía cívica, no ha permitido comprender algunos hechos que han condicionado la historia de Chile, en particular en el último tercio del siglo XX y comienzos del XXI.

Esta obra, por la forma en que está concebida, explica los procesos esenciales que han dado forma a la trayectoria histórica de Chile, acogiendo lo que la historiografía corrientemente ha estudiado y difundido como historia nacional. Pero también ofrece interpretaciones que complementan, y en ocasiones cuestionan, las nociones más arraigadas sobre la trayectoria histórica de esta realidad natural y social nombrada Chile desde épocas inmemoriales. Ofreciendo, por ejemplo, la historia de aspectos esenciales para la población como la salud y la educación, los cuales no aparecen tan edificantes como la valorada trayectoria institucional o la macroeconomía en las últimas décadas. Asumiendo de este modo los aportes de la historiografía reciente que, entre otros, demuestra, que no existe una sola historia de Chile y que la heterogeneidad también es propia de esta comunidad.

Nuestro punto de partida es la época actual y sus desafíos; entre ellos, la necesidad de explicar por qué las cosas en ocasiones han ocurrido de un modo inesperado, diferente a como, de acuerdo con la "historia oficial", se supone que debían haber sucedido.

Con explicaciones que permiten ir más allá de lo público, adentrándonos en la cultura, mentalidad, comportamientos colectivos y autorrepresentaciones, o bien ampliando el marco temporal del análisis histórico, proponemos claves que dan cuenta de la resistencia de los actores a comportarse según el papel que previamente se les había asignado, a rebelarse y poner en entredicho la supuesta trayectoria excepcional que se les ha atribuido, por ejemplo, olvidando su calidad de ciudadanos capaces de vivir plenamente los valores republicanos, como ocurrió con el golpe de Estado en 1973.

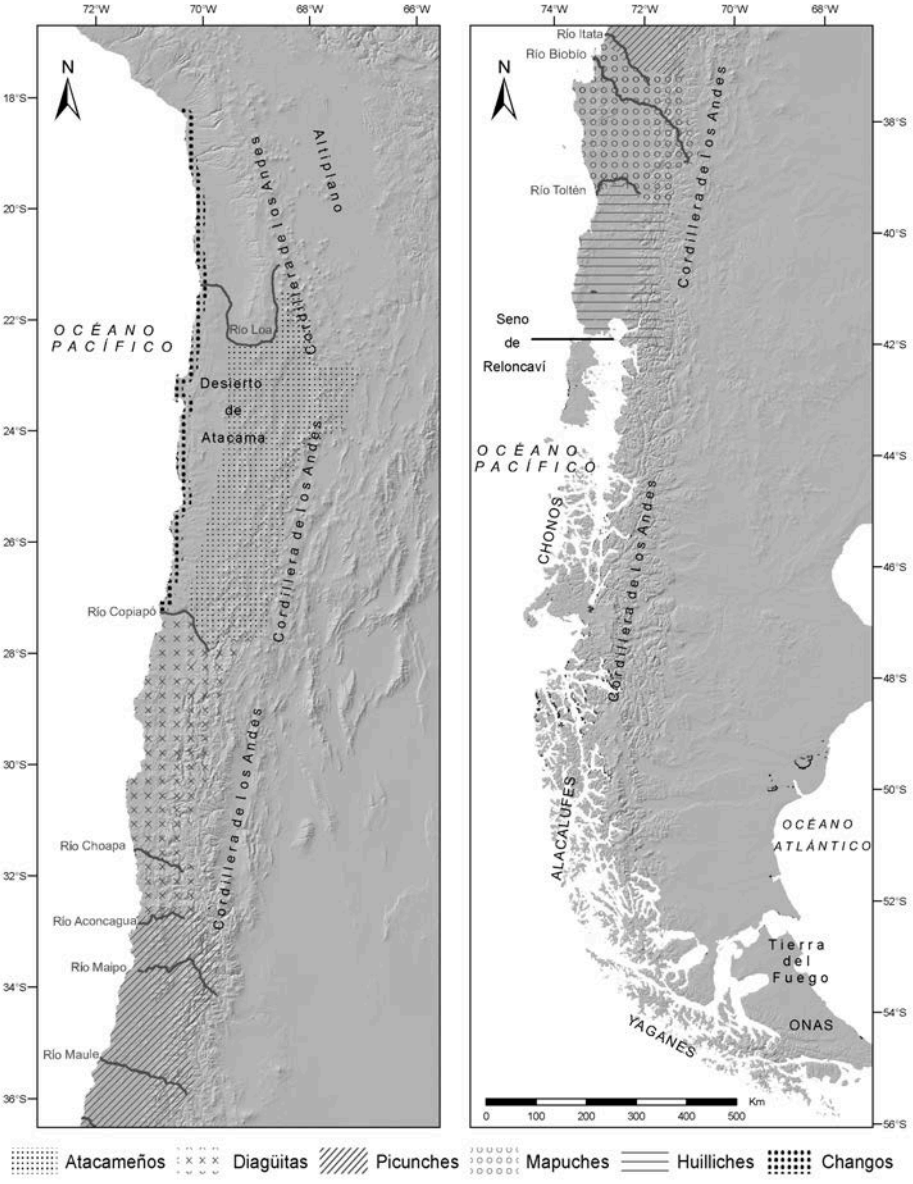
Las continuidades históricas también existen más allá de esos dos monstruos, creados y creadores de modernidad, que son el Estado y la política, y deben buscarse, por ejemplo, en elementos de la existencia cotidiana de los chilenos a lo largo de su historia. Quizá, hasta ahora, la visión general de la evolución histórica nacional ha sido como el conocido óleo sobre las fiestas patrias que Israel Roa pintó en 1953 y que ilustra la portada de este libro.

El *18 de septiembre*, fiesta nacional, icono, símbolo gozoso, momento de exaltación, de entusiasmo y fervor popular en torno a la patria, la nación, la República y sus éxitos. Instante de celebración pública que solo muestra la exterioridad de los sujetos ahí representados en familia y en público, sin adentrarse en su dimensión personal, de sujetos concretos que sufren cotidianamente alguna forma de violencia o el costo de la vida; a cuya economía no llegan los éxitos de la macroeconomía, y cuya realidad en demasiadas ocasiones es muy distinta a la visión del conjunto.

Junto a la relación del desenvolvimiento social, económico, cultural e institucional de Chile, ofrecemos algunos indicios de

la vida concreta de los sujetos que permiten comprender por qué para las grandes mayorías la expansión experimentada desde el siglo XVIII en adelante ha sido solo una ilusión, una oportunidad si no imposible, al menos muy remota hasta fines del siglo XX. Mostrando de paso algunos elementos que distinguen a los chilenos como comunidad, los que explican las características de su modelo de sociedad y su situación actual. También su forma de insertarse en la globalización.

Chile precolombino



LOS HABITANTES DE LO MÁS HONDO DE LA TIERRA

LOS PRIMEROS AMERICANOS

Los habitantes originales fueron bandas de cazadores-recolectores que se localizaron en diferentes regiones a lo largo del territorio hoy chileno. Su llegada data de hace 14 500 años aproximadamente. Como casi la totalidad del poblamiento americano, quienes arribaron al extremo suroccidental de América también pertenecieron a esos grupos que en al menos tres oleadas migratorias cruzaron desde Asia a través del estrecho de Bering.

Los primeros arribaron hace unos 15 000 años, aprovechando que el nivel de los mares se encontraba entre 70 y 100 metros más abajo debido al avance de los hielos luego de la glaciación de Wisconsin, hecho que hizo posible conexiones terrestres hoy inexistentes. Que solo transcurrieran 500 años entre la llegada del hombre a América y su travesía hasta el extremo sur del continente se explica por la capacidad para navegar que desarrollaron. Los restos humanos más antiguos en Chile son los del sitio de Monte Verde, en el sur del territorio, en las cercanías del Seno de Reloncaví, y han sido fechados entre los 14 500 y 14 200 años.

Los primeros habitantes del continente americano pertenecieron a la especie *Homo sapiens*, cuyo origen se data hace 160 000 años, y eran de origen mongoloide. Primero poblaron las vastas planicies de América del Norte, más tarde y progresivamente, las bandas de pueblos nómadas avanzaron por toda América para, finalmente, llegar al último rincón del continente: Chile.

En su lento desplazamiento por el continente, los cazadores nómadas vivían de la recolección y la pesca. Este periodo se conoce como preagroalfarero, pues aún no practicaban la agricultura y, por lo tanto, no necesitaban elaborar recipientes para almacenar alimentos. Es exactamente en esta etapa de su desenvolvimiento cultural que estos cazadores-recolectores se hacen presentes en el territorio que actualmente ocupa Chile. Así por lo menos se deduce de los restos arqueológicos que se han encontrado en diversas áreas del territorio.

Llegaron desde el norte del continente, atraídos por la abundante variedad de animales que habitaban en parajes, como los del actual desierto de Atacama, que entonces tenía un clima húmedo. Los restos culturales de estos primeros pobladores se encuentran diseminados en las vastas extensiones del sector oriental de Atacama. Uno de los yacimientos más antiguos es el de Ghatchi, en las cercanías de San Pedro de Atacama, a una altitud de 2 800 metros. Los objetos encontrados muestran que eran grupos que trabajaban la piedra para hacer puntas de proyectiles y hachas de mano, esta última su elemento cultural más avanzado. La existencia de estructuras de piedra en el lugar muestra que también construyeron habitaciones y tumbas.

Algunas zonas de las regiones centrales de Chile, entre el río Aconcagua y el Seno de Reloncaví, también fueron recorridas por bandas nómadas, no pudiéndose precisar aún si las mismas provenían del norte o habían cruzado la cordillera desde el este. En las inmediaciones de la laguna de Tagua-Tagua, hoy seca, se encuentra el lugar arqueológico más antiguo de la zona central. Los restos encontrados ahí corresponden a cuchillos de piedra y huesos utilizados por su filo aguzado. También se hallaron restos de mastodontes y caballos. En Quereo, cerca de Los Vilos, se descubrieron osamentas de animales faenados por el hombre que se remontarían, al igual que los de Tagua-Tagua, a cerca de 1 200 años.

El yacimiento de Monte Verde en las cercanías del río Maullín en el sur, contiene restos que han sido fechados entre los 14 500

y 14 200 años de antigüedad. El basural demuestra que los habitantes de esa región tenían una variada dieta y una clara división de labores, ambos indicios de algún grado de desarrollo social. Además de ruinas, en el lugar se encontraron restos de animales ya extintos, mariscos y vegetales.

La presencia del hombre en la zona austral de América, también llamada Patagonia, se remonta a unos 10 000 años. Eran grupos nómadas de cazadores de animales como el milodón, que se desplazaban por la pampa magallánica. Mientras algunos poblaban la pampa, otros, que navegaban en canoas y se dedicaban principalmente a la pesca, arribaron a la región bordeando los archipiélagos del norte. La zona se pobló por dos culturas distintas: las llanuras por cazadores terrestres y la costa por pescadores-recolectores. Los restos encontrados en la cueva de Fell, al norte del estrecho de Magallanes, corresponden a bandas que trabajaban la piedra, que fabricaban raspadores, puntas de proyectil y otros artefactos; su antigüedad se remonta 10 760 años. Los mismos cazadores del continente avanzaron más tarde hacia Tierra del Fuego, entonces unida al continente; así lo demuestran los restos encontrados en Marazzi, al fondo de la Bahía Inútil, los que tienen una antigüedad estimada en unos 8 000 años.

La evidencia acumulada sobre los primeros habitantes de nuestro territorio permite asegurar que el actual Chile ya se encontraba habitado hace 14 200 años aproximadamente. Se puede concluir también que los pobladores originales llegaron por distintas rutas, puesto que los restos arqueológicos más antiguos se encuentran en diversas zonas del territorio. Desde el momento de su llegada hasta su encuentro con los españoles, los primeros pobladores del país evolucionaron de forma muy diferente, según las condiciones del ambiente físico en que se desenvolvieron y las distintas influencias que recibieron.

El poblamiento del norte chileno se produjo hace unos 11 000 años, y el escenario del mismo habría sido la Puna y las quebradas del desierto de Atacama. Entonces el ambiente de esa región

no era tan árido como en la actualidad, lo que hizo posible la existencia de algunas lagunas en las que vivían diferentes especies animales. En este hábitat los hombres subsistían gracias a la caza de vicuñas, guanacos, roedores y aves, y a la recolección del fruto del algarrobo, el chañar y otras especies vegetales. En el desierto se desarrolló una cultura que, de la caza y recolección, evolucionó hacia la producción agrícola, transformándose en un pueblo sedentario.

Los grupos familiares hicieron de las cuevas sus habitaciones, reuniéndose en torno al fuego para consumir el fruto de su actividad diaria. Junto con la caza y la recolección, los testimonios disponibles permiten suponer que los habitantes de la región desarrollaron también faenas de molienda y de intercambio con los pobladores de la costa.

En el litoral nortino los primeros antecedentes de poblamiento se remontan a los 5 000 años. Entonces existían poblaciones adiestradas en la explotación de variados recursos marinos, para lo cual utilizaban anzuelos de concha y espinas de cactus, arpones, redes y objetos elaborados con fibras vegetales. Entre las especies marinas que consumían, se cuentan lobos marinos y peces, además de cetáceos. También entraban en su dieta aves, roedores y guanacos. Construyeron habitaciones de planta circular formadas por piedras unidas con pasta de cenizas, bajo un techo construido con cueros de lobos marinos.

Hace unos 4 000 años estos grupos comenzaron a practicar la cestería, el tejido de mantas de lana y el trabajo en pieles de guanaco. A ellos se asocia también la existencia más antigua, unos 9 000 años atrás, de momificación artificial, mediante la utilización de vegetales, plumas, trozos de cuero y lana, que reemplazaban los músculos y vísceras de los muertos. La explicación de esta práctica se encontraría en el cambio de clima de la región, que hizo posible el aumento de los recursos marinos, así como la disponibilidad de agua, lo que permitió un aumento de la población, pero no solo de los vivos, también de los muertos.

La cultura chinchorro no tenía prácticas funerarias complejas y sepultaban a sus muertos en el desierto cerca de las zonas pobladas. La aridez, que no permitía la descomposición de los cuerpos, y la erosión, que los descubría frecuentemente, hicieron que vivos y muertos, en definitiva, convivieran, los que los llevó a tratar de controlar de alguna manera lo que la naturaleza de todas formas realizaba. Surgió así la momificación, un rito surgido del contacto con la muerte. La práctica comenzó a decaer cuando los factores naturales que están tras su origen, especies marinas y agua dulce, también decayeron.

Unos 4 000 años atrás los cazadores recolectores del Norte comenzaron a practicar la agricultura. En lo inmediato, la existencia de cultivos no cambió significativamente los hábitos, el estilo de vida y las costumbres de estos pueblos. Tendrían que pasar todavía unos mil años para que se produjeran transformaciones sustanciales.

Los primeros agricultores que habitaron en el valle de Azapa, en el extremo norte del territorio, construyeron modestas habitaciones de junco y produjeron alimentos como el zapallo, la calabaza, el ají, la quínoa y el maíz. A esto se agregó la recolección de otras especies y productos del mar.

Junto con la práctica de la agricultura, estos pueblos mejoraron también sus trabajos artesanales, iniciaron la elaboración de cerámica y la metalurgia de cobre. La cestería con dibujos, los tejidos de lana de camélidos y la confección de vestidos teñidos con colores, completaron su industria. La gente de Azapa, como se les conoce, tenían la costumbre de cubrirse la cabeza con gruesas madejas de lana que formaban verdaderos turbantes, los que contribuían a deformarles el cráneo dejándolo alargado, ostentación considerada un signo de belleza, además de representar estatus social o étnico.

Hace unos 2 500 años los pueblos que habitaban el valle de Azapa habían logrado notorios avances en sus tareas agrícolas. El maíz, el ají, la mandioca, la quínoa, los porotos y el camote

fueron la base de su producción agrícola. A esta sumaron productos del mar y la caza de animales.

La consolidación de las tareas agrícolas hizo posible la construcción de poblados, iniciándose la vida sedentaria, todo lo cual trajo grandes cambios en la existencia cotidiana y en su organización política y social. Los primeros poblados consistieron en recintos rectangulares, rodeados de muros para su defensa, en los cuales habitaban alrededor de 500 personas. Estas poblaciones se ubicaban en las quebradas y valles del Norte Grande, en medio del desierto de Atacama, en aquellos lugares con disponibilidad de agua.

Junto con la consolidación de la agricultura y el pastoreo, se desarrolló un activo comercio entre los pueblos nortinos.

La cestería y la alfarería, al servicio de la vida cotidiana, también se perfeccionaron. A las viviendas se les agregaron dinteles de madera y piedra y en su interior se construyeron pozos para guardar productos de consumo diario. Posteriormente, se introduciría el riego artificial para los cultivos y así poder ampliar la producción agrícola; se mejoraron las viviendas con cimientos de piedra y muros de caña y totora amarradas con sogas, y se construyeron corrales para el ganado. Las técnicas de elaboración y conservación de los alimentos también experimentaron mejoras. Fue así como se inició la preparación de harina de maíz para hacer chicha, charqui de carne de camélidos y chuño de papas secas.

La evolución de los pueblos nortinos los llevó a la construcción de aldeas cada vez más complejas. Las viviendas que las formaban tenían dos o tres habitaciones hechas de adobe y de forma rectangular, en las cuales la cocina era el punto de reunión familiar en torno al fogón. Aparecieron los pucarás, aldeas formadas por habitaciones continuas, con calles, depósitos de alimentos y corrales protegidos por murallas defensivas, alrededor de los cuales estaban los campos de cultivo abastecidos por complejos sistema de riego.

La vida diaria en estas aldeas se iniciaba temprano, en la mañana, cuando los niños salían a pastorear los ganados, provistos de alimentos para la jornada. Junto con el pastoreo, aprovechaban el tiempo en la recolección de frutos y vegetales, el tallado de madera o el tejido si se trataba de mujeres. Los hombres trabajaban las terrazas de cultivos de las quebradas y valles, realizaban labores artesanales, cazaban y recolectaban. Las mujeres se dedicaban al telar, tejiendo los vestidos de uso cotidiano, todo en medio de sus preocupaciones caseras, como la cocina y el cuidado de los niños.

LOS POBLADORES DEL LLANO CENTRAL

Los habitantes del centro-sur del territorio fueron cazadores recolectores. Se cree que fueron los mismos que habitaron el territorio hace unos 11 000 años y que su fuente principal de alimentación era la caza de grandes mamíferos, como los mastodontes, milodones, caballos americanos y ciervos de los pantanos. La caza se realizaba acorralando a los animales contra un barranco; y como instrumentos para faenarlos utilizaban cuchillos, raspadores de piedra y punzones de hueso. La zona comprendida entre Los Vilos y el Seno de Reloncaví fue el hábitat de estos cazadores-recolectores.

Los primeros pobladores de la región central se desenvolvieron en un ambiente distinto del actual. Hace 12 000 años el clima era más frío y lluvioso y las masas de hielo ocupaban los cajones de la cordillera, mientras que el nivel del mar se encontraba varios metros más abajo. La vegetación, en la depresión intermedia, era mucho más abundante y espesa, lo que favoreció la existencia de una abundante fauna de mamíferos.

Después las condiciones ambientales cambiaron, el clima se hizo más cálido y seco, lo que provocó la extinción de muchos animales y de especies agrícolas. Estos cambios significaron tam-

bién transformaciones en las formas de vida y en la dieta de los cazadores-recolectores, quienes ahora debieron enfrentar un medio semiárido en el Norte Chico, valles fértiles en el centro y húmedos bosques en el Sur. Fue así como por casi 2 000 años desarrollaron un estilo de vida cazador-recolector que se vio favorecido por la existencia de una variada fauna.

La caza de los guanacos y la recolección de vegetales en la precordillera y en los valles transversales, fueron la fuente de alimentación de los cazadores que hace unos 10 000 años poblaron esa región. El trabajo de los cueros, la manufactura de instrumentos de piedra y hueso además de la cestería fueron también objeto de su atención. Unos 5 000 años más tarde, sus descendientes ya habían domesticado algunas especies vegetales y practicaban la agricultura, iniciando una vida sedentaria.

En la costa otros grupos vivían de la caza de lobos marinos y aves, de la recolección de lapas, erizos y locos y, además, de semillas. Los pescadores de aspecto robusto y bajos de estatura desarrollaron una tecnología que les permitió vivir de los recursos del mar. La balsa de cuero de lobo marino fue su invención más espectacular. Ella hizo posible su conquista del mar.

Cuando dejaron de ser dependientes de la caza y la recolección, los habitantes del Norte Chico vivieron de sus cultivos de maíz y del pastoreo de las llamas, junto con la recolección de frutos y recursos del mar. Se asentaron en los valles transversales y en el litoral, desde el río Copiapó hasta el río Choapa, constituyendo comunidades de gran movilidad debido a la existencia de camélidos que debían ser trasladados desde los valles bajos hasta la cordillera, en veranadas que buscaban los pastos estacionales.

Fueron estos campesinos prehistóricos quienes iniciaron el trabajo de la cerámica en la región. Sus vasos y jarros, que imitan la forma de animales y calabazas, son de gran belleza y perfección. Eran también diestros metalurgistas y hábiles tejedores.

Vivieron en pequeñas aldeas, formadas por chozas de barro, madera y paja. La agricultura fue su principal actividad y su preocupación por ella los llevó a construir obras de regadío. A los cultivos tradicionales, como el maíz y la quínoa, agregaron nuevas especies como el algodón, manteniendo la ganadería y perfeccionando la cerámica, artesanía en la que llegaron a ser artistas.

Los cazadores que vivían en las cercanías de la laguna de Tagua-Tagua, en el centro del territorio hace unos 10 000 años, se alimentaban de ranas, aves y otros animales que cazaban los hombres, mientras las mujeres, ancianos y niños recolectaban huevos y semillas.

En la costa habitaban cazadores-recolectores que subsistían gracias a los ostiones, machas y otros productos que sacaban del mar, para lo cual fabricaron puntas de proyectil, raspadores y otros instrumentos de piedra.

Tres siglos antes de Cristo estos pueblos comenzaron a practicar la agricultura; sin embargo, la caza y la recolección siguieron siendo su principal fuente de subsistencia. También entonces se iniciaron en la ganadería de camélidos.

Ya en la era cristiana, estos grupos practicaban la agricultura pero habitaban simples viviendas con muros de ramas y barro, sin llegar a formar aldeas. Sus principales productos agrícolas fueron los porotos y el maíz. El área en que se asentaron estas comunidades comprendía desde el Choapa al río Maipo, distribuidos en el litoral, el valle y la cordillera.

El estilo de vida de los primitivos habitantes del Sur se caracterizó por la caza de animales y la recolección de almejas, cholgas y caracoles. En rudimentarios molinos preparaban harinas de vegetales, previendo así las épocas de escasez. En el siglo VI d. de C., estos pueblos comenzaron a practicar la agricultura, cultivando papas y maíz. En la cordillera, se dedicaban a la caza de camélidos y ciervos y a la recolección del piñón, el fruto de la araucaria.

Estos grupos no fueron sedentarios, pese a lo cual lograron desarrollar algunos cultivos según las estaciones del año. Com-

plementaron las labores agrícolas con la caza, la recolección y la alfarería. La artesanía en madera, la cestería, los telares, la ganadería, los cultivos, la caza y la recolección constituían sus actividades diarias.

Algunos siglos antes de la llegada de los españoles, los pobladores del Sur se distribuían entre la zona cordillerana, la depresión intermedia y las planicies costeras. Habitaban en rucas, agrupados por familias, sin llegar a formar aldeas.

LOS PASCUENSES

En la Isla de Pascua se desarrolló una cultura de origen polinésico que alcanzó complejas formas de organización social y un alto grado de desenvolvimiento económico que, a pesar de su decadencia, no le ha impedido sobrevivir hasta la actualidad como parte de Chile luego de ser incorporadas al territorio nacional en 1888.

Situada en medio del océano Pacífico, la Isla de Pascua se encuentra absolutamente aislada de cualquier parte del mundo. Sin embargo, este aislamiento no ha sido obstáculo para que en ella se desarrollara una de las culturas más extraordinarias del mundo precolombino.

En ella se desenvolvió una sociedad muy compleja, con escritura, grandes monumentos y conocimientos de ingeniería y de astronomía entre otras artes y ciencias. Resulta interesante que esta sociedad no tuviera como base de su alimentación ningún cereal como el trigo, maíz o arroz, como ocurrió con la generalidad de las civilizaciones europeas, americanas y asiáticas.

En un territorio muy reducido —cerca de 163 km^2— los pascuenses lograron mantener un buen número de habitantes, para lo cual debieron implementar ingeniosos sistemas agrícolas que, esencialmente, les permitió cultivar plantas comestibles.

Según los restos arqueológicos, así como las evidencias antropológicas y lingüísticas, los primeros habitantes de la isla provenían de las Islas Marquesas, situadas en el extremo oriental de la Polinesia. Estos pobladores habrían llegado en los primeros siglos de la era cristiana, no pudiéndose precisar todavía la fecha exacta. Los inmigrantes arribaron en grandes canoas, cada una de ellas con un centenar de hombres, en las que traían todas las herramientas e instrumentos, plantas y animales necesarios para el sustento de la población.

El mito sobre el poblamiento del Ombligo del Mundo (*Te Pito* o *Te Henúa*) habla de hombres que atravesaron el océano siguiendo un sueño. De acuerdo con él, un joven habría llegado a la isla seguido de seis exploradores que, luego de reconocerla, prepararon la llegada del rey Hotu Matu y su pueblo. Guiados por las estrellas, las corrientes y las aves, meses después, desembarcaban el rey y su gente.

En un clima como el de Rapa Nui, de características tropicales, era improbable que se dieran las especies traídas por los colonizadores, que debieron renunciar a los cocos y al árbol del pan, alimento esencial en la Polinesia, la tierra de la cual provenían los pascuenses. Si bien los recursos del mar eran abundantes, su extracción resultaba difícil y además se debían respetar periodos de veda por razones religiosas. Pronto la fértil tierra comenzó a entregar sus productos, tubérculos como taro y ñame, camote y caña de azúcar, calabazas y plátanos. Los bosques proporcionaban maderas para la construcción y la fabricación de esculturas y embarcaciones.

En la isla solo existían tortugas, aves marinas y peces. Entre los animales terrestres, había únicamente ratones y gallinas. La base de la alimentación fueron los productos agrícolas. Los colonos practicaban una agricultura intensiva, en terrazas que acondicionaban entre las piedras. También se practicó el sistema de tala y roza, es decir, el abrir espacios en los bosques mediante el fuego para los cultivos.

Aprovechando la existencia de diversas especies vegetales, los pascuenses elaboraron una serie de artefactos para su uso cotidiano. Las calabazas se utilizaron como recipientes de alimentos; de las raíces obtenían colorantes para los tejidos, y de la corteza de los árboles, fibras con las cuales confeccionaron vestidos y capas para los jefes. El resto de la población, gracias al clima benigno, solo usaba un taparrabo sujeto a las caderas por un cordón de pelo humano.

Las viviendas y habitaciones se construyeron con muros y techos de paja y armazones de palos. Las casas no tenían ventanas y en ocasiones presentaban un empedrado delante de ellas. La construcción de plazas y altares destinados al culto también fue objeto de la preocupación de los colonos. Se levantaron recintos ceremoniales con plataformas de piedras canteadas y con imágenes esculpidas o *moai*. Cada linaje tenía su centro político, religioso y socioeconómico; de ahí la gran cantidad de construcciones existentes en la isla.

Entre los pascuenses, la existencia del rey, su corte, su familia, sacerdotes y guerreros se reconoce desde la llegada misma de los primeros pobladores. Junto a ellos, y formando parte del grupo de alto rango, se encontraban los conocedores de la escritura sagrada. Más abajo se hallaban los artesanos, pescadores y agricultores. En esta rígida sociedad, el rey, descendiente directo de los dioses y poseedor de un poder sobrenatural llamado *mana*, se hallaba a la cabeza. Una serie de reglas restrictivas lo mantenían aislado. En la base de la sociedad se hallaba la gente común y corriente, que con sus impuestos mantenía a la aristocracia y a los sacerdotes. Las familias descendientes de un antepasado común se organizaron en tribus independientes, que en un comienzo eran solo cuatro; más tarde fueron una gran cantidad y cada una de ellas controlaba un sector de la isla.

Los *moai*, monumentales imágenes de piedra que representan a sus antepasados, fueron esculpidos en grandes bloques de piedra volcánica. Al principio eran más pequeños, con cabezas

más anchas y orejas cortas. Posteriormente fueron cambiando hasta llegar a la clásica y singular estilización que hasta el día de hoy es posible apreciar en las laderas de la isla.

Todo el proceso de construcción e instalación de un *moai* era realizado de acuerdo con un estricto rito sagrado, puesto que no eran más que la expresión del poder sobrenatural de un antepasado ascendido a la categoría de dios. El momento más importante de su instalación era el de la colocación de los ojos. Su mirada sería desde entonces la expresión viva del poder del antepasado, ahora vigilante de la familia y de su tierra.

Hoy día y formando parte del Estado chileno, aunque con un estatuto especial que otorga cierto poder al consejo de ancianos local para decidir sobre asuntos que condicionan la vida diaria en la isla, los habitantes de Pascua, 4000 personas aproximadamente, se han ido integrando cada vez más al acontecer nacional, aceptando los beneficios de este proceso, aunque criticando el estilo y forma de vida de los "conti", es decir, los chilenos.

LAS CULTURAS ORIGINARIAS

En 1536, cuando los españoles iniciaron la conquista de Chile se encontraron con un conjunto de pueblos esparcidos a lo largo del territorio, muy diferentes entre sí, viviendo en forma independiente y con grandes desniveles culturales entre ellos. Si bien es cierto que los pobladores originales del Norte, centro y Sur del país eran bandas de cazadores-recolectores, al arribo del conquistador español la situación cultural de cada uno de ellos era diferente. Algunos, la mayoría, se mantenían en niveles culturales primitivos, siendo la caza y la recolección su principal actividad. El número de los habitantes del extremo sur del territorio era muy reducido y prácticamente no recibieron la influencia de los conquistadores europeos como no fuera mediante contactos indirectos.

Otros, los del centro, practicaban la agricultura y llevaban una vida casi totalmente sedentaria. Habitaban entre el río Choapa y el Seno de Relocanví y constituían el conjunto de pobladores originales más importante existentes en Chile. Finalmente, los pueblos del Norte habían logrado niveles de cultura avanzados, y eran grupos con altos grados de organización social y desarrollo económico y cultural.

La diversidad existente entre los pueblos originarios chilenos se explica por razones geográficas y ambientales, por las influencias externas recibidas y por fenómenos culturales, económicos y sociales.

Los pueblos que vivían de la caza y la recolección habitaban en ambientes poco adecuados para el desarrollo agrícola. Su vida era un continuo deambular en la tarea de conseguir alimentos, de ahí su carácter de pueblos nómadas. Los agricultores, junto con sus cultivos, mantenían la caza y la recolección como actividad importante, llevando una vida semisedentaria, no llegando a constituir organizaciones sociales avanzadas si se les compara con otras culturas americanas originarias.

Los agricultores avanzados, sedentarios, tenían el alimento asegurado. Esto les permitió desarrollar otras actividades, como por ejemplo la artesanía, y organizarse social y políticamente. También tuvieron tiempo para adorar a sus dioses y realizar bellas y delicadas creaciones culturales.

Los cazadores-recolectores habitaban a lo largo de todo el territorio, viviendo en diferentes ambientes. Los changos, en el litoral nortino, se alimentaban de lo que obtenían del mar y del contacto con otros pueblos del interior. Pueblo de pescadores, su elemento más representativo era la balsa de cuero de lobo marino que utilizaban para navegar y pescar en el mar.

En la cordillera de los Andes, desde el río Maule hasta el estrecho de Magallanes, vivía una gran cantidad de pueblos, que los españoles llamaron por diferentes nombres, pero que tenían en común su hábitat y su estilo de vida. Eran los pehuenches, los

puelches, los poyas y los tehuelches, llamados patagones por los españoles. Los pehuenches, que vivían en la zona cordillerana entre los volcanes Antuco y Llaima, además de la caza de diversos mamíferos recolectaban el fruto de la araucaria, el piñón, que les servía de alimento en la estación invernal.

Desde Chiloé al sur, hasta Tierra del Fuego, habitaban varios grupos de cazadores-pescadores-recolectores. Cuncos, chonos, alacalufes y yaganes, nómadas del mar, recorrían los canales para conseguir su alimento, logrando sobrevivir en un ambiente muy hostil. En Tierra del Fuego habitaban los onas, diestros cazadores de guanacos, zorros y ratas.

Los agricultores tempranos vivían en la zona central del país, especialmente el llano, entre el río Choapa y el Seno de Reloncaví, existiendo entre ellos diferencias culturales importantes según el territorio habitado. Los más avanzados fueron los picunches, que ocupaban las tierras hasta el río Itata. Contaban con fértiles campos y favorables condiciones climáticas, lo que les permitió vivir prácticamente de la producción agrícola. Construyeron canales y desarrollaron la artesanía en diversas manifestaciones.

Al sur del río Itata, hábitat de los mapuches, las faenas agrícolas se dificultaban por el clima y las características del terreno; por eso era menor su importancia, en comparación con la caza y la recolección. Sin embargo, a mediados del siglo XVI, las faenas agrícolas ya se habían difundido entre los habitantes de la región, decreciendo así la importancia de la caza y la recolección. Entre el río Toltén y el Seno de Reloncaví vivían los huilliches, cuyo estilo y formas de vida era similar a la de los mapuches. Tanto huilliches, como mapuches y picunches formaban parte de un solo pueblo llamado mapuche que, luego de la conquista, los españoles llamaron araucano. En la actualidad sus descendientes se hacen llamar mapuches.

Fue en el norte donde, pese a las limitaciones impuestas por la escasez de agua, existieron las culturas más avanzadas del

Chile precolombino. La mayoría de los pueblos que poblaron estos territorios desarrollaron sociedades muy complejas y refinadas, tanto en lo social como en lo cultural. Fueron los agricultores tempranos de Chile

Los atacameños habitaron en las quebradas cordilleranas que bajan hasta el desierto de Atacama. Perfeccionaron variados sistemas de regadío que les permitieron sobrevivir en medio del desierto. Vivían agrupados por familias y la autoridad quedaba en manos de un consejo de ancianos. Además de la agricultura, practicaron la metalurgia en cobre y plata, la alfarería, la cestería, el tallado en madera y la fabricación de textiles.

Los diaguitas poblaron los valles transversales del Norte Chico y fueron también grandes agricultores. Sin embargo, su creación más destacada fue la cerámica: fabricaban dos tipos de tiestos, algunos sencillos sin decoraciones, para uso doméstico, y otros pintados con figuras geométricas en rojo, negro y blanco.

En los pueblos del norte fue donde se manifestó con más vigor la influencia inca en Chile. La presencia del imperio inca fue muy importante para el desarrollo de los pueblos sometidos a su dominio. En todos los territorios conquistados, el Inca reorganizó la población, impuso el culto al Sol y estableció el quechua como idioma. En el norte, entre los atacameños y diaguitas, su dominación hizo posible ampliar las superficies cultivables y la adopción de técnicas agrícolas avanzadas. Construyó también caminos y posadas, llamadas tambos, para el descanso de los viajeros y mensajeros del imperio. También influyeron sobre la cerámica local, incorporando nuevos diseños y usos; además cambiaron las costumbres religiosas de los pueblos conquistados.

La conquista inca en Chile se extendió hasta el río Maipo, punto en el cual fueron detenidos por los pueblos mapuches que habitaban la zona.

A la llegada del español el destino de los pueblos originarios de Chile se vio abruptamente interrumpido, algunos de ellos incluso desaparecieron. Sin embargo todos, en mayor o menor gra-

do, han influido en el desarrollo histórico posterior de la nación, en particular en formas de identidad local, por ejemplo usos y costumbres, lenguaje, fiestas y alimentación, propias de las regiones donde cada una de ellas se desenvolvió. En la actualidad, cerca de 11% de la población nacional declara su pertenencia a alguna etnia originaria, siendo 84% mapuches, expresión de la supervivencia de estas gracias a su cultura.

EL PUEBLO MAPUCHE O ARAUCANO

Los mapuches o araucanos, agricultores tempranos, cazadores-recolectores, fueron el pueblo indígena más numeroso existente en Chile al momento de la conquista europea. La resistencia que presentaron al conquistador español se explica por sus formas de vida y su organización política y social.

Los mapuches o gente de la tierra, son los pueblos que habitaban entre el río Choapa y la isla grande de Chiloé. Originalmente se consideraban mapuches solo aquellos grupos que vivían entre los ríos Itata y Toltén. Esa era la tierra del mapuche (*mapu*=tierra; *che*= gente), la tierra de sus semejantes, es decir, de todos los seres humanos pertenecientes al mismo linaje.

Los demás mapuches ni siquiera eran llamados con ese nombre. Los del Norte tenían el nombre de picunches, los del Sur huilliches, los del oriente puelches y los del occidente lafkenches. Si bien los picunches, huilliches y puelches compartían muchas características con los mapuches, no eran iguales a ellos, solo se les consideraba "semihombres". Mapuches no solo había en Chile; también habitaban en la Patagonia, y entre ellos existía una constante comunicación cultural y económica.

Luego de los primeros enfrentamientos con los españoles, los araucanos redujeron su territorio al sur del río Biobío, en lo que más tarde se llamaría la Araucanía, por el nombre que los españoles le dieron a este pueblo.

La agricultura constituyó la base de la subsistencia de los mapuches o araucanos. Sus principales cultivos eran el trigo, el maíz y la papa, a los que se sumaban hortalizas, como lechugas, cebollas, zanahorias, repollos, acelgas y tomates. En el trabajo de la tierra se ocupaba toda la familia. Los terrenos cultivados eran pequeños y de deficiente calidad, debido a lo accidentado del terreno y a la erosión. En las tareas agrícolas utilizaron caballos y bueyes; estos últimos servían para los trabajos más pesados y para las carretas. Como instrumentos agrícolas emplearon palos de madera y la coa, un palo aguzado en uno de sus extremos, que servía para deshacer los terrones existentes en el terreno.

Los ovinos tuvieron también gran importancia entre ellos, especialmente porque la oveja proporcionaba lana y carne. Algunos poseían vacunos, de los cuales obtenían leche. Criaban además gallinas, gansos, pavos y cerdos. La artesanía de telares, cerámica, tallado en madera, trabajos en piedra y cestería era un complemento de las actividades agrícolas y ganaderas. Las mujeres tejían, cuidaban de la familia y se ocupaban de las labores agrícolas, además de mantener la casa.

La caza y recolección, por medio de la captura de una gran variedad de especies animales, entre las que se contaban los roedores y los huemules, les permitía complementar su dieta de productos agrícolas. Recolectaban raíces y frutos silvestres. Se servían también de un buen número de productos del mar: moluscos, como los locos, machas, almejas, choros, y de peces, como la corvina. Para la pesca utilizaban barcas de paja y cañas de coligües. En los meses de verano era cuando más se dedicaban a esta actividad. Los hombres desarrollaban las tareas relacionadas con la caza y la recolección.

La necesidad de rotar las tierras de cultivo, así como la práctica de la caza y la recolección, hicieron de los mapuches un pueblo seminómada, que nunca llegó a constituirse en aldeas, viviendo de manera dispersa en su territorio. Una de sus características fundamentales fue ser una sociedad muy jerárquica.

En ella cada grupo familiar o linaje poseía un estatus diferenciado respecto a los demás. El lonco era el jefe de cada familia. El lonco o cabeza tenía un poder basado en el prestigio logrado entre sus parientes, y dependía de sus riquezas, del número de esposas que poseía y de la guerra.

Los mapuches nunca formaron una sociedad integrada. Su marcado individualismo impidió que, pese a su extensión territorial y población, formaran un Estado, tal como lo hicieron otros pueblos originarios. Las autoridades demasiado estrictas, molestaban al mapuche, que solo aceptaba las establecidas por los lazos de parentesco. Únicamente en el caso de guerra se sometían al poder del *toqui*, jefe militar que mantenía su poder mientras durara la situación de conflicto. Terminada la guerra, el toqui desaparecía, lo mismo que la alianza de grupos familiares que había logrado aglutinar bajo su autoridad. Otra autoridad fue el *ulmen*, jefe que en tiempos de paz era elegido para dirigir una tarea concreta, por ejemplo, construir una casa o levantar la cosecha.

En relación con su religiosidad, para el pueblo mapuche conviven en el universo dos fuerzas antagónicas, pero complementarias. Las fuerzas positivas o *Ngenechén*, y las negativas o *Wekufu*. El Ngenechén es construcción y vida, el Wekufu, destrucción y muerte. Entre ambas fuerzas los mapuches buscaban el equilibrio.

Solo a las mujeres les estaba reservado el manejo de los asuntos espirituales o mágicos, existiendo también dos tipos de magia, la positiva y la negativa. La *machi* se ocupaba de la primera, y la *kalku* de la magia negativa. Las machis, expertas en las propiedades medicinales de las yerbas, sanaban a los enfermos y ahuyentaban los malos espíritus. El *guillatún* era la ceremonia en la que ejercitaban sus aptitudes de curanderas. Para los mapuches la muerte no existe. La vida era infinita y las personas pasaban por diferentes estados a lo largo de su existencia. La muerte era el tránsito hacia el país de los muertos, donde el alma vive eternamente.

Los mapuches o araucanos, inmortalizados en la épica *La Araucana* de Alonso de Ercilla, son, entre los pueblos originarios de Chile, los más numerosos y determinantes, tanto en lo relacionado con el mestizaje, como con los usos, costumbres e, incluso, mentalidad del pueblo chileno. Su trayectoria, épica en alguna época, marginal en otras, principalmente la republicana, deja sentir su influencia, historia y aspiraciones entre los chilenos.

En la actualidad, mediante reivindicaciones como el reconocimiento constitucional de su calidad de etnia originaria, respeto y consideración por su cultura, devolución de las tierras que consideran de propiedad desde siempre y, también, condiciones sociales para la superación de su marginalidad y pobreza ancestral.

LA CONQUISTA DE AMÉRICA Y SUS PROTAGONISTAS

LA EXPANSIÓN EUROPEA

Entre las causas políticas de la expansión europea hacia ultramar está el surgimiento, en la Edad Media, de las monarquías absolutas. Estas concentraron todo el poder de la sociedad y encaminaron sus esfuerzos al engrandecimiento de sus respectivas naciones; España, Portugal, Inglaterra y Francia se lanzaron a la aventura de los viajes de exploración y descubrimiento que, luego de su arribo a América y en menos de 20 años, les permitió a castellanos y lusitanos reconocer la mayor parte del continente americano.

El espíritu científico de los europeos, la lectura de obras sobre viajes de descubrimiento y exploración estimuló al hombre del Renacimiento que poseía un afán emprendedor y gran curiosidad por todo lo desconocido. Gracias al desarrollo científico y técnico que se logró en esta época, la navegación adquirió gran desenvolvimiento. Se construyeron nuevas embarcaciones, más grandes, seguras y rápidas, como las naos y las carabelas que permitieron la navegación alejada de la costa y por varios días.

Los instrumentos de navegación fueron también determinantes pues se adoptaron algunos, como la brújula y el astrolabio, que permitieron una mejor orientación de los navegantes en alta mar. Se perfeccionó el uso del timón y se mejoró el velamen de los barcos, incorporando la vela latina que aprovechaba mejor la fuerza de los vientos, permitiendo incluso la navegación

en contra de ellos. Los avances logrados en astronomía y cartografía fueron también importantes para impulsar los viajes al proporcionar mayor seguridad a los navegantes.

La necesidad de abrir rutas para el comercio, alcanzar hasta la fuente de preciados productos, como las especias, dar cauce a un sistema, el capitalista, entonces en proceso de formación, representa también un antecedente fundamental de la expansión europea.

Entre los países ribereños del océano Atlántico, el reino de Portugal se hallaba en ventajosas condiciones para aventurarse en la senda de los descubrimientos marítimos. Fue un miembro de la familia reinante, Enrique el Navegante, quien impulsó los viajes de exploración portugueses por la costa occidental de África y el avance sistemático hacia el sur, en busca de la India. Gracias a estos viajes, los portugueses descubrieron y exploraron a lo largo del siglo XV las islas Madera y Azores y la costa africana hasta alcanzar, en 1487, el extremo meridional de África. El descubrimiento de Bartolomé Díaz hizo posible proseguir los viajes, bordeando ahora la costa oriental del continente africano, hasta que en 1497 Vasco de Gama logró llegar a India y alcanzar las codiciadas Islas de las Especias.

La actividad de los portugueses les permitió crear factorías en las costas de África, obteniendo esclavos y oro, y establecer puestos de colonización en el continente negro, en India, en Sumatra, Java y Borneo, las llamadas Islas Molucas, apoderándose del comercio con Asia.

Mientras tanto, Cristóbal Colón concebía el proyecto de llegar a Asia por el oeste. El marino presentó su proyecto al rey portugués Juan II, pero el monarca rechazó la oferta porque creía equivocados sus cálculos y porque Portugal había orientado su esfuerzo hacia el este, circunnavegando África. Fue entonces que viajó a España y entró en relación con nobles y frailes que lo llevaron a la corte, logrando que Isabel de Castilla y Fernando de Aragón (los Reyes Católicos) se fijaran en sus ideas.

A diferencia de los portugueses, los españoles pretendían llegar a India por la ruta del oeste, atravesando el océano Atlántico. Esta empresa era mucho más arriesgada que la portuguesa, porque el Atlántico era entonces un mar desconocido, y para cuya exploración era necesario alejarse de la costa y practicar una navegación de altura, en alta mar.

Las "Capitulaciones de Santa Fe" es el nombre del acuerdo entre la corona y Colón. En virtud de él, el navegante fue nombrado virrey de las tierras que descubriera y se le otorgó el título de almirante de la mar océano. Con la ayuda de los frailes de La Rábida y de los hermanos Pinzón, Colón consiguió fletar dos carabelas: la *Pinta* y la *Niña*, y una nao, la *Santa María*. Con ellas, y una tripulación de 300 hombres salió del puerto de Palos el 3 de agosto de 1492. Después de dos meses de navegación, el 12 de octubre llegó a la isla de Guanahani y poco después a Cuba y Haití, a la que llamó La Española. Había llegado a un nuevo continente. En 1493 realizó una segunda expedición a tierras americanas y exploró varias islas de las Antillas, las Vírgenes y del Caribe. En su tercer viaje a América, en 1498, exploró la costa venezolana y la isla de Trinidad. En su cuarto y último viaje, en 1502, recorrió las tierras centroamericanas y fundó una nueva colonia: Santa María de Belén.

Durante el siglo XVI la corona española autorizó otras expediciones que ampliaron el mundo conocido y abrieron nuevas rutas de navegación. Entre las más importantes, la de Vasco Núñez de Balboa, quien en 1513 avistó el Mar del Sur, hoy océano Pacífico, y la de Hernando de Magallanes, quien en 1519 partió de España con el objetivo de descubrir un paso que permitiera a los barcos cruzar del océano Atlántico al océano Pacífico y alcanzar así las Indias evitando atravesar América. El portugués encontró el hoy estrecho de Magallanes en noviembre de 1520, pero murió en la histórica expedición que acabaría por dar la primera vuelta al mundo al mando de Sebastián Elcano.

LOS DESCUBRIMIENTOS Y SUS CONSECUENCIAS

La formación de dos extensos imperios coloniales, el incremento del comercio y grandes avances en el conocimiento fueron algunas de las más importantes consecuencias del descubrimiento de América.

Portugal dominó la ruta de las especias mediante posesiones con factorías y enclaves a lo largo de toda la costa africana. España, en tanto, adquirió el dominio de grandes regiones de América. La expansión de Portugal y España provocó la rivalidad de Francia e Inglaterra, que desde un principio rechazaron la repartición del mundo entre españoles y portugueses.

Como los portugueses y españoles se reservaron el comercio con sus respectivos territorios, los franceses e ingleses, y más tarde los holandeses, armaron barcos piratas que con sus constantes ataques realizaron una guerra de desgaste contra España, con la que estaban enfrentados abiertamente en el continente europeo. Por su parte, nacionales de cada uno de esos países, apoyados por sus respectivos estados, armaron empresas para piratear a los navíos españoles. Los corsarios eran de origen inglés, los bucaneros franceses y los filibusteros holandeses.

Con las exploraciones de territorios y mares se produjeron grandes cambios económicos: las rutas comerciales mediterráneas perdieron importancia; en cambio, las del Atlántico fueron cada vez más frecuentadas y obtuvieron una primacía que perdura hasta la actualidad. Los puertos del Atlántico desbancaron a los del Mediterráneo por el volumen de su movimiento de mercancías, siendo particularmente activos los de Sevilla, Cádiz y Lisboa. Hasta Europa llegaron productos muy apetecidos y desconocidos, como la mandioca, el maíz, la papa (patata) y el cacao, que procedían de los territorios descubiertos. Los metales preciosos, muy abundantes en América, llegaron a Europa en importantes cantidades, incentivando el comercio. Se desarrolló en toda Europa un nuevo estilo comercial y nació una doctrina económica llamada mercantilismo.

Como consecuencia de los descubrimientos se produjeron también grandes cambios culturales. El hombre europeo del siglo XVI adquirió una visión amplia del mundo que lo rodeaba. La lengua, la forma de gobernarse, las leyes, el arte y la religión de cada metrópoli europea se impusieron en los territorios conquistados. La geografía experimentó un gran desarrollo, ya que se describieron con detalle las características del relieve, clima, flora, fauna y población de las tierras descubiertas. Se perfeccionó la elaboración de mapas, destacando en esta tarea la escuela española de Mallorca y el cosmógrafo Juan de la Cosa, a quien se debe el primer mapa de América.

La necesidad de construir puertos, defensas, caminos y ciudades estimuló a los ingenieros. Las técnicas de navegación y las naves se perfeccionaron. También hubo adelantos en el conocimiento de la llamada historia natural que la exploración del continente americano y la identificación de nuevas especies y productos hicieron posible.

LA CONQUISTA DE AMÉRICA

Desde el Caribe, atraída por el oro, la hueste indiana se expandió por América. Al mando del jefe conquistador fue explorando, dominando y fundando ciudades. Entre los indígenas, el avance europeo causó una violenta reacción.

La fuerza que impulsó la conquista de América fue el capitalismo en expansión. Fue la empresa privada la que llevó adelante esta hazaña. El afán de lucro, la posibilidad de grandes ganancias, hacía que los europeos enfrentasen graves peligros, a sabiendas que podía costarles la vida. El capitalismo se revela en sus rasgos más evidentes en la participación de grandes comerciantes en las expediciones de conquista.

Para solventar una empresa de descubrimiento y conquista, los conquistadores recurrieron a variadas formas de financia-

miento según las circunstancias. Hubo sociedades con gran capital —normalmente las fundadas en España— y otras en que este era insignificante. El endeudamiento fue la manera más común de obtener recursos. A falta de capital, la contribución personal, las armas y las cabalgaduras constituyeron un aporte significativo, y cada uno colaboró con lo que poseía.

La hueste indiana no fue un cuerpo militar orgánico y bien estructurado, sino un conjunto de hombres, reunidos voluntariamente a las órdenes de un capitán y aptos para la lucha. El heterogéneo grupo estaba compuesto por sujetos de muy variada condición y oficio, ambiciosos y orgullosos, más proclives al desenfreno que a la disciplina; también la integraron unos pocos negros esclavos y auxiliares y guerreros indígenas, cuyo aporte sería fundamental.

Fue la hueste indiana la que se expandió por toda América e hizo posible la conquista del continente. Una vez concluida la empresa, sus miembros se dispersaban o bien se transformaban en vecinos de algunas de las ciudades que, gracias a su acción, se procedía a fundar. El afán de los conquistadores por levantar ciudades se explica porque estas cumplían variados propósitos: símbolo de soberanía y de dominación para el rey; ampliación de su jurisdicción para el jefe conquistador y para los soldados; la posibilidad de transformarse en vecinos, hombres respetados, con solar conocido, grandes propiedades agrícolas y encomiendas de indios que trabajarían para ellos; en definitiva, alcanzar riquezas y la condición de señor tan anhelada al partir de España.

La primera colonia que los españoles establecieron en América fue la que fundó Colón en la isla La Española, durante su primer viaje. A partir de entonces, y en sucesivos viajes de exploración y descubrimiento, los conquistadores europeos fueron reconociendo el continente que habían descubierto. Muchos de los lugares conquistados como, por ejemplo, La Española, México, Panamá y Perú se convirtieron en verdaderos focos de expansión de la conquista. De allí partieron numerosas expediciones que ampliaron la conquista de América.

Entre 1492 y 1519, los españoles conquistaron todo el Caribe. En 1508 Juan Ponce de León conquistó Puerto Rico; en 1509, Diego de Nicuesa llegó a Centroamérica; el mismo año fue ocupada Jamaica y se dio inicio a la conquista de Sudamérica; en 1513, Juan Ponce de León llegó a La Florida; en 1514, Diego de Velázquez conquistó Cuba; en 1519 Pedrarias Dávila fundó la ciudad de Panamá. Ese mismo año se inició la conquista de México, luego de la cual se avanzó hacia Perú.

En el ámbito de influencia portugués fue el navegante Duarte Pacheco Pereira quien determinó la existencia de tierras hacia el suroeste del continente americano. La impresión de Pacheco se vería comprobada en 1500, cuando una expedición portuguesa, comandada por Pedro Álvarez Cabral, que se dirigía a la India se desvió de su rumbo y alcanzó la costa de Brasil.

En 1501 los portugueses enviaron una flota para un reconocimiento más detenido de Brasil —en una de cuyas carabelas iba como cronista Américo Vespucio— que exploró y dio nombre a numerosos puntos de la costa a lo largo de más de 3200 km. Fue esta expedición la que llevó a Lisboa las primeras muestras del palo brasil, que no solo dio nombre a las tierras descubiertas, sino que también fue la única razón convincente para su futura exploración.

Para la explotación del Brasil, la corona portuguesa estableció factorías mediante las cuales extrajo los productos, como el palo brasil, monos, esclavos y loros, que tenían valor comercial en Europa. Más tarde, a partir de 1534, se establecieron colonias con el propósito de cultivar azúcar.

En el borde occidental de América del Sur, entre los actuales territorios de Ecuador y Chile, se encontraba el imperio de los incas, cuya capital era Cuzco, en medio de los Andes. En 1524, Francisco Pizarro partió de Panamá al mando de una expedición de la que formaban parte Diego de Almagro y el sacerdote Hernando de Luque, quien aportó el dinero para la empresa.

Después de muchas dificultades y fracasos, Pizarro llegó a la ciudad de Cajamarca en 1532. Allí logró apresar a Atahualpa,

emperador de los incas, quien ofreció un rescate en oro a cambio de su libertad. Atahualpa reunió el oro prometido, pero Pizarro no respetó su palabra y lo mandó ejecutar. Tras la muerte de Atahualpa, Pizarro avanzó hasta la capital del imperio y la tomó. Más tarde, en 1535 y en la costa, fundó la ciudad de Lima, que se convirtió en la capital del virreinato de Perú.

En Cajamarca, Atahualpa se había encontrado en dos ocasiones con los españoles, y en ambas se esforzó por hacerles comprender que él era un ser divino, el Inca, ante quien todos se sometían, incluso los extraños recién llegados. Atahualpa no demostró temor ni desconfianza frente a los españoles. Se presentó ante ellos como la autoridad indiscutida, que nadie osaría poner en duda, ni siquiera los españoles. Estos no podían entender los mensajes de Atahualpa. Se trataba de dos culturas y dos mundos absolutamente diferentes, que en ese momento no estaban en condiciones de dialogar. Atahualpa no pudo leer ni entender la Biblia, supremo respaldo del poderío y razón de los europeos, y estos no estaban en condiciones de comprender los rituales andinos, y por lo mismo el carácter de la autoridad divina del Inca. La imposibilidad de diálogo entre ambos, españoles e incas, explica el fin trágico de Atahualpa. Los españoles jamás pudieron comprender su carácter sagrado.

La conquista de América iniciada por Colón en 1492 es conocida fundamentalmente por los testimonios europeos. La visión de los conquistados en cambio ha sido poco difundida. Para los pueblos indígenas el encuentro con los europeos no solo significó ser vencidos y dominados, implicó tener que vivir en una sociedad que destruyó gran parte de sus formas de vida y condenó sus costumbres, ritos y prácticas.

Para los americanos, el encuentro fue traumático y doloroso. Los sabios y sacerdotes trataron de explicar lo ocurrido, intentando determinar, por ejemplo, si los extranjeros eran o no dioses. Esto significó la difusión de una serie de leyendas sobre el origen de los conquistadores, las que, la mayoría de las veces, solo con-

tribuyeron a retrasar la reacción frente al invasor y a confundir a los indígenas. Luego del desconcierto inicial, todos los relatos indígenas coinciden en mostrar el rechazo y la violenta reacción que el invasor provocó. Violencia, muerte, desintegración de la familia, pérdida de las motivaciones que justifican la existencia, todo ello traducido en una extraordinaria caída del número de habitantes, son el resultado doloroso del encuentro entre los dos mundos.

EL CONQUISTADOR ESPAÑOL

En la segunda mitad del siglo XV, y gracias a la acción desplegada por los Reyes Católicos, España se convirtió en un solo gran Estado moderno y centralizado bajo el signo de la monarquía absoluta. Los reyes lograron someter a los señores feudales y unificar a los españoles, transformando España en una nación poderosa que concentró sus energías en la expansión hacia ultramar.

Contribuyó al éxito de los monarcas la victoria que obtuvieron sobre los musulmanes (moros), a quienes expulsaron de España en 1492, el mismo año en que Cristóbal Colón descubría América. Para España, el acierto de Colón significó continuar, ahora en territorio americano y frente a otro enemigo, la misma guerra de conquista y la cruzada religiosa que había sostenido por siete siglos en la península ibérica contra los musulmanes.

La sociedad española estaba marcada por la guerra, una guerra que ofrecía la posibilidad de servir a Dios y al rey y, al mismo tiempo, enriquecerse. La lucha contra el moro había sido encabezada por los reyes y los sectores de la nobleza, mientras que los hidalgos, escuderos y peones formaron las huestes militares. Todos quienes participaron en la guerra alcanzaron una posición privilegiada en la sociedad y entonces el hombre de armas, fundamentalmente el caballero, constituyó un ideal. Así también ocurriría en América.

El ideal caballeresco, especie de prestigio personal de gran contenido moral, animaba a la nobleza. El estamento noble se

basaba en la pureza de la sangre, una vida intachable, la posesión de riquezas, la piedad, los servicios al rey y la asistencia a los necesitados. Cualquier mezcla mora o judía, el trabajo manual, la cobardía, la impiedad o la falta de recursos rebajaban la condición social del noble y le hacían perder honra. Dando origen así a una mentalidad que ha marcado las sociedades latinoamericanas.

Los aldeanos constituían el estamento que en la España del siglo XV trabajaban la tierra y desempeñaban los oficios artesanales. Vivían pobremente, sometidos a la autoridad de la nobleza, prácticamente sin derechos y pagando impuestos para solventar la estructura nobiliaria.

La condición social de los conquistadores españoles fue fundamentalmente la de los aldeanos, aunque también vinieron unos pocos hidalgos. Los hidalgos pobres, desprovistos de fortuna y en una condición social desmedrada, se convirtieron en un sector propicio para cualquier empresa o aventura que prometiera buenas recompensas. Su afán era alcanzar la categoría de grandes señores, poseedores de tierras y vasallos que trabajaran por ellos. Como en España no se les presentaba ninguna posibilidad de realizar sus ambiciones, América les dio la oportunidad que soñaban.

El porcentaje de aldeanos que llegó a América se calcula que sobrepasó el 80%. Hombres inquietos, rápidamente comprendieron que el Nuevo Mundo les proporcionaba la oportunidad de mejorar su situación, sin las trabas y prejuicios sociales que los aplastaban en España. Era la oportunidad de una nueva vida.

Las edades de la mayor parte de los hombres que arribaron a América eran de entre 20 y 30 años. Vigorosos e inquietos, su juventud les permitió sobreponerse y superar las innumerables dificultades que debieron enfrentar para alcanzar sus objetivos, fueran de carácter natural o provocadas por los aborígenes americanos.

Mejorar su condición social fue el principal estímulo que los conquistadores tuvieron al viajar hacia América. La riqueza que esperaban encontrar en el Nuevo Mundo era el medio para alcanzar la condición de señor. Su ambición se vio estimulada por

los tesoros que algunas regiones les brindaron. El brillo del oro, la codicia de los conquistadores, fue la razón fundamental de la aventura de la conquista.

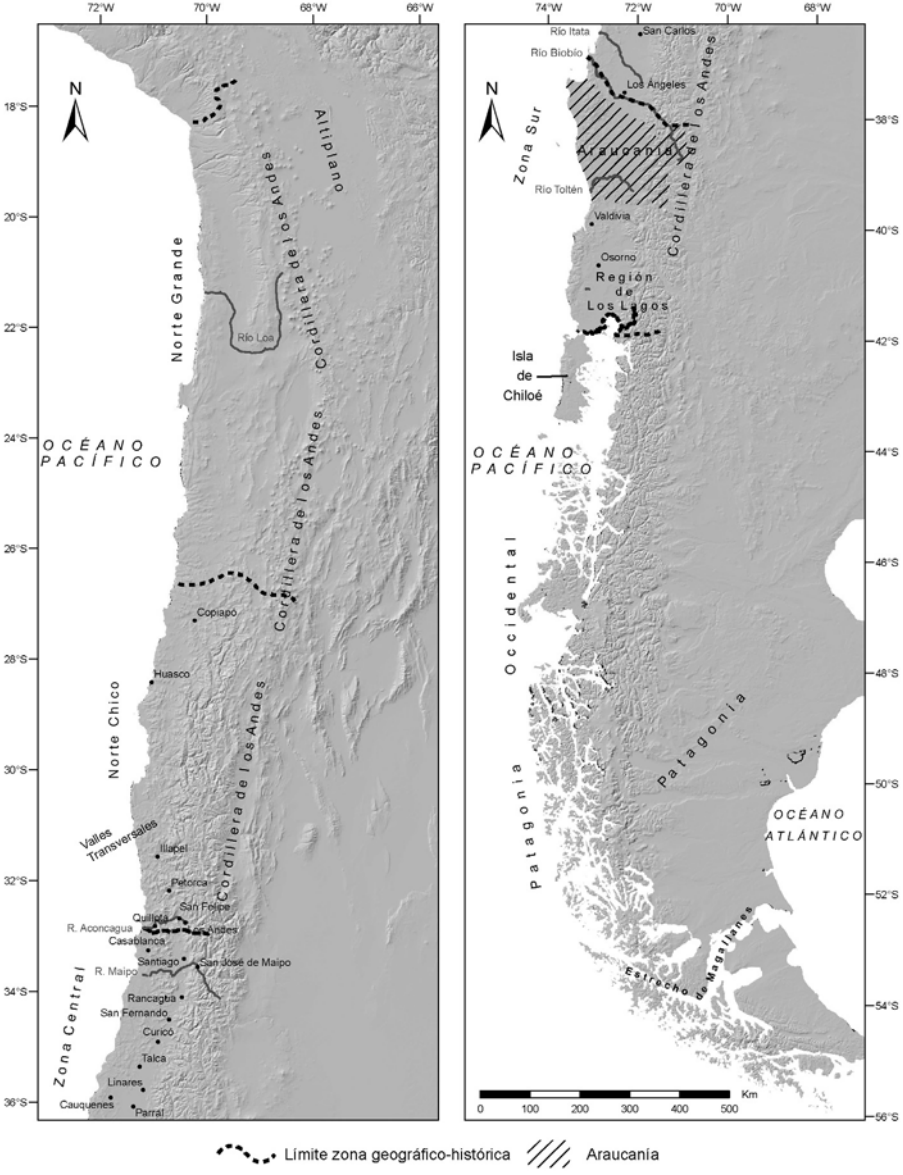
Agotados los tesoros, pasadas las primeras ilusiones, los conquistadores comprendieron que la riqueza solo la obtendrían explotando los recursos naturales de América y organizando la mano de obra indígena. Así, progresivamente, los españoles comienzan a ser conquistados por el Nuevo Mundo. Era necesario trabajar los lavaderos de oro, explotar los productos tropicales y cultivar la tierra. Para ello se repartió la población indígena y cada uno dispuso de la mano de obra forzada que le proporcionó la riqueza que ansiaba. Obtuvieron tierras en gran extensión y de buena calidad; fundaron ciudades, construyeron viviendas y algunos trajeron a sus familias. De esta manera, las aspiraciones señoriales comenzaron a materializarse en América y los hidalgos pobres y los aldeanos forjaron un mundo en el que podrían vivir como señores.

El servicio del rey fue uno de los ideales que movieron a los conquistadores. Vasallos sumisos del monarca, la dominación del nuevo continente significaba ampliar la soberanía de la corona, proporcionarle riquezas y acrecentar su poder. Además, servirle y obtener su favor era un buen camino para obtener recompensas y honores que solo el rey podía dispensar.

La evangelización de los indígenas, el servicio de Dios, fue otro de los motivos que estimularon a los conquistadores. De espíritu religioso, los españoles no vieron con indiferencia la existencia de grandes masas de población que vivían en medio de un mundo de idolatría y de costumbres chocantes para ellos.

El afán de gloria y el espíritu aventurero de los conquistadores constituyeron también fuertes estímulos de la conquista, pues esperaban relacionar su nombre con grandes descubrimientos o con el origen de algún pueblo, alcanzando así una fama imperecedera. De este modo, con actitudes y aspiraciones que hasta el día de hoy es posible apreciar, fueron marcando la sociedad que contribuyeron a forjar.

Zonas geográfico-históricas



CHILE, *FINIS TERRAE* IMPERIAL

LOS EUROPEOS EN CHILE

Avanzada la conquista de Perú en 1535, se inició la expansión española hacia el sur. Correspondería al adelantado Diego de Almagro el mérito de realizar la primera expedición europea, planificada, a Chile. El conquistador había nacido en 1479, de condición modesta y origen oscuro, se embarcó para América en 1514. En Panamá se asoció con Francisco Pizarro en la conquista de Perú, empresa que le significó una considerable riqueza y que el rey le otorgara la gobernación de Nueva Toledo, que comprendía parte de lo que hoy es territorio chileno.

Además de los factores estructurales que explican el avance europeo en América, muchos otros motivaron su empresa de conquista y fueron decisivos en su determinación. Entre ellos, el deseo de explorar su gobernación y colonizar el territorio; asegurar el futuro de su hijo, Diego de Almagro El Mozo; alejarse de Perú en momentos en que sus relaciones con Pizarro estaban muy deterioradas, puesto que los dos se disputaban la posesión de Cuzco, y, por último, los rumores difundidos por los incas que aseguraban que en Chile existían aún más riquezas que en Perú. Reunir hombres para formar la hueste conquistadora no fue difícil. Almagro gozaba de prestigio y contaba con recursos para armar la expedición. Fue así como reunió 500 españoles y cerca de 10 000 indios de servicio o yanaconas.

Su hueste inició la empresa en julio de 1535. Salió de Cuzco y tomó rumbo hacia el altiplano hoy boliviano. Bordeó el lago

Titicaca y luego entró al actual norte argentino. Después de múltiples dificultades, y habiendo transcurrido siete meses desde que empezaran el viaje, los españoles se dispusieron a cruzar la cordillera de los Andes. Las dificultades enfrentadas en la travesía andina, condicionada por el rigor de las nieves eternas, marcaron desde entonces con un matiz fatídico la cordillera. Luego de sufrir muchos contratiempos en su avance hacia el sur, Almagro y sus hombres llegaron al valle del Aconcagua en junio de 1536.

Hasta ese momento, el viaje a Chile solo había significado penalidades. A las dificultades impuestas por la naturaleza se sumaron las derivadas del carácter hostil de los indígenas chilenos que, desde el primer momento, habían obstaculizado la expedición del adelantado.

Los españoles se propusieron explorar el territorio para lo cual uno de los capitanes del conquistador, Gómez de Alvarado, se dirigió hacia el sur llegando hasta las cercanías del río Itata, mientras otro, Juan de Saavedra, exploró la costa en las cercanías de la desembocadura del río Aconcagua. Luego de un rápido reconocimiento, perturbados por el clima invernal y sin que el ansiado oro apareciera en las cantidades imaginadas, los españoles decidieron el regreso a Perú.

Para volver optaron por la ruta de la costa. Atravesaron los desiertos del norte en medio también de penalidades y, al fin, arribaron a Cuzco a comienzos de 1537. Al no haber encontrado oro, los hombres de Almagro consideraron Chile como una tierra maldita. Este desprestigio hizo poco probable que alguien quisiera ir a poblarlo en el futuro.

Pese a que los españoles en Perú consideraban a Chile como la "tierra de la cual se huía como de la peste", Pedro de Valdivia mostró interés por conquistarla. Valdivia era un hidalgo nacido en Extremadura que había llegado a América en 1535 y a Perú en 1536. Bajo las órdenes de Pizarro había combatido en la batalla de Las Salinas, en la que los pizarristas derrotaron a los al-

magristas. Esto le valió no solo el reconocimiento de Pizarro, sino también indios, tierras y una mina de plata.

Grande fue la sorpresa de Pizarro cuando Valdivia le solicitó permiso para emprender la conquista de Chile. Pocos entendieron que Valdivia renunciara a las riquezas y prefiriera la aventura en una tierra difícil y pobre. Obtenida la autorización para conquistar y poblar Chile, Valdivia invirtió todos sus recursos e incluso se endeudó para equipar su expedición, para la que solo logró reunir a unos 150 españoles.

A diferencia de Almagro, Pedro de Valdivia eligió la ruta de los desiertos para ir a Chile. En su determinación pesaron no solo las dificultades naturales que la ruta del altiplano imponía, sino también la hostilidad de los indios de la región, ya probada por la expedición del adelantado. El 20 de enero de 1540 partió de Cuzco y en diciembre del mismo año se encontraba en el valle del río Mapocho. Pedro de Valdivia sabía que su empresa de conquista era una tarea difícil que, entre otros factores, dependía del lugar donde se fundara la primera ciudad que debía servirle de apoyo en la dominación del territorio.

Sobre los restos de un emplazamiento incaico, aprovechando una elección ya realizada, el 12 de febrero de 1541 Pedro de Valdivia procedió a la fundación de Santiago del Nuevo Extremo, en homenaje a su tierra natal. Al pie de un cerro desnudo y solitario, y entre los dos brazos del río Mapocho, el alarife Gamboa trazó el plano de la ciudad. Una vez fundada, el 7 de marzo de 1541, se estableció el cabildo que poco tiempo después nombró a Pedro de Valdivia gobernador de Chile, liberándolo así de la tutela de Pizarro.

Muchas razones llevaron a Valdivia a establecerse en la cuenca del Mapocho. Entre las más importantes están las relacionadas con su deseo de alejarse de Perú, no solo para dificultar el regreso de sus hombres, sino también para independizarse de Pizarro, de quien era subordinado. A lo anterior se sumó el afán de conquistar el sur. Buscó por lo tanto un lugar que le permi-

tiera tener acceso fácilmente a esa región. Por último, en las cercanías del Mapocho había población indígena, buenas tierras y todo lo necesario para la fundación de una ciudad como lo establecían las leyes españolas.

Hasta septiembre de 1541 las cosas permanecieron tranquilas para los españoles. Se había fundado una ciudad, se explotaban lavaderos de oro y en la costa se construía un barco para comunicarse con Perú. Ese mes, sin embargo, los indios de la región se sublevaron y atacaron a los conquistadores. Destruyeron la ciudad, el barco, las faenas de los lavaderos, los alimentos y los animales que poseían.

La destrucción de Santiago significó la pérdida de casi todos los alimentos y recursos que los españoles habían llevado a Chile para su subsistencia. Fue entonces que el gobernador decidió pedir ayuda a Perú. Se inició así un periodo de grandes dificultades y penurias para los conquistadores hasta que llegó asistencia material y humana de Perú.

Apenas en 1543 recibió Valdivia los recursos y refuerzos necesarios para salir de su encierro y consolidar la conquista de Chile. En 1544 ordenó la fundación de la ciudad de La Serena, para asegurar las comunicaciones terrestres con Perú, explotar los lavaderos de oro existentes en la región y repartir encomiendas, al tiempo que dispuso la exploración de la costa hacia el sur.

Pedro de Valdivia se trasladó luego a Perú, donde fue confirmado como gobernador de Chile, obteniendo además dos barcos y 300 hombres de refuerzo. De regreso, en 1549 procedió a refundar La Serena, destruida por los indios en 1547, y él mismo se dispuso a emprender la conquista del territorio situado al sur de Santiago.

De esta etapa inicial de la conquista de Chile datan las cartas en las que Pedro de Valdivia informaba al rey Carlos V que no había mejor tierra para poblar que la de Chile, ponderando sin reservas las cualidades que la naturaleza ofrecía en esas latitudes,

iniciando así una constante: la valoración del territorio y naturaleza chilenos. Aunque esta tiene su origen en una necesidad concreta, atraer pobladores, se ha mantenido en el tiempo, transformándose no solo en un tópico reiterado de las representaciones que los chilenos y quienes habitan en ese territorio hacen de Chile, sino que también ha condicionado la trayectoria social y política de la sociedad.

LA EXPANSIÓN HACIA EL SUR

Diversos fueron los motivos que tuvo Pedro de Valdivia para ampliar la conquista al sur del río Biobío, hacia la Araucanía. A la riqueza que esperaba encontrar, habría que añadir la abundante población indígena y la variedad de recursos naturales existentes en la región. Influyó también la presión de quienes aún no lograban una buena situación y que, con el avance hacia el sur, esperaban convertirse en fundadores de alguna ciudad y así obtener títulos y honores, transformarse en encomenderos o tener acceso a explotar lavaderos de oro. Entre los objetivos de Valdivia también estuvo llegar hasta el estrecho de Magallanes y así ampliar su territorio y los dominios de España.

En 1550 comenzó una nueva etapa fundando Concepción; en 1551 levantó Imperial y al año siguiente Valdivia y Villarrica; en 1553 fundó Angol y estableció los fuertes de Arauco, Tucapel y Purén. A fines de 1553, Valdivia no solo parecía haber conquistado la Araucanía, sus enviados también habían alcanzado el estrecho de Magallanes, y los lavaderos de oro de la zona central y del sur favorecerían la llegada de españoles y con ellos la conquista de todo el territorio.

La ambición llevó a los españoles a cometer errores que habrían de tener graves consecuencias: subestimaron la capacidad militar de los araucanos, dispersaron sus fuerzas y conquistaron más tierras de las que sus recursos les permitían sostener. En

diciembre de 1553 estalló una rebelión en Tucapel, que Pedro de Valdivia pretendió terminar con solo 42 hombres. Los araucanos, comandados por el hábil toqui Lautaro, sorprendieron a los españoles y todos fueron muertos. La rebelión se extendió por todo el territorio araucano. Angol, Purén y Arauco fueron abandonados. Los españoles se refugiaron en Imperial y Concepción, y se ordenó desalojar Villarrica. Mientras, se preparó la defensa de Concepción, amenazada por Lautaro y sus tropas.

En medio de esta dramática situación, el gobierno de Chile se encontraba acéfalo tras la muerte de Valdivia, no existiendo claridad sobre quién debía asumir el poder. Favorecido por las disputas por el gobierno, Lautaro triunfó y Concepción fue despoblada. Ante su total derrota, a los españoles no les quedó más alternativa que refugiarse en Santiago. La empresa de Pedro de Valdivia parecía condenada al fracaso.

Luego de la muerte del gobernador Pedro de Valdivia se nombró en su reemplazo a García Hurtado de Mendoza, quien arribó a Chile en 1557 acompañado de 450 hombres, además de caballos, armas y todo lo necesario para restablecer el dominio español en la Araucanía. El gobernador procedió a la refundación de Concepción y Angol, auxilió a Imperial y Valdivia, fundó dos nuevas ciudades, Cañete y Osorno, y llegó hasta el Seno de Reloncaví, sin encontrar oposición a su paso por la Araucanía, el territorio de los mapuches o araucanos.

Su campaña fue exitosa, y entre los conquistadores renació la esperanza de la conquista de la Araucanía. Esta ilusión se mantendría hasta fines del siglo XVI. Con el gobierno de García Hurtado de Mendoza concluyó, en 1561, la etapa inicial y más esforzada de la conquista. Durante el proceso se reconoció el territorio y se fundaron las principales ciudades, asegurándose la vida pacífica al norte del Biobío.

Al sur del Biobío la lucha se mantuvo por largo tiempo. Si bien es cierto que los españoles habían logrado mantener sus fundaciones, explotar los lavaderos de oro existentes en la región

y obtener indios para las encomiendas, su situación era insegura e incierta. Cada año se reanudaban las acciones militares y era necesario hacer frente a los ataques y hostilidad de los araucanos. Rodeados por grandes masas de población nativa, los colonos establecidos en la Araucanía vivían en permanente alerta, manteniendo difícilmente la presencia española.

La situación en esa región se mantuvo inalterable hasta fines del siglo XVI, cuando se hizo presente la crisis que terminó con la presencia española en la Araucanía. La disminución de la producción de oro y de la mano de obra indígena ocasionada por la guerra, las enfermedades y la pérdida de las expectativas de vida provocaron el desastre. Sin los medios indispensables para financiar la conquista, los españoles no pudieron mantener su dominio. En 1598, el gobernador Martín García Oñez de Loyola y el destacamento que lo acompañaba fueron sorprendidos por los araucanos en Curalaba, derrotados y muertos. Fue el inicio de una formidable reacción indígena que asoló la Araucanía y que significó la destrucción de las fundaciones españolas al sur del Biobío, la muerte de sus colonos y el repliegue de los españoles hacia el norte, reduciéndose de este modo el espacio dominado por los conquistadores.

Las primeras capitulaciones que fijaron los límites de Chile como realidad política fueron dadas por Carlos V en 1529. En ellas, se determinaban los territorios a que se hacían acreedores Francisco Pizarro y Simón de Alcazaba, correspondiendo al último un espacio que llegaba hasta casi los 22º de latitud sur. Más tarde, en 1534, Carlos V fijó la jurisdicción de Diego de Almagro, llamada Nueva Toledo, que se prolongaba hasta Tocopilla.

En 1552 el rey ratificó la concesión hecha por Pedro de la Gasca a Pedro de Valdivia. Nueva Extremadura, la gobernación del conquistador de Chile, abarcaba desde Copiapó —ubicada en los 27º de latitud sur— hasta los 41º de latitud sur, es decir, a la altura de Osorno en la actualidad. El límite poniente era el océano, y al este, una línea paralela que, siguiendo las sinuosi-

dades de la costa del Pacífico, en un ancho de 100 leguas castellanas —630 kilómetros—, abarcaba las actuales provincias argentinas de Tucumán, Juríes, Diaguitas; Cuyo hasta Punta de San Luis; Neuquén y gran parte de la Patagonia oriental. Más tarde, en 1554, el emperador extendió la jurisdicción de Pedro de Valdivia hasta el estrecho de Magallanes.

La primera segregación territorial experimentada por la gobernación de Chile se produjo en 1563, cuando Felipe II decidió incluir en la audiencia de Charcas los territorios de Tucumán, Juríes y Diaguitas, apartándolos de Chile.

Además de los espacios señalados, que constituían los territorios sobre los cuales tenía jurisdicción el gobernador de Chile, los conquistadores habían realizado numerosos reconocimientos geográficos. Mandado por Valdivia, Francisco de Ulloa exploró hasta el estrecho de Magallanes en 1552; y en 1558 Juan Ladrillero tomó posesión de Chiloé y de todas las islas australes hasta el océano Atlántico.

ORO Y SOCIEDAD EN EL SIGLO XVI

La principal actividad del siglo XVI fue la explotación de los lavaderos de oro. Las riquezas obtenidas en ellos fue lo que permitió a los españoles financiar los costos de la conquista. Los lavaderos se encontraban a lo largo de todo el territorio ocupado, aunque los principales fueron los situados en las cercanías de Concepción, Imperial y Villarrica. Sería por medio de la organización de la mano de obra indígena en encomiendas que el sistema funcionó.

La encomienda fue establecida por Cristóbal Colón en las Antillas al exigir el trabajo gratuito de los indios en las faenas agrícolas. Desde ahí se difundió por todo el continente al convertirse en la forma más importante de proveerse mano de obra que implementaron los conquistadores. Para la corona española,

la encomienda se transformó en una de las formas de premiar a los conquistadores por sus méritos al servicio del rey.

Consistió en el derecho, concedido por el rey a un español, para cobrar y percibir para sí los tributos que los indios debían a la corona por ser súbditos y vasallos del rey. Las encomiendas se otorgaban por dos vidas y los beneficiados con ellas se obligaban a cuidar de los indios, disponer su asistencia espiritual y servir al rey habitando y defendiendo las provincias donde disfrutaran de su derecho.

En los primeros años de la conquista, correspondió al capitán de la hueste repartir las encomiendas. Más tarde, y a medida que la vida en América se fue institucionalizando, el gobernador asumió esta atribución. Los soldados más destacados, los primeros en llegar a un nuevo territorio y quienes aportaron grandes medios para una expedición se hicieron acreedores de una encomienda. Consolidada la ocupación, los parientes y los hombres de confianza del gobernador disfrutaron de ellas.

La encomienda en Chile no funcionó como pago de tributos. Debido al escaso desarrollo de los pueblos nativos, incapaces de producir excedentes que permitieran pagar impuestos, la encomienda derivó en servicio personal. Fue Pedro de Valdivia quien repartió las primeras. Los beneficiados utilizaron la mano de obra indígena preferentemente en los lavaderos de oro que entraron en explotación. La encomienda se transformó así en un símbolo de riqueza y en un elemento diferenciador dentro de la sociedad, satisfaciendo las aspiraciones señoriales de sus poseedores. Además, gracias a la riqueza que se obtenía de los lavaderos de oro, fue que los españoles pudieron solventar la conquista de Chile.

Según su situación geográfica, las encomiendas en Chile fueron numerosas o reducidas. En el Norte Chico, donde la población nativa no era abundante, fueron muy pequeñas. En cambio, entre el Aconcagua y el Seno de Reloncaví, las encomiendas comprendían hasta miles de indios. Sin embargo, las encomiendas del norte eran seguras gracias a la tranquilidad existente y, por el contrario, a me-

dida que se avanzaba hacia el sur, y como consecuencia de la guerra en la Araucanía, su posesión fue precaria y difícil de aprovechar.

El goce de encomiendas significó una serie de abusos para con la población originaria de América. Movidos por el afán de lucro, los encomenderos sacaban el máximo provecho de "sus indios", proporcionándoles un trato cruel e inhumano, sin atender realmente a su bienestar o el de sus familias. Intentando limitar los abusos, la corona implementó diversas normas legales que, si bien no lograron detener los maltratos que sufría el indio, hicieron más soportable su situación al limitar la carga que podían transportar y la edad de los indios destinados al servicio, además de establecer turnos para el trabajo. Las principales de estas normas en Chile fueron: la Ordenanza de Santillán de 1561 y la Tasa de Gamboa de 1580.

Los conquistadores que por sus méritos obtuvieron encomiendas, lavaderos de oro y cargos públicos, ocuparon una posición privilegiada en el siglo XVI. Los indios encomendados les permitían disponer de mano de obra para sus lavaderos, y ambos elementos: indios y oro, fueron fuente fundamental de riqueza y origen de lo que más tarde se consideraría la aristocracia local.

También los españoles se ocuparon del trabajo agrícola, especialmente entre los ríos Copiapó y Biobío. Aprovechando las sementeras indígenas, iniciaron la explotación sistemática de las especies que estos cultivaban así como la introducción de especies europeas. Aclimataron el trigo, la vid, el olivo y diferentes árboles frutales. Igualmente, trajeron animales como el caballo, el cordero, el cabro, el cerdo y los vacunos.

Junto a los privilegiados, existían otros que no lograron ningún reconocimiento por su participación en la conquista. Eran los españoles pobres, cuya vida fue muy precaria y difícil. Por debajo de este grupo se encontraban los indios, quienes servían a los españoles como fuerza productiva o como soldados en la guerra.

La mezcla de españoles e indios fue algo corriente desde la llegada del europeo. La escasez de mujeres blancas, el contacto

militar y otras variadas formas de encuentro, hizo posible iniciar relaciones de las cuales resultó el mestizo, tipo étnico que con el tiempo habría de predominar en Chile.

Los negros también se hicieron presentes en la conquista de Chile. Traídos desde Perú, la mayoría como esclavos, más tarde fueron internados por comerciantes desde Buenos Aires. De la mezcla de negros con blancos y con indios resultaron los mulatos y los zambos.

En los primeros años de la conquista la única preocupación consciente de los españoles fue la guerra y la explotación de los lavaderos de oro. Sin embargo, la presencia del conquistador implicó la llegada de dos de los principales aportes culturales de los europeos que conquistaron América: el idioma y la religión. Más adelante, también introdujeron especies animales y vegetales desconocidas para los indígenas, además de nuevos conocimientos y técnicas de explotación agrícola y minera.

Fue la presencia de las órdenes religiosas en Chile lo que hizo posible iniciar el desenvolvimiento sistemático de algunos rudimentos de desarrollo cultural y enseñanza. Los mercedarios fueron los primeros regulares en asentarse en Chile; a ellos les siguieron los dominicos, los franciscanos y la Compañía de Jesús en 1593. Todos fundaron conventos y colegios; algunos se dedicaron, además, a la evangelización de los indios, actividad en la que sobresalieron los jesuitas.

Los testimonios y relatos escritos por los propios protagonistas de la conquista constituyen las primeras formas literarias existentes en Chile. Entre ellas destacan las crónicas de Jerónimo de Vivar y Pedro de Oña, así como también las cartas de Pedro de Valdivia. Un sitial preferencial ocupa el poema *La Araucana* de Alonso de Ercilla que, a su mérito literario y valor como relato histórico, suma el de constituir una verdadero certificado de nacimiento de la nacionalidad cuando, en el siglo XIX, esta debió ser "imaginada" y dotada de una historia.

EL *FINIS TERRAE* DEL IMPERIO ESPAÑOL

La conquista de Chile fue la consecuencia natural del asentamiento de los españoles en el Perú que, transformado en un dinámico centro de expansión, hizo posible la avanzada europea sobre los territorios situados en el extremo suroccidental del continente americano.

La riqueza aurífera hallada en Perú, tanto como la ambición de quienes no alcanzaron a disfrutar de los beneficios que ella trajo, estimuló a los castellanos a emprender el reconocimiento de Chile; un territorio que, como los cronistas lo acreditan, era presentado por los incas como una región riquísima en metales preciosos, en la que los españoles encontrarían un tesoro mayor que el de Atahualpa y "todo en tejuelos de oro". La impresión inicial de los europeos fue tan fuerte que, incluso, fue recogida por Alonso de Ercilla en *La Araucana*, donde afirmó que Chile había sido sujeto del Inca del Perú, "de donde le traían cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia de este". Así, la expedición encabezada por Diego de Almagro partió hacia Chile con muy altas expectativas de ganancia, muestra de lo cual es su propia composición: más de 400 europeos, unos 15 000 indios auxiliares, algo menos de 100 negros y todo tipo de vituallas para la colonización.

Sin embargo, la empresa de Almagro no solo fue un contundente fracaso en razón de sus fines últimos, esto es la obtención de riquezas; además, se caracterizó por las durísimas penalidades que los conquistadores debieron experimentar a lo largo de su marcha y por la resistencia que las rudas poblaciones aborígenes ofrecieron a los europeos. Decepcionadas, las huestes de Almagro presionaron por el regreso a Perú que, comparado con Chile, se apreciaba como una tierra de promisión. La travesía hacia Cuzco, esta vez por los desiertos costeros, no fue menos penosa que la experimentada a través de la cordillera de los Andes en la ruta de ida, experiencias que también terminaron marcando negativamente la expedición a Chile.

De vuelta en el Cuzco, Diego de Almagro no solo debió asumir su infortunio, además sufrió una estrepitosa derrota frente a los hermanos Pizarro, arrastrando en su desgraciada suerte a quienes lo habían acompañado en su malograda empresa al sur, a lo más hondo del suelo, a las provincias de los confines del mundo, como los incas consideraban Chile. Un nombre proveniente de la expresión quechua *ancha chiri*, que significa muy frío; un concepto probablemente asociado a las dificultades del paso por las altas cumbres andinas. Seguro resulta el hecho de que "Chili" es un nombre impuesto desde fuera del territorio que nombra, y que evidencia una mirada ajena y distante.

Desde entonces, 1538, todos fueron estigmatizados y llamados de manera burlona "los de Chile", transformando así el nombre del territorio de la frustrada empresa de conquista en sinónimo de fracaso, derrota y, en último término, de pobreza.

Prueba de ello es que, cuando el capitán Pedro de Valdivia pidió autorización para la conquista de Chile, no solo sorprendió con lo que se consideró una descabellada iniciativa, sino que tampoco encontró voluntarios dispuestos a acompañarlo pues, como escribió: "no había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían de ella eran los que trajo el adelantado don Diego de Almagro, que, como la desamparó, quedó tan mal infamada que como de la pestilencia huían de ella".

La escasez de recursos humanos y materiales motivada por la resistencia a ir a una región pobre y escarnecida, cuya conquista resultaba del todo incierta, explica que Valdivia, en medio de sus esfuerzos por asentar el dominio español, escribiera numerosas cartas ponderando sobremanera las bondades de la tierra sobre la cual pretendía ejercer su dominio. Pero también que en la toma de posesión del territorio, lo nombrara Nueva Extremadura, en recuerdo de su región natal y con el propósito de borrar el odioso nombre de Chile.

Diversos ejemplos se pueden citar para mostrar la situación geográfica marginal y extrema del territorio de Chile durante el

periodo colonial. En primer término la toponimia del territorio: Despoblado de Atacama es el nombre que más corrientemente se le dio en la colonia al espacio que se extiende desde el norte de Copiapó hasta Perú. Cientos de kilómetros de desierto donde la falta de agua y de víveres hicieron prácticamente imposible el contacto con el virreinato del Perú. Tal era el desamparo y la aridez de la región que a la primera manifestación de vida, con algo de agua y vegetación que los europeos encontraron luego de cruzar el "despoblado", le nombraron San Francisco de la Selva, hoy Copiapó.

Por el sur, en la costa desmembrada del extremo meridional occidental de América del Sur, nombres como los de Puerto de Hambre, Isla Desolación, Golfo de Penas, Seno Última Esperanza, Bahía Salvación, Cabo Deseado y Puerto Misericordia, muestran las dificultades que las condiciones geográficas y climáticas impusieron a los conquistadores, tanto como la impresión que estas causaron en ellos. Las características extremas de la región así como los riesgos para la navegación que el cruce del Cabo de Hornos y la derrota por los canales y la Mar del Sur impusieron a los europeos, impidieron no solo la colonización de un territorio escaso en recursos; también, y como una forma de alentar el interés por la región, a la vez que manifestación de la ignorancia geográfica respecto de la zona austral, dieron lugar a la leyenda de la ciudad de los Césares, la que se situaba al sur de los ríos Negro y Valdivia, en las tierras circundantes al estrecho de Magallanes.

La cordillera de los Andes fue otro obstáculo que los europeos representaron con una imagen fatídica, como causa de penurias, y que en los documentos prácticamente jamás nombraron de manera entusiasta. El recuerdo de la amarga travesía de Almagro y sus hombres permaneció vivo entre los conquistadores y sus descendientes, cohibiendo el cruce del muro de hielo y roca que, por la dureza de sus condiciones climáticas, se transformó así en una barrera que también aisló a Chile del resto del continente.

Su aislamiento geográfico, el enclaustramiento derivado de las condiciones extremas de sus ambientes limítrofes, así como la dureza de una existencia cotidiana marcada por la constante guerra contra los araucanos y las periódicas catástrofes naturales que lo sacudían, para no referir la endémica pobreza que la transformó en la colonia más pobre del imperio español, hicieron de Chile una sociedad marginal en el contexto del imperio. Así lo demuestran numerosas evidencias de naturaleza económica, social, cultural y política. Entre ellas, la situación de subordinación de la gobernación de Chile respecto del virreinato del Perú, el sometimiento de la economía chilena a los intereses de los comerciantes peruanos y la modestia de la vida cultural y social. Todos factores presentes durante todo el periodo colonial.

La condición de Chile en el contexto del imperio español quedó claramente expuesta, por ejemplo, en las conclusiones que sobre su realidad dedujo la Expedición Malaspina luego de su paso por América entre 1789 y 1794. Para la empresa ilustrada, su reconocimiento y exploración de la costa y Mar del Sur significó permanecer en la frontera austral del imperio. Pero no concebido como un borde de guerra, sino que como un linde político, cultural y económico de vasto alcance. Para Malaspina y sus hombres, Chile no solo fue un *finis terrae* geográfico, sino también una periferia en la cual comenzaba a cesar, a desdibujarse la presencia de España en América, con todos los potenciales riesgos y amenazas que esta realidad podía tener para la corona. Es la noción de Chile como límite geográfico y cultural. Un territorio respecto del cual Malaspina concluyó: "es sin duda el país entre todos los que ha conquistado la España en América, que más sangre y caudales le ha costado y menos ventaja le ha producido".

La realidad marginal de Chile, que en el siglo XVI Ercilla había situado "en la región antártica famosa", tuvo también consecuencias en la mentalidad de su población más allá del periodo colonial.

CHILE COLONIAL, EL JARDÍN DE AMÉRICA

LA COLONIA

La condición colonial de América significó colocar a las sociedades y territorios americanos en una situación de inferioridad respecto de España, que en el caso de Chile era todavía más aguda por su lejanía y subordinación al Perú. Las colonias no solo ocuparon un plano secundario, sino que estuvieron sometidas, entre otras razones, debido a la explotación económica de sus recursos en beneficio de los españoles, una rígida política administrativa que postergó a los criollos, una sociedad jerárquica e inmovilista basada en el color de la piel y la explotación de los indígenas americanos.

En Chile los siglos coloniales se caracterizaron por ser una etapa de fortalecimiento de la nueva sociedad, fruto del encuentro de dos pueblos y dos culturas, en un largo proceso de influencias recíprocas y, esencial, de mestizaje. A diferencia de la conquista, la colonia fue un periodo de relativa estabilidad en el que tanto las instituciones como los hábitos de vida fueron adecuándose a las necesidades, siempre cambiantes, de la evolución social. En este lapso los españoles se establecieron definitivamente entre las ciudades de La Serena y Concepción, llegaron nuevos contingentes desde España y se incrementó la población mestiza. La guerra en la Araucanía, intensa hasta 1650 aproximadamente, fue perdiendo vigor, cediendo ante las relaciones fronterizas pacíficas, mientras en la gobernación se desarrollaron diversas actividades productivas, en especial las relacionadas con la ganadería y la agricultura.

Desde el comienzo de la dominación europea en América, la corona española se preocupó por dictar leyes y crear organismos que se encargaran de la administración de sus posesiones ultramarinas, dando origen a una estructura de gobierno especial para América, diferente de la existente para la península. El Consejo de Indias y la Casa de Contratación fueron las instituciones más relevantes para la gestión de América.

El gobernador en Chile fue la principal autoridad civil y el representante del rey de España en el territorio. Ejerció también funciones militares; de ahí que fuese designado capitán general. Debido a la condición de frontera bélica, en Chile la mayoría de los gobernadores coloniales fueron militares. Además de sus atribuciones gubernativas, administrativas y militares, el gobernador presidía la Real Audiencia. El propio monarca, o el virrey del Perú, designaban al gobernador. Generalmente duraron entre cinco y seis años en el ejercicio de su cargo.

Entre los gobernadores hubo militares de gran valía como Alonso de Ribera y Alonso García de Ramón a comienzos del siglo XVI, quienes entregaron su esfuerzo al servicio del bien público, gobernando en forma adecuada en los momentos difíciles. Otros, como José Antonio Manso de Velasco y Ambrosio O'Higgins, destacaron por su espíritu ilustrado y la actividad que desarrollaron en la construcción de obras públicas y la fundación de ciudades. Ambos ejercieron el poder en el siglo XVIII.

La administración de justicia colonial se expresó en diversos tipos de jueces e instancias. Los alcaldes veían las cuestiones civiles y criminales de menor importancia. Los corregidores se encargaban de los litigios civiles y criminales de primera instancia y eran, además, jueces de minas; por medio de ellos la corona hizo justicia en el ámbito rural. Las sentencias de los alcaldes y corregidores podían ser apeladas ante el tribunal más importante de la estructura judicial en América: la Real Audiencia.

En Chile se instaló por primera vez en Concepción en 1567, funcionando hasta 1575. Luego, en 1609, se creó en Santiago,

perdurando hasta la época de la independencia, momento en que fue reemplazada por los Tribunales de Justicia instaurados por el gobierno republicano como uno de los tres poderes del Estado.

Los gobernadores, como los oidores de la Real Audiencia, fueron generalmente españoles y gozaron de especial consideración, pero debían cumplir con algunas exigencias: la prohibición de mantener negocios en la ciudad y de contraer matrimonio con las criollas, y la obligación de responder al Juicio de Residencia. Como en muchos otros aspectos, estas prevenciones en demasiadas ocasiones no se cumplieron, marcando así una de las características de la sociedad: hecha la ley, hecha la excepción.

El Cabildo fue la institución de gobierno municipal de carácter popular. Integrado por los vecinos de la ciudad en representación de la comunidad, en él se expresó la idea del bien común que, se aspiraba, debía regir la vida pública. Sus funciones básicas fueron gobernar y administrar la ciudad; administrar los ejidos o bienes propios; trazar y limpiar calles, plazas y acequias; distribuir y regular los abastos; fijar los precios y las medidas, y cuidar el ornato público.

En América desempeñó un papel relevante desde su creación, en tiempos de la conquista, hasta el periodo de la independencia. De hecho fue la institución desde la cual se reaccionó a la vacancia en el trono producida por la invasión de Napoleón.

En un principio, el Cabildo solo estaba compuesto por españoles, pero ya en el siglo XVII los cargos comenzaron a venderse con carácter vitalicio, haciendo así posible el acceso de los criollos y con ellos su distinción y prestigio social. Presidido por el gobernador, representó los intereses y aspiraciones locales frente a la monarquía.

LA GUERRA Y LA PAZ EN LA ARAUCANÍA

La región de la Araucanía fue el punto de encuentro más intenso entre españoles y araucanos. Luego del triunfo indígena en Curalaba en 1598, el río Biobío se convirtió en la frontera natu-

ral entre ambos pueblos. La situación fue reconocida oficialmente por los españoles al crear un ejército profesional que aseguró el dominio sobre los territorios situados al norte, impidiendo el paso de los indígenas gracias a una serie de fuertes levantados en la región. En medio de las luchas, españoles y araucanos desarrollaron relaciones de carácter pacífico, fundamentalmente comerciales, que dieron origen al mestizaje y al intercambio cultural. Las relaciones fronterizas en la Araucanía muestran que hubo periodos de predominio de la guerra, y otros en los que prevalecieron los contactos de carácter pacífico.

Durante el siglo XVI y hasta mediados del XVII prevaleció en Arauco la lucha militar. En esta etapa la guerra fue muy activa y sangrienta, especialmente luego del triunfo araucano, obtenido en 1598, que significó la muerte del gobernador Martín García Oñez de Loyola. Esta derrota fue un serio inconveniente que obligó a los españoles a postergar sus pretensiones de conquistar militarmente la Araucanía. Se consolidó así la frontera, custodiada por un ejército permanente, organizado por el gobernador Alonso de Ribera, quien, además, introdujo reformas en la organización de las tropas.

El gobernador puso en ejecución un plan militar que, en lugar de dispersar las fuerzas en la Araucanía, las concentraba en una cadena de fuertes a lo largo del río Biobío. Consolidada esta línea, se esperaba, se podría avanzar con los fuertes, pero solo una vez que las tierras dejadas atrás estuvieran absolutamente sometidas. Junto con la nueva táctica, Ribera disciplinó y organizó el ejército profesional señalando a cada arma, caballería, infantería y artillería, el papel que asumirían en la guerra.

Producto de estas reformas la lucha militar fue decayendo lentamente. Las relaciones fronterizas se fueron estrechando debido a que, tanto a los españoles como a los araucanos les era más conveniente mantener la paz. La última gran rebelión araucana fue la de 1655 y significó un duro golpe al comercio de indios esclavos, uno de los principales motivos de la guerra. Desde

entonces comenzó un largo contacto fronterizo de carácter pacífico que hizo olvidar la época de luchas sangrientas, a pesar de las escaramuzas que de vez en cuando alteraron la paz.

La nueva situación permitió que se realizaran plenamente los procesos económicos, sociales y culturales que, iniciados con anterioridad, adquirían ahora toda su significación. Al disminuir las luchas, se logró el perfeccionamiento y la extensión del comercio fronterizo, el incremento de la acción evangelizadora, un intenso proceso de mezcla cultural, el aumento de la población mestiza, el progresivo poblamiento de la región por parte de españoles y mestizos y el comienzo de la explotación agrícola en las zonas adyacentes al río Biobío.

En la nueva realidad de la frontera el comercio entre españoles y araucanos se transformó en una actividad permanente en la que también participaron otros grupos indígenas, como los pehuenches. Mantener la paz convenía a todos y ello caracterizó desde entonces la convivencia fronteriza. También se profundizó la tarea de evangelización de los indígenas. Si durante el siglo XVI la penetración de misioneros a la Araucanía fue lenta, en los siglos XVII y XVIII esta labor tuvo progresos evidentes. Gracias al creciente clima de paz los misioneros pudieron vivir entre los indios, en lugares apartados, fundando misiones donde enseñaron a leer y a escribir a los niños mapuches. La actividad de los misioneros fue una de las importantes formas de penetración pacífica practicada en la Araucanía.

En la acción evangelizadora tuvieron una destacada participación los jesuitas, los franciscanos y los mercedarios, quienes realizaron un papel humanitario protegiendo a los indígenas y curándolos de sus enfermedades.

Las acciones militares quedaron circunscritas a las llamadas malocas y malones, acciones de españoles e indígenas respectivamente, destinadas a capturar y matar enemigos y apropiarse de sus bienes. Durante el siglo XVIII hubo pocas rebeliones y las autoridades procuraron garantizar largos periodos de paz celebrando

parlamentos; reuniones en las que, junto con acordar la paz, españoles y araucanos intercambiaban regalos y celebraban festines.

La existencia de un ejército profesional y la implantación del real situado —una suma de dinero que todos los años se remitía desde Perú— que permitía mantener las tropas, hicieron posible asegurar la región situada al norte del Biobío, en la cual se desenvolvió una vida apacible y donde pudieron desarrollarse las actividades productivas. El real situado significó un estímulo para la economía chilena, pobre en medios de pago y mercaderías manufacturadas, la que, además, se activó como consecuencia de los bienes y servicios que fue necesario producir para satisfacer las necesidades del ejército.

LA ECONOMÍA COLONIAL

Una manifestación de la subordinación económica respecto de España fue que el intercambio comercial entre esta y sus posesiones coloniales pretendió ser realizado de manera estricta por medio de un monopolio comercial que no le permitía a las colonias comerciar entre ellas ni con las potencias extranjeras. Establecido por España, favoreció a la economía española, pero frenó o retardó el desenvolvimiento de las colonias.

El intercambio de productos se hacía en los barcos pertenecientes a la flota española que partían desde el puerto de Sevilla y llegaban a los puertos coloniales de Veracruz, La Habana, Santo Domingo y Portobelo. La Casa de Contratación fue la encargada de la organización de las flotas. Los navíos españoles traían mercaderías manufacturadas en Europa: artículos de lujo, telas, herramientas, máquinas, armas y otra gran variedad de bienes. De los puertos americanos partían los barcos con productos tropicales como tabaco, cacao y café y, también, metales preciosos.

En América se producían metales preciosos, materias primas y alimentos. La mayor fuente de riqueza fue la explotación

de los yacimientos minerales, especialmente de oro y plata en México y Perú. En las regiones de clima tropical se encontraban las plantaciones, que producían azúcar, tabaco, cacao y otros productos de gran demanda mundial. En las zonas templadas, como Chile, se constituyeron las haciendas, en las que se cultivaba el trigo, el maíz y la vid, entre muchas otras plantas y, además, se criaban animales para la producción pecuaria.

A comienzos del siglo XVII las actividades económicas en Chile se reorientaron de la minería del oro hacia las faenas agrícolas y ganaderas. Diversos factores contribuyeron a explicar este cambio, entre ellos, el agotamiento de los lavaderos de oro y la dramática disminución de la mano de obra indígena fueron fundamentales. A ellos se sumaron las favorables condiciones que se presentaban para la explotación ganadera: de una parte, la disponibilidad de tierras existente, el hecho de que la nueva actividad no requería gran cantidad de mano de obra y, sobre todo, la gran demanda de productos derivados de la ganadería que se produjo en el Perú.

En un comienzo, la agricultura tuvo un papel secundario en la economía chilena, pero cuando se fue estableciendo la paz en el territorio situado al norte del río Biobío y se abrió un buen mercado para el trigo en Perú, aumentaron las extensiones de tierra dedicadas al cultivo de trigo, maíz, cebada y cáñamo, además de legumbres, hortalizas y viñedos.

El cultivo de la vid y la fabricación de vino y aguardiente representaron, especialmente entre los ríos Maule y Chillán, las actividades fundamentales de la agricultura. El vino era almacenado en grandes tinajas de barro cocido y se depositaba en bodegas. Una parte de la producción se destinaba a la exportación hacia el Perú.

El virreinato se transformó en un centro económico productor de metales preciosos, cuya especialización minera hizo necesario proveerlo de alimentos y otros productos para la subsistencia de sus habitantes. Desde diversas regiones de América se

abastecía a los peruanos, y durante el siglo XVII Chile contribuyó con cueros, sebos, charqui, frutas secas y animales, entre otros productos. El "siglo del sebo" y la dependencia económica de Chile se iniciaron entonces.

En los siglos coloniales la economía chilena se vio orientada a la producción agrícola, ganadera y minera. Desde entonces, el país se ha convertido en abastecedor de alimentos y materias primas para otras regiones. La actividad minera fue una gran fuente de riquezas, sobre todo en el siglo XVI, pero durante el periodo colonial, la actividad agropecuaria se convirtió en la principal fuente de riqueza para Chile.

La estancia fue la unidad territorial en la que se desenvolvió la ganadería. Ahí se criaban grandes cantidades de vacunos, ovejas, mulas y cabros, los que vagaban libremente hasta que eran reunidos una vez al año mediante el rodeo que cada estancia realizaba y, entonces, se procedía a la matanza. La reiteración anual de estas labores, en particular el rodeo, fue lo que hizo posible también su transformación en fiesta popular y más tarde en "deporte" propio del hombre del campo, el huaso chileno, momento en que exhibe su destreza con la cabalgadura y el lazo y, sobre todo, su capacidad para atrapar vacunos.

La actividad ganadera fue normal en el llano central y centro sur del país. A partir de ella se obtenían sebos y cueros que se exportaban a Perú. También se exportaban las mulas que en Potosí eran muy apreciadas para el trabajo minero. A cambio de sus exportaciones Chile recibía productos manufacturados y suntuarios, como seda, loza, espejos y chocolate.

La hacienda adquirió importancia en el siglo XVII a medida que aumentaba el interés por la tierra y por el trabajo agropecuario. Además de producir alimentos y bienes artesanales, fue un núcleo social importante por el número de personas que trabajaban en ella y por el poder que entregó a los hacendados propietarios de la tierra. Fue un centro de poder social y económico, fuente de ascenso de la aristocracia local.

Reunió distintos grupos raciales, blancos, indígenas y negros, propiciando el aumento del mestizaje; en su interior se dio una forma de vida propia debido al escaso contacto con el mundo exterior, garantizando así la influencia del patrón sin contrapeso. En cuanto fuente de poder, el hacendado no solo se convirtió en un hombre económicamente poderoso; también adquirió poder político y prestigio social. Los grandes hacendados se transformaron en influyentes señores que, apoyados en el control que ejercían sobre sus trabajadores, desafiaron incluso a las autoridades.

La producción de bienes manufacturados fue reducida en el Chile colonial. La pobreza del país, unida a las restricciones impuestas por España impidió el desarrollo de industrias. Solo pudo subsistir una rudimentaria manufactura de tejidos de bayeta y de lana, de ollas y tinajas de greda, de muebles y de toscas vasijas de plata.

EL AUGE MATERIAL EN EL SIGLO XVIII

La liberalización del comercio en el siglo XVIII permitió un mayor desenvolvimiento de la economía chilena. La agricultura y la minería recibieron un gran impulso e hicieron posible tanto la creación de nuevas instituciones y la construcción de importantes obras públicas, como la consolidación de la aristocracia criolla gracias a la posesión de la tierra. Se inició así un periodo de expansión general que tuvo su culminación en la independencia.

El siglo se inició con el ascenso de Felipe V, Borbón de origen francés, al trono español. Durante su gobierno, aplicó una política económica y fiscal en España y sus colonias orientada a lograr mediante una administración más eficaz mayores beneficios económicos para el imperio. Las nuevas leyes eliminaron el sistema comercial de flotas y galeones reemplazándolo por el de los navíos de registro. Así, a partir de 1720, cualquier armador

podía embarcar mercaderías hacia las colonias, pagando un derecho en el puerto de Cádiz y obteniendo la autorización de la Casa de Contratación. Los navíos de registro hicieron más expedito el comercio entre España y América. Los precios bajaron y aumentó el consumo, lo que provocó un flujo muy alto de metales preciosos de América hacia Europa. Las reformas continuaron y en 1765 se autorizó la salida de barcos hacia América desde varios puertos españoles, rompiéndose así el monopolio que habían tenido Sevilla y Cádiz.

En 1778 el rey Carlos III promulgó las "Ordenanzas de libre comercio", que tendrían gran repercusión en América pues fortalecieron y mejoraron las relaciones de intercambio con las colonias. Como consecuencia de esta nueva política económica se habilitaron otros puertos españoles para el tráfico comercial, que aumentó casi 10 veces. Las mayores facilidades otorgadas al comercio significaron para América la llegada de gran cantidad de artículos que, hasta entonces, había sido casi imposible obtener. La oferta creció de manera considerable, superando progresivamente la demanda, produciéndose la saturación de los mercados, además de una creciente fuga de metales preciosos. En el caso de Chile, los puertos de Valparaíso y Concepción fueron autorizados para mandar buques directamente a algunos puertos españoles.

El comercio regular con España no fue la única vía por la cual los americanos se abastecieron de bienes manufacturados. Un porcentaje importante de los productos que llegaban a las colonias entraba de contrabando, por medio del cual los americanos lograron satisfacer sus crecientes necesidades de bienes y productos.

Otras dos circunstancias facilitaron el desarrollo de este comercio ilegal o contrabando: la gran extensión de las costas americanas sobre los océanos Atlántico, Pacífico y el mar Caribe, que dificultaba su defensa y vigilancia, y la indulgencia de algunos gobernadores españoles y funcionarios reales que, a menudo, aceptaban el tráfico clandestino debido al provecho que sacaban

de él. Todo, sin perjuicio de ser la creciente demanda de bienes manufacturados la causa esencial del comercio ilícito.

El siglo XVIII fue la centuria del trigo en Chile. La actividad agrícola que en el siglo XVII se había mantenido en un plano secundario respecto de las labores pecuarias, comenzó a tomar impulso a fines de la centuria luego de que el Consulado de Lima promoviera el cultivo de caña de azúcar en desmedro del de trigo, obligando a los peruanos a demandar cada vez más cereales chilenos. De esta manera, el trigo chileno se impuso en el mercado peruano. A partir de entonces, 1687, y hasta fines del periodo colonial, la producción de trigo desde Aconcagua hasta Colchagua se transformó en la principal actividad económica y en la principal fuente de riqueza de la aristocracia, grupo propietario de las haciendas donde se cultivaba el cereal. Sin embargo, el limitado mercado peruano, pese a que permitió la acumulación de riquezas, no fue suficiente para estimular un adelanto en las faenas y técnicas agrícolas.

La productividad de las tierras era muy baja. No existía ningún tipo de maquinaria e incluso se siguió utilizando el arado de madera, a veces sin punta de hierro, que usaban los habitantes originales de Chile. Se desarrolló una agricultura de carácter extensivo, atrasada, en la que la mayor parte de la superficie agrícola permanecía sin cultivar. Junto a la producción de cereales se continuó con el cultivo de hortalizas y frutales, que no requerían gran trabajo. Las tareas ganaderas completaban las actividades de la hacienda. La cría de ganado se hacía en forma extensiva.

La actividad minera, que había hecho posible la conquista en el siglo XVI, volvió a cobrar gran importancia en el siglo XVIII. Especial desarrollo alcanzó la minería de la plata y en menor medida la del cobre. Los minerales de plata más importantes se encontraban en las cercanías de Copiapó y en el Cajón del Maipo y su producción se destinó fundamentalmente a acuñar moneda.

Los yacimientos de cobre de Atacama, Coquimbo y Aconcagua producían para el consumo interno y para la exportación a

Perú y España, donde el metal era utilizado en la fabricación de cañones, campanas y otros artefactos.

Junto con el cobre, y como consecuencia del aumento del intercambio comercial, durante el siglo XVIII también se incrementó la extracción de oro y plata, puesto que con ellos se pagaba la importación de bienes manufacturados europeos. La minería se desarrolló sobre todo en el Norte Chico, atrayendo una gran cantidad de mano de obra que se desplazó desde el centro y sur de la gobernación hacia esas regiones semidesérticas. El asalariado minero que laboró en las minas fue fundamentalmente resultado del largo proceso de mestizaje y del estímulo coyuntural que significó la demanda de metales preciosos.

El fomento de la actividad minera hizo posible el establecimiento en Chile de la Casa de Moneda y del Tribunal o Junta de Minería, organismo que estimuló los estudios y reconocimiento de las riquezas minerales y echó las bases del crédito minero.

Como consecuencia del incremento de la actividad mercantil, el gremio de comerciantes adquirió gran importancia. Esto hizo posible el establecimiento, en 1795, del Tribunal del Consulado. Creado en Santiago, intervenía en los juicios comerciales, debiendo fallar de acuerdo con el código de comercio de España. Fue por medio de estas instituciones que también los criollos reconocieron las riquezas existentes y, sobre todo, expusieron sus aspiraciones de reformas económicas y de desenvolvimiento de las actividades productivas.

El incremento de la riqueza en Chile y los afanes reformistas de los borbones explican la construcción de importantes obras públicas durante el siglo XVIII. La Casa de Moneda, la catedral de Santiago, el canal San Carlos y el puente de Cal y Canto fueron las más sobresalientes por su magnitud. Todas ellas, sumadas a la fundación de nuevos poblados y ciudades relacionadas con la actividad minera y agrícola, son una muestra de la expansión económica y social colonial.

Chile comerciaba con Perú, enviando productos agrícolas y derivados de la ganadería, a cambio de los cuales recibía azúcar, cacao y tabaco, dependiendo totalmente los comerciantes, armadores y mercaderes chilenos de los intereses del virreinato y de sus agentes económicos. Con el Río de la Plata también se mantuvo un intercambio permanente, que consistió en el envío de cueros y cobre elaborado, recibiendo a cambio yerba mate y esclavos negros en tránsito hacia Perú. Desde España se recibían artículos manufacturados como muebles, hierro y géneros, que eran pagados con metales preciosos. El comercio con la península se vio favorecido también por las "Ordenanzas de libre comercio" de 1778. La última de una serie de medidas que permitieron amortiguar la dependencia de los comerciantes peruanos que controlaban el comercio imponiendo elevados precios por su carácter de intermediadores monopólicos.

LA SOCIEDAD MESTIZA

LOS SECTORES SOCIALES, SUS ACTIVIDADES Y TAREAS

La sociedad colonial americana fue, fundamentalmente, el resultado del mestizaje entre blancos, indios y negros. Los españoles al llegar a América iniciaron el contacto sexual espontáneo con las indígenas. La unión entre blancos e indias se vio favorecida, además, por las leyes que prohibían el ingreso de españolas solteras a los territorios colonizados.

A la llegada del español la población americana se estima era de unos 20 millones de personas. Esta cifra descendió rápidamente en los primeros años de la conquista debido a la guerra y a las enfermedades que transmitieron los europeos, como la viruela, y frente a las cuales los indios estaban indefensos. Otra causa de la mortandad fue la dureza del trabajo impuesto por los dominadores y la desintegración de las familias. Para reemplazar la mano de obra indígena el español recurrió a los esclavos negros, especialmente en las zonas tropicales, lo que explica la presencia de estos en el continente americano.

En América se estableció una sociedad muy rígida y jerarquizada basada en las diferencias raciales, económicas y jurídicas de la población. Los blancos fueron el grupo conformado por los españoles venidos a América y sus descendientes, los criollos, que constituyeron el sector dominante. Ocuparon los cargos públicos, poseyeron las riquezas y disfrutaron de prestigio social; fue el sector menos numeroso de la sociedad. Los indios, convertidos en vasallos del rey, estuvieron bajo la tutela del Es-

tado. Sometidos a una condición de siervos, eran quienes trabajaban en las minas, en el campo o prestando sus servicios en las casas. Los mestizos poco a poco reemplazaron a los indios como mano de obra y, al ser rechazados por los demás sectores sociales, llevaron una vida errante, principalmente en el campo. Solo en el siglo XVIII fueron aceptados, cuando ya se habían convertido en el grupo mayoritario.

Luego de la reorientación económica ocurrida a fines del siglo XVI, al transformarse Chile en una región proveedora de cueros, sebos, cordobanes y otros derivados de la ganadería al virreinato del Perú, los propietarios de las tierras suplantaron a los conquistadores en la cumbre de la pirámide social colonial. A comienzos del siglo XVII se produjo un movimiento social ascendente en virtud del cual nuevos sectores accedieron a la riqueza. Los burócratas de la corona, parte de la oficialidad del ejército, comerciantes y mercaderes, letrados y juristas se encontraron en situación de adquirir tierras, transformándose en estancieros, alcanzando, junto a los descendientes de los conquistadores y encomenderos, una posición social privilegiada.

Todos constituyeron la llamada aristocracia criolla local. Junto a los peninsulares que arribaron a Chile formaron el sector alto de la sociedad. La propiedad de la tierra y sus servicios a la monarquía significaron para la aristocracia un poder considerable. Los criollos coparon los cargos en los cabildos, y en ellos la corona depositó los títulos de nobleza y de caballería tan apetecidos por el prestigio social que significaban.

Bajo el sector aristocrático se desarrolló un estrato formado por españoles y criollos que no alcanzaron ventajas durante la conquista o que llegaron posteriormente sin alcanzar grandes beneficios. Lo formaron artesanos, mayordomos, empleados de confianza, escribientes, mercaderes, mineros, pequeños terratenientes, oficiales de baja graduación, sacerdotes y otras categorías difíciles de especificar. Entre los miembros de este estrato social también hubo mestizos de rasgos blancos. Su cultura era

limitada, a duras penas leían, escribían y solo realizaban las operaciones aritméticas elementales. Concentrados en las ciudades, estaban subordinados a la aristocracia y carecían de representación, como no fuera la que pudieran tener por medio de los gremios y cofradías en las fiestas públicas.

La población indígena fue perdiendo importancia en número a lo largo del siglo XVII. Sometida tempranamente en la región al norte del río Biobío, se doblegó ante las exigencias de los españoles que la organizaron bajo el régimen de las encomiendas y otras formas de trabajo coactivo.

Durante el siglo XVII se acentuó el proceso de mestizaje iniciado en la conquista. La población indígena prosiguió su rápido declinar como consecuencia de la guerra en Arauco, las enfermedades y la pérdida de las expectativas de vida.

Los indígenas desempeñaron un papel esencial en el desarrollo de las distintas actividades que se realizaban en la sociedad colonial. Su trabajo fue llevado a cabo bajo diversas formas de organización, como la encomienda, la mita, el yanaconazgo y la esclavitud.

La encomienda, tan importante en el siglo XVI y parte del XVII, fue perdiendo significado económico debido a la creciente escasez de indígenas. Pese a todo mantuvo su importancia como factor de poder social de los grupos aristocráticos, permaneciendo como privilegio de unos pocos. La disminución de la población indígena y la aparición del mestizo fueron las causas de su abolición en 1791.

Los esclavos negros llegaron en escaso número a Chile debido a su elevado precio y la baja rentabilidad que tuvieron en estas regiones, que solo producían bienes de baja cotización en los mercados. Transformados en piezas valiosas, fueron destinados preferentemente a labores de confianza y al servicio doméstico, recibiendo un trato que permitió aliviar en algo su desgraciada condición.

Luego del retroceso sufrido por los españoles a fines del siglo XVI, las ciudades de Santiago, Concepción y La Serena se convir-

tieron en los principales centros urbanos de Chile. En el transcurso del siglo XVII Santiago se extendió al norte del río Mapocho, por el barrio que se llamó de la Chimba. También comenzaron a construirse las primeras edificaciones de piedra, algunas de dos pisos y con balcones. Concepción se convirtió en la principal plaza militar, adquiriendo un tono marcado por la presencia del ejército y los variados tipos sociales propios de la frontera.

La sociedad colonial del siglo XVIII muestra una creciente distinción de los grupos aristocráticos, por ejemplo, con el consumo de bienes suntuarios como la seda y los paños de Castilla. El mobiliario de las casas también comenzó a perfeccionarse, y se inició el uso de cortinas y de muebles característicos de la época como el armario y la cajuela de patagua. El uso de vidrios en las ventanas, rejas y otros artefactos también permitió que sobresalieran en un ambiente marcado por la precariedad de la vida corriente.

El abastecimiento de alimentos se regularizó a lo largo de la centuria. Se generalizó el consumo de charqui y se introdujeron el ganso, el pavo, la yerba mate y el chocolate. Esta última bebida solo la consumía la aristocracia. Los grupos más populares se alimentaban con base en el maíz y los porotos, convirtiéndose la chicha en la bebida más popular.

La sociedad chilena colonial estuvo dividida en estamentos determinados por elementos étnicos, económicos y jurídicos, los cuales actuaron como factores indicadores de la posición social del individuo. Se trató de una sociedad muy jerárquica y rígida, con escasa movilidad social y por lo tanto muy conformista.

Las diferencias étnicas constituyeron la base de la formación de la sociedad colonial. Se distinguió y se valoró de modo diferente a los blancos, a los indios y a los negros, así como a las mezclas entre ellos. Otro factor de estratificación social fue el económico. La capacidad de adquirir y disfrutar los bienes materiales dependía de la acumulación de riqueza. Así, se hicieron distinciones según la fortuna de las personas, de tal forma que

dentro de cada grupo étnico existieron grandes diferencias entre los individuos que lo conformaban de acuerdo con la situación económica de cada uno de ellos.

El estatus jurídico también fue importante. No a todos los habitantes de Chile se les concedió el derecho a ejercer cargos públicos, ni a disfrutar de los privilegios que otorgaba la corona, lo que estableció, irremediablemente, la desigualdad entre las personas.

La aristocracia terrateniente chilena ejerció los cargos políticos y administrativos de mayor importancia. También la integraron grandes comerciantes, en especial los de origen vasco llegados a mediados de siglo, los propietarios de yacimientos mineros y altos funcionarios civiles, militares y eclesiásticos.

Como descendientes de los conquistadores, los criollos heredaron grandes extensiones territoriales; eran poseedores de indios encomendados y de esclavos. Económicamente formaban un grupo muy poderoso. En la esfera política, sólo tuvieron influencia en el Cabildo, en el que aseguraban su participación mediante la compra de cargos. Poseyeron también la cultura y el prestigio social. Para aumentar su poder, algunas familias obtuvieron títulos de nobleza y para consolidar sus fortunas establecieron mayorazgos.

Pequeño e incipiente, el sector medio estuvo compuesto por pequeños comerciantes, medianos propietarios agrícolas, artesanos, oficiales del ejército y empleados administrativos. Este grupo estuvo integrado por españoles y criollos que no tenían bienes ni fortuna y solo una cultura que apenas les permitía leer y escribir.

Los mestizos vivían generalmente en el campo, en una situación de gran miseria y precariedad. Ellos sintieron el rechazo del resto de los grupos sociales pero disfrutaron de una posición jurídica superior a la de los indios y negros. Como habitaban en zonas marginales, muchos se dedicaban a vagar y robar, entregándose a la vida ociosa y al vicio. Progresivamente fueron to-

mando el lugar de los indígenas en las labores del campo y en la actividad minera. Entre los mestizos existían diferencias basadas en el color: aquellos cuyos rasgos se asemejaban a los blancos tenían posibilidades de mejorar su situación, especialmente las mujeres que podían contraer matrimonio con un español o con un criollo.

Entre la masa popular mestiza hubo diversos tipos: los rotos de la ciudad, entre los cuales hubo artesanos y sirvientes domésticos; los huasos o campesinos más acomodados, como los capataces de las haciendas, que obtenían un pedazo de tierra a cambio de su trabajo para el patrón, y los marginados, como los ociosos, vagabundos, bandoleros rurales y mal entretenidos en general.

Los indios en el siglo XVIII por su cultura, su lengua, sus costumbres y forma de actuar y pensar formaron un grupo particular. Jurídicamente, el indígena tuvo un estatus de protección y ayuda legal, pero la realidad se expresó de una forma bien diferente. El excesivo trabajo, la separación de sus hogares, las enfermedades y la guerra provocaron su paulatina desaparición hasta perderse como etnia particular en el proceso de mestizaje. Aun cuando su influencia por medio de la cultura, los usos y las costumbres, así como en el carácter y la mentalidad del pueblo chileno, se mantiene hasta la actualidad.

Los negros esclavos formaron parte de los estratos más bajos de la sociedad colonial. Eran generalmente sumisos y leales, por lo que fueron empleados en labores domésticas y de confianza, como cocheros, capataces y bodegueros.

Los extranjeros se diferenciaron del resto de la población no solo por su origen, características culturales y costumbres sociales, sino también por su dedicación a las actividades económicas artesanales, tan despreciadas por los sectores de origen peninsular. Muchos de ellos se casaron con mujeres de la gobernación, incorporándose así plenamente a la sociedad colonial.

Durante todo el siglo XVIII, pero en especial desde mediados de la centuria, la población aumentó de forma sostenida, proce-

so que no se detendría hasta muy avanzado el siglo XX. Entre las características de este fenómeno, que se ha catalogado de régimen demográfico de "tipo antiguo", están la interrupción de la disminución de la población indígena, el aumento de los sujetos mestizos-blancos, el lento desplazamiento de la población del campo a la ciudad y las altas tasas de mortalidad y natalidad. Se calcula que los habitantes de Chile se duplicaron entonces, con una tasa de crecimiento de 1.8% entre 1700 y 1835, con una aceleración que elevó la tasa a 2.3% entre 1760 y 1785. De este modo, Chile, a fines de la colonia estaba poblado por poco más de un millón de habitantes. Una población preferentemente joven, donde los menores de 15 años representaban casi 40% del total.

LA VIDA MATERIAL Y EL ACONTECER SOCIAL

A fines del siglo XVI el territorio de Chile había quedado establecido en sus rasgos esenciales. Al Norte, el despoblado de Atacama servía de límite septentrional; por el Sur pretendía alcanzar hasta el Cabo de Hornos, mientras que la cordillera de los Andes y el Pacífico constituían sus flancos efectivos; en ese entonces todavía esta estrecha franja no estaba articulada como un todo y más bien hay que pensar que solo determinados espacios, franjas horizontales de cordillera a mar en torno de algún río o valle, formaban parte real de la gobernación. Correspondería al Estado republicano configurar Chile en su desarrollo latitudinal característico de norte a sur, estructurando, como parte de un conjunto, todas aquellas áreas desarticuladas espacialmente durante el periodo colonial.

Contribuyó a la determinación del espacio territorial que terminaría formando Chile la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776, medida que alteró los límites de la gobernación pues Cuyo pasó a formar parte del nuevo virreinato, siendo segregada de Chile. De este modo, los territorios situados allende

los Andes quedaron fuera de toda influencia soberana desde Chile, como por lo demás ocurría en la realidad desde prácticamente la llegada de los españoles.

El espacio comprendido entre el río Biobío y La Serena fue el que concentró a la gran mayoría de la población, y en él se desenvolvieron las actividades agrícolas y mineras. En el llano central al sur de Santiago la bondad de la naturaleza y la feracidad de las tierras permitieron no solo el desenvolvimiento agrícola, también el establecimiento de poblados y centros urbanos. En el Norte Chico, hasta el río Copiapó, la producción de los valles transversales abastecía las faenas que, dispersas por el desierto, explotaban los recursos mineros existentes en la región.

En la estrecha franja que los Andes dejan antes de alcanzar el Pacífico, entre el despoblado de Atacama y Chiloé, con climas que variaban entre el desértico y el marítimo lluvioso, pero que en general es templado, con cuatro estaciones marcadas, sin temperaturas extremas, y muy apta para el establecimiento humano, se desenvolvió la vida colonial. Una tierra corrientemente ponderada por sus habitantes, el "Jardín de América meridional" la llamó el abate Juan Ignacio de Molina, que sin embargo no bastaba para ocultar su posición deteriorada en el contexto del imperio español. No solo por su lejanía, su condición de *finis terrae* y de frontera, la modestia, sencillez y precariedad de la existencia, también, por ser periódicamente sacudida por movimientos sísmicos y maremotos, erupciones volcánicas, inundaciones, avenidas de ríos, sequías, plagas, epidemias e incendios, además de tener que soportar por largo tiempo el peso material y psicológico que significó la guerra en Arauco y las incursiones de piratas en sus extensas costas. Una sociedad marcada por el "acontecer infausto" materializado en la recurrente sucesión de catástrofes naturales que fueron templando el carácter de los chilenos, exigiéndoles periódicas muestras de solidaridad social para superar las contingencias que la naturaleza, los accidentes y las amenazas de todo orden les impusieron desde siempre.

Fueron acontecimientos dramáticos como los ataques de Francis Drake y Bartolomé Sharp a La Serena en 1579 y 1680, los terremotos que en mayo de 1647 y julio de 1730 destruyeron Santiago o el que, acompañado de maremoto, asoló Concepción en 1751, entre los fenómenos más pavorosos para la población, de una extensa y variada sucesión de catástrofes, los que han marcado el carácter chileno, condicionando también el comportamiento colectivo de sus integrantes.

Con la política ilustrada de los borbones como contexto, centralizadora pero realizadora de obras materiales, y sobre todo dedicada a la promoción de las actividades rentables para el tesoro, la gobernación de Chile experimentó un sostenido proceso de expansión económica, social y cultural. Fenómeno que culminó con el movimiento independentista encabezado por la aristocracia criolla.

Consecuencia del aumento de la población y de la mayor riqueza existente, durante el siglo XVIII se fundaron numerosos poblados entre Copiapó y el Biobío, centros de distribución de alimentos y bienes. Expediciones de variado origen, también evangelizador, recorrieron las costas y el territorio, contribuyendo a su reconocimiento y la identificación de recursos. La ocupación de las islas Juan Fernández, la exploración del estrecho de Magallanes, las fundaciones en Chiloé y la exploración de la costa occidental de la Patagonia se produjeron a lo largo del siglo XVIII. En algunos casos, como en el de la Patagonia occidental, particularmente Aysén, para descartarla como región posible de colonizar, tanto por la dureza de su clima como por no existir ahí comunicación fluvial o marítima hacia el Atlántico, como los intereses de la monarquía lo requerían.

Las faenas mineras del Norte Chico son las que justificaron la aparición de ciudades como Copiapó, Huasco, Illapel y Petorca. Mientras que en los valles adyacentes a Santiago, en los cuales las faenas agrícolas y mineras se repartían, surgieron pueblos como Quillota, San Felipe, Los Andes, Casablanca y San José de

Maipo. En el llano central, entre Santiago y el Biobío aparecieron numerosas ciudades de carácter agrícola como Rancagua, San Fernando, Curicó, Talca, Linares, Parral y San Carlos. En la costa, y como puntos de salida de la producción agrícola, se fundaron Nueva Bilbao y Cauquenes. Por último, el repoblamiento de Valdivia y la refundación de Osorno, completaron la acción de los gobernadores ilustrados en orden a hacer de la ciudad un elemento esencial para el orden social.

Las edificaciones coloniales en Chile fueron construidas de acuerdo con las exigencias del medio ambiente y las limitaciones económicas existentes en una provincia de escasos recursos y vida austera. Los materiales de elaboración, como la cal, el adobe y la madera fueron de origen local y prevalecieron todavía durante largo tiempo. El aspecto exterior de las edificaciones reflejaba modestia y sencillez; más que todo se buscó la utilidad y la comodidad, y se evitó la ostentación. Ejemplos de edificaciones coloniales todavía existentes son la Casa de Moneda, el palacio de la Real Audiencia y la iglesia de San Francisco.

Las casas coloniales, por lo menos de los sectores altos, eran grandes, pero de fachada sencilla, con ventanas aseguradas por gruesas rejas de fierro. Se construyeron de adobe y de un solo piso. En ellas se realizaban las tertulias, amenas reuniones de la familia con sus invitados, en las que las niñas de la casa demostraban sus aptitudes artísticas tocando el arpa, cantando y bailando en medio de la conversación. En ellas la sociedad santiaguina recibió y agasajó, por ejemplo, a los viajeros ilustrados que periódicamente arribaban a tan lejanas tierras.

Las comidas se caracterizaban por su abundancia y se combinaban productos indígenas y europeos. Especial preferencia se tenía por los preparados con maíz y guisos de carne y verdura como el charquicán, masas rellenas con carne molida y cebolla como las empanadas y las sopaipillas a base de zapallo y harina fritas. Se comían también pavos, perdices y toda clase de pescados y mariscos, además de legumbres, todo lo cual se acompa-

ñaba de ají picante y de vino, chicha o mistela. Era corriente la elaboración de dulces y mermeladas, tomar mate dos veces al día y beber chocolate.

Las damas de la alta sociedad, seguidoras de la moda limeña y española, usaban vestidos largos con cola, en la que lucían bordados y cintas. Los hombres de posición seguían la moda europea: peluca empolvada, casacas bordadas, chalecos floreados, calzón corto y medias. Los hombres del sector medio, tanto del campo como de la ciudad, usaban el poncho, una tosca camisa, anchos calzones amarrados a la rodilla, medias y zapatos de cuero; el sombrero era otra prenda importante en su vestuario. Los sujetos más pobres de la sociedad usaban géneros ordinarios y sin adornos: las mujeres vestían faldas sueltas y los hombres un pantalón ancho hasta la rodilla; como calzado, usaban ojotas, un sombrero completaba su indumentaria.

Las fiestas públicas podían ser civiles o religiosas. Las civiles se realizaban con ocasión de la ascensión al trono de un monarca, el nacimiento de un príncipe o la llegada de un nuevo gobernador. Entonces se organizaban corridas de toros, desfiles y diversas competencias, como las carreras de caballos. Las fiestas religiosas revestían más solemnidad. Se organizaban con motivo de la muerte de un rey, la Navidad, Semana Santa, Corpus Christi y el día del patrono de la ciudad, además de otras muchas indicadas en el calendario religioso. En ellas se desplegaban la devoción y la piedad populares. Todo, bajo la estricta supervisión de la Iglesia.

El mayor bienestar de la población hizo posible también el arte musical. En este fenómeno también tuvieron influencia el desenvolvimiento cultural y la influencia francesa. Algunos gobernadores trajeron claves, clavicordios, violines, arpas y panderetas, dando paso así a las tertulias musicales que más tarde, hacia fines de la colonia, incorporarían el piano. Entre los criollos ilustrados, como José Antonio de Rojas y Manuel de Salas, ambos actores en el movimiento patriota, el afán de hacerse con

libros, instrumentos científicos y, en general, adelantos de la época, fue una característica que los distinguió.

La guerra, el servicio doméstico, el trabajo en la encomienda y otras múltiples y variadas formas de relación entre españoles e indios contribuyeron al proceso de mestizaje y con ello a la formación de un conglomerado diferenciado y relativamente uniforme de población que, con el tiempo, se transformaría en el pueblo chileno. Esta homogenización, sin embargo, no fue absoluta, de tal modo que hasta la actualidad es posible constatar la existencia de un sector de alrededor de 5% de la población que mantiene rasgos caucásicos y apellidos europeos, con las consecuentes derivaciones sociales y económicas que ello implica en una sociedad que presume de blanca y europea, a pesar de que 95% de su población presenta una mezcla amerindia.

Diversos factores contribuyeron a la homogeneidad racial de la población chilena. La remota y aislada situación del territorio nacional no favoreció la llegada de extranjeros durante la época colonial, lo que dio un rígido marco al desenvolvimiento interno de su población. Por otra parte, la concentración de la población hispana y aborigen en los llanos de la zona central favoreció el contacto entre ambos grupos, fortaleciendo el mestizaje. La escasez de elementos negros también fue un factor y otro, el marcado tono rural de la vida en la hacienda, un espacio económico-social donde el mestizaje pudo desarrollarse sin contratiempos. La guerra y sus secuelas de muerte y destrucción, las enfermedades, el maltrato recibido, la separación de las familias y la pérdida del interés por la vida, explican también la progresiva merma de los aborígenes chilenos.

A diferencia de otros grupos étnicos como el indio y el negro, el mestizo fue considerado un hombre libre y plenamente capaz, lo que naturalmente no impidió que fuese discriminado. Rechazado en un principio por indios y españoles, por no ser ni lo uno ni lo otro, progresivamente se fue imponiendo. Sin embargo, en una sociedad como la colonial, organizada de acuerdo con un rígido

sistema jerárquico en función del color de la piel, el mestizo llevó por largo tiempo una existencia en los bordes de la comunidad.

Marginados socialmente, deambularon por los campos y distritos mineros empleando sus brazos como peones. Pobres, inestables y ajenos a toda norma de orden social se movían de un lugar a otro, dejando descendencia en todos lados y transformándose en una preocupación para las autoridades coloniales.

La situación social del mestizo comenzó a cambiar hacia fines del periodo colonial. El proceso natural de homogeneización racial y, más adelante, la independencia nacional con sus ideales igualitarios, hicieron posible la transformación de la sociedad y, con ella, la valoración del grupo mestizo. En esa época, en los diversos sectores de la sociedad, predominaban los individuos surgidos del proceso de mestizaje, con rasgos fundamentalmente blancos.

ARTE Y CULTURA

De la unión de los distintos grupos humanos surgió una nueva cultura que, con predominio de los europeos, reflejaba también la presencia de indios y negros. El arte colonial combinó elementos hispánicos con rasgos indígenas, dando origen al estilo colonial o criollo, es decir condicionado por los grupos altos de la sociedad, y caracterizado por una decoración complicada y llena de fantasías. Este estilo se manifestó en la arquitectura, la escultura y la pintura. Las obras de arte tienen motivos religiosos, como iglesias, estatuas de santos, pinturas de escenas bíblicas, entre las más características. También se realizaron trabajos de artesanía en cerámica, tejidos y objetos confeccionados con metales preciosos, como mates y cubiertos de mesa. Los jesuitas sobresalieron en esta actividad.

La Iglesia se convirtió en una institución fundamental de la América española, siendo notable su influencia en la educación

y la cultura. El dogma de la majestad divina se impuso sin contrapeso. Contribuyó el establecimiento de gran cantidad de congregaciones religiosas, cuyo principal objetivo fue evangelizar a los indios y asistir espiritualmente a españoles y criollos, difundiendo de paso la moral católica. Normas y preceptos que, sin embargo, a cada momento fueron sobrepasados.

Durante el siglo XVIII en Chile se produjo un notorio progreso en el orden intelectual, en relación con la situación de los dos siglos anteriores. Diversas causas explican el fenómeno: la consolidación económica y social de la aristocracia criolla que entonces se interesó por la creación de establecimientos de enseñanza para sus hijos; la acción cultural de la Compañía de Jesús —cuyos colegios abarcaron todos los niveles de la educación—, y el despotismo ilustrado que desarrollaron los borbones que significó un gran impulso, aunque insuficiente para las necesidades existentes en la actividad cultural y educacional. Al igual que otros aspectos de la vida colonial, la cultura estuvo bajo la tutela de la corona y de la Iglesia.

La enseñanza de las primeras letras estuvo en manos de sacerdotes y maestros. Las escuelas de primeras letras enseñaban a leer, escribir y contar; además impartían lecciones de moral cívica y religiosa. En el siglo XVIII se produjo un considerable aumento del número de escuelas primarias como efecto de la mayor riqueza y del esfuerzo sostenido de las autoridades civiles y eclesiásticas. En este sentido destacaron la acción del obispo Manuel Alday, que impulsó la creación de escuelas parroquiales, y la del gobernador Ambrosio O'Higgins, quien se propuso la fundación de escuelas en cada pueblo del territorio.

La educación secundaria se entregó a las órdenes religiosas. Se impartían gramática, humanidades, teología y moral, siendo las escuelas de jesuitas y dominicos las de mayor prestigio. Solo en el siglo XVIII Chile contó con un establecimiento de enseñanza superior: fue en 1758 cuando comenzó a funcionar la Universidad de San Felipe, en la que se dictaron siete cátedras. Más

tarde, y por iniciativa del ilustrado Manuel de Salas, se inauguró la Academia de San Luis, destinada a proporcionar conocimientos prácticos, relativos al comercio y a la industria.

La literatura tuvo en Chile numerosos exponentes en el género de la crónica histórica: algunos de los más importantes son el padre Alonso de Ovalle que publicó la *Histórica relación del reino de Chile*; Alonso González de Nájera con su *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, y Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán que, en su *Cautiverio feliz*, relató su permanencia de varios meses entre los indios. En el último siglo colonial la poesía épica y la crónica guerrera ceden el paso a las descripciones históricas y geográficas y a los textos de carácter filosófico. Entonces se escribieron algunas obras cumbre de la producción intelectual colonial como las de los jesuitas Miguel de Olivares, el abate Molina y *La venida del Mesías en gloria y majestad*, el texto milenarista de Manuel Lacunza.

Juan Ignacio Molina fue uno de los más ilustres autores chilenos. Naturalista, lingüista e historiador, publicó en Italia dos obras en las que estudia la climatología, la mineralogía, la geografía física, la geología, la zoología y la botánica de Chile, además de la historia de la colonia hasta mediados del siglo XVII. Sus textos, *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile* y *Ensayo de la historia natural de Chile*, contribuyeron decisivamente a la formación de la conciencia criolla, uno de cuyos elementos esenciales fue la valoración de lo propio, continuando una tradición iniciada en la conquista pero que a fines de la colonia tomó forma y se hizo parte de la mentalidad política criolla.

Fue la necesidad de atraer colonos y recursos a ese territorio desprestigiado lo que llevó a los conquistadores a exaltar las bondades naturales de Chile. De este modo la noción de esta porción de América meridional como un espacio bendecido por la naturaleza tiene su origen en una necesidad práctica que, sin embargo, para los europeos efectivamente tenía base en la realidad concreta que ellos apreciaban y experimentaban. Numerosos testimonios dan cuen-

ta de esta concepción, alimentando así una tendencia que ha significado ponderar sobremanera la geografía y el clima de Chile.

No solo el angustiado Pedro de Valdivia describió esta tierra como "de mucho contento", con solo "cuatro meses de invierno no más", de "verano templado", "la más abundante de pastos y sementeras", en la cual podría "darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar", con "minas riquísimas de oro", creada a propósito por Dios para felicidad de sus habitantes.

A comienzos del siglo XVII, en su *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile* el soldado español González de Nájera escribió que Chile era "tan fértil y abundante de mantenimientos en todas las partes que se cultivan, que casi todos los de las tierras de paz y pobladas comen de balde". La idea de la opulencia, sumada a la de la indulgencia del ambiente, se fortaleció a lo largo del periodo colonial. En 1646, Alonso Ovalle, en su *Histórica relación del reino de Chile*, escribió sobre "la abundancia y fertilidad de este reino"; mientras que en el siglo XVIII, el abate Molina en su *Compendio…* daba a conocer un reino que consideraba "dotado de las manos de la naturaleza con parcialidad, y con particular cuidado"; un "país" que presentó como "el jardín de la América meridional, en donde brilla con la misma perfección y abundancia que en la Europa todo cuanto se puede apetecer para disfrutar una vida cómoda".

La ponderación de Molina puede situarse también en el contexto de la llamada "disputa sobre el Nuevo Mundo", que científicos como Buffon habían desencadenado a mediados del siglo XVIII con sus observaciones y afirmaciones sobre la inferioridad de América y sus especies. Ella incluyó la reacción de criollos que, como el abate jesuita chileno, decidieron rebatir al conde naturalista con obras en las que ponderaban las bondades de sus tierras natales, y se manifestaba el orgullo americano caracterizado por la exaltación de los méritos naturales de los terruños, el patriotismo como legítima reacción ante el desprecio europeo y la conciencia criolla que se expresó en apego a lo propio.

La cultura de la sociedad colonial también se exteriorizó en la imaginería religiosa, la pintura y la arquitectura. La primera surgió al fundarse ciudades y levantarse iglesias. Con las constantes epidemias y catástrofes naturales que afectaban a la población, los notables de la ciudad buscaron su salvación en el fervor religioso. Por esta razón encargaron a los artesanos la construcción de figuras religiosas en las que se dejó sentir la influencia de los maestros de Quito y Cuzco.

Una de las características esenciales de la época colonial fue el surgimiento del llamado Chile tradicional. Fruto de la conquista y de la posterior mezcla de los europeos y sus descendientes con los indígenas, se formó una sociedad marcada por los valores de la cultura cristiana y occidental, de tono rural, crecientemente mestiza y con predominio casi absoluto de la aristocracia. Un mundo, además, jerárquico y violento, clasista y discriminador, en el que las relaciones sociales e interpersonales estuvieron marcadas por las diferencias de raza, condición y sexo entre los sujetos, y por la autoridad y el poder, del Estado, de los poderosos y de la cabeza del grupo familiar.

También caracterizó a la sociedad colonial chilena un sentimiento de precariedad, de inseguridad ante la dureza de la existencia en este verdadero *finis terrae* imperial que era Chile, impresión que se materializó en actitudes como la hospitalidad que, se sostiene hasta la actualidad, ha distinguido a los chilenos. En realidad, una forma destinada a obtener compensación para hacer más llevadera la existencia, situación que también se manifiesta en la ponderación de las características geográficas de Chile.

LA HOSPITALIDAD COMO COMPENSACIÓN COLECTIVA

A lo largo del siglo XVIII América fue visitada por numerosos científicos que movidos por diversos intereses la recorrieron, midieron, censaron, describieron, representaron y proyectaron. Mo-

tivados por la competencia imperial, la necesidad de descubrir y aprovechar nuevos recursos y riquezas, los afanes de gloria nacional y las necesidades de la ciencia, España, Francia, Inglaterra, Portugal y Prusia recorrieron América, ahora, por intermedio de comisiones científicas.

A pesar de que los viajeros que recalaron en las costas de la gobernación durante el siglo XVIII no fueron muy numerosos, lo cierto es que los relatos de su paso por esta alejada porción del imperio español resultan muy ilustrativos para conocer las características de la vida colonial en Chile. En las crónicas que escribieron de su estadía identificaron algunas de las prácticas utilizadas por los chilenos de la época, en general, y las mujeres, en particular, destinadas a proporcionarse alegría, placer y distracción.

Sus descripciones permiten identificar mecanismos de compensación social por medio del placer y la diversión manifestados en gestos y actitudes. Se trata de conductas en las que el límite entre lo aceptado y reprochado es difuso, tenue, apto para reflejar las ambivalencias de la naturaleza humana y las características más arraigadas de una sociedad. Son formas y manifestaciones de satisfacción asociadas a las maneras de vestir y de actuar, a los gestos y actitudes, a los ademanes y a los movimientos del cuerpo. Prácticas para alcanzar el placer, en ocasiones sutiles, agudas, exquisitas, y vaporosas; incluso finas y graciosas, cuando no extravagantes y descaradas, según el punto de vista del observador. Todas, como el vestuario que las acompañaba, signos de identidad y manifestación de la precariedad y el enclaustramiento propios de la sociedad chilena a lo largo de su historia.

El comportamiento de las mujeres frente a los extranjeros, su afán por seducirlos y cautivarlos con su presentación y el movimiento de sus cuerpos fue una de las estrategias que idearon para superar la incomunicación y la soledad de la sociedad en que vivían, cuando no las aflicciones y sencillez de sus vidas. Ello justificaría el placer que les producía dejarse ver, mostrarse

en actitudes "complacientes en exceso". Fue un goce íntimo, propio, personal, cuya raíz también se encuentra en las condiciones del medio en que habitaban y en las características de la sociedad que este había contribuido a moldear.

Durante su viaje por la costa occidental de América a comienzos del siglo XVIII, una de las cosas que llamó la atención de Amadeo Frezier fue haber encontrado que, como asentó en su diario, "en Chile se practica mucho la hospitalidad", a consecuencia de lo cual se "recibía muy generosamente a los extranjeros". La impresión que el científico francés se formó en 1712 sería confirmada por numerosos viajeros a lo largo del siglo XVIII. Por ejemplo, los científicos de la Expedición Malaspina, quienes en 1790 escribieron en sus testimonios sobre "la atención y obsequio de todas estas gentes", el "trato fino y amable" y "la hospitalidad constante" de los que llamaron "españoles chilenos". Alabando su carácter "sumamente amable y obsequioso", afirmaron, "nada ponderan los viajeros que tanto han ensalzado su generosidad". ¿Qué razón podría justificar tantas atenciones para con los extranjeros, esa característica hospitalidad de los pobladores de la más remota de las posesiones españolas en América? George Vancouver, que arribó a Chile en 1795, ofrece una explicación. Al relatar "el placer que cada uno nos atestiguaba, alejaba de nosotros todo sentimiento que no fuera el de reconocimiento por los buenos servicios que nos hacían". El gusto, el placer, la satisfacción de hacer más llevaderos los días de los viajeros, sería la causa esencial de la hospitalidad mostrada por los habitantes de Chile.

Explicación razonable, en especial si se considera que en las costas de la gobernación rara vez se recibían extranjeros, y que por ello su arribo representaba todo un acontecimiento para la aislada sociedad local. Además del escaso contacto con marinos profesionales y hombres de ciencia, cultivados, incluso prestigiados, estos resultaban llamativos, cuando no atractivos por su condición de ingleses, franceses o españoles; excéntricos a veces

por sus formas, usos y costumbres; atractivos por el hecho que eran portadores de artefactos e instrumentos desconocidos o de adelantos y técnicas inéditas en estos territorios. Como escribió Vancouver, a propósito de una gran comida que se le ofreció junto a sus oficiales, y a la que asistieron "todos los habitantes de la aldea" de Casablanca, estos "se mostraron no menos satisfechos del espectáculo, nuevo para ellos, que les dábamos".

No debe extrañar que los forasteros europeos en viaje por América fueran bien recibidos y reiteradamente agasajados en Chile, y que su presencia provocara gran expectación, a tal punto que sus actividades, así como los momentos de relación que su estadía provocaba, adquirieran el carácter de evento social. De instancia de satisfacción de la modesta y reiterativa sociabilidad local que, gracias a su presencia, se veía prestigiada y sacada de su ostracismo. Para los anfitriones, el contacto con los viajeros no solo significó obtener el placer de lucir y desplegar sus bienes y atributos, también una oportunidad gratificante, por la satisfacción de adquirir crédito y renombre ante sus coterráneos y, gracias a ello, darse el capricho de sobresalir.

Ya sea que fuera a causa de la distancia en que se hallaban del esplendor y del progreso de los pueblos europeos o de su inferioridad respecto de algunas de las otras colonias del rey; de las dificultades económicas; de la crudeza de la existencia en una tierra de guerra; de las consecuencias de un acaecer aciago por la terrorífica sucesión de desastres ocurridos a lo largo de los siglos, lo cierto es que los habitantes de la gobernación de Chile desarrollaron una personalidad que no solo los hizo cultivar un ardiente amor al suelo natal, también los llevó a mostrarse hospitalarios y afectuosos con los afuerinos. Rasgos, estos últimos, surgidos como mecanismo de consuelo; como práctica destinada a fortalecer el cuerpo social a través de la valoración que ofrecían los extranjeros.

Los viajeros ilustrados también dejaron testimonio de que el género femenino sobresalió en la práctica de agradarlos, aunque tal vez de una manera un tanto desinhibida para sus costumbres.

Amadeo Frezier afirmó que los atractivos que la educación da a las españolas en estas latitudes son "tanto o más turbadores cuanto que generalmente van acompañados de un hermoso porte"; agregando que "son bastante simpáticas, de ojos vivos y lenguaje jovial". También escribió que "gustan de la galantería libre, a la que responden con ingenio y a menudo con un matiz que huele un poco a libertinaje, según nuestras maneras", terminaba justificando su juicio.

En la década de 1790, George Vancouver ponderó a las jóvenes de Casablanca, "entre las cuales vimos muchas con hermosas caras"; sobre las santiaguinas afirmó que la mayor parte de ellas "no carecen de atractivos personales y muchas de las que tuvimos el gusto de ver eran generalmente morenas, de ojos negros y rasgos regulares", concluyendo que "eran hermosas". La Pérouse es todavía más entusiasta para referirse a las damas de Concepción: "Son generalmente bellas y de una educación tan extraordinaria, que seguramente no hay ninguna ciudad marítima en toda Europa donde los navegantes extranjeros puedan ser recibidos con tanto afecto y amenidad".

John Byron, que tuvo varias oportunidades para compartir con las damas santiaguinas durante su larga estadía, encontrándolas "notablemente hermosas", concluyó que eran "muy extravagantes para vestirse". Décadas después, George Vancouver también notó "el trabajo que se tomaban en todo su atavío pues estaban ricamente vestidas a la moda del país". Frezier también se había detenido en el vestuario de las mujeres cuando observó que "llevan el seno y los hombros medio desnudos, a menos que los cubran con un pañolón que les cae por la espalda hasta la mitad de las piernas".

El vestuario de las señoras no fue, sin embargo, el único recurso para llamar la atención de los extranjeros de paso en Chile y de los varones en general. De hecho, este fue solo el complemento exterior de actitudes y gestos destinados a gratificar deseos y motivaciones cuyo origen estaba en las características de una personalidad moldeada por el aislamiento y la precariedad.

A comienzos de la centuria ilustrada, Amadeo Frezier observó a las mujeres "en su casa con tanta libertad como en Francia. Allí reciben compañía de buena gana y se complacen en distraerla tocando el arpa o la guitarra, y si se les ruega que bailen, lo hacen con mucha satisfacción y cortesía". Criticando su excesiva licencia y gusto por el coqueteo, escribió que "las proposiciones que un amante no osaría hacer en Francia sin merecer la indignación de una mujer honesta, muy lejos de escandalizarlas les causan placer, aun cuando estén muy lejos de consentir en ellas, persuadidas de que es la mayor muestra de amor que se les pueda dar, las agradecen cual si fuese un honor que se les hace en vez de enfadarse como de una mala opinión que se tiene de su virtud".

Frezier captó adecuadamente la satisfacción, el goce, el placer que las mujeres de América meridional sentían al mostrarse maquilladas, dejarse apreciar y galantear por parte de los varones. Para ellas, la atención, el miramiento, la atracción que su presencia provocaba, no hay duda, representó una fuente de agrado. Previniendo a quienes leyeran su viaje, o lo siguieran en un itinerario similar, advirtió, "la sola prudencia humana debería bastar para impedir a un hombre caer en las trampas de las coquetas de este país. Ellas entienden perfectamente el arte de abusar de la debilidad que se tiene por ellas". George Vancouver no atendió al consejo del sabio francés, pues en su relato dejó constancia de su entusiasmo por las chilenas, cuyos "deseos de agradar, escribió, eran bien persuasivos".

La seducción que las bellas chilenas ejercieron sobre los viajeros no impidieron, pese a todo su encanto, que estos, finalmente, las juzgaran. Según Vancouver, en Santiago había observado, "no solamente en las maneras y la conversación de las damas, sino en los bailes y en otras ocasiones, tal libertad, que un extranjero, y sobre todo un inglés, no puede formarse muy buena opinión de sus virtudes, y al contrario se encuentra forzado a juzgarlas desfavorablemente".

Los juicios de Vancouver no fueron aislados y desbordaban el ámbito de la sociedad capitalina. El conde de La Pérouse no puede ser más concluyente cuando se refiere al pueblo de Concepción y afirma que "las mujeres son complacientes en exceso".

Si el enclaustramiento de Chile ayuda a comprender la hospitalidad de sus habitantes para con los extranjeros que muy ocasionalmente se dejaban ver por su territorio, el dato, que con espíritu científico Malaspina y sus hombres no tardaron en constatar durante su estadía en la década de 1790, esto es que la "proporción de las mujeres con los hombres en Chile era de tres a uno", ciertamente podría contribuir a explicar la desenvuelta forma de actuar de la población femenina. ¿Acaso no sería la escasez de hombres y la consecuente necesidad de cautivar a los pocos existentes, lo que las llevaba a cultivar maneras tan desenvueltas? Esto permitiría comprender por qué, para la mayor parte de la sociedad, salvo la Iglesia, las actitudes de las señoras no resultaran reprochables. Tal vez estaban habituados en virtud de la realidad estructural existente.

La liberalidad de las señoras podría explicarse también en razón de que una sociedad tan constreñida como la chilena, que había hecho de la hospitalidad una actitud que marcaba su identidad y que reafirmaba la personalidad de los sujetos que la componían, había entregado esencialmente a las mujeres el papel de atender y agasajar a los viajeros, permitiéndoles conductas que solo durante la ocasional presencia de extranjeros se toleraban. De este modo, el opaco, modesto e inseguro cuerpo social aprovechaba la naturaleza humana, cuando no los atributos de sus miembros, para alcanzar gratificación.

Ante los extranjeros, la mayor parte de las veces, las mujeres estaban acompañadas de varones, de tal modo que no ocultaban su actitud; incluso, en ocasiones eran los hombres quienes las propiciaban. Así, por ejemplo, lo relata Byron en más de una oportunidad, y también George Vancouver cuando, en la casa de un negociante español muy considerado, este no solo había or-

ganizado la velada, además, insistía en reunir a los ingleses con las damas, entre otras razones, para que danzaran.

Cierto que Frezier atribuyó al carácter "insaciable" de las mujeres, consecuencia de su "vanidad y sensualidad", su propensión al galanteo y su afán de conquista; pero la realidad es que la presión social que las condicionaba se manifestaba de múltiples formas. Una de ellas se refleja en los procesos judiciales que dan cuenta de las conductas transgresoras a la moral matrimonial y sexual colonial. En uno de los casos, el juez de la curia eclesiástica es certero: "No hay cosa de mayor interés en las mujeres que el matrimonio, su verificativo es el último escalón de su carrera y es regular que deslumbradas con la felicidad de un estado que les promete, en el futuro, la libertad de infortunios de que es susceptible su sexo, no vean las leyes". La conclusión posible es que la mujer aparece sumamente deseosa de casarse y para lograrlo pareciera que todos los medios son válidos; verdad y mentira; promesa y engaño.

La autonomía e iniciativa de las mujeres chilenas, así como su prestancia y resolución, todos rasgos observados por los viajeros, puede ser explicada también en razón de las contingencias propias de la evolución colonial. Por ejemplo, las relaciones fronterizas en la Araucanía que por largos periodos marcaron con el sello de la violencia, la inseguridad y la inestabilidad a la sociedad, las llevaron a tomar responsabilidades propias de los hombres ausentes. En orden a sus motivaciones para practicar el placer de seducir, no deben descartarse aquellas relacionadas con el maltrato y abandono que, está acreditado, afectaba la vida cotidiana del género femenino. Ambas situaciones se convertían en propicias para el desarrollo de un cortejo que venía a suplir los afectos ausentes, a proporcionarles gratificación en medio de una situación de carencia. Propiciaba su conducta el hecho de que, a diferencia de los hombres, las mujeres no eran acusadas y juzgadas por su actitud.

Alejandro Malaspina relaciona las causas generadas por la realidad colonial con las atribuibles a la naturaleza de las mujeres locales. Enfrentado al problema de la deserción de su gente de

mar en las costas chilenas, escribió que "el vecindario mediante su ninguna comunicación con la matriz carecía de un todo de españoles nativos, lo que daba mucho realce al que lo fuese, particularmente para los matrimonios; y reunidas por otra parte en las mujeres una suma mezquindad y un apego a la lujuria, el marinero debía hallar precisamente todos los resortes que contribuyen a formar su errada idea de la felicidad". Para el segundo comandante de la empresa ilustrada, José Bustamante, el delito que cometían los soldados era "una buena prueba de cuanto influyen los atractivos de la América en los europeos de pocas obligaciones". Otro miembro de la expedición puso énfasis en "el atractivo que encuentra nuestra gente en la mucha libertad de las mujeres y la estimación de estas a los españoles".

Tras la propensión a agradar, a ser reconocidas y apreciadas, miradas y tomadas en cuenta, se oculta la vulnerabilidad, no solo de la mujer en particular, sino también de la sociedad que estimulaba su comportamiento y actitudes. Quizá, más allá de las apariencias, la hospitalaria sociedad y las desenvueltas señoras escondían la inseguridad de su existencia, individual y social. La fragilidad de una comunidad sometida a múltiples pruebas de sobrevivencia derivadas de su desafiante realidad geográfica y, además, desmedrada condición colonial, en comparación con otros territorios del imperio.

La endémica fragilidad del cuerpo social desarrolló un mecanismo de compensación por medio del agasajo y la obsequiosidad, incluso el cortejo, de los extranjeros. Dicha actitud no solo proporcionó placer y satisfacción individual, también contribuyó a sustentar la vida social. De ahí la propensión de los chilenos a buscar reconocimiento en el forastero. Sus halagos, su consideración, hicieron más llevadera una existencia entonces muy precaria.

Así, tras los gestos corporales, visibles y apreciables por todos, estaban las motivaciones profundas de la conciencia. De la mentalidad que aflora en los ademanes del cuerpo y la naturaleza del carácter.

LA ORGANIZACIÓN REPUBLICANA

ANTECEDENTES DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL

El proceso de independencia presenta una gran variedad de factores y causas que, en los inicios del siglo XIX, llevaron a los criollos a tomar conciencia de su situación y luego a separarse de España e iniciar una vida autónoma organizándose como república.

El malestar por la política económica de la monarquía fue uno de los más significativos. Los criollos se consideraban perjudicados por la liberalización del comercio llevada adelante por los borbones, pues se vieron saturados de productos importados, produciéndose a causa de ello una fuga de metales preciosos a Europa en pago de aquellos bienes.

La permanencia del monopolio comercial en lo relacionado con la prohibición para los criollos de desarrollar las manufacturas provocó también un profundo malestar en América. A ello se sumó el descontento existente por los pesados tributos impuestos por la corona, la cual, a causa de las constantes crisis del tesoro español, se vio obligada no solo a aumentar constantemente los impuestos, sino también a crear nuevos.

La competencia por los cargos administrativos y políticos también fue motivo de disputa constante entre peninsulares y criollos. Favoritismos y privilegios permitieron que la mayoría de los puestos públicos fueran ocupados por los europeos. Por su parte, los criollos se sentían postergados ya que aspiraban al poder político para realizar reformas que favorecieran sus intereses. Para los peninsulares, América representaba la tierra prometida, llena

de oportunidades, propicia para obtener una riqueza que los pondría en el mismo nivel de la alta sociedad española. Los criollos, por su parte, no estaban dispuestos a compartir los beneficios económicos derivados de la explotación de los recursos de sus territorios y del creciente comercio mundial.

En síntesis, la rivalidad existente entre españoles y criollos fue causa no solo de antipatía entre ambos, sino que además alentó en los últimos sus deseos de autonomía.

El abandono cultural de las colonias, que los criollos criticaban, fue otro motivo de descontento. La precariedad de la enseñanza, la carencia de periódicos y textos, la existencia de la censura que les impidió contar con las obras literarias que les interesaban, provocó en los criollos el afán por acceder al poder a fin de realizar las reformas que corrigieran tal situación y mejoraran la condición intelectual de la población. Como efectivamente hicieron una vez en el poder.

La influencia del pensamiento ilustrado, los principios básicos del liberalismo político, como la separación de poderes y el concepto de soberanía popular, también fueron conocidos y acogidos por los criollos, guiando su acción cuando alcanzaron el poder. La independencia de Estados Unidos y la Revolución francesa causaron honda impresión en ellos, porque demostraron que era posible obtener la libertad y gobernarse por sí mismos. Estos ejemplos, pese al rechazo que provocó la violencia en Francia, fueron muy ilustrativos para los criollos y muchos aspiraron a imitarlos.

En Chile el desenvolvimiento experimentado por los sectores aristocráticos, su poderío económico, su prestigio social y el hecho de ser ellos los poseedores de una mayor formación cultural, explican su aspiración, hacia fines del siglo XVIII, de acceder al poder. Constituidos en autoridad, esperaban materializar todas aquellas reformas que corrigieran los defectos del régimen colonial, a la vez que poner en práctica políticas que contribuyeran a un mejor aprovechamiento de los recursos locales.

A lo largo del siglo XVIII la aristocracia criolla se consolidó como el sector dominante en la sociedad colonial chilena. Su desarrollo fue consecuencia del desenvolvimiento experimentado por Chile durante el periodo colonial y, fundamentalmente, en el último siglo del mismo. Su madurez como grupo social motivó su aspiración al poder político que no poseía. Sin embargo, antes de alcanzar el poder y como requisito de su acceso a él, la aristocracia tomó conciencia de las cualidades del territorio y el valor de los habitantes de Chile y lamentó que unas y otros no fueran promovidos y aprovechados por la corona española. Este fue un elemento esencial de la llamada conciencia criolla que también guió su afán libertario.

Contribuyeron a la formación de la mentalidad criolla, las obras históricas, geográficas y literarias que algunos de los jesuitas expulsados de Chile escribieron en Europa y en las cuales ponderaban sobremanera las cualidades de los habitantes y el ambiente físico del territorio. Pero también la lectura de las obras científicas y filosóficas de la Ilustración, así como el contacto directo con viajeros y exploradores que con su espíritu crítico estimularon la reflexión sobre su condición en el contexto del imperio.

La aristocracia criolla desarrolló una conciencia americana, que la diferenció del español, y una nacional, en el sentido de amor a lo propio, que se manifestó en el apego y cariño que demostraron por la naturaleza que los rodeaba, sus habitantes y su historia. Esta se manifestó en su deseo de promover la expansión y el crecimiento de la "patria", aunque también en su afán por mantener sus privilegios y situación social.

EL PROCESO DE INDEPENDENCIA

Aunque a comienzos del siglo XIX se había forjado un ambiente adverso a España, probablemente este factor no habría provocado un quiebre violento de no haber cambiado radicalmente la

situación de las colonias a raíz de la invasión de Napoleón a la península ibérica en 1808.

En España se vivía una delicada situación política que los franceses aprovecharon para hacerse con el poder. Luego de la conferencia de Bayona en la que el rey, Fernando VII, quedó cautivo de los franceses, los españoles se levantaron en armas en contra del ejército galo.

Para administrar el país durante la ausencia del rey legítimo, sus súbditos se organizaron en juntas de gobierno locales, las que más tarde se unificaron en el Consejo de Regencia, el cual convocó a una asamblea de representación nacional, las Cortes de Cádiz, llamando también a las colonias americanas a integrarse mediante el envío de un representante.

En América esta invitación fue acogida por los altos funcionarios de gobierno, el clero y los comerciantes, pero la mayor parte de los criollos no la aceptó. Ellos consideraban que el Consejo de Regencia solo representaba al pueblo español y no al rey, soberano exclusivo de las colonias. Por ello, en la mayor parte de los territorios americanos los criollos determinaron instituir juntas de gobierno locales; así, entre 1808 y 1810 se constituyeron juntas en Quito, La Paz, Caracas, Buenos Aires, Bogotá y Santiago. Algunas de ellas fueron prematuras, otras perduraron en el tiempo.

El 18 de septiembre de 1810 se estableció en Chile la primera Junta de Gobierno. Con ella se inició el gobierno patriota y el proceso de independencia nacional. La junta fue reconocida en toda la gobernación y desde el primer momento manifestó su lealtad al monarca español y su propósito de gobernar solo mientras permaneciera en cautiverio.

Encabezada por el criollo Mateo de Toro y Zambrano, la Junta de Gobierno se fue tornando cada vez más independiente de la monarquía española, bajo la influencia de intelectuales más avanzados. Entre sus acciones se destacan la organización de cuerpos militares, la convocatoria a elecciones de un Congreso

Nacional y la promulgación de un reglamento de comercio que aseguraba el intercambio con todas las naciones.

En julio de 1811, habiéndose instalado el Congreso Nacional, la Junta de Gobierno se disolvió. En el Congreso estaban representados fundamentalmente dos sectores políticos: los moderados, mayoritarios, que favorecían cambios graduales, y los exaltados que aspiraban a una rápida separación de España. Durante su corta vida, esta asamblea dictaminó la abolición parcial de la esclavitud al promulgar la ley de libertad de vientre en virtud de la cual todo hombre nacido en Chile sería libre y no se podrían introducir nuevos esclavos al territorio nacional. Muestra evidente del corto número existente.

Los sectores más radicales, encabezados por José Miguel Carrera, fueron ganando influencia alcanzando el poder luego de disolver el Congreso Nacional. Durante el gobierno de Carrera se materializaron iniciativas que impulsaron el proceso de independencia. Entre ellas sobresalen la edición del primer periódico nacional, *La Aurora de Chile*, que dirigida por el sacerdote Camilo Henríquez divulgó las ideas republicanas: la creación de una bandera que reemplazara a la española, la afirmación de la conciencia nacional y la promulgación del Reglamento Constitucional de 1812 que, de hecho, proclamó la independencia.

Los sucesos producidos en Chile fueron observados con recelo por el virrey del Perú Fernando de Abascal. Mientras José Miguel Carrera actuaba como si Chile ya fuese independiente, los españoles en Perú preparaban una expedición militar para poner fin al gobierno patriota. En los primeros meses de 1813 un contingente realista de 3 000 hombres comandados por el brigadier Antonio Pareja desembarcó en territorio chileno. Carrera entregó el poder a una Junta de Gobierno, que entre sus obras administrativas fundó la Biblioteca Nacional y creó el Instituto Nacional, y se puso a la cabeza del ejército patriota.

La ofensiva militar española se inició desde Concepción hacia el Norte. En Chillán, los patriotas sitiaron a las fuerzas realis-

tas. Carrera no se decidió a ordenar el ataque definitivo y fue sorprendido en El Roble en octubre de 1813. Lo que parecía una derrota segura para los patriotas, se revirtió solo gracias a la oportuna intervención de Bernardo O'Higgins. En atención a sus desaciertos, la Junta de Gobierno removió a José Miguel Carrera de la conducción del ejército patriota y en su lugar fue nombrado O'Higgins.

Con el propósito de ganar tiempo y después de encuentros menores, los bandos firmaron el Tratado de Lircay, en virtud del cual los patriotas reconocían a Fernando VII como soberano y los españoles admitían la legitimidad del gobierno criollo. La llegada de un nuevo contingente realista al mando de Mariano Osorio revivió la lucha militar, la que se definió el 2 y 3 de octubre de 1814 en Rancagua, obteniendo los españoles una victoria aplastante. Era el fin de la llamada Patria Vieja, la primera experiencia soberana de los chilenos, pero las aspiraciones independentistas siguieron vivas.

Cuando los patriotas huían hacia Mendoza, Osorio entró en Santiago y restableció el régimen colonial en Chile. Se iniciaba la etapa de la reconquista, que se prolongaría hasta febrero de 1817, en ese tiempo se abolieron todas las reformas introducidas por los patriotas. Los españoles instituyeron los tribunales de vindicación, ante los cuales los criollos debían explicar su conducta; se confiscaron sus bienes, y se establecieron elevadas contribuciones. Especialmente violenta fue la persecución contra los principales protagonistas del movimiento patriota, y ello contribuyó a ahondar las diferencias entre españoles y criollos y a alentar en estos los deseos de independencia.

Mientras en Chile se sufría el rigor de la administración española encabezada por Casimiro Marcó del Pont, en Mendoza los patriotas encabezados por Bernardo O'Higgins organizaban el Ejército Libertador con la ayuda del gobernador de Mendoza José de San Martín, el cual formado por aproximadamente 3 600 hombres, entre chilenos y rioplatenses, marchó hacia Chile en

enero de 1817, obteniendo una trascendental victoria en la batalla de Chacabuco el 12 de febrero de 1817. El triunfo patriota puso fin al gobierno realista e hizo posible el inicio de una nueva etapa del proceso de independencia nacional.

Luego del triunfo en Chacabuco el Cabildo Abierto entregó el poder a Bernardo O'Higgins con el título de director supremo. El periodo durante el cual este desempeñó el poder, que se prolongaría hasta enero de 1823, fue esencial en el proceso de separación de la metrópoli. En esta etapa el énfasis del gobierno se concentró en dos tareas fundamentales: la consolidación de la independencia en el campo militar y la organización del Estado republicano.

En el ámbito militar, el triunfo en la batalla de Maipú, el 5 de abril de 1818, aseguró la independencia nacional. Para afianzar la emancipación y contribuir a esta causa en el antiguo virreinato, se organizó la Expedición Libertadora del Perú. Comandada por lord Thomas Cochrane y José de San Martín, la expedición militar logró su objetivo en julio de 1821.

Sin embargo, la guerra entre patriotas y realistas no terminó luego de la batalla de Maipú. Si bien es cierto que entonces quedó afianzada la independencia, al sur del río Biobío la lucha militar continuaría todavía por algunos años. Los españoles ocupaban Chiloé y Valdivia y gran parte de la provincia de Concepción. Si bien no tenían la fuerza militar para reconquistar el territorio, sus fuerzas eran considerables y provocaron un encarnizado y cruel combate.

En su afán, los españoles buscaron la adhesión de los indios araucanos, mientras que el gobierno nombró al general patriota Ramón Freire como comandante de las tropas destinadas a sofocar la resistencia realista. La lucha militar se confundió con la acción de bandidos y desertores de ambos ejércitos que, en su propósito de obtener beneficios del conflicto, se ocuparon en asolar la región de Concepción. La violencia extrema y la crueldad fueron las características de la lucha.

El conflicto comenzó a definirse en favor de los patriotas en febrero de 1820, cuando lord Cochrane logró tomar la plaza de Valdivia. Nuevos triunfos y la captura de algunos de los más importantes cabecillas de la resistencia permitieron alcanzar, en 1826, la victoria definitiva al desembarcar las tropas chilenas en Chiloé, el último bastión realista en territorio nacional.

El 12 de febrero de 1818 se había firmado la Declaración de Independencia Nacional y el mismo año se promulgó una constitución política en un esfuerzo por establecer un marco jurídico al ejercicio del poder. La Constitución de 1818 otorgó al director supremo Bernardo O'Higgins amplias atribuciones, sin fijar una fecha precisa para el término de su mandato; estableció la existencia del Senado, que ejercería el poder legislativo, y organizó tribunales de justicia, delineando así el futuro poder judicial. En él se refugiaron, como integrantes y funcionarios, muchos de los realistas derrotados en las luchas libertarias que dieron origen a la República, marcando de este modo la naturaleza de la justicia chilena, más atenta al amparo de la propiedad y de los bienes, que de las personas. Como quedaría demostrado muchos años después, durante la dictadura de Pinochet.

Durante la administración de O'Higgins se llevaron adelante iniciativas de carácter social, buscando mejorar la condición del pueblo, alejándolo, por ejemplo, de prácticas como las corridas de toros y las peleas de gallos. Se reabrieron el Instituto y la Biblioteca nacionales, a la vez que se promovió la educación fundando escuelas e introduciendo nuevos métodos de enseñanza como el lancasteriano. Se abrió un mercado de abastos para evitar la venta de comestibles en las calles de la ciudad; se convirtió el basural de La Cañada en Santiago en el Paseo de la Alameda; se mejoró el alumbrado público; se habilitaron un teatro y una casa de comedias; se puso fin a la construcción del canal San Carlos; se fundaron poblados como San Bernardo, y se crearon el Cementerio General en Santiago y un cementerio para protestantes en Valparaíso.

Pese a que la obra del gobierno representó un adelanto en muchos aspectos, su acción no estuvo exenta de problemas. Diversos factores complicaron la tarea de O'Higgins. Las secuelas de la guerra, con su rastro de destrucción, miseria e inestabilidad social habían provocado una seria crisis económica. La escasez de recursos con los cuales afrontar los gastos militares obligaron al gobierno a imponer contribuciones forzosas y exigir empréstitos muy impopulares entre la población ya empobrecida por el esfuerzo militar. La oposición de la aristocracia tradicional y de la Iglesia, que se sintieron perjudicadas por diversas medidas tomadas por el director supremo, como la abolición de los títulos de nobleza, fue otro factor que complicó la gestión del nuevo gobierno.

Por último, la falta de experiencia de los patriotas en el poder y la carencia de funcionarios preparados para ejercer funciones administrativas, completan el cuadro de las dificultades en los primeros años de la República.

El resentimiento existente contra el gobierno alcanzó su clímax cuando una nueva constitución prolongó el mandato del director supremo. A comienzos de 1823 estalló una revuelta en Concepción encabezada por Ramón Freire. En Santiago, a petición de los vecinos, O'Higgins abdicó del poder. Otra etapa del proceso de independencia nacional había llegado a su fin.

LOS DESAFÍOS DE LA REPÚBLICA

El proceso de independencia nacional no solo implicó la lucha por la libertad; igualmente importante fue la tarea de organizar la nueva República que nacía luego de consolidada la independencia. Entre 1810 y 1833 Chile vivió años de formación y aprendizaje políticos. Años de ensayos, de diversos intentos por dar forma a la nueva realidad política que se vivía: la de una nación independiente, que luchaba por organizar el Estado.

Diversos problemas debieron enfrentar los organizadores de la República para realizar su obra: la caótica situación económica provocada por las campañas militares que arrasaron con la riqueza nacional; la dificultad para aplicar en el país los ideales liberales y republicanos debido a la falta de formación política de los nuevos ciudadanos; la inexperiencia política de quienes ejercían el poder; la agitación política y social motivada por la miseria existente; la acción de la Iglesia y de la aristocracia conservadora que, descontentas con el carácter liberal e igualitario de las reformas, se transformaron en factores de inestabilidad.

Los ideales surgidos de la evolución del liberalismo político y materializados en la Revolución francesa fueron, desde el comienzo de su vida independiente, los principios a los que el país buscó adecuar sus nuevas instituciones políticas y sociales. Los conceptos de libertad, igualdad y fraternidad calaron en el espíritu de los patriotas. En ese sentido, la independencia nacional fue un proceso igualador, que aceleró la disolución de la sociedad jerárquica y de privilegios existente durante el periodo colonial.

Los protagonistas de la época de la organización nacional, militares e intelectuales, fueron apasionados defensores de la formación de una República, de la división de poderes, de la soberanía popular y del respeto de los derechos individuales. Demostrando una confianza desmedida en el poder de la ley, creyendo que esta por sí sola transformaría la realidad social existente y acabaría con los vicios de la población, los gobernantes dictaron una serie de normas en las cuales plasmaron sus ideales y concepciones políticas, muchas de las cuales persisten hasta el día de hoy y forman parte de la tradición republicana nacional.

Entre 1810 y 1833 se dictó un gran número de constituciones y normas jurídicas, muestra del claro afán constitucionalista que animaba a los organizadores de la República. Independizados de la monarquía, la majestad de la ley reemplazó el dogma de la majestad real vigente hasta entonces. La Constitución, ley fundamental, fue la base sobre la cual se levantó la nue-

va República, y a ella se debían someter tanto gobernados como gobernantes.

El Reglamento Constitucional Provisorio de 1812 fue el primer texto de carácter constitucional que se promulgó en Chile. De acuerdo con él, entonces quedó establecido el principio de la soberanía popular, un esbozo de separación de los poderes públicos y los mínimos derechos individuales.

La Constitución Provisoria para el Estado de Chile, promulgada por O'Higgins en 1818, estableció la separación de los poderes del Estado mediante la existencia de un director supremo, como jefe del poder ejecutivo; un Senado, a cargo del poder legislativo, y un Tribunal Supremo, a cargo del poder judicial. La Constitución garantizaba también la libertad individual, la igualdad civil, la libertad de opinión y el derecho de propiedad. Estableció además los deberes del gobierno, entre los cuales destaca la obligación de aliviar la miseria de los desgraciados, proporcionándoles los caminos de la felicidad y prosperidad, lo que constituye un principio muy avanzado para la época.

Aunque la Constitución Política de 1822 solo duró un mes, significó un avance conceptual respecto de las anteriores al reglamentar los requisitos de la ciudadanía y la nacionalidad; establecer la existencia de un Congreso bicameral, y deslindar claramente las atribuciones de los tribunales, consagrando su independencia de los otros poderes del Estado.

La Constitución Liberal de 1828 fue la expresión más valiosa de los esfuerzos por organizar el Estado bajo un régimen liberal. Entregaba el poder ejecutivo a un presidente de la República, cuyas atribuciones fueron disminuidas, y el legislativo a un Congreso bicameral, estableciendo además la existencia de una asamblea en cada provincia con el afán de garantizar la independencia y libertad de los individuos. La norma no tuvo gran vigencia, entre otras razones por la fragilidad del sistema político.

Luego de la abdicación de O'Higgins el país vivió un periodo de gran inestabilidad caracterizado por la violenta lucha de los

grupos políticos por imponer sus ideas y concepciones sobre la organización del Estado; el vacío de poder provocado por la fragilidad de los gobiernos que se sucedieron uno tras otro sin poder mantenerse, dando una imagen de anarquía; las continuas asonadas militares, intentos golpistas y suspensiones del régimen constitucional, y la inseguridad e inestabilidad social, provocada por la ausencia de una autoridad respetada y obedecida por todos. Esta situación concluyó en 1830 con el triunfo de los sectores más conservadores y luego de una guerra civil.

La lucha por el poder entre conservadores y liberales fue consecuencia de las diferentes visiones y proyectos que ambos sostenían como más adecuados para organizar la República. Los militares e intelectuales que dominaron en el periodo, si bien formaban parte del sector aristocrático no pertenecían a los grupos más selectos de ella. De ideas reformistas, no tardaron en enfrentarse con los sectores que tradicionalmente habían detentado el poder.

Para la aristocracia conservadora, marginada del poder, los ensayos liberales significaron no solo la pérdida de su situación privilegiada, sino también desorden e inestabilidad debido a la ausencia de una autoridad capaz de imponer el orden. Reaccionando contra la política liberal, los sectores aristocráticos iniciaron un movimiento que, buscando terminar con el reformismo y la inestabilidad, culminó en una revolución.

En 1829 se levantaron contra el gobierno y, luego de derrotarlo militarmente en 1830, asumieron el poder poniendo fin a la etapa de gobierno liberal. Su acceso al poder fue posible, entre otros factores, debido al cansancio existente en la sociedad por la situación que vivía el país. Una gran mayoría aspiraba al orden, la tranquilidad y la estabilidad, y por esa razón apoyaron el proyecto autoritario de los conservadores.

Desde el punto de vista de la organización del Estado republicano, y en el ámbito económico y social, la época de la organización legó al país una serie de instituciones jurídicas que se

incorporaron al acervo y al acontecer histórico nacional y sin las cuales hoy no sería posible la existencia de Chile como República y nación.

Entre los numerosos y variados logros políticos e institucionales obtenidos en el periodo de la organización del Estado, se encuentran la independencia nacional y la instauración de la República, es decir, la organización del sistema político bajo la forma de un gobierno representativo. También el constitucionalismo, por el cual se arraigó la idea de que la ley es la base sobre la cual se levanta el orden social y político de la nación, y que a ella deben someterse tanto gobernantes como gobernados.

En estos años se afianzó además el concepto de soberanía popular, se confirmó el concepto de división de poderes, se consolidaron también los derechos individuales y se establecieron, como garantías constitucionales, el derecho a la libertad, la igualdad, la propiedad y el recurso de amparo. Todos, elementos básicos sin los cuales la libertad individual estaría amenazada, y que desde entonces constituyen más un ideal republicano que una realidad efectiva.

En el ámbito económico y social hubo también importantes logros. Se inició el proceso de ordenamiento de la hacienda pública, intentando cancelar las deudas contraídas por el Estado para financiar las guerras de independencia. En esta tarea sobresalen las medidas que como ministros de Hacienda idearon e implementaron Diego José Benavente y Ventura Blanco Encalada, quienes prepararon la gestión posterior de Manuel Rengifo que, en la década de 1830, continuó con la tarea.

Mediante diversos estímulos, como decretar la libertad de comercio y los almacenes francos de Valparaíso, se fomentó el comercio y los contactos mercantiles de Chile con el exterior. También hubo preocupación por reconocer las riquezas naturales del país e interés por atraer capitales extranjeros que iniciaran actividades productivas. En aquellos años, además, se promovió la educación y se crearon importantes establecimientos de ense-

ñanza; se contrataron sabios extranjeros, y se fomentó la actividad cultural en general.

Tan antigua como la República, la educación pública nació en 1813 cuando se fundó el primer establecimiento de enseñanza chileno, el Instituto Nacional. Su temprana creación en medio de los avatares del proceso de organización nacional muestra que para los patriotas la instrucción pública era un asunto de primera importancia, esencial para el futuro de la República que entonces luchaba por su independencia.

La educación chilena nació estrechamente ligada a la patria y al destino de la comunidad que pugnaba por constituirse en República pues, como se sentenció en un decreto de junio de 1813, "el principal objeto a que debe dedicar todos sus cuidados el gobierno es a la instrucción pública, pues todos los estados degeneran y perecen a proporción que se descuida la educación nacional, y faltan, por consiguiente, las costumbres que son las que dan confianza, respeto y amor a las leyes y al sistema de gobierno".

Entre los estímulos que el gobierno tuvo para contratar científicos fue determinante el relacionado con la posibilidad de contar tanto con una cartografía fiable de Chile, inexistente al momento de la independencia, como la necesidad de reconocer los recursos naturales del país. Un ejemplo es el decreto de 26 de junio de 1823 que, fundado en "la necesidad de reunir toda clase de datos estadísticos que dirijan al gobierno en las providencias que debe tomar para promover la prosperidad nacional", determinó la realización de "un viaje científico por todo el territorio del Estado" destinado a examinar la geología del país, sus minerales y demás materias propias de la historia natural, para lo cual se comisionó a Juan Dauxion Lavaysse. Muy pocos meses después, el 20 de diciembre del mismo año, y como complemento del viaje científico, el mismo gobierno mandó levantar una carta geográfica del territorio.

La necesidad de cartografía era fruto de la diaria experiencia del gobierno relacionada "con los embarazos que se presentan

para dirigir la administración civil y militar y dar un impulso activo a la industria, y al buen orden y economía interior de los pueblos, sin que exista un buen mapa de su territorio". Pero también de la urgencia de cumplir con el mandato del Congreso Constituyente de establecer una división político-administrativa "luego de que se hayan procurado los datos necesarios para verificarla cómoda y provechosamente". Fundado en estos antecedentes, el director supremo decretó que "inmediatamente se dará principio a la formación de un mapa corográfico de Chile", confiando la empresa a Alberto d'Albe y a Carlos Ambrosio Lozier.

Frustradas las iniciativas mencionadas, esencialmente por la incapacidad de los comisionados, solo a comienzos de la década de 1830 volvió a presentarse la oportunidad de materializarla. Ahora, gracias a la presencia de una persona idónea, Claudio Gay, y un gobierno capaz de sustentarla, el establecido luego de las luchas del año 1829 que llevaron al poder a los conservadores encabezados por Diego Portales. La monumental obra científica de Gay terminaría transformándose a lo largo del siglo XIX en un aporte inapreciable para la configuración de la nación, al desenvolvimiento económico y al ejercicio de la soberanía estatal.

LA PEDAGOGÍA CÍVICA PATRIOTA

En los años de la independencia se utilizaron variadas y numerosas estrategias para exponer y difundir los planteamientos políticos que sustentó el movimiento separatista americano. Folletos, catecismos políticos, hojas volantes, discursos, sermones, arengas, proclamas, máximas, poesías, coplas, anagramas, proyectos, informes, entre otros, además de artículos de prensa, sirvieron en el caso de los medios escritos para expresar y defender posiciones y formar a los nuevos ciudadanos.

La palabra difundida por medio de la imprenta dio cuenta de la aparición de noveles entidades y actores políticos, adqui-

riendo así un papel activo en la consolidación, en la opinión pública, de los principios políticos republicanos que la revolución de independencia puso en práctica.

Entonces los próceres se volvieron escritores y los escritores próceres. Los primeros, por la necesidad de utilizar un medio propagandístico de primera magnitud; los segundos, por los servicios que sus plumas prestaron a la causa patriota. Así, los hechos que constituyen el proceso de independencia tienen como protagonistas a personas, que de una u otra forma, debieron expresarse con sus escritos.

El uso del impreso a partir de 1810 sirvió para explicar al común de las personas las ideas sobre la revolución de independencia, las causas de la revolución, los derechos de los sujetos, los diversos tipos de gobierno, las nociones de los filósofos de la Ilustración, la educación y la cultura, y muchos otros temas de interés político para una época de crisis revolucionaria como la que vivió la América hispana o de transición como la que experimentó Brasil.

Los textos forman parte de la llamada tecnología de las comunicaciones y en tal condición fueron indispensables para la consolidación del movimiento separatista, republicano en la América española y monárquico constitucional en Brasil. Los impresos contribuyeron al proceso de independencia y a la fundación de la República al responder con la escritura a una necesidad propia del régimen que nacía con el movimiento separatista. La palabra impresa se transformó entonces en parte de un nuevo proyecto político pues, para los protagonistas de la organización republicana y nacional, sin cultura escrita no habría libertad nacional.

Los textos remiten a la forma en que los organizadores de repúblicas imaginaron la comunidad de la que formaban parte. Por su intermedio es posible deducir el significado otorgado a las palabras y, mediante estas, apreciar las situaciones políticas y culturales radicalmente nuevas que pretendían divulgar.

Los impresos muestran también el papel de la cultura escrita en la formulación del espacio público moderno en América. Constituyen una de la novedades esenciales de la modernidad republicana: el quiebre de la sujeción de lo escrito a la autoridad gubernamental, tal como ocurría en la época colonial, y por tanto la aparición de un espacio crítico de discusión ciudadana.

Los autores utilizaron su pluma para abordar temas como el progreso y la civilización, las antiguas culturas americanas y el paisaje y riquezas americanos, todos ellos relacionados con el de la libertad de los nuevos entes políticos que surgieron con el movimiento emancipador. En algunos de los textos impresos en la época se plasma el surgimiento de nuevos actores y entidades políticas, la mayor parte de las cuales perduran hasta hoy, constituyéndose en un legado permanente del periodo. El ejemplo de los catecismos patriotas es uno de los más ilustrativos.

Esta expresión literaria, gracias a su carácter educativo y masivo, consecuencia de la organización de los temas que aborda en forma de preguntas y respuestas y del conocimiento que de ellos tenía la población gracias a su uso en la evangelización, se transformó en un medio de gran valor para hacer trascender hacia la sociedad las ideas y conceptos políticos republicanos. Así es posible advertirlo en los catecismos patriotas y republicanos americanos publicados entre 1810 y 1827 en Chile, Nueva Granada, Buenos Aires, Brasil y México.

En América del Sur, en Buenos Aires, en 1811, se imprimió uno de los primeros, el *Catecismo público para la instrucción de los neófitos o recién convertidos al gremio de la sociedad patriótica,* cuyo propósito fue destruir los temores existentes respecto de las nuevas instituciones que se creaban. En la todavía gobernación de Chile se redactó el *Catecismo político cristiano* de José Amor de la Patria, seudónimo tras el cual se ocultó la identidad de su autor, que data de septiembre de 1811.

También en Chile, en 1814, se conocieron e imprimieron algunas páginas del *Catecismo o dispertador patriótico, cristiano y*

político, dedicado a "los paisanos y militares voluntarios de la provincia de Salta", que tuvo como fin dar a conocer "la sagrada causa" por la cual América del Sur "se propone recuperar su soberanía, su imperio, su independencia, su gobierno, su libertad y sus derechos". Compuesto en Buenos Aires, su autor se propuso difundir con él algunos principios de derecho público.

En Nueva Granada, el sacerdote Juan Fernández de Sotomayor publicó el *Catecismo o instrucción popular*, editado en 1814, en el que además de negar los títulos de conquista de España sobre América, critica ácidamente la obra de la corona en el Nuevo Mundo.

En 1821 apareció en México el primer catecismo patriota originario de esa región. Consumada la independencia, se editó el *Catecismo de la independencia* de Ludovico de Lato Monte, seudónimo del escritor Luis de Mendizábal. Dedicado al general Iturbide, el texto explica las ideas sobre diferentes temas como la independencia de México, la libertad, las formas de gobierno, la defensa de la religión y la necesidad de la unión para el fortalecimiento de la nación.

También de 1821 datan dos catecismos aparecidos en Salvador de Bahía, en Brasil. Publicados en ediciones del *Semanario Cívico* de marzo y mayo, los textos difundieron los principios de la monarquía constitucional, justificando su publicación bajo el argumento de que la "instrucción pública era la base de la felicidad de las naciones", que no bastaba que "poseamos una constitución sabia", y que por tanto había "que tener educación adaptada para recibirla".

Una vez avanzado el proceso de independencia, incluso culminado en algunas regiones, se publicaron numerosos catecismos cívico-políticos para la divulgación de las ideas y las instituciones que sostenían los nuevos gobiernos republicanos. En ellos se explican los preceptos constitucionales vigentes y la situación política creada por la independencia. Entre estos merece destacarse, por las características de la evolución mexicana, el primer

catecismo propiamente republicano editado en México, el *Catecismo de República, o elementos del gobierno republicano popular federal de la nación mexicana*, que M.N. Vargas publicó en 1827.

Por medio de los catecismos adquirieron significado, o mudaron el que tenían, conceptos como patria, pueblo, soberanía, república, hombre libre y ciudadanía, todos básicos en la definición de los entes políticos surgidos con la independencia. De este modo, la existencia de una nueva situación política se expresó en las palabras con que se titulan los pedagógicos textos.

Términos como patriotas, sociedad patriótica, gobierno republicano, independencia y pueblos libres muestran que los catecismos tuvieron como destinatarios a sujetos muy diferentes de los vasallos, súbditos, colonos y esclavos existentes hasta 1810. Todavía más, también se encuentran otros como república, nación, pueblo soberano, diputados, representantes, ciudadanos, conciudadanos, soldados defensores de la patria, hombres libres, patriotas americanos y sociedad civil, todos ellos signos inequívocos del surgimiento de actores políticos diferentes de los existentes hasta entonces y que la palabra escrita difundía y explicaba a la sociedad.

Los catecismos precisan los conceptos, comenzando por el de patria que, de la noción que la identificaba con la tierra de los padres en la época colonial, se convierte en la nación organizada como Estado independiente con un gobierno republicano. Un viejo término que el escrito transforma en un nuevo concepto político.

Ligado al concepto de patria, se configuró el nuevo significado de pueblo que en todos los catecismos aparece concebido como nuevo actor político-social, siendo algunas de sus características esenciales su posibilidad de elección, así como su pertenencia a una entidad mayor. El pueblo solo adquiere significado en cuanto constituye la patria, la nación, el imperio o la república.

Los textos distinguen al pueblo con adjetivos, como “libre”, “patriota” y “soberano”, muestra de que el mismo constituye un

actor político diferente de los vasallos o súbditos hasta entonces existentes.

La asociación entre pueblo y soberanía se expresa en numerosas ocasiones al ser esta la principal atribución del pueblo. La soberanía forma parte esencial del pueblo pues, en último término, es ella la que le otorga la capacidad de elegir, una de sus características básicas, facultad que a su vez hace al pueblo libre y patriota.

Todos los catecismos, con excepción del mexicano de 1821 —escrito durante el imperio de Iturbide— y de los brasileños, vincularon el concepto "pueblo" con el de "república", pues esta, según los autores, es la forma de gobierno que mejor garantiza la soberanía del pueblo, aunque en Brasil la monarquía constitucional también cumplió ese objetivo.

La defensa que los textos hicieron del régimen republicano que el proceso de independencia estableció en América tuvo en el *Catecismo político cristiano* editado en Chile un exponente elocuente. En él se sostiene que el gobierno republicano democrático, "en que manda el pueblo por medio de sus representantes o diputados que elige", es el único que conserva la "dignidad y majestad del pueblo", siendo el "que más se acerca y el que menos aparta a los hombres de la primitiva igualdad en que los ha creado el Dios omnipotente".

Para su autor, este tipo de gobierno, a diferencia del despótico, el monárquico o el republicano aristocrático, es el menos expuesto a los horrores de la arbitrariedad, "es el más suave, el más moderado, el más libre", en definitiva, "el mejor para hacer felices a los vivientes racionales". Precisamente, uno de los grandes objetivos de la independencia.

EL ORDEN CONSERVADOR Y AUTORITARIO

EL PREDOMINIO CONSERVADOR

El triunfo de la aristocracia conservadora se fundó en la realidad concreta de la sociedad chilena de las primeras décadas de la República: un país que mantenía la estructura social y económica heredada de la colonia. Si en el ámbito político la nación había pasado de un régimen monárquico absolutista a uno republicano, en la práctica subsistían las estructuras sociales en virtud de las cuales la aristocracia era el sector predominante de la sociedad y ante el cual todos los demás estaban subordinados.

La aristocracia, un grupo pequeño, cohesionado y homogéneo, enlazado por una comunidad de intereses políticos, económicos, sociales y culturales, era la dueña de la riqueza y del prestigio social. Sus miembros eran los grandes propietarios de las tierras cuyos capitales se extendían a las actividades mineras y comerciales. La masa de mestizos, la mayor parte sumida en la ignorancia y en la miseria, estaba totalmente dominada por ella; ajena a los cambios producidos, no había tenido ninguna participación dirigente en los acontecimientos, salvo como tropa movilizada. Para el bajo pueblo, los ideales de libertad e igualdad que la independencia había introducido resultaban principios difíciles de entender, cuando no incomprensibles y, por tanto, de muy difícil aplicación en una sociedad todavía muy jerarquizada y rígida y sin formación política.

Sobrio y tenaz, positivo y práctico, sin grandes luces intelectuales, honrado, escrupuloso e individualista, el aristócrata chi-

leno era un elemento de orden y estabilidad, colaborador con el gobierno. Conservador y apegado a la Iglesia, reprochó a las autoridades liberales de la época su incapacidad para imponer el orden y la tranquilidad. Se resintieron del vacío de poder existente, y lo señalaron como consecuencia de la aplicación de teorías y principios ajenos a la realidad social que vivía el país.

Habiendo aprendido a mandar y a dominar en la escuela de la hacienda, los aristócratas conservadores acusaron a sus oponentes de soñadores, ilusos, faltos de criterio práctico y de no percibir que la sociedad no estaba preparada para ejercer el régimen liberal republicano en forma plena. Ellos creían que era necesario mantener el antiguo sistema jerárquico que, no solo aseguraba el orden y la estabilidad, sino también su predominio social.

A diferencia de los liberales, los grupos aristocráticos no consideraron las teorías políticas e impusieron un rígido autoritarismo, que desde su punto de vista era el único medio capaz de asegurar la tranquilidad social. Guiada por el sentido práctico y realista de Diego Portales, que le indicaba que solo una autoridad fuerte, con amplias atribuciones, sería capaz de imponer la estabilidad, requisito básico para el desarrollo de las actividades económicas, la aristocracia restauró, bajo apariencias republicanas, el orden social colonial.

Una vez en el poder, la aristocracia se vio en la necesidad de promulgar una constitución que se adecuara a la nueva realidad del país. Se convocó entonces a una Comisión Constituyente encargada de elaborar el nuevo texto. Mariano Egaña, de ideas conservadoras, y José Manuel Gandarillas, de tendencia más liberal, influyeron de manera activa en la redacción de la carta fundamental. La norma de 1833 se caracterizó por ser presidencialista y autoritaria, además de conservadora y aristocrática, cumpliendo así los requerimientos de los sectores tradicionales en el poder.

Presidencialista y autoritaria porque hizo del presidente de la República el gran poder dentro del Estado, al otorgársele nu-

merosas e importantes atribuciones. Algunas de las más importantes fueron: podía ser reelegido, lo que hacía que en la práctica el presidente podía gobernar 10 años; no respondía ante nadie por las acciones que ejecutara durante su mandato; tenía la posibilidad de oponerse a todo proyecto de ley que le presentara el Congreso; nombraba a los jueces y vigilaba su conducta funcionaria, y podía indultar de acuerdo con el Consejo de Estado.

Además, entonces como hoy, las autoridades provinciales y departamentales, así como las de las subdelegaciones y distritos, las instancias de la división político-administrativa del país a lo largo del siglo XIX, dependían política y económicamente del poder central encabezado por el presidente de la República.

Las leyes sobre el Estado, las de régimen interior, responsabilidad civil, electoral y de municipalidades consolidaron todavía más el poder de un ejecutivo que actuaba en un medio en el que el concepto de la libre expresión de la soberanía popular todavía no aparecía. En ese entonces, primera mitad del siglo XIX aproximadamente, sobrevivía la noción monárquica del príncipe cristiano bueno y justo, responsable solo ante Dios, que suscita la adhesión casi incondicional de la población.

Con atribuciones sobre la administración pública y las fuerzas armadas, el aparato judicial y la práctica política cuyo centro era Santiago, el presidente de la República reunía una amplísima gama de potestades formales e informales. Las mismas, sumadas a sus poderes excepcionales de "estado de sitio" y "facultades extraordinarias" que ampliaban todavía más sus prerrogativas, explican su absoluto control sobre la vida nacional.

La supremacía del presidente de la República en el sistema político de 1833 se prolongaba todavía más allá del texto constitucional, pues en la práctica era casi imposible ser elegido miembro del Congreso sin su voluntad. A él estaban sometidas todas las autoridades provinciales y municipales que, en último término, controlaban el proceso electoral. Ello explica también que fuera el presidente saliente el que, en definitiva, decidiera

quién sería su sucesor en La Moneda, como efectivamente ocurrió hasta 1891.

La Constitución de 1833 es de índole conservadora y aristocrática porque tendió a mantener el orden establecido, creando un régimen inmovilista que consagró el predominio de la aristocracia. Tanto los requisitos para ser ciudadano activo, es decir con derecho a voto, como para ser congresista, por ejemplo, exigían contar con cierto nivel económico que la gran mayoría no tenía. Queriendo perpetuar el sistema establecido, el mecanismo de reforma de la Constitución hacía casi imposible su modificación, un rasgo típicamente conservador.

Respecto del Congreso Nacional, que en la práctica quedó subordinado al poder del presidente, los constituyentes de 1833 establecieron sin embargo que este cuerpo debía aprobar anualmente las llamadas leyes periódicas: la que fijaba el presupuesto de la nación, la que autorizaba el cobro de las contribuciones y la que determinaba el contingente de las fuerzas armadas. Sin la aprobación de estas leyes, el presidente no podía gobernar, por lo que, en último término, y pese a toda la autoridad del ejecutivo, el legislativo podía, teóricamente, imponer su voluntad. Solo con el paso del siglo XIX el Congreso fue ejerciendo el poder que le otorgaba el mecanismo de aprobación de las leyes periódicas.

En resumen, la Constitución de 1833 legalizó el predominio conservador y consagró en el país un sistema político presidencialista, autoritario y centralizado que, por sobre cualquier otro valor social privilegió el orden. Todo ello en el contexto de una sociedad jerarquizada.

Más allá de la normativa legal, para la sociedad de la época la Presidencia de la República estaba asociada a la seguridad y al orden, una representación de la máxima autoridad del Estado que en algunos rasgos se mantiene hasta hoy. Un ejemplo, tomado de una situación provocada por la excursión oficial que el presidente Manuel Montt realizó a las provincias del sur del país en 1853, lo demuestra.

La partida del primer mandatario suscitó, entre otras reacciones, temores y críticas en una sociedad como la santiaguina desacostumbrada a la ausencia del titular del poder ejecutivo. Así, el periódico *El Progreso* del 31 de enero de 1853 se hizo eco de los rumores que señalaban que "la ida de S.E. nos costará el cerramiento de nuestra imprenta y tal vez el sacrificio de nuestra tranquilidad". Aprensiones que no se materializaron, pero que son significativas en cuanto reflejan una mentalidad ligada a la existencia de una imagen presidencial que, en este caso, se vinculaba con la tranquilidad que su sola presencia producía en la ciudadanía.

Los escrúpulos y recelos que el viaje presidencial despertaron en la prensa se explican porque entonces el presidente de la República no solo era el ciudadano que administraba el Estado y de quien siempre se esperaban realizaciones, progreso material y moral. Era también el jefe supremo de la nación como afirmaba el artículo 81 de la carta fundamental, cuya autoridad se extendía a todo cuanto tenía "por objeto la conservación del orden público en el interior y la seguridad exterior de la República, guardando y haciendo guardar la Constitución y las leyes". Además, para una parte muy significativa de los habitantes del país era la encarnación misma del orden, la estabilidad y la seguridad, la representación de la dominación absoluta e impersonal de la autoridad que todos veneraban.

De origen aristocrático, Diego Portales, el gran gestor del dominio conservador, orientó tempranamente su vida hacia el comercio y los negocios, por lo general con malos resultados. Emigró a Perú, en busca de mejores horizontes, sufriendo ahí las consecuencias del desorden político existente a causa de la independencia. Al volver a Chile, a comienzos de la década de 1820, nuevamente se vio perjudicado por la inestabilidad política. La necesidad de imponer el orden para la buena marcha de sus negocios fue lo que lo motivó para intervenir en política.

Ajeno a las teorías, se dejó llevar por su sentido práctico y realista, que le indicaba que solo una autoridad fuerte, con am-

plias atribuciones, sería capaz de imponer el orden y la estabilidad. Las ideas de Portales coincidían exactamente con las aspiraciones que tenía la aristocracia, y con habilidad, supo manejar y unir a los diversos sectores que la componían y así derrotar a los liberales.

Alcanzado el triunfo, Portales fue nombrado ministro de Estado en 1830, cargo desde el cual ejerció el poder en forma personalista y autoritaria. El mérito de Portales había sido el de imponer una vieja idea: la costumbre de obedecer tan arraigada en el pueblo chileno.

Actuando como ministro de Estado del presidente Joaquín Prieto, que había asumido en 1831, Portales practicó una política dura e implacable con los sectores liberales y opositores, buscando siempre imponer el orden, no importándole si para ello debía pasar por encima de la ley. Con personalidad recia e inteligencia superior, Portales dominó la escena política del país hasta su muerte en 1837, llegando a influir de manera decisiva sobre la voluntad del presidente. De carácter severo, inestable y burlesco, se acostumbró a usar el poder sin que nadie se atreviese a contradecirlo, a excepción de los liberales que periódicamente organizaban asonadas para alejarlo del poder. Hastiado de tales intentonas, Portales decidió dar un ejemplo de autoridad. En 1837 se le otorgaron poderes extraordinarios que le permitieron juzgar y condenar a muerte a un grupo de ciudadanos acusados de intentar alterar el orden. Meses después, en junio de 1837, Portales caía asesinado, como consecuencia de una conspiración organizada en su contra por cuerpos militares que se oponían a su autoritarismo.

A pesar de los buenos propósitos del gobierno, el país no había logrado en 1837 plena estabilidad política y, menos todavía, la unidad nacional luego de la guerra civil. Desaparecido el ministro Portales, el gobierno cambió notoriamente su política: permitió el regreso de los liberales exiliados, reincorporó en el ejército a los oficiales dados de baja por Portales, dictó una ley

de indultos para condenados por delitos políticos y renunció a las facultades extraordinarias.

Un nuevo ambiente se extendió por el país y se expresó en el alivio que la nueva política provocó: los sectores políticos, antes enemigos, ahora se encontraron; la sociedad comenzó a transitar por caminos de paz y unidad; el presidente recobró respetabilidad; el Congreso ejerció sus atribuciones; los tribunales impartieron justicia, y la prensa libre reapareció.

Antes de su asesinato correspondió al ministro Diego Portales el mérito de alertar al país sobre el peligro que representaba la formación de la Confederación Perú-Boliviana, obra del mariscal boliviano Andrés de Santa Cruz. Persuadido de que la independencia nacional se vería amenazada por los afanes expansionistas del mariscal, el gobierno chileno exigió la disolución de la Confederación y, al no obtener satisfacción, le declaró la guerra en enero de 1837.

A la amenaza inmediata de Santa Cruz se sumaron diversos factores que explican el conflicto: la rivalidad comercial existente entre Chile y Perú por el control del comercio en el Pacífico sur; la no cancelación por parte de Perú de un empréstito hecho por Chile en los tiempos de la independencia, y el amparo otorgado por Santa Cruz a dos barcos que, al mando de Ramón Freire, se dirigieron a Chile con el objeto de derribar el gobierno de Prieto y Portales.

La victoria chilena contra la Confederación Perú-Boliviana en 1839, además de preservar la integridad nacional, tuvo un hondo significado en el acontecer del país, ya que aseguró la supremacía comercial y militar de la nación en el Pacífico sur y facilitó el reencuentro de la sociedad tras un periodo marcado por las luchas de los partidos, las persecuciones políticas y el autoritarismo.

En este contexto, se convocó a elecciones presidenciales para el año 1841, y en ellas triunfó el general Manuel Bulnes, cuya popularidad se basaba en la victoria obtenida por Chile en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana.

Una vez en el poder, Bulnes continuó con la política de reconciliación nacional iniciada luego de la muerte de Portales. Durante su primer mandato el país disfrutó de una gran tranquilidad que hizo posible un notable progreso económico y cultural. Sin embargo, la tranquilidad política se vio alterada a partir de 1846, ya que hubo manifestaciones públicas y gran efervescencia como consecuencia del avance de las ideas liberales. El gobierno se vio obligado a imponer el orden, lo que sin embargo no significó dejar de lado la Constitución.

La sociedad manifestó la tendencia a agruparse y surgieron así sociedades políticas, antecesoras de los partidos políticos. Los grupos liberales, antes perseguidos y marginados, ahora se agrupaban en el Club de la Reforma y en la Sociedad de la Igualdad, llegando a formar, en 1849, el Partido Liberal. Los conservadores fundaron la Sociedad del Orden, claro signo de cuáles eran sus objetivos principales.

Buscando impedir la evolución del liberalismo y temerosos del desorden que este podría producir, los conservadores lanzaron como candidato a la Presidencia de la República a Manuel Montt, un reconocido partidario del autoritarismo presidencial. Los liberales a su vez levantaron la candidatura del general José María de la Cruz, originario de Concepción, reeditando así la lucha entre la plaza militar y la capital que había caracterizado la época de la organización nacional y que se había definido a favor de Santiago.

La elección de Montt ha sido interpretada como una vuelta al autoritarismo al estilo portaliano, pero en el marco de la Constitución y la ley. Para Montt lo fundamental era el orden, por lo que todo proceso de cambio debía realizarse de acuerdo con la Constitución. Como esta no facilitaba la evolución política hacia el liberalismo, y la presión era creciente, el gobierno debió recurrir a facultades extraordinarias y estados de excepción para lograr imponerse. Su gobierno, que se inició con una revolución en 1851, al no aceptar los liberales la derrota de su candidato,

culminó con otra, la de 1859, lo que demuestra que pese al autoritarismo, la sociedad estaba decidida, en su lucha por la libertad, a sacudirse el poder presidencial, fortalecer el Congreso Nacional y garantizar derechos esenciales como el de reunión y asociación.

En el decenio de Montt surgieron nuevos partidos, el Conservador, partidario del orden y defensor de la independencia de la Iglesia frente al Estado, y el Nacional o Montt-varista, de carácter autoritario, progresista en materia económica, y celoso defensor de los derechos del Estado sobre la Iglesia.

CHILE, DEL ORDEN NATURAL AL ORDEN AUTORITARIO

En el extremo suroccidental de América del Sur, es posible sostener que Chile se ha desenvuelto como una sociedad marcada por su posición geográfica y su realidad natural, las cuales han condicionado su organización republicana.

El impacto de la realidad natural en la organización institucional chilena se aprecia en la opción nacional de privilegiar el orden y la estabilidad por sobre la libertad, llegando a implementar un régimen de tal manera autoritario que, incluso, la noción de república en ocasiones ha quedado en suspenso. Interpretamos que ha sido un imperativo derivado del ponderado orden natural lo que ha llevado al correspondiente orden autoritario que ha caracterizado la existencia republicana de Chile.

La idea de esta porción de América como un espacio bendecido por la naturaleza tiene su origen en una necesidad práctica. Desde Pedro de Valdivia en adelante, quien describió esta tierra como "llana, sanísima", que "parece la crió Dios adrede para poder tenerlo todo a la mano", el enaltecimiento del suelo propio ha sido una actitud constante, que se acentuó a lo largo del siglo XIX.

Desde los orígenes de la República, los emblemas patrios representaron las ponderadas características naturales de Chile y su extrema ubicación geográfica, tanto como su vocación republicana y unitaria. Las franjas blanca y azul de la bandera simbolizan la nieve de la cordillera y el cielo chileno respectivamente, mientras que la llamada "estrella solitaria" no solo recuerda que la República de Chile es una sola, también "nuestra posición geográfica, la más austral del orbe conocido".

La Canción Nacional adoptada en 1847 es la que más claramente recoge las nociones sobre la singularidad geográfica del país. Ella destina la mayor parte de sus versos a describir la realidad natural de Chile, y a exaltar la vocación libertaria de la nación. La condición insular del país, su relieve montañoso, sus glorias y sus grandes destinos se ven reflejados en el himno: "Puro es, Chile, tu cielo azulado,/ puras brisas te cruzan también/ y tu campo de flores bordado/ es la copia feliz del Edén./ Majestuosa es la blanca montaña/ que te dio por baluarte el Señor,/ y ese mar que tranquilo te baña/ te promete futuro esplendor".

A esta noción, sin embargo, se suman concepciones ideológicas con versos que exaltan la determinación libertaria del pueblo chileno derivada de su valorada realidad física. El coro del himno patrio es elocuente: "Dulce Patria, recibe los votos/ con que Chile en tus aras juró/ que o la tumba serás de los libres/ o el asilo contra la opresión".

Sin duda la alusión al "jardín del Edén" no es solo una metáfora relacionada con las características físicas del territorio nacional, lo es también como proyección de un espacio político en el cual prevalecían la ley y la libertad, un verdadero "asilo contra la opresión".

En los primeros días de la independencia los patriotas ya habían expuesto la proyección que la realidad natural de Chile tenía sobre su organización política. Camilo Henríquez, en una proclama de 1811 convocando a la elección del Congreso, aludió a la "verdad geográfica que se viene a los ojos y que nos hace pal-

pable la situación de Chile", alegando que la libertad y la soberanía no podían negársele a "esta vasta región" que contaba con todo lo preciso para "subsistir por sí misma". Incluso, agregaba, la existencia independiente de Chile estaba garantizada por hallarse "encerrado como dentro de un muro y separado de los demás pueblos por una cadena de montes altísimos, cubiertos de eterna nieve, por un dilatado desierto y por el mar Pacífico".

Un poema de 1825, compuesto en conmemoración de la batalla de Chacabuco que en 1817 había concluido prácticamente con el dominio español, resume el destino que entonces se avizoraba para Chile, y cómo este también emanaba de su situación geográfica: "Chile hoy dejó de ser lo que antes era,/ a ser empieza lo que ser debía,/ independiente, libre, de sí mismo,/ cual la naturaleza le destina".

Avanzada la vida republicana, un tema reiterativo fue la concepción de Chile como una nación estable, en la cual imperaban la ley y el orden, y en la que prevalecía la libertad. Los antecedentes históricos de esta visión los había ofrecido el naturalista Claudio Gay en su *Historia*. En afirmaciones que para sus lectores chilenos debieron ser motivo de satisfacción y orgullo, concluía que "el pensamiento de formar una grande familia, una nación perfectamente organizada y respetable se ve, desde un principio, en el arrojo y tesón de sus primeros colonos", y, en fin, "en la noble ambición por obtener los títulos y condiciones de existencia que constituyen un estado social completamente fundado, civilizado, respetable y respetado".

Esta concepción fue compartida, cuando no ideada e imaginada, y en especial difundida, por la mayor parte de los extranjeros que se radicaron o visitaron Chile en las primeras décadas de la República. Domingo Faustino Sarmiento, por ejemplo, en *El Mercurio* del 4 de mayo de 1842 sostenía: "mientras el Perú se halle cercado de enemigos y la república Argentina arrancándose las entrañas con sus propias manos, ¡bendito sea Chile que tantos bienes disfruta y a quienes las bendiciones del cielo les

vienen como llovidas! Tranquilidad interior, gobierno constitucional, una administración que se anda ten con ten con los progresos y la rutina. ¿Qué más quieren?".

El orden, la paz, la libertad representaron aspiraciones que emanaban de la realidad natural, pero también de las experiencias sufridas luego de la Independencia, en la época de la organización nacional. Las convulsiones vividas, sumadas a la dramática realidad de algunos de los países que nacían a la vida independiente en América, terminaron por exaltar el orden y la estabilidad como elementos esenciales de la República de Chile, incluso por sobre la libertad que, para la élite dominante, de todas formas estaba asegurada por la vigencia del régimen republicano.

En Chile, la evolución desde la libertad como garantía esencial, hasta el orden como necesidad superior, no tardó en llegar. En realidad había nacido con la República cuando el 18 de septiembre de 1810, en el acta de instalación de la primera Junta de Gobierno, se asentó que la reunión se verificaba porque "siendo el principal objeto del gobierno y del cuerpo representante de la patria el orden, quietud y tranquilidad pública", perturbada notablemente entonces por la incertidumbre derivada de las noticias de España, se había adoptado la determinación de reunir a los ciudadanos para "acordar la mejor defensa del reino y sosiego común".

La valoración de la estabilidad política y social está reflejada en los mensajes presidenciales. Entre 1842 y 1843, cuando el orden parecía totalmente asegurado, Manuel Bulnes inició su balance aludiendo a la suerte de Chile, pues "nada ha turbado la serenidad de nuestro afortunado país", y a la continuidad de la "paz que ha gozado sin interrupción nuestra República", agregando, inmediatamente, una expresión de gratitud "por el progreso continuo de su prosperidad y bienestar".

En la década de 1860, el informe a la nación comienza con frases como "la República sigue su marcha de prosperidad y pro-

greso interior", evidencia de que para la élite en el poder su acción en el gobierno consistía en dar cauce a una tendencia innata en Chile. La misma que en conceptos del presidente José Joaquín Pérez, en 1864, se expresó con la fórmula: "la República continúa su progreso natural".

La estabilidad política y el orden constitucional no solo fueron apreciados por la élite gobernante como una condición esencial del desenvolvimiento nacional. En el contexto latinoamericano del siglo XIX, fue prácticamente el único rasgo que se esgrimió como argumento para distinguir a Chile de las demás repúblicas americanas.

Sin embargo, ¿cuál fue el precio pagado por la sociedad chilena para alcanzar la posición excepcional que se le atribuía en el concierto latinoamericano? Sin duda el autoritarismo, materializado en un arsenal de modalidades represivas contra la "anarquía", "los perturbadores del sosiego público", la conspiración, la prensa opositora y hasta el teatro subversivo. Como la realidad del siglo XIX lo muestra y ha acreditado, las modalidades represivas, como allanamientos de casas, prisiones arbitrarias, censura, confiscación de bienes, tortura, exilio y fusilamientos sin el debido proceso, forman parte de la cultura política de la República.

El imperativo político derivado del orden natural en que se creía Chile había nacido a la vida republicana llevó a levantar una arquitectura legal que permitió ejercer un férreo control, cuando no represión, sobre la sociedad para, en último término, velar por lo que se entendía era la "seguridad interior del Estado".

Si el Chile de 1830 hasta por lo menos el de 1861 había ofrecido asilo a varios extranjeros, en los mismos años persiguió y exilió a varios héroes de la independencia y a los más notorios exponentes de la corriente liberal. De este modo, la excepcionalidad chilena incluye ser el primer país de América Latina con "estado de sitio" en su Constitución y también el primero que estableció consejos de guerra permanentes en las provincias.

Como se ha advertido, hasta 1861 muchos reformistas y liberales no encontraron asilo contra la "opresión" en Chile, sino que tuvieron la necesidad de exiliarse.

Asegurada la independencia y la libertad, y una vez constatada la necesidad práctica de alcanzar la estabilidad con un régimen autoritario capaz de mantener el orden, se buscaron argumentos que reforzaran y validaran la opción tomada. Entre ellos, que existía un orden natural que había hecho de Chile una tierra promisoria, llena de oportunidades. Del mismo derivaba la responsabilidad, la obligación de los gobernantes de garantizar la estabilidad social y política como complemento necesario del orden natural, y requisito esencial del desenvolvimiento republicano y nacional.

La alusión a la naturaleza y a su prodigalidad para con Chile fue también una manera de legitimar el régimen autoritario, que de este modo terminaba siendo una prolongación civil del orden natural, y por lo tanto prácticamente inmutable, tanto como el predominio político de quienes lo imponían. También se puede relacionar el autoritarismo con la vulnerabilidad de la existencia material del Chile colonial. O con la debilidad objetiva del Chile republicano en comparación con Argentina y Perú que, en términos de recursos y población, siempre lo han superado, y a los cuales solo se les podía hacer frente gracias a la institucionalidad y estabilidad chilenas.

Por estas razones, la existencia de un orden autoritario se transformó en una condición de existencia del nuevo Estado; en el medio más efectivo de encarar exitosamente los desafíos de una situación natural aislada y sometida a frecuentes y angustiantes imponderables; en garantía de conservación de su integridad territorial y de su posición internacional en un contexto latinoamericano marcado, para Chile, por la competencia con naciones más fuertes.

La alusión al huemul, desde 1834 en el escudo nacional por ser el "cuadrúpedo más raro y singular de nuestras sierras", no

es accidental y sirve también para ilustrar la estrecha vinculación que es posible advertir entre la realidad natural y la evolución histórica e institucional del país.

Según el naturalista Claudio Gay, apenas en 1833 el gobierno había confirmado la existencia de esta "rara y bella especie". El mismo año de la promulgación de la Constitución que materializó la organización republicana del país. Entonces también una admirada originalidad política en América.

En la sección zoológica de su *Historia física y política* escribió que se trata de un animal "que no frecuenta más que los altos vericuetos de la cordillera", aunque solo muy raramente se dejaba ver a "causa de su natural tímido y cobarde que lo impele a huir al menor peligro, escapando con una rapidez solo comparable a la del vuelo". Ofreciendo una lámina con su representación, agregó que el huemul había sido incorporado junto al cóndor en el escudo nacional, aunque ahí aparecía diseñado no según su forma y caracteres naturales, sino conforme a la descripción dada por Molina, "es decir, con esa exageración fabulosa" y representando "exactamente un caballo".

Metáfora casi perfecta del régimen instaurado en este montañoso rincón de América del Sur, que por su normativa autoritaria hoy es difícil de identificar como republicano y que, por el temor de quienes lo sustentaban, rápidamente desaparecía al más leve movimiento social, corrientemente interpretado como amenaza. Diluyéndose su carácter democrático, transformándose en el fondo en un régimen absolutista, aunque con figura de república.

Así, cuando al promediar el siglo XIX, adelantada ya la organización republicana de Chile, Alberto Blest Gana, un agudo observador de la vida nacional definió con una metáfora la realidad institucional del país en el periódico *La Semana* del 6 de agosto de 1859 concluyendo que "la verdadera república es algo como el huemul de nuestro escudo de armas, que casi nadie ha visto y cuya existencia ponen en duda la mayor parte", no hizo más que

utilizar la imagen del tímido animal del escudo nacional para caracterizar la realidad del sistema político chileno. Reflejando también la situación social del país.

DARWIN EN CHILE: ESPECTÁCULO GEOLÓGICO Y SOCIEDAD DE CONTRASTES

En el diario con las vicisitudes de su viaje en el *Beagle* entre 1831 y 1836 Charles Darwin dejó constancia que el mundo natural y social de Chile lo conmovió. También que sufrió el impacto de realidades que tuvieron influencia en su obra como naturalista. La vista de un salvaje desnudo en Tierra del Fuego, no solo fue algo "que no se puede olvidar nunca" escribió, sino que lo estimuló a reflexionar respecto del "hombre salvaje y el hombre civilizado" y, a partir de ahí, sobre la evolución de las especies, entre ellas la humana. Como concluyó a propósito de los habitantes del extremo sur de América, "la naturaleza, haciendo omnipotente el hábito y hereditarios sus efectos, ha adaptado al fueguino al clima y a las producciones de su miserable país".

En el Pacífico sur Darwin tuvo a la vista los Andes y con ellos su primera impresión, "esas masas inmensas de nieve, que no se funden jamás y parecen destinadas a durar tanto como el mundo, presentan un gran, ¿qué digo?, un sublime espectáculo. La silueta de la montaña se destaca clara y bien definida". Al ver Valparaíso escribió, "que admirable espectáculo el de estas montañas cuyas formas destacan sobre el cielo azul". Junto a la monumentalidad material de la cordillera, lo que más impresionó al viajero fueron "las particularidades geológicas" del territorio. "¡Quién podría dejar de admirarse pensando en la potencia que ha levantado estas montañas, y más todavía en los innumerables siglos que se han necesitado para romper, trasladar y aplanar partes tan considerables de estas colosales masas!". Aventurando explicaciones relacionadas con el levantamiento de los conti-

nentes y la acción de los volcanes y los temblores en el fenómeno, luego de meses en el país, en noviembre de 1834 Darwin escribía a su hermana lamentándose, "he tenido mala suerte porque solo ha habido un pequeño terremoto".

Sin embargo, la naturaleza le tenía reservado "el espectáculo admirable" de volcanes en erupción frente a Chiloé en enero de 1835 y, más tarde, el 20 de febrero siguiente, "un día memorable, hoy se ha sentido el más violento terremoto del que hay memoria aquí". El impacto por los sucesos naturales que experimentó en Chile no solo lo llevaron a componer su notable texto "De la conexión entre ciertos fenómenos volcánicos en América del Sur, y de la formación de cadenas de montañas y volcanes, por efecto de la misma fuerza por la cual se elevan los continentes", anticipando lo que conocemos como tectónica de placas; además lo hizo reflexionar sobre cuestiones todavía más profundas que tendrían profunda incidencia en sus teorías. Entonces fue que escribió en su *Diario*, "un temblor de tierra subvierte en un momento las ideas más arraigadas; la tierra, el emblema mismo de la solidez, ha temblado bajo nuestros pies como una cáscara; el espacio de un segundo ha bastado para despertar en el espíritu un extraño sentimiento de inseguridad que no hubiesen podido producir varias horas de reflexión".

Las "particularidades geológicas y el espléndido paisaje compensaban" otras realidades, entre ellas el mal aprovechamiento de los recursos del país y "las marcadas gradaciones de rango", que atribuyó a la "existencia de una aristocracia del dinero" que explicaba lo que llamó "sentimiento de desigualdad". Refiriendo la vida de "grandes propietarios" con grandes rentas, escribió que "esta desigualdad de fortunas no existe, creo, en los países al este de los Andes". Reprochó la conducta de los huasos, que a diferencia de los gauchos, siempre esperan algo por la hospitalidad que brindan: "El gaucho es un caballero, siendo tal vez un asesino; pero el huaso es siempre un hombre ordinario y vulgar". Valoró la astucia nacional, pero no olvidó mencionar la "igno-

rancia" de la población, en especial de la élite. Se mostró extrañado por la falta de actividad, de industria, así como por la deplorable explotación minera. También describió las pésimas condiciones de trabajo del peón minero, aunque, aseguró, "la de los obreros agrícolas es todavía peor" debido al "sistema feudal". Citando a su anfitrión en un pequeño rancho escribió, "nuestro patrón resulta más que humilde al comparar Chile con otros países: 'Algunos ven con los dos ojos, otros con un solo ojo, pero yo creo que Chile no ve con ninguno'". Valoró sin embargo "este país, único de Sudamérica donde se puede viajar sin necesidad de llevar armas".

Por último, Darwin tuvo agudeza para captar el incipiente sentimiento de comunidad nacional entonces en formación. Comparados con los gauchos de la pampa, los huasos son diferentes escribió: "Chile está más civilizado, y, por lo tanto, sus habitantes han perdido mucho de su carácter individual".

LA CAPITALIZACIÓN BÁSICA

LA PRODUCCIÓN DE MATERIAS PRIMAS Y ALIMENTOS

En la coyuntura, la independencia significó la destrucción de los campos y la paralización de la producción agrícola; inestabilidad y desorganización del comercio como consecuencia de la guerra; el cierre de mercados que, como el peruano, eran fundamentales para la economía chilena; el origen de la deuda pública, puesto que el Estado debió recurrir al crédito para financiar los gastos de la guerra; el quiebre de muchas fortunas, que se vieron perjudicadas por la caótica situación económica del país; miseria general y alza de los precios, lo que trajo consigo la inestabilidad social y política; el arribo de un importante contingente de extranjeros que atraídos por las riquezas naturales se radicaron en Chile, y la apertura del país al comercio con todas las naciones del mundo.

La mayor afluencia de extranjeros interesados en explotar las riquezas naturales del país, especialmente las mineras, fue un fenómeno trascendente. Ya en los albores de la República, numerosos agentes comerciales representantes de casas europeas se avecindaron en Chile, disponiéndose a servir de intermediarios entre el país y los mercados extranjeros. Su presencia y la de sus capitales y técnicas, facilitaron el desenvolvimiento económico nacional.

La independencia significó para Chile su incorporación a los procesos económicos mundiales de entonces. El país salió así del encierro en que lo mantenía su condición de colonia. La

demanda mundial de alimentos y materias primas que la Revolución industrial había provocado se convirtió en un estímulo para las actividades productivas nacionales. Chile se integró a la economía mundial como proveedor de cobre y trigo entre otros productos.

En las primeras décadas del siglo XIX, el mundo europeo vivía un acelerado proceso de industrialización, que no solo provocó una extraordinaria expansión de la demanda de minerales, sino también un notable incremento de la población, cuyas necesidades alimentarias era necesario satisfacer.

El país vio incrementadas sus actividades comerciales gracias a los agentes extranjeros que, enviados por diferentes compañías y casas comerciales europeas, investigaron sobre las riquezas naturales del territorio para su posterior explotación, convirtiéndose en activos exportadores.

Contribuyó al desarrollo de las actividades productivas la política económica de los gobiernos de la época que, desechando las teorías económicas, aplicaron diversas medidas de fomento y protección de la producción nacional. Actuando en forma realista, se implementaron políticas pragmáticas que estimulaban a los productores nacionales, protegiéndolos de la competencia extranjera.

La demanda provocada por la Revolución industrial significó para Chile el incremento de la producción de cobre, plata, trigo y harina, destinados a la exportación. La infraestructura necesaria para la expansión económica del país en la segunda mitad del siglo XIX se logró gracias a los recursos obtenidos por esta apertura al mercado mundial.

La capitalización básica experimentada fue el proceso por el cual el país adquirió las primeras máquinas, inició la construcción de obras de regadío y modernizó los transportes incorporando el ferrocarril y la navegación a vapor. Esta etapa corresponde a un fenómeno de acumulación de riquezas y de posterior inversión de las mismas en bienes de capital.

El paso de un sistema bimetálico a otro monetario constituyó una transformación fundamental en la economía chilena. No solo porque aparecieron los bancos, se dinamizaron las transacciones comerciales y se estimularon los negocios, además, porque todo esto hizo posible la creación de riqueza gracias a la disponibilidad de crédito.

El sector productivo menos afectado por las luchas de la independencia fue el minero, situación que lo convirtió en el pilar de la recuperación económica. Varios factores contribuyeron a ello: la minería estaba ya en pleno desarrollo desde mediados del siglo XVIII y al momento de la independencia había yacimientos de plata, oro y cobre en plena explotación; el hallazgo de nuevos yacimientos de plata, como los de Agua Amarga en 1811, Arqueros en 1825 y Chañarcillo en 1832, significaron un gran estímulo para los trabajos mineros; los estudios y las prospecciones mineras que realizaron algunos empresarios y científicos, como Charles Lambert e Ignacio Domeyko, permitieron un mejor conocimiento de las riquezas mineras, facilitándose así su explotación; la presencia de un gran número de extranjeros interesados en las riquezas minerales del país, que proporcionaron los medios financieros para la explotación de los yacimientos, y la temprana adopción de técnicas y maquinarias modernas en las faenas mineras que, como el horno de reverbero, significaron bajar los costos de producción, incrementar las ganancias y hacer lucrativas las inversiones en esta actividad.

La necesidad de abastecer los mercados europeos con materias primas hizo posible el desarrollo de la minería del cobre y del carbón. La demanda de metales preciosos, que la economía mundial requería como medios de pago, estimuló la minería de la plata, comenzando un periodo de gran desarrollo de esta actividad, que tuvo en el yacimiento de plata de Chañarcillo la producción más importante de la primera mitad del siglo XIX.

La minería del cobre también experimentó un notable incremento. El hallazgo de la veta principal del río de cobre que sería

el mineral de Tamaya tuvo lugar en 1849, luego de más de 20 años de búsqueda, y de invertir su descubridor mucho capital. El espíritu de empresa de José Tomás Urmeneta lo llevó no solo a explotar el mineral, también construyó un ferrocarril entre el mineral y el puerto de Tongoy, levantó una fundición, la de Guayacán, y habilitó un puerto para embarcar el cobre destinado a la exportación.

Los adelantos técnicos tuvieron un papel fundamental en la historia económica de Chile, y la introducción del horno de reverbero en las fundiciones de cobre es un ejemplo de ello. A comienzos del siglo XIX Chile era conocido como productor de cobre; pero el metal que se producía en el país era el resultado de un proceso laborioso, sin orden técnico ni criterios de economía. La existencia de malas prácticas de trabajo en las minas, el casi nulo conocimiento de los minerales y un proceso de fundición ineficiente y costoso no permitían un gran desarrollo de esta actividad.

Una de las razones que cohibían las inversiones en los minerales de cobre era la inexistencia de hornos que permitieran un aprovechamiento integral del mineral, que iba perdiéndose en el proceso de fundición. La introducción del horno de reverbero, construcción de ladrillo, de bóveda alargada y mayor capacidad, permitió un mayor rendimiento del mineral, lo que tuvo importantes consecuencias: representó la incorporación de tecnologías europeas a la minería chilena; permitió la explotación de los yacimientos de baja ley, y estimuló la búsqueda de nuevos yacimientos de cobre ante las perspectivas de ganancias que se ofrecían para la actividad.

El nuevo horno estimuló también la minería del carbón, por la necesidad de combustible, y los yacimientos de carbón, situados en el golfo de Arauco, comenzaron a ser explotados a partir de la década de 1840.

En el campo, una de las características fundamentales de la agricultura colonial fue la falta de estímulos para su desarrollo.

El único poder comprador existente era el peruano, y este era del todo insuficiente para provocar un adelanto sustancial. Áreas de cultivo restringidas, técnicas primitivas y baja productividad de la tierra fueron la consecuencia de esta falta de mercados.

La situación se vio agravada durante las guerras de independencia a raíz de las cuales el tráfico con Perú, principal mercado para los productos agrícolas chilenos, se vio interrumpido. Los campos se vieron destruidos por las campañas militares, los ganados requisados, las herramientas inutilizadas y la mano de obra debió enrolarse. En definitiva, la agricultura sufrió más que cualquier otra actividad productiva, prolongándose así su desmejorada situación.

Solo a mediados del siglo XIX la situación agrícola comenzó a cambiar. Fue entonces cuando, por efecto de la fiebre del oro en California y Australia, el país encontró mercados donde vender sus productos. Chile estaba en la ruta que seguían los barcos hacia California y Australia, lo que facilitó que sus productos llegaran a proveer las necesidades de ambas regiones.

California y Australia, pese a ser mercados temporales, significaron un gran estímulo que hizo posible las primeras transformaciones en el campo: se amplió la superficie cultivada por la necesidad de producir más trigo para la exportación; se invirtió en bienes de capital que, junto con mejorar la calidad de los productos, hicieron posible diversificar la producción; se construyeron las primeras presas y canales de regadío; se incorporaron algunas herramientas agrícolas, y comenzó la semimecanización del campo, para lo cual se trajeron sembradoras y cosechadoras movidas con fuerza animal.

El desarrollo agrícola se materializó también en la creación de instituciones destinadas a su fomento. El establecimiento de la Sociedad de Agricultura en 1838, y más tarde de la Quinta Normal de Agricultura, como campo experimental y de adaptación de nuevas especies, reflejaban el interés privado y público por la agricultura.

Como consecuencia del desarrollo de las actividades productivas, el país pudo realizar importantes adelantos en materia de medios de transporte. El primero de ellos fue el ferrocarril. Fueron los ricos mineros de Copiapó quienes encargaron a Guillermo Wheelwright la construcción de una línea entre Copiapó y Caldera, que fue inaugurada en 1851 con una longitud de 81 kilómetros.

En 1856, una sociedad anónima en la que participaba el Estado inició la construcción del ferrocarril al sur, el que al finalizar la década llegaba hasta Requinoa. La navegación a vapor fue otro de los adelantos incorporados a la vida nacional. El avance arrollador del vapor no solo significó un adelanto en materia de transportes, también estimuló la explotación de los yacimientos de carbón de Lota, combustible que además, desde mediados del siglo XIX, se utilizó para producir el gas destinado al alumbrado público y privado.

Muchos de los más importantes adelantos experimentados por el país en el siglo XIX se debieron al empuje y espíritu de empresa de algunos hombres que, con tenacidad y perseverancia, lograron llevar adelante sus proyectos. Uno de ellos fue el norteamericano Guillermo Wheelwright. Habiéndose radicado en Chile el año 1829, obtuvo en 1835 la autorización para establecer la navegación a vapor en el país. Formó la Pacific Steam Navegation Company, cuyos primeros barcos llegaron a Chile en 1840. Concretado ese proyecto, en 1842 concibió la idea de construir un ferrocarril entre Santiago y Valparaíso, obra que se inició en 1852.

Activo y diligente, promovió la instalación del telégrafo eléctrico entre la capital y el puerto, creó la empresa de alumbrado a gas de Copiapó y participó en 1851 en la formación del primer cuerpo de bomberos de Chile. También es mérito de Wheelwright haber utilizado el carbón chileno como combustible, desechando así la opinión de Charles Darwin, quien sostuvo que el carbón fósil chileno no servía para los vapores.

EL DESENVOLVIMIENTO SOCIAL Y CULTURAL

Las transformaciones económicas del país tuvieron también repercusiones sociales que, en lo inmediato, significaron la evolución hacia una sociedad dinámica, de clases sociales. Al contrario de la sociedad colonial, rígida, jerárquica y conformista, la sociedad republicana se caracterizó por el dinamismo de los sectores que la constituían, su constante actitud crítica y la nunca satisfecha aspiración de subir en la escala social.

Como consecuencia de las actividades mineras, agrícolas y comerciales comenzaron a desarrollarse los grupos burgueses. Ellos fueron los dueños de los yacimientos de plata, cobre y carbón y gracias a la riqueza que generaron con su explotación, lograron elevar su condición social, llegando así a mezclarse con la aristocracia tradicional.

Otros grupos también fueron adquiriendo claros perfiles. En el caso de la clase media, su origen se encuentra asociado al desarrollo educacional, la ampliación de las funciones del Estado y la expansión del comercio, las empresas y los servicios. Los obreros, concentrados en las faenas mineras del norte y del centro del país, en las obras ferroviarias, en los puertos y en algunas ciudades, constituyeron el proletariado que contrató su trabajo por un salario, el cual apenas alcanzaba para su mantención y la de su numerosa familia.

La relativa tranquilidad política que se observó en Chile luego de la etapa de la organización, unida al creciente desarrollo económico del país, hicieron posible un notable desenvolvimiento cultural y educacional a partir de 1841. Entonces se inició la organización de todo el sistema educativo, desde la escuela primaria hasta la universidad, pasando por los liceos, las escuelas normales y las profesionales. Se promovió la investigación científica sobre el territorio, la historia y la cultura en general. Surgieron las primeras manifestaciones literarias nacionales, entre las que sobresalió la historia, y se fundaron instituciones científi-

ficas y artísticas, como el Museo de Historia Natural y la Academia de Pintura.

En 1837 se creó el Ministerio de Instrucción Pública, claro signo del interés del gobierno en la acción educacional del Estado; en 1843 se dictó la Ley de Instrucción Primaria que reguló la educación pública y se fundaron numerosos instituciones de enseñanza, tales como la Escuela de Minas de Coquimbo (1838), que bajo la dirección de Ignacio Domeyko inició la enseñanza de la ingeniería de minas en Chile; la Escuela Normal de Preceptores (1842), fundada con el propósito de formar profesores que pudieran desarrollar la instrucción primaria; la Escuela de Bellas Artes (1849), cuyo primer director fue el italiano Alejandro Cicarelli; la Escuela de Artes y Oficios (1849), creada para preparar obreros calificados y de gran importancia en el desarrollo económico del país.

Junto con la creación de establecimientos de enseñanza profesional, el Estado se ocupó de la educación primaria y secundaria. Fundó escuelas y liceos en muchas ciudades del país y promulgó, en 1860, una nueva Ley de Instrucción Primaria, por la que se obligó a impartir enseñanza elemental gratuita a la población. Según la memoria del ramo de instrucción pública, en 1854 existían 303 escuelas primarias fiscales, 96 municipales y 299 particulares y el número total de alumnos alcanzaban los 23 675.

La organización de la enseñanza primaria, secundaria y técnico-profesional fue complementada con la creación, en 1842, de la Universidad de Chile. La inauguración de la Universidad se efectuó en 1843 y durante sus primeros años de existencia solo tuvo un carácter académico, pues los estudios universitarios continuaron haciéndose en el Instituto Nacional hasta 1866, cuando la nueva institución pudo disponer de local propio.

En sus orígenes, la Universidad contó con cinco facultades: Filosofía y Humanidades; Leyes y Ciencias Políticas; Ciencias Matemáticas y Físicas; Medicina, y Teología. Dirigía la Universidad un consejo formado por el rector, el secretario, los decanos y dos representantes del presidente de la República. La nueva

institución asumió la dirección de la función intelectual, social y nacional de la enseñanza en el país, convirtiéndose en la protectora de las artes, las ciencias y las letras. Entre las normas de la ley que la fundó, una dispuso que, cada año, uno de los miembros de la Universidad presentara una memoria histórica acerca del pasado nacional, hecho que impulsó notablemente los trabajos de carácter histórico.

Los adelantos de la educación chilena hasta mediados del siglo XIX pueden conocerse gracias a un informe presentado por el naturalista Claudio Gay a la Academia Imperial de Ciencias de Francia en enero de 1865 titulado, *Instrucción pública en Chile*. El sabio arribado al país en 1828, y que por tanto pudo conocer el estado de atraso de la instrucción pública entonces, ponderó los avances alcanzados en materia educacional, los que atribuyó a que en Chile "los hombres de Estado la juzgan, con razón, la base de un progreso futuro".

Gay afirmó que ya a fines de la década de 1820 "los establecimientos educacionales recibieron algunas mejoras", que estas "fueron más importantes en la década de 1830", pero que "solo bajo el gobierno de Bulnes estos establecimientos tomaron maravilloso desarrollo que los coloca al nivel de nuestros grandes colegios públicos".

En su exposición sostuvo que desde los años de 1850 todos "los colegios fueron mejor organizados y cada provincia tuvo el suyo; que se aumentaron las escuelas primarias para dar a todos una marcha ilustrada y uniforme, y que se fundó, aun antes que en Estados Unidos, una Escuela Normal de Preceptores, primero para los hombres y en seguida para las mujeres". Una Escuela Normal, que como señaló su primer director Domingo Faustino Sarmiento, debía constituirse en un "establecimiento central en que se formen los preceptores, se estudien y aprendan los métodos y se preparen y se practiquen las reformas necesarias para la mejora de la enseñanza". Muestra que para las autoridades la formación de los futuros docentes se transformó en una preocupación esencial en

la tarea de delinear al sistema de educación pública. No por nada, otro de sus directores, Antonio Varas, afirmaría muy lúcidamente: "las escuelas serán siempre lo que sean los preceptores".

Gay informó también que en 1864 había en Chile 938 escuelas primarias; advirtiendo, sin embargo, que "por desgracia el estado social de Chile no deja que estas escuelas sean frecuentadas en proporción al celo con que las protege el gobierno", entre otras razones, porque la población vivía dispersa en las zonas rurales y no podía acceder a ellas. Por eso, solo 47 777 alumnos asistían a las escuelas, cifra que de todas formas el sabio consideraba de "importancia en un país que apenas cuenta con 1 700 000 almas, y un presupuesto muy modesto". Resultado del esfuerzo educativo del país, según el censo de 1854, citó el científico, "Chile contaba un individuo sobre 4.55 que sabía leer, y uno sobre 5.95 que sabía escribir". Esto entre los hombres, y entre las mujeres contó "una sobre 8.28 en el primer caso, y una sobre 10.95 en el segundo".

Desde mediados del siglo XIX la principal fuente de financiamiento de la educación primaria pública y gratuita en Chile fue estatal. Así, el aumento de las posibilidades de este tipo de educación estuvo directamente relacionado con el incremento de los aportes fiscales. Si en 1850 el 3.6% del presupuesto nacional se destinó a educación pública, una década después se invirtió el 9.3%. De este total, 34.3% se ocupó en instrucción primaria en 1850, mientras que en 1860 este porcentaje llegó a 47.3 por ciento.

Las expresiones culturales de entonces estuvieron influidas por las corrientes liberales y románticas que llegaban de Europa, y un factor fundamental del avance cultural de Chile en el siglo XIX fue el aporte de los sabios y artistas europeos que, junto con intelectuales americanos, se radicaron en el país, ya sea porque fueron contratados por el gobierno o porque buscaron asilo político.

Entre las personalidades europeas que llegaron a Chile destacan por su valía pedagógica, artística o científica: Claudio Gay,

el naturalista francés autor de la *Historia física y política de Chile* en 30 volúmenes; Lorenzo Sazié, médico francés, que fue el primer decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile; Mauricio Rugendas, pintor y dibujante bávaro, en cuyas telas quedaron grabados los principales personajes, tipos sociales, paisajes y acontecimientos históricos del país; Rodulfo Philippi, naturalista de origen alemán autor de numerosos trabajos y formador de generaciones de estudiantes; Ignacio Domeyko, naturalista polaco, contratado por el gobierno para la enseñanza de la mineralogía, y Gustavo Courcelle Seneuil, economista francés, contratado como asesor del Ministerio de Hacienda y profesor de economía política en la Universidad.

Entre los emigrados americanos que llegaron a Chile, los argentinos constituyeron el grupo más destacado. Muchos de ellos se instalaron en Valparaíso como redactores de diarios y revistas, al tiempo que otros se incorporaron a la administración pública. Domingo Faustino Sarmiento fue, entre los argentinos, quien tuvo mayor relevancia intelectual. En Chile ejerció como periodista, escribiendo además sus principales obras literarias. Fue el primer director de la Escuela Normal de Preceptores y más tarde llegaría a la presidencia de la Argentina.

Entre todos los extranjeros llegados al país, el venezolano Andrés Bello fue uno de los que mayor influencia tuvo. Durante 30 años, a partir de 1829, desempeñó un papel protagónico en la cultura chilena. Desarrolló una tarea en la cual abarcó numerosos ámbitos: puso los cimientos de la política exterior, elaboró el Código civil, fue consejero de Estado y senador, redactor del diario oficial, autor de manuales de lógica y gramática y organizador de la Universidad de Chile, de la cual fue primer rector.

Con la presencia de Bello, de los sabios y artistas europeos y de los emigrados americanos, Chile se convirtió, de gobernación secundaria en la colonia, en uno de los centros culturales de América del Sur. Pero, sobre todo, se delineó como entidad política y nacional.

DE COLONIA A REPÚBLICA A TRAVÉS DE LOS NATURALISTAS

La Expedición Malaspina dejó una abundante cartografía de América que permite explicar el paso de colonia a República. Entre una gran cantidad de vistas de la costa y representaciones del litoral sur occidental americano, destaca la "Carta esférica de la parte interior de la América meridional para manifestar el camino que conduce desde Valparaíso a Buenos Aires, construida por las observaciones astronómicas que hicieron en estos parajes José de Espinoza y Felipe Bauzá, oficiales de la Real Armada en la Dirección Hidrográfica" del año 1803. Esta representación, que abarca una franja de 9° en latitud y 16° en longitud, ofrece con mucha claridad la concepción geográfica existente durante la colonia, la cual sufriría un drástico cambio luego de 1810.

Se trata de un espacio formado por diversas regiones que se ordenan horizontalmente, en sentido este-oeste, y que muestra una visión transatlántica de las posesiones coloniales, en la que estas obedecen a la lógica imperial en la cual todos los territorios que más tarde formarán los espacios nacionales, separándose unos de otros, aparecen integrados en función de los circuitos y flujos comerciales. En este contexto, los Andes, para los naturalistas que los cartografían en 1794, más que un obstáculo entre dos espacios, representa un elemento de integración de ambos.

El quehacer de los naturalistas, las exploraciones geográficas y las representaciones cartográficas de los territorios de los estados nacidos con la independencia facilitaron notablemente la materialización de algunos de los procesos fundamentales que se desenvolvieron luego de 1810 en América, esto es: la organización de las repúblicas, la consolidación de los estados y la formación de las naciones.

Exploradores como Agustín Codazzi, Alcide d'Orbigny, Claudio Gay o Antonio Raimondi, entre algunos de los que recorrieron países americanos, al describir precisa y exactamente los

territorios de Venezuela, Nueva Granada, Bolivia, Chile y Perú, contribuyeron a la creación y consolidación, desde el conocimiento científico, de estas repúblicas sudamericanas que, además, definieron entusiastamente. Demostración de ello son el *Resumen de la geografía de Venezuela* de Codazzi, la *Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia* de d'Orbigny, la *Historia física y política de Chile* de Gay o *El Perú* de Raimondi, todos ellos, verdaderos certificados de identidad de las nuevas repúblicas, a la vez que fundamentos científicos e intelectuales de las respectivas naciones.

En sus obras, las descripciones de los espacios bajo la soberanía de los nuevos estados y las representaciones cartográficas que ellas permitieron elaborar, son elementos esenciales del proceso de representación, conocimiento y control de los territorios de las noveles repúblicas. Los naturalistas, con su quehacer, proporcionaron a los nuevos estados la justificación material de su existencia gracias a la identificación de sus recursos naturales y, con ello, la certificación científica de su viabilidad económica.

A partir de 1810, y en la mayor parte de los países latinoamericanos, el Estado se preocupó de explorar y cartografiar su territorio, con plena conciencia de la necesidad de conocer el espacio sobre el cual se ejercía soberanía. Para el caso chileno, en ese entonces ni siquiera existían mapas medianamente aceptables; poco se sabía de la situación exacta de las ciudades y puntos geográficos de importancia; nadie había estudiado de manera sistemática las especies naturales, y, menos aún, preocupado de las características geológicas o de precisar adecuadamente las condiciones climáticas de los ambientes en que comenzaba a desenvolverse la nueva República.

La obra cartográfica del naturalista Claudio Gay sobre Chile se transformó en un aporte sustantivo al conocimiento geográfico de la nueva República, en instrumento fundamental de la administración estatal y en herramienta invaluable de la integración territorial de la sociedad que, a lo largo del siglo XIX, se consolidó

como Estado y nación. Entre otras razones, por la efectiva representación gráfica que difundió con las láminas geográficas de su *Atlas de la historia física y política de Chile*.

Claudio Gay es un referente indispensable de la cultura y ciencia chilenas por la magnitud, amplitud y variedad de sus investigaciones. Resumió el conocimiento sobre el país y su realidad natural y social existente en su época, y es a partir de sus textos que se ejecutarán las tareas y obras de quienes lo sucedieron en la tarea de inventariar y proyectar Chile.

En Venezuela, Agustín Codazzi es apreciado como el geógrafo que elaboró los primeros mapas del país, así como su primera descripción sistemática. De ahí que se le valore por su aporte a la construcción de ese país como nación independiente, pero también por haber prefigurado la reorganización del territorio aprovechando plenamente sus recursos naturales.

Respecto de Nueva Granada, su obra marcó el comienzo de la aproximación sistemática al conocimiento físico de esa República. Su Comisión Corográfica se distinguió tanto por su carácter integral como por la descripción metódica de un país en todas sus facetas. El valor de su trabajo no solo está en relación con el conocimiento propiamente científico, también en función de la política e identidad nacional colombianas. El italiano contribuyó decisivamente a la integración nacional por medio de la consolidación de la imagen de Colombia como nación unitaria y con identidad propia. Su labor en América respecto de Venezuela y Nueva Granada fueron los primeros estudios geográficos sistemáticos de una nación en América del Sur.

La acción de Alcide d'Orbigny en Bolivia entre 1830 y 1833 se materializó en su monumental obra *Voyages dans l'Amérique méridionale* y en otros escritos como *L'homme americaine* y *Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia*, las cuales lo transformaron en el hito fundamental de la ciencia boliviana. Fue el primero en describir, con una amplia y multidisciplinaria perspectiva, la Bolivia de los inicios de la República, estudiando

en ella prácticamente la totalidad de sus múltiples y complejos componentes, siendo su obra una gran contribución al conocimiento de las riquezas naturales del país. El francés reunió información sistematizada sobre la realidad geográfica, social y cultural de Bolivia, y fue el primero en trazar el cuadro general de la joven nación a la cual ponderó como un verdadero microcosmos del planeta.

A Perú, Antonio Raimondi llegó en 1850 para dar a conocer específicamente las riquezas naturales de un país que otros investigadores solo habían esbozado de manera general. Después de ocupar 19 años en recorrerlo, legó a su patria adoptiva una obra en la que el ámbito nacional adquirió por primera vez una cohesión fundamentada en contundentes apreciaciones científicas, las que sintetizan la primera visión completa del Estado. Gracias a la obra del italiano, y como nueva muestra del relevante papel de los naturalistas en la América del siglo XIX, el territorio peruano se transformó en país y la diversidad cultural en proyecto de nación, surgiendo así el Perú con todas las características que determinan su identidad.

Al igual que otros, desde Humboldt en adelante, Raimondi también se esforzó por representar cartográficamente el espacio donde trabajó como científico. Al mapa de Perú, la carta nacional editada en 1890, destinó parte importante de su tiempo, demostrando así que captó lúcidamente la importancia de los mapas en el desenvolvimiento nacional en tanto instrumentos de cohesión política y social, además de facilitar la planificación y ejecución de cualquier proyecto público o privado.

Claudio Gay exploró el territorio chileno entre 1830 y 1842 identificando y caracterizando acabadamente las propiedades del espacio natural que ocupaba el país. Con su acción, y aplicando el conocimiento que le dieron sus viajes, siguió el modelo geográfico de Alexander von Humboldt identificando el espacio natural a partir de sus elementos distintivos que, en este caso, resultó en la creación de Chile, tanto en su condición de unidad

natural como política. Gay escribió que si el globo se dividía en regiones en razón de la apreciación de los géneros y especies peculiares a cada una de ellas, "ningún país más digno de ser elevado al título de región que la República de Chile. Perfectamente limitado por barreras infranqueables".

Entre los estímulos que el gobierno tuvo para contratar a Claudio Gay en 1830, determinante fue el relacionado con la posibilidad de contar con una representación fiable de su territorio. Hasta entonces, la única cartografía geográfica e hidráulica existente era la preparada por la Expedición Malaspina en los años de 1790, sobre todo costera, con numerosas inexactitudes y muy pocos puntos determinados astronómicamente. Por eso es que la preparación de un mapa de Chile, que Gay se comprometió a publicar "en grande escala", junto con un atlas con "el mapa de cada una de las provincias", fue una de las tareas que comenzó desde el momento mismo de su llegada.

El naturalista llamó la atención sobre el contenido que debía incluir su cartografía, muestra relevante del papel de los científicos en la configuración de las nuevas repúblicas. Advirtió que sus trabajos "no comprenden más que a Chile propiamente dicho, es decir, desde el desierto de Atacama hasta el extremo sur de la isla de Chiloé", y agregó, en su correspondencia con los hombres del gobierno, que "sin embargo sería conveniente y aun político, que yo hiciera entrar en mi obra toda esta parte del territorio que se extiende desde el gran archipiélago de las Guaitecas hasta el cabo de Hornos, límite extremo de esta República según todas las constituciones publicadas hasta hoy".

La preparación de una lámina gigante que Gay nombró "Mapa para la inteligencia de la *Historia física y política de Chile*", y en la cual se representó por primera vez todo el país, muestra su afán por entregar una visión completa del Chile de entonces, en este caso, con su presentación *in extenso*.

Claudio Gay ofreció información geográfica más allá del litoral oceánico y los espacios inmediatos a él. Gracias a sus excursio-

nes pudo identificar, nombrar y ubicar las poblaciones y unidades naturales existentes en el interior del territorio, contribuyendo no solo a delinear el espacio nacional, sino también a configurarlo al darle un contenido preciso, reconocible e identificable.

En términos de la noción geográfica de Chile, los mapas de Gay muestran una comunidad en proceso de organización y consolidación nacional. Si bien el científico percibió que en algunas zonas del centro del país aún prevalecía el ordenamiento espacial colonial en función de ejes horizontales o transversales marcados por el curso de los ríos que van de la cordillera al mar, también esperó que gracias a sus trabajos aquél comenzara a transformarse dando paso al proceso de unificación territorial del Estado y la nación que con el avanzar del siglo desestructurara los ejes regionales horizontales en favor de un solo eje vertical, norte-sur, una de cuyas expresiones intelectuales es, primero, el mapa de Gay y, más tarde, el ferrocarril longitudinal. Sin duda manifestaciones geográficas de la consolidación y del dominio del Estado centralizado sobre el territorio y, por tanto, también, de construcción de la nación.

Considerando que nunca se había levantado una carta geográfica del interior de Chile, el conjunto de representaciones cartográficas del naturalista le dio profundidad al territorio nacional al expandir su mirada más allá de las formas de las costas del Pacífico. Por el solo hecho de situar y representar la realidad cultural y natural de los espacios que se extendían desde el mar hasta los Andes, lo dilató en sentido este-oeste, contribuyendo así a su identificación como unidad geográfica, pero también política. Fue la materialización cartográfica de una realidad natural; Chile representado como efectivamente era. Un territorio de gran desarrollo longitudinal que el científico había logrado captar gracias a sus excursiones. Un espacio que pese a su gran longitud en sentido norte-sur estaba destinado a integrarse y constituirse en uno solo gracias a la acción de un Estado al que Gay, con su mapa, dotaba del instrumento preciso para conso-

lidar y extender su soberanía y, de paso, contribuir a la formación de la nación.

Con sus trabajos y representaciones cartográficas, el científico ayudó a configurar el espacio de la nueva República, pero también a asentar la noción de territorio nacional. En este proceso, incluso lo amplió, como la inclusión en sus mapas de la zona de los archipiélagos australes lo demuestra.

De este modo la cartografía del sabio francés no solo se encuentra ligada indisolublemente al surgimiento del Estado y la nación chilenos, en tanto lo identifica, determina sus fronteras y caracteriza su topografía esencial; además, fue fruto de una iniciativa pública dirigida, precisamente, a dotar al Estado de los instrumentos necesarios para consolidarse, ejercer sus atribuciones soberanas y propender a la formación de la nación.

Los mapas del *Atlas de la historia física y política de Chile*, además de representar la realidad, se anticipó a ella, transformándose en modelo de lo que debía contener el territorio del Estado republicano. Mediante ellos se consolidaron dominios, pero también se refozaron pretensiones y se imaginaron espacios nacionales por el solo hecho de incluirlos en la cartografía chilena.

El "Mapa de Chile" de Claudio Gay se convirtió en verdadero logotipo del Estado y la nación. Al ser reconocido y transformarse en distintivo propio de Chile, penetró profundamente en la mentalidad colectiva, y no solo en el ámbito nacional, pues evolucionó en emblema de la nación, en fuente y guía de su acción hacia el futuro, y también en hito demarcador del territorio y la sociedad.

Al fijar los contornos y condiciones naturales de Chile, Gay no solo delimitó la frontera y la realidad material del Estado republicano, también el ámbito geográfico que debía tomar en cuenta la historia nacional que él comenzó a escribir por encargo del gobierno de la época.

Así, la historia de Chile, como la de muchos otros estados-nación en América, fue fruto de su materialización como espa-

cio, como territorio, como unidad geográfica identificable y, por tanto, necesitada de un pasado que legitimara y dotara de contenido histórico a la naturaleza cartografiada que le servía de guía. Un aporte trascendental de los naturalistas que, como Gay, se ocuparon de explorar América meridional y que con su saber hicieron posible el desenvolvimiento de los nuevos países.

LA EXPANSIÓN NACIONAL

CHILE, PAÍS MINERO

La minería fue la principal actividad económica del país durante el siglo XIX. Entonces Chile se transformó en un país minero de categoría mundial. La Revolución industrial fue el principal estímulo para el desarrollo de la minería nacional; así, cuando los países desarrollados demandaron materias primas para sus industrias, el país comenzó la explotación de cobre en gran escala, y cuando necesitaron mejorar la productividad de sus tierras, Chile se apropió del salitre existente en Tarapacá y Antofagasta.

El capitalismo industrial, que se expandió por el mundo en el siglo XIX, también necesitó de metales preciosos para el pago, y en Chile había oro y sobre todo plata. La contribución de la minería al desarrollo económico y social del país durante el siglo XIX fue creciente, además de insustituible y fundamental como fuente de ingresos fiscales. Desde entonces el país vive marcado por su condición de nación minera desde el punto de vista económico.

Comparando la situación de la minería en la época colonial con la de la etapa republicana se advierte que a partir de 1830 la actividad cobró un gran dinamismo. Sus características esenciales fueron: un extraordinario aumento de la producción de los minerales en explotación desde la colonia (el cobre y la plata); un fuerte auge de la minería no metálica, especialmente de carbón y salitre; la modernización de las faenas de extracción y refinamiento de los minerales como consecuencia de la inversión en maquinarias y técnicas, y la evolución de la minería, que de

una empresa primitiva, sin recursos y atrasada, se transformó en una mecanizada, rentable y diversificada.

Desde el punto de vista social, como resultado del desenvolvimiento minero se produjo la formación de un dinámico sector empresarial que dio origen a la burguesía nacional; de igual manera, también creó las condiciones para la conformación del proletariado ya que en la mano de obra empleada en las minas se encuentran los gérmenes de este sector social.

Los capitales mineros financiaron el desarrollo de la agricultura, el comercio, la banca y la industria. La modernización de las faenas de extracción y elaboración de minerales, muchas de ellas verdaderas industrias en sí mismas, incidieron en el desarrollo de industrias metalmecánicas. Al transformarse en la principal fuente de riquezas fiscales, gracias a los gravámenes que se impusieron a la exportación de minerales, la industria minera hizo posible también la expansión del Estado.

La persistencia de la demanda de cobre debida a los nuevos usos que se dio al metal rojo, el descubrimiento de nuevos yacimientos, la plena explotación de Tamaya, la difusión de los avances tecnológicos y la proliferación de fundiciones, convirtieron a Chile en uno de los principales productores de cobre en el siglo XIX. El notable incremento de la producción que, de 9 586 toneladas métricas en 1844, alcanzó a 52 308 toneladas métricas en 1876, se mantuvo gracias a los descubrimientos hechos en el campo eléctrico, ámbito en el que el cobre tenía una gran importancia. Hacia 1870, la producción nacional representaba entre 30 y 40% de la producción mundial, con cifras entre 40 000 y 50 000 toneladas métricas anuales, en lo que debe ser considerada la época de mayor auge de la industria del cobre en el siglo. El crecimiento de la actividad cuprífera permitió también el desenvolvimiento de otras industrias que la proveían de insumos.

En el último tercio del siglo XIX, el incremento de la demanda mundial y la consecuente intensificación de la producción, produjo el agotamiento de los yacimientos de alta ley, haciéndo-

se necesaria la concentración del metal puesto que su fundición era imposible. El método requería inversiones en tecnología que los empresarios chilenos no estuvieron dispuestos a realizar en gran escala. Lo anterior, sumado a la competencia de otros productores y fenómenos locales que dificultaron la explotación de los yacimientos, explica por qué la minería del cobre entró, en las últimas décadas del siglo XIX, en un periodo de decadencia del que solo resurgiría a comienzos del siglo XX.

La minería de la plata, luego del ciclo de bonanza que supuso el descubrimiento de Chañarcillo y Tres Puntas, cayó en otro de decadencia. Hacia 1855 ya era evidente el agotamiento de estos yacimientos, y no fue hasta 1870, con el descubrimiento del mineral de Caracoles, que la minería argentífera recuperó sus posiciones. A lo largo del siglo XIX el auge minero en la producción de plata permitió un incremento notable en comparación con la época colonial. Durante toda la colonia solo se produjeron 270 toneladas métricas, en tanto que en el siglo XIX el país llegó a producir más de 7 800 toneladas métricas de plata fina. El récord de producción se estableció en 1887 con 220 toneladas.

Los primeros intentos por desarrollar la extracción regular y sistemática del carbón en Chile se remontan al año 1842. Los orígenes de esta industria en el golfo de Arauco están ligados al desarrollo de la navegación a vapor y al crecimiento de la minería del cobre que necesitaba carbón como combustible al incorporar el horno de reverbero. A partir de 1860 las explotaciones de carbón entraron en una etapa de expansión. El aumento del precio del cobre en el mercado mundial y el incremento de los ferrocarriles y de la navegación a vapor, hicieron posible el aumento de la producción, que de 6 438 toneladas en 1852 pasó a 172 300 en 1859.

Desde sus orígenes en la primera mitad del siglo XIX, la industria del nitrato de potasio o salitre contó con una gran cantidad de mano de obra y capitales chilenos, como chilenos fueron quienes iniciaron la explotación del salitre en Antofagasta. En la

década de 1860 el pionero chileno José Santos Ossa descubrió salitre en el desierto de Atacama, comenzando así la explotación del nitrato boliviano. Hasta 1880, la propiedad de las salitreras estaba compartida entre el Estado peruano, dueño de las oficinas de Tarapacá, y los empresarios privados, chilenos, ingleses y alemanes, que explotaban las del territorio boliviano. La creciente demanda de este mineral estimuló a los inversionistas chilenos a desarrollar la industria, de tal manera que antes de 1879, a pesar de que el salitre se encontraba en territorio peruano y boliviano, parte importante de las ganancias que proporcionaba se quedaban en Chile. Luego de la Guerra del Pacífico, el país adquirió el monopolio natural del salitre, iniciándose una nueva etapa en la historia de este mineral.

LA EXPANSIÓN AGRÍCOLA

A mediados de la década de 1860 se abrió para el trigo chileno un nuevo mercado: el Atlántico. Hasta entonces la agricultura chilena había tenido un lento desenvolvimiento debido a la escasez de mercados estables donde colocar sus productos. La existencia de una demanda continua de cereal fue lo que hizo posible el desarrollo de la agricultura nacional en la segunda mitad del siglo XIX.

El principal comprador del trigo chileno fue Inglaterra, país con una agricultura poco apta para el cultivo del cereal y que, además, había orientado su economía a la producción de bienes manufacturados. El estímulo que la demanda de trigo chileno provocó en la agricultura nacional se materializó en importantes transformaciones como la ampliación de la superficie cultivable por medio de la incorporación de nuevos territorios; la modernización de las faenas del campo al introducirse la máquina a vapor; la diversificación de la producción agrícola, gracias al cultivo de nuevas especies como la cebada, el oblón, el lino, la be-

tarraga azucarera y el arroz, y la inversión en importantes obras de regadío, como los canales de Aconcagua y Mallarauco y la presa de Catapilco, todas las cuales hicieron posible contar con agua de riego en zonas secas.

La expansión agrícola significó la incorporación de nuevos espacios al desarrollo nacional. Las zonas incorporadas fueron: la Araucanía y la de Los Lagos, hasta mediados del siglo XIX desvinculadas del acontecer general de la nación.

El estímulo fundamental para la integración de la Araucanía y la colonización de la región de Los Lagos fue la necesidad de contar con nuevos territorios para la producción de alimentos. El aumento de la población mundial y su creciente demanda de productos agrícolas, así como el haber contado con la técnica adecuada para ocupar los espacios vacíos, provocaron un fenómeno generalizado de ocupación y expansión hacia las zonas no explotadas.

La integración de la Araucanía formó parte de un proceso mayor que venía desarrollándose desde el periodo de la conquista. Producto del largo contacto entre españoles e indígenas, la Araucanía estaba ocupada y explotada por chilenos a mediados del siglo XIX. Solo faltaba la acción oficial del Estado para integrarla definitivamente al país. Facilitó esta tarea la demanda de alimentos producida en el Norte Chico a raíz del desarrollo de la minería del cobre y de la plata, y de la explotación del guano y el salitre en los desiertos del Norte Grande, todo lo cual se tradujo en una demanda sostenida de productos agrícolas que provocó la penetración espontánea en la región para la explotación de sus fértiles tierras, aun a costa de abusar de sus propietarios originales, los mapuches, arrebatándoselas mediante el engaño y la fuerza; también contribuyeron la presión que se produjo en las provincias de Maule, Ñuble y Concepción, zonas pobres, de agricultura poco desarrollada, escasas fuentes de trabajo y un gran contingente humano dispuesto a ocupar los vastos terrenos vacíos, y las explotaciones carboníferas iniciadas en el

golfo de Arauco durante la década de 1840, que atrajeron mano de obra y estimularon a la ocupación del territorio costero de la región. Esenciales resultaron también la acción de los inmigrantes españoles, suizos, italianos y alemanes y la construcción del ferrocarril longitudinal.

La inmigración hacia Chile fue pequeña comparada con la población total del país, o con el número de inmigrantes que arribaron a otros países pues, por ejemplo, mientras entre 1860 y 1930 entraron aproximadamente a la Argentina más de seis millones de inmigrantes, solo cerca de 140 000 lo hicieron a Chile.

Sin embargo, y por las características de algunos de los inmigrantes, su llegada incrementó la capacidad empresarial y de mano de obra calificada, transformándose en agentes dinámicos del desarrollo económico en las regiones donde se establecieron.

La colonización de la región de Los Lagos, situada al sur de la Araucanía, también tuvo carácter de ocupación agrícola. Correspondió a los inmigrantes alemanes el protagonismo del proceso. Llegados a Chile a partir de 1850, ocuparon la región iniciando la producción de alimentos. Al trigo, las papas y la cebada, añadieron la producción ganadera y la actividad industrial. Así, a lo que originalmente solo fue producción alimentaria, rápidamente se adicionaron aserraderos, curtiembres, destilerías y talleres textiles, además de los adelantos en materia de caminos, ferrocarriles y obras de urbanización, representando un buen ejemplo de ocupación agrícola con carácter dinámico en un contexto de desarrollo global.

EL SISTEMA MONETARIO Y LA INDUSTRIA

La independencia nacional no significó transformaciones desde el punto de vista monetario. En Chile continuaron circulando las monedas y valores existentes en la colonia, y solo se cambiaron las imágenes de los cuños. Las monedas de oro y plata eran

el circulante con el cual se realizaban las operaciones comerciales. Se trataba de un sistema bimetálico en el cual el circulante era escaso y el crédito caro; situación que, en definitiva, retardó el crecimiento a pesar del desarrollo económico experimentado por el país.

No existían entonces bancos ni papel moneda o billetes, y todos los intentos por establecerlos habían resultado inútiles. Sin embargo, hacia 1850, la necesidad de contar con capitales para incrementar las inversiones propició una transformación en la mentalidad de la sociedad. Aparecieron los primeros bancos y con ellos los instrumentos de crédito: billetes, pagarés, bonos, acciones y letras de cambio.

El papel moneda reemplazó al oro y la plata, haciendo posible una mayor liquidez de la economía por la gran cantidad de medios de pago existente, lo que permitió además realizar nuevas inversiones y aumentar la producción, con la consiguiente expansión económica. Junto a los bancos particulares, el Estado también contribuyó a la expansión del crédito, creando dos instituciones: la Caja de Crédito Hipotecario y la Caja Nacional de Ahorros, cuyos recursos fueron destinados a los sectores populares.

El paso de un sistema bimetálico a otro monetario constituyó una transformación fundamental en la economía chilena. No solo porque aparecieron los bancos, se dinamizaron las transacciones comerciales y se estimularon los negocios, sino porque todo esto hizo posible la creación de riqueza gracias a la disponibilidad de créditos.

Otra consecuencia del sistema crediticio fue la aparición de la inflación, debido a que los bancos emitieron billetes por un valor superior al de los bienes existentes en la economía como garantía. Esta situación se tornó especialmente grave a raíz de las crisis económicas que periódicamente afectaron al país a causa de su dependencia de los mercados externos. La devaluación de la moneda afectó especialmente a los sectores medios y popula-

res, los cuales, hacia fines del siglo XIX sufrieron por esta causa un creciente proceso de empobrecimiento. Por el contrario, la burguesía se benefició con la devaluación, puesto que sus ganancias eran en moneda extranjera, mientras que sus gastos en Chile se hacían en pesos devaluados.

Entre 1850 y 1879 es posible situar los orígenes de la industria nacional. Los factores que explican la aparición de los primeros establecimientos de carácter industrial están asociados a la llegada al país de la máquina a vapor. Fue en 1840 cuando arribaron a Valparaíso los primeros barcos de la Pacific Steam Navigation Company. La actividad minera fue otra área donde se aplicó tempranamente el motor a vapor. En la minas de carbón fue donde más se difundió su uso, siendo muy limitado en las faenas cupríferas y argentíferas. La construcción de ferrocarriles, que en Chile se inició en 1851, también contribuyó a difundir el uso de la energía producida a base de vapor.

La expansión económica experimentada por el país en la segunda mitad del siglo XIX hizo posible un vigoroso periodo de crecimiento que facilitó la incorporación de factores de producción, como capitales y mano de obra calificada, que unidos a la disponibilidad de crédito, la estabilidad política y una legislación económica favorable, permitieron el desarrollo de nuevos sectores de la economía como la industria y los servicios.

Aquellas áreas que incorporaron el motor a vapor ejercieron gran influencia sobre el sector productivo nacional, obligándolo a modernizarse. La sola existencia de máquinas implicó la existencia de talleres y maestranzas encargadas del mantenimiento y reparación de calderas, cascos de navíos, locomotoras y motores. La demanda internacional, la navegación a vapor y los ferrocarriles permitieron incorporar nuevas regiones a la producción de alimentos y materias primas, creando nuevos mercados que necesitaban ser abastecidos de alimentos y bienes manufacturados, incentivando a su vez la instalación de establecimientos industriales modernos, es decir, aquellos con un empleo superior

a 10 personas, que empleaban el vapor como la principal fuente de energía; en ellos las relaciones entre los empresarios y la mano de obra se establecían por medio de un salario. Se había iniciado así la producción manufacturera capitalista en Chile.

Las primeras industrias chilenas se concentraron en los rubros alimentarios y de productos metálicos. A distancia se encontraban las de madera y muebles y de papel e imprentas. En términos de empleo y disponibilidad de fuerza motriz, el sector más importante fue el de los productos metálicos, incluidas las maquinarias, que también concentró los más altos niveles de inversión. La alta participación de extranjeros en la propiedad de las industrias, cerca de 70% en 1876, fue una característica distintiva de la industria nacional en sus primeros tiempos.

También se desarrollaron industrias de bebidas, tabaco, textiles, confecciones y calzado, cuero y goma, productos químicos y minerales no metálicos. Hacia 1876, todo el sector contaba con 127 establecimientos, que ocupaban a cerca de 6 000 individuos y cuya fuerza motriz instalada alcanzaba a los 1 122 caballos de fuerza. Se trataba de un sector de dimensiones reducidas en comparación con sus similares europeos más avanzados, mas no respecto de otros casos de industrialización tardía como los de Bélgica y Suecia.

Entre los establecimientos industriales, los metálicos eran también los que tenían una mayor capacidad productiva. Las grandes fundiciones de cobre de Guayacán y Tongoy en el Norte Chico y la de Lota en la Araucanía, los establecimientos productores de bienes metálicos de Santiago y Valparaíso y las maestranzas de Caldera y Lota, producían una variada oferta de bienes que comprendía desde partes y piezas de repuesto para ferrocarriles y navíos a vapor, hasta equipos para la agricultura y la minería. Coches de posta, carretones, arados y rejas, entre los de simple elaboración; motores a vapor, calderas para locomotoras y navíos, trilladoras, carros de carga para ferrocarril, estanques de agua y procesamiento de salitre, tuberías para destilación,

trapiches, hélices, sierras, bombas de agua, aparatos telegráficos, piezas de artillería y diversas herramientas, entre los más complejos, constituyen el repertorio de bienes que se comercializaban en el mercado interno.

Una de las trabas del sector industrial nacional fue que la mayor parte de los bienes que elaboraba se fabricaban con insumos, materias primas y modelos extranjeros. A su vez, existieron variadas limitantes para la incorporación de tecnología moderna, en especial insuficiencia de capitales, lo que también imposibilitó un mayor desarrollo del sector.

CHILE, UN VASTO HOSPITAL

A pesar del extraordinario progreso experimentado por el país a lo largo del siglo XIX, en la vida concreta de la gran mayoría de los individuos, en el ámbito de la microeconomía, en el plano sanitario por ejemplo, los avances fueron muy lentos y el pueblo no solo se mantuvo postrado en medio de la pobreza, sino que, frecuentemente, se vio expuesto a enfermedades y epidemias que lo diezmaban. Siendo esta situación un síntoma dramático de la desigual distribución del ingreso, un fenómeno característico de Chile.

Ni el crecimiento económico, ni los cambios en las condiciones de vida que alguna infraestructura urbana hizo posible, ni las mejoras en la alimentación que probablemente significó también la expansión económica del siglo XIX, aumentaron las defensas biológicas y psicológicas con que gran parte de la población nacional hizo frente a las enfermedades, manteniéndose de este modo la alta mortandad que estas provocaban.

A comienzos del siglo XIX entre los males más comunes estaban el resfrío, los dolores de muelas y de extremidades, los empachos y los cólicos. Entre los medios para superarlos se incluían las friegas, baños de agua caliente con hierbas, cocimien-

tos y ungüentos de todo tipo de especies, vegetales y animales, muchos de ellos acompañados de yerba mate y aguardiente. La viruela, transformada en enfermedad endémica, fue sin embargo la que provocó mayor mortandad a lo largo de la centuria. La población, frente a la enfermedad y los malestares físicos contingentes, estaba condenada a sufrir sus dolencias con resignación o, muchas veces, solo amparada en la piedad.

Aunque en Santiago la disentería también era motivo de preocupación, sin duda que los más expandidos eran los males venéreos, situación extremadamente grave si se considera que, como se creía hacia 1840, la mayor cantidad de enfermedades se derivaban de estos. También se presentaban el tifus, especialmente luego de la campaña en Perú de 1839, y la pústula maligna o viruela, que llegaba desde Argentina vía la cordillera de los Andes.

En la provincia, características del Norte Chico semidesértico fueron las bronquitis y neumonías que producían la tisis tuberculosa tan común entre sus habitantes. Las diarreas serosas eran también frecuentes, tanto como para considerarlas endémicas de aquel clima; las disenterías, las enfermedades sifilíticas y cutáneas, los reumatismos y las alteraciones orgánicas del corazón completaban los males. En el sur, húmedo y lluvioso, entre las patologías más frecuentes estaban las neuralgias, la artritis y la tos convulsiva. Comunes a todas las poblaciones de la República, especialmente en invierno, eran la influenza catarral y las pleuroneumonías agudas, las que en ocasiones se presentaban con una virulencia tal que llegaron a ser epidémicas.

La población campesina sufría males coyunturales y otros estructurales. Entre los primeros, el consumo de fruta verde ocasionaba enfermedades muy graves que hacían morir a un gran número. Pero también, y pese a su fuerte constitución, se resentían de las enfermedades venéreas tan fatalmente comunes en las familias, más en el norte minero que en el sur agrícola. Ello siempre y cuando lograran llegar a la edad adulta, pues lo corriente

era que de la numerosa prole de los campesinos, ocho o 10 y aun más, solo algunos sobrevivieran.

En el campo morían menos que en las ciudades como Santiago, donde, a causa de la disentería provocada por el calor concentrado, la mortandad era muy elevada. Los médicos atribuían a las pésimas condiciones de vida del pueblo la mala salud de la población que, pese a todo, a mediados del siglo XIX ya no sufría el escorbuto, las fiebres palúdicas o la fiebre amarilla.

A pesar de los cambios experimentados, al promediar la centuria Chile se encontraba todavía en medio de una dolorosa situación sanitaria que lo había transformado, en palabras de un facultativo, en un "vasto hospital". Viruela, sarampión, sífilis, chavalongo o fiebre tifoidea o maligna y disentería eran los males más terribles, entre otras razones, por su naturaleza epidémica, su alta mortandad, el dolor que provocaban o lo perjudicial que resultaban para la sociedad. Menos graves, aunque en conjunto contaban con igual cantidad de víctimas que los mencionados, eran las inflamaciones agudas y crónicas del estómago, del hígado, del corazón y del pulmón; el reumatismo muscular y el articular; las fiebres exantemáticas; la pústula o grano transmitido por los cuadrúpedos; los cánceres del útero y de la piel, y las úlceras de distintas especies.

Preocupación comenzaban a causar también entonces las afecciones nerviosas que, complicadas con diferentes lesiones orgánicas, empezaban a presentarse con su carácter siniestro a la par de misterioso. La causa de estos males se atribuía a los progresos de la civilización y al refinamiento sensual.

El diagnóstico sobre las enfermedades que se manifestaban con una sintomatología física u orgánica confirma que las más comunes entre los chilenos eran las que se localizaban en el aparato gastrointestinal y hepático, o la hepatitis bajo todas sus formas, las del aparato circulatorio y respiratorio y, principalmente, las relativas al corazón y a los pulmones. Entre ellas, las afecciones del estómago e intestinos, indigestiones, diarreas, gastritis,

enteritis, lepidia o cólera y disentería; y el reumatismo y los estados catarrales, bronquitis, pleuritis y neumonías.

Fundados en casos clínicos y en los avances de la ciencia médica, pero también en estadísticas sanitarias y en el conocimiento de las condiciones socioeconómicas que su práctica a lo largo de todo el territorio nacional les dio, los médicos fueron afinando su diagnóstico sobre las enfermedades que aquejaban a la población nacional. Este proceso no solo les permitió avanzar en materia de profilaxis, además, y fundamental, los dejó en situación de apreciar la dramática realidad sanitaria del país.

En el Chile de mediados de la década de 1870, los nacimientos eran numerosos pues alcanzaban a uno por cada 25 habitantes. La mortalidad tenía una proporción de uno por cada 40 habitantes. Los matrimonios no eran abundantes, lo que, sumado al alto número de nacimientos, servía para explicar el considerable porcentaje de los que entonces se consideraban hijos ilegítimos. Según las estadísticas disponibles, en 1871 hubo un hijo legítimo por cada 2.8 nacimientos, proporción que en la época, y por los facultativos, se consideraba altísima.

En ese entonces se producía una defunción casi por cada dos nacimientos. La mayor parte de los muertos correspondían a niños de entre cero y siete años, por ejemplo, aproximadamente 58% de los muertos en 1868. La mayor mortalidad se producía en los meses de verano, la estación de las frutas, que frecuentemente se consumían verdes, de ahí su incidencia en la salud pública por las colerinas y las disenterías. Entre los niños expósitos o recién nacidos abandonados, la mortalidad alcanzó 56% entre 1849 y 1858. Más de 80% del total de los difuntos eran pobres absolutos.

A fines del siglo XIX, y a pesar de todos los adelantos experimentados por el país, la existencia cotidiana de la gran mayoría de la población continuaba siendo miserable. La ignorancia, los malos hábitos de higiene y el modo de vivir medio salvaje de la mayor parte de la población explican esta dramática realidad. Pero tam-

bién el que los pobres vivieran en habitaciones sucias, inmundas, mal ventiladas y donde se respiraba, "no el aire que vivifica y estimula, sino el aire que mata y asfixia". El resultado, una mortalidad que diezmaba a los pobladores, "la enfermedad cebándose en organismos empobrecidos, el vicio haciendo su propaganda de destrucción". Todos síntomas de una grave crisis social.

La enfermedad que más defunciones provocaba era la tisis o tuberculosis pulmonar, que entre 1859 y 1883 había causado 41 035 muertos de un universo de 160 038 casos registrados en los hospitales chilenos, es decir, poco más de 25% del total. Ella atacaba preferentemente al bajo pueblo, y solo por excepción a las clases medias y acomodadas. Se presentaba en todas las regiones del país y en todos los climas y ambientes causando estragos, tanto como para ser considerada una verdadera plaga social que se explicaba por las condiciones de vida y los hábitos de los pobres.

La segunda causa de muerte en el país eran las fiebres, en especial la tifoidea, la cual hacía su aparición generalmente en verano, en la época de las cosechas. Solo la progresiva dotación de agua potable en las ciudades a lo largo del siglo XIX influyó en su disminución, como también en la de la disentería. Las fiebres gastrobiliosas también se presentaban con frecuencia, entre otras causas, debido al excesivo consumo de alcohol de la población.

Junto a la disentería, una de las enfermedades infecciosas endémicas del país, otro de los azotes terribles que incesantemente afectaba a la población era la neumonía o pulmonía, por cuya causa fallecieron 8.6% de los internados en los hospitales nacionales entre 1859 y 1882. Se presentaba en todas las épocas del año, aunque era más común en invierno y primavera debido a los fríos y a los cambios bruscos de temperatura. Se trataba de una afección de todos los climas, todas las estaciones, todas las condiciones sociales y todas las edades.

Otras enfermedades que merecieron la atención de los médicos en el siglo XIX, que eran recurrentes en sus pacientes, fueron

el reumatismo, las afecciones orgánicas del corazón, especialmente las valvulares que provocaban hipertrofias, y el bocio, una fea enfermedad que se manifestaba en hipertrofia de la tiroides.

A mediados del siglo XIX, las afecciones del corazón ocuparon la atención debido a la frecuencia con que se manifestaban, la extensión que adquirían, lo pernicioso que resultaban y, fundamental, el habérselas identificado como una patología particular, independiente de otros males.

Los males venéreos también fueron comunes en Chile hasta la introducción de la penicilina ya avanzado el siglo XX. Entre ellos la gonorrea fue la menos grave, siendo la sífilis la que más preocupó a la sociedad por su calidad de plaga. La sífilis fue, si no la principal, una de las enfermedades más extendidas en el Chile del siglo XIX, tanto como para que en 1857 se advirtiera que cada día hacía mayores estragos en la población, diezmando y produciendo enfermedades incurables, concluyéndose que la generación de entonces parecía enteramente perdida. Pese a no ser mortal, entre otras razones porque las expectativas de vida eran bajas, era muy temida debido a los sufrimientos y molestias que provocaba en sus víctimas, esto sin perjuicio de ser considerada una afección vergonzosa, es decir socialmente reprobada, tanto por su origen en el comercio sexual como por sus manifestaciones exteriores en el cuerpo.

El mal venéreo o mal francés era considerado una grave amenaza para la sociedad, por la predisposición que los individuos infectados mostraban a contraer otras enfermedades más temibles y a menudo mortales. La tuberculosis, por ejemplo, encontraba en los sifilíticos la más fácil y segura de sus conquistas. También se creía que un porcentaje importante de los abortos sin causa aparente la tenían como antecedente. Pero, sobre todo, se combatía porque era una muestra elocuente del deplorable estado sanitario del país.

Reflejo de esta realidad era que Santiago se consideraba entonces una de las ciudades más mortíferas del mundo civilizado,

con un promedio de defunciones para el periodo 1890-1898 de casi 50 por mil, en una población que en esos nueve años pasó de 266 000 habitantes a 320 000. Entre los párvulos, las cifras eran todavía más altas, pues, por ejemplo, de 1876 a 1880, la proporción de niños entre cero y siete años fallecidos fue de casi 59 por cada 100 defunciones; y para los años 1893-1895 el promedio de mortalidad de los menores de un año fue de 37.63 por ciento.

Pero la capital no era la única. A fines del siglo XIX, Concepción rivalizaba como la ciudad más inhabitable del país. Las fiebres, especialmente la tuberculosis y la viruela, se tenían como los principales agentes patógenos o mórbidos causantes de las altas tasas de mortalidad de su población.

Todas estas realidades explican por qué, a comienzos del siglo XX, la esperanza de vida al nacer de los chilenos fuera solamente de 30 años, que se mantuvo sin variaciones hasta la década de 1920 y solo comenzó a cambiar a mediados del siglo XX, cuando llegó a 55 años. En esos tiempos se inició también el descenso de la mortalidad infantil, que de 342.5 por mil nacidos vivos en 1900 había caído a 119.5 por mil en 1960. Cifras que demuestran que, hasta por lo menos 1950, la población estuvo muy expuesta al riesgo de enfermar y morir.

Junto con las enfermedades que de manera permanente afectaban su salud, los chilenos ocasionalmente se vieron amenazados por epidemias como la viruela, la escarlatina, la difteria y el cólera que, a causa de la mortandad y sufrimiento que provocaron a su paso, también dejaron profundas cicatrices en el cuerpo social.

LAS PESTES Y SUS SECUELAS

La primera de todas por su antigüedad y frecuencia, pero sobre todo por los estragos malignos que causaba, era la viruela, llamada vulgarmente “la peste”. Hacia mediados de la década de 1870 se sabía que aparecía indistintamente en el campo y en las

ciudades al entrar los fríos, sobre todo en los otoños secos y prolongados, y que cesaba con las lluvias invernales. La viruela se presentaba con una desesperante regularidad, cada tres o cinco años aproximadamente, de forma más o menos grave, con notable exacerbación en los otoños y en las provincias del norte y centrales.

Sus principales víctimas eran los sujetos del pueblo, que vivían en deplorables condiciones higiénicas, siempre expuestos a los contagios, y ajenos totalmente a la vacunación. Entre ellos arrebataba millares de vidas, la mayoría jóvenes, transformándose en una llaga social que había llegado a ser endémica y que por eso mismo, se decía, era una causa poderosa de despoblación, de aniquilamiento, una verdadera afrenta para un país civilizado. Un azote tan brutalmente devastador, que ningún otro lo superaba, y que solo en los años 1885 y 1886 mató 10 442 personas, casi 0.5% de la población nacional. Su vigencia fue larga pues seguía presente causando graves estragos a comienzos del siglo XX.

El cólera fue otra epidemia que afectó constantemente a Chile, con la consecuencia de que debido a su gravedad alentó la participación del Estado en el cuidado de la salud de la población. En Chile los médicos se referían a ella como cólera *morbus* y la consideraron una enfermedad terrible.

Conscientes de que era una enfermedad que cuando se hacía epidémica atacaba a una proporción mayor de personas que cualquier otra, provocando la muerte de al menos una tercera parte de los afectados, cuando no la mitad y hasta 90% de ellos, los médicos buscaron instruir al pueblo para evitar su propagación.

Como todas las enfermedades y pestes, el cólera también afectó esencialmente a los grupos más desposeídos de la sociedad porque, además de lo dicho, todas las inmundicias de los barrios altos fluían hacia las partes bajas de la ciudad y en ellas se acumulaban y ofrecían condiciones favorables para el desarrollo de los microbios. Pero también a causa de que las conse-

cuencias que podía tener sobre una persona dependían del estado general de su salud. Así, una robusta y saludable estaría menos expuesta que una que había sufrido inanición, estaba enferma y abatida o, en general, tenía un mal estado físico. Lo anterior, para no mencionar el estado anímico del enfermo, que también influía en la evolución de cualquier afección.

Ejemplo de que las condiciones geográficas, ambientales, sociales y de salubridad influían notablemente en la malignidad del cólera es lo ocurrido en La Serena con motivo de la epidemia de 1889. Allí la peste se transformó en endémica por algún tiempo debido al ardiente clima primaveral de la región, la abundancia de frutas, los miasmas palúdicos que se desprendían de las vegas que rodeaban la ciudad, las acequias pestilentes que la cruzaban y las malas condiciones de los cauces de la Alameda por las inmundas y pútridas aguas que las curtiembres de la ciudad vertían en ella.

Como en la mayor parte de las poblaciones afectadas, en La Serena el implacable flagelo dejó una estela de muerte impresionante, uno por cada 42.5 habitantes, una mortalidad altísima. Mayor incluso que en Santiago, donde, entre 1887 y 1888, se calcula que fallecieron 5 000 personas, es decir un muerto por cada 50 habitantes. Muestra de la intensidad de la peste, en La Serena, con 22 000 habitantes, el cólera atacó a una persona por cada 26 habitantes, falleciendo 2.4% de la población y 63% de los atacados.

Según las estadísticas del Registro Civil, la epidemia de cólera que azotó Chile entre 1886 y 1888 mató 28 432 habitantes. Si se considera que en 1885 el país tenía 2 527 320, resulta que el cólera se llevó a 1.1% de la población; en la actualidad ese porcentaje corresponde a 170 000 personas aproximadamente.

Esto explica que la tasa de mortalidad subiera de 31.6 por mil en 1886, una cifra de por sí altísima, a 37.6 por mil en 1891, alcanzando así proporciones nunca vistas. Junto con el cólera, la viruela también contribuyó con lo suyo al provocar 19 847 muer-

tes entre 1882 y 1888, es decir casi 0.8% de la población del país; hoy serían 136 000 de los 17 millones de habitantes.

La mayor parte de los fallecidos y de los afectados por las enfermedades pertenecían al pueblo. Así había sido y seguiría siendo, y las palabras que la distinguida Carmen Arriagada escribió en 1837 a Mauricio Rugendas no solo lo demuestran, sino que además explican por qué: "A propósito de vida. La mía no ha sido amenazada todavía por la peste; hasta hoy, mi casa está exenta. Por fortuna (los pobres dirán de otro modo), este mal no ha atacado sino aquella clase que parece está destinada a sufrir todos los males físicos, y ha respetado, con algunas excepciones, a los que podían librar sus vidas con las medicinas y cuidados".

Pese a la cercanía de la enfermedad y de la muerte, la resignación de la población frente a la desgracia era difícil, siendo la desesperación y el desconsuelo las principales reacciones, así como también la impotencia para enfrentar las dolencias, lo que muestra los escasos alcances de la medicina de la época.

La indefensión de los individuos frente a la enfermedad y sus efectos se presenta en agudo contraste con la positiva evolución del Estado y la nación a lo largo del siglo XIX. Ella descubre y exhibe las infrahumanas condiciones materiales de existencia de los sujetos, aunque también aspectos de las identidades individuales y colectivas, como la fragilidad de la existencia de la mayor parte de la población y las precarias condiciones sanitarias del país, aun en medio de la modernidad capitalista.

LOS CONFLICTOS INTERNACIONALES

LA GUERRA CONTRA ESPAÑA

Antes de que se agudizaran las querellas entre las repúblicas sudamericanas, a mediados de la década de 1860 un inesperado y por ello sorprendente conflicto estalló en el Pacífico meridional americano, frente a las costas de Chile y Perú. Ambos países se habían medido en los años de 1830 en la conocida en Chile como guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, y lo harían una vez más a partir de 1879 en la Guerra del Pacífico que se prolongó hasta 1884. Sin embargo, en 1865 y 1866 enfrentaron unidos la agresión de la España isabelina que con su escuadra de guerra ocupó territorio peruano, bloqueó puertos americanos y bombardeó Valparaíso y El Callao antes de regresar a Europa.

El contexto en que se desenvolvieron los hechos es el de la monarquía española, encabezada por la reina Isabel II quien, en su intento por recuperar de algún modo el pasado imperial, emprendió diversas iniciativas destinadas a cumplir con ese objetivo. Entre ellas, la organización de una comisión político-militar destinada al Pacífico que respondiera a las demandas de los súbditos y diplomáticos españoles radicados en América, favoreciera el comercio con la región, estrechara lazos políticos con las repúblicas, antes colonias, y, también, explorara la posibilidad de instalar una base naval que ampliara la esfera de acción de España.

La formación de una escuadra de guerra que surcando los mares cumpliera tales objetivos finalmente se materializó en 1862. Y en un intento por recuperar la tradición ilustrada y superar la

decadencia científica en que se había sumido España, se decidió también formar una comisión científica que se embarcara con la escuadra. Imbuidos del espíritu romántico y nacionalista, ligando el interés por el conocimiento con la honra y gloria nacionales, los naturalistas, fotógrafos e ilustradores se sumaron a la empresa.

En el contexto europeo de la época la acción española debe ser interpretada como una manifestación de capacidad militar y científica, y por lo mismo, política, de poder. En el ámbito de las repúblicas americanas debe considerarse como el anuncio del regreso de la antigua metrópoli, no ya como dominadora, pero sí reclamando una posición a la que se sentía acreedora por su pasado imperial, por su dominio sobre el continente americano y, esencial, por lo que suponía condición de nueva potencia europea. En la acción se conjugaron tanto la dinámica de las relaciones internacionales como las concepciones españolas sobre su expectante situación, formando un escenario que aclara el aparente inexplicable desenlace de la empresa.

Sin perjuicio de los buenos propósitos con que se justificó la organización de la escuadra, en España hubo voces que se preguntaron por la oportunidad de la iniciativa, incluso algunas consideraron el viaje inapropiado. Diversos elementos justificaban las aprensiones, todos relacionados con el escenario internacional, entre ellos, la ocupación española de Santo Domingo que se había iniciado en 1861 y que se prolongaría hasta 1865, y que generó un sentimiento antiespañol en Latinoamérica.

Los hechos que involucraron a España se produjeron justo en momentos en que en las antiguas colonias florecía un sentimiento americanista, que en Chile tuvo destacados cultores, actitud que se vio acrecentada por la invasión francesa de México en 1862 y en la cual también participaron Inglaterra y España. La situación, además, se verificaba al mismo tiempo en que se reactivaban las querellas entre Perú y España a raíz de reclamaciones originadas en la época de la independencia que todavía

no se resolvían. De ahí que en Perú la iniciativa española fuera vista con reservas y prevenciones de todo orden. Así lo informó el periódico chileno *El Ferrocarril*, que en enero de 1863 aludió a la "agitación política" existente en Perú y a la solicitud del gobierno de facultades extraordinarias "en nombre de la patria en peligro", entre otras razones, "por las sospechas más o menos fundadas que muchos abrigan respecto de cierta expedición o escuadra europea que viene hacia el Pacífico, y cuyo inexplicable objeto hace concebir temores, vagos en unos, intensos en otros, de alguna intervención, agresión o causa cualquiera de serias dificultades". Representando de este modo claramente unas de las formas en que en América fue apreciada desde un principio la iniciativa peninsular. Pesimista, pero acertado, vaticinio de lo que terminaría ocurriendo. Muestra sensible del parecer de una parte de la opinión pública peruana que nunca vio con conformidad la escuadra que se acercaba a las costas americanas.

En junio de 1862 zarparon de Cádiz los barcos que formaban la Escuadra del Pacífico al mando del comandante Luis Hernández Pinzón. En resumen, las instrucciones que el Ministerio de Marina le entregó lo obligaban a recalar en Brasil, el Río de la Plata, la costa patagónica y las Malvinas; pasar al Pacífico por el cabo de Hornos y recalar en Chiloé, Concepción y Valparaíso en la costa de Chile; Arica y El Callao, entre los puertos peruanos, y de ahí llegar hasta la Alta California, pasando por Acapulco. En razón de la situación existente con Perú, con el cual España no tenía relaciones diplomáticas, se le recomendó "estar siempre de paso en los puertos de aquella República" y, sobre todo, "obrar en ellos con la circunspección debida", evitando "compromisos de ninguna especie" como consecuencia de "los días que celebran aniversarios o fiestas cívicas sobre la independencia o triunfos conseguidos contra nuestras armas", conducta que el comandante de la fuerza española Hernández Pinzón estuvo lejos de seguir. Situación que también terminó condicionando su comisión al introducir ella un elemento subjetivo, emocional e impre-

decible, en la que se suponía era una misión naval con órdenes terminantes y objetivos nacionales por sobre los intereses y motivaciones, incluso pasiones, individuales.

En mayo de 1863 la comisión española fue recibida con mucho entusiasmo en Valparaíso, puerto en el que se le esperaba con ansias. Las actividades de la escuadra, incluidos los integrantes de la comisión científica, no solo fueron ampliamente comentadas en la prensa, sino que merecieron la aprobación general de la opinión pública, la que por medio de los periódicos no ahorró adjetivos para referirse a ellas. Algunos, sin embargo, desde un comienzo asociaron la presencia de la escuadra española con la política internacional, en particular con la alarma que la situación provocaba en Perú.

Concluido su paso por Chile los barcos españoles zarparon hacia el Perú donde, a medida que se acercaba la escuadra, las críticas en su contra aumentaron. Siempre con el telón de fondo de la querella por una supuesta deuda peruana que España reivindicaba exigiendo el guano, el principal recurso de exportación del Perú, como garantía de su pago, Pinzón y sus barcos arribaron a El Callao el 10 de julio de 1863, en medio de un ambiente enervado, iniciando entonces una estadía marcada por la tensión.

Pese a las prevenciones de uno y otro, durante las dos primeras semanas en El Callao no hubo incidentes. A fines de julio de 1863, y en vísperas del aniversario de la independencia del Perú, la escuadra zarpó hacia el norte para evitar cualquier problema. Pero fue entonces cuando comenzaron a desencadenarse acontecimientos que, en medio de un clima exacerbado por sospechas, desacuerdos y sensibilidades a flor de piel, condujeron al conflicto armado.

En agosto, mientras las naves ya se encontraban frente a las costas de América del Norte, en Perú se produjo un incidente, "la riña de Talambo", en el cual colonos españoles fueron agredidos por reclamar, violentamente, por las condiciones de trabajo que se les imponían, muriendo uno de ellos. La situación pro-

vocó la protesta española y la solicitud de anular lo obrado por los tribunales en contra de los colonos. A cientos de millas, enterado de los hechos, Pinzón convocó a una junta de guerra en la que se resolvió la ocupación de las islas Chincha.

Mientras el gobierno español deliberaba sobre el curso de los acontecimientos y sus naves se desplazaban de vuelta hacia el sur, en Chile, la prensa no perdía oportunidad de zaherir a los españoles por su travesía y por la actitud asumida frente a los americanos, siempre en el contexto de las relaciones hispanoamericanas. Sin duda, las notas y opiniones de los periódicos contribuyeron a predisponer a la opinión pública en contra de España y su escuadra del Pacífico.

Diversos incidentes y malentendidos entre los españoles y las autoridades peruanas antecedieron a la ocupación de las islas Chincha el 14 de abril de 1864. Ello no hizo más que aumentar la tirantez que terminó por provocar la reacción local ante lo que se evaluó como conducta precipitada, impetuosa e irreflexiva del comandante Pinzón, quien se había sentido ofendido por el gobierno peruano. Una declaración de Pinzón en la que justificaba sus actos y hacía exigencias contribuyó a exaltar todavía más los ánimos, a tal punto que el presidente de Perú, Juan Antonio Pezet, afirmó, categórico: "Autorizo a cualquier hombre para que me corte la cabeza si pacto con los españoles". Todo, mientras la opinión pública peruana se mostraba cada vez más vehemente, absolutamente contraria a toda negociación y clamaba por una acción militar que reparara las ofensas recibidas de parte de la escuadra española.

Las noticias motivaron inmediatas reacciones en Chile, cuya opinión pública, ya sensibilizada por el sentimiento americanista desatado por otras intervenciones europeas en América, pero también por la conducta del comandante Pinzón, rápidamente condenó la agresión.

La actitud de los chilenos debe entenderse en un contexto en el cual la prensa y el Congreso Nacional, expresiones de la

opinión pública, amplificaron y manipularon el conflicto, para después conducir una campaña de opinión en contra de cualquier avenimiento con España, contribuyendo así a exaltar los ánimos. Las sucesivas ediciones de *El Mercurio* y *El Ferrocarril* de mayo de 1864 en adelante reflejaron el sentir nacional, y términos como "usurpación", "afrenta" o "atentado escandaloso" fueron algunos de los utilizados para calificar los hechos protagonizados por las naves españolas en contra de Perú. Cualquiera que en Chile osara buscar una vía de acuerdo fue tachado de traidor a la patria, como ocurrió con el ministro del Interior y Relaciones Exteriores Manuel Antonio Tocornal, quien debió alejarse del gobierno.

Mientras los acontecimientos se desenvolvían, incluidos los fallidos intentos de mediación, exigencias de reparación frustradas que incluían saludos a las banderas, descalificaciones a Pinzón por sus caprichos, la instalación del Congreso Americano en Lima, la sustitución del comandante de la escuadra por el general José Manuel Pareja a comienzos de diciembre de 1864 y la acumulación de recelos españoles contra Perú, Chile y Perú acordaron y firmaron una alianza el 5 diciembre de 1865. Entonces ya estaba claro que lo que estaba en juego no era la libertad e independencia del Perú, sino que eran razones de honor y cuestiones prácticas derivadas de la ocupación de los depósitos guaneros y del amenazante incremento de la escuadra española en el Pacífico.

En apariencia ajeno a los sucesos de Perú, el general Pareja dirigió sus miras hacia Chile, al que reprochó agravios y exigió reparaciones y compensaciones. Censuraron los peninsulares la animosidad de la opinión pública contra España, los insultos al pabellón español provocados por la ocupación de las islas, la protesta del gobierno chileno por el acto, el abastecimiento de las naves peruanas y el rechazo a asistir a las españolas, el probable envío de voluntarios para sumarse a las fuerzas peruanas y la no concesión a España de franquicias otorgadas a otros paí-

ses. Como la respuesta del gobierno chileno al memorial peninsular fue considerado insuficiente, se removió al representante español en Chile y se designó en su reemplazo, con el encargo de pedir nuevas explicaciones, al general Pareja. "Y si Chile no daba satisfacciones a las exigencias, Pareja debía destruir los establecimientos carboníferos de Lota o la ciudad de Valparaíso".

Al pánico inicial, siguió la reacción colectiva que llevó a agruparse en torno del gobierno. En ese estado los chilenos recibieron la llegada de Pareja a Valparaíso el 17 de septiembre de 1865, un día antes del aniversario de la independencia nacional, fecha que el español eligió para entregar una nota al gobierno que, en realidad, era un ultimátum, y que fue rechazado de manera terminante. Pareja entonces comenzó las hostilidades con el bloqueo de todos los puertos chilenos. El Congreso Nacional autorizó la declaración de guerra, mientras ingleses, franceses y estadounidenses establecidos en Chile se preguntaban, incrédulos, cómo España emprendía una guerra sin finalidad, incapaces de penetrar en la psicología y mentalidad de los contendientes. Tal vez no consideraron que el ser hijo de un militar español que había muerto a manos de los patriotas chilenos en las guerras de independencia el año 1813, contribuyó a exacerbar la animosidad de Pareja y su encono para con Chile. Nadie lograba comprender el empeño del general en exigir a Chile un saludo de 21 cañonazos en Valparaíso al enarbolarse el pabellón español, y menos que en su perentoria nota advirtiera que si no se accedía a esta petición, sería el gobierno chileno "exclusivamente responsable de todas las consecuencia que se originen, en la inteligencia de que el gobierno de S.M. Católica está firmemente resuelto a obtener la satisfacción que con tanta justicia reclama".

Iniciadas las hostilidades, el desequilibrio de fuerzas era evidente. Mientras la escuadra española contaba con cinco fragatas, dos goletas y varios transportes, Chile solo tenía dos naves, infinitamente inferiores a las españolas; estas, sin embargo, pudieron sostener su bloqueo en solo cuatro puertos debido a lo dila-

tado de la costa chilena. En uno de ellos fueron sorprendidos por los barcos chilenos, resultando la captura de una goleta, la *Covadonga*, hecho que fue un duro golpe para el orgullo de Pareja quien, ante lo que consideró una humillación, se suicidó.

El nuevo comandante de la flota, Casto Méndez Núñez, recibió instrucciones que le ordenaban vengar en forma ejemplar la captura de la *Covadonga* y, luego, abandonar el Pacífico. Entre las formas de revancha se señalaban el bombardeo de Valparaíso o del pequeño caserío de Lota. Méndez Núñez eligió la que resultaba más espectacular y mortificante. En medio de otras hostilidades, todos los intentos de los extranjeros por evitar el desastre se estrellaron tanto contra la negativa del gobierno chileno a dar satisfacciones, como del jefe español a prescindir de ellas. Finalmente, el bombardeo de Valparaíso se verificó el 31 de marzo de 1866, provocando cuantiosos daños a almacenes, oficinas y establecimientos públicos y privados.

Consumado el ataque a la principal plaza comercial de Chile la escuadra española enfiló rumbo al Perú. Arribada el 25 de abril, el 26 dio inicio al bloqueo de El Callao. A diferencia de lo ocurrido en Chile, en El Callao se trabó un combate, pues el puerto contaba con fortificaciones. Hubo muertos y heridos, entre los primeros el secretario de Guerra José Gálvez, demostrando los defensores "heroico valor". Ambos bandos se atribuyeron el triunfo, pero fueron los peruanos "quienes celebraron la jornada del 2 de mayo como una gran victoria", mientras la escuadra española, ocho días después, emprendía el regreso a Europa. La guerra había terminado sin que España recibiera las satisfacciones que había demandado.

En Chile, la guerra contra España mostró el poder de la opinión pública que, a diferencia de lo ocurrido en 1837 cuando la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, ahora no solo se expresó en todo el país, sino que además apoyó con gran entusiasmo el conflicto. La prensa mostró su capacidad de convocatoria al haber sabido apelar al argumento adecuado, la defensa

de la patria y de la nación, razón por la cual el pueblo estuvo muy bien dispuesto a ir a la guerra.

Para el Perú, y a raíz de los hechos épicos que tuvieron lugar en El Callao ante el ataque español, el conflicto sirvió para la promoción de una especie de sentimiento o conciencia nacional que vio en los héroes caídos en defensa de su bandera un elemento apropiado para la formación de la nación. Aunque tuvo también otro efecto, este perverso, pues significó incrementar su deuda nacional.

En Chile y Perú, el fervor con que sus habitantes aceptaron una guerra aparentemente absurda fue posible gracias a la dimensión emocional, subjetiva del conflicto. Las dos sociedades se conmocionaron, o fueron movilizadas, por el honor, la dignidad, el decoro, la bandera y la libertad. La prensa convocó a los patriotas a hacer frente a las amenazas, las exigencias, los insultos y las ofensas y así satisfacer agravios y obtener reparaciones de carácter anímico.

En el caso de Chile, y en la perspectiva de lo que ocurriría a partir de 1879, el conflicto mostró que el país contaba con un recurso, un potencial del cual hacer uso en caso necesario; una reserva anímica y espiritual ligada a la nación que, bien conducida por la prensa, era capaz de movilizar a la opinión pública y al pueblo en la medida en que apelara a elementos emocionales. Y eso fue lo que efectivamente ocurrió en 1879 cuando se emprendió la guerra contra Perú y Bolivia. Entonces, la receta resultó de tal manera eficaz que no solo se transformó una causa privada en causa nacional, sino que hizo posible reclutar a miles y miles de hombres, esta vez, además, dispuestos a luchar por la patria fuera del territorio nacional.

La guerra contra España mostró también elocuentemente lo desprotegido que se encontraba Chile, a diferencia del Perú que contaba con una escuadra respetable y que durante el conflicto recibió dos magníficas naves. Así, y pese a la confianza en el ánimo patriótico de su población, el gobierno, no queriendo repetir

la trágica experiencia del conflicto con España, comenzó a preocuparse por adquirir buques, los mismos que años después utilizaría contra Perú y Bolivia.

LAS CONTROVERSIAS LIMÍTROFES

Luego de la independencia las naciones americanas establecieron sus límites de acuerdo con el principio de *uti possidetis*: los nuevos países poseerían como territorios aquellos que tenían al momento de su emancipación de España. En las primeras décadas de la República las naciones americanas, preocupadas por consolidar la independencia y darse una organización estable, no atendieron los asuntos de límites. Las querellas comenzaron una vez concluida la etapa de formación y cuando se tuvo conocimiento de las riquezas naturales de los territorios más tarde en disputa.

En el caso de Chile, las controversias limítrofes se iniciaron durante el gobierno del general Manuel Bulnes en los años de 1840, y fueron consecuencia de dos fenómenos: la preocupación del gobernante por asegurar la soberanía en el extremo austral, lo que provocó la reacción argentina, y el avance de los exploradores y pioneros chilenos hacia el norte, lo que dio lugar al reclamo boliviano.

Los conflictos con Argentina comenzaron en 1843 cuando el gobierno chileno fundó Fuerte Bulnes y, más tarde, Punta Arenas, en el estrecho de Magallanes. Argentina reclamó, alegando derechos soberanos en la región. Mientras se resolvía la situación del estrecho de Magallanes y de la Patagonia, que eran los territorios disputados por Chile y Argentina, empezó a prevalecer en Chile la idea de que la Patagonia carecía de todo valor económico, noción que se vio reforzada por las dificultades naturales que impedían el acceso a ella desde Chile.

Después de un largo paréntesis, en 1872 el gobierno chileno invitó al argentino a reanudar las conversaciones sobre límites.

Las conversaciones fracasaron, y Chile se concentró en sus conflictos con Bolivia. Solo en el año 1881, y en medio de amenazas, Chile y Argentina firmaron su primer tratado de límites, vigente hasta hoy.

Por dicho tratado se estableció que el lindero entre ambos países, hasta el paralelo 52 de latitud sur, sería la cordillera de los Andes en sus más altas cumbres divisorias de las aguas; que en caso de que hubiera problemas de demarcación serían resueltos por peritos nombrados por las partes; que el estrecho de Magallanes quedaría bajo la soberanía chilena, como zona neutral a perpetuidad y asegurada la libre navegación a barcos de todas las naciones; que la Tierra del Fuego sería dividida y compartida por Chile y Argentina; que todas las islas situadas al sur del canal Beagle, así como las situadas al occidente de Tierra del Fuego, serían chilenas, y que en caso de discrepancias, se recurriría al arbitraje de una potencia amiga.

La aplicación del Tratado de 1881 suscitó inconvenientes. Para superarlos, el 1 de mayo de 1893 se firmó un protocolo complementario al tratado en el cual se confirmó que el límite eran las más altas cumbres de los Andes que dividen las aguas, estableciéndose, además, que Chile no podría aspirar a dominio alguno en el Atlántico, ni Argentina en el Pacífico. Como los problemas subsistieron, en abril de 1896 se firmó un nuevo protocolo, designándose a la reina de Inglaterra como árbitro en caso de discrepancias.

Las disputas con Bolivia comenzaron en 1842 cuando el gobierno chileno declaró que las guaneras situadas al sur de los 23° de latitud sur eran chilenas; Bolivia alegó entonces que la soberanía chilena solo llegaba hasta los 25° de latitud sur. Luego de numerosos incidentes motivados por la posesión de los territorios situados entre los 23 y 25º de latitud sur, ambas naciones resolvieron firmar un tratado, en 1866, en el cual se estableció como límite el paralelo 24 y se acordó compartir las riquezas existentes entre los paralelos 23 y 25º de latitud sur.

El tratado fue desechado por ambos como impracticable y en 1874 se acordó firmar uno nuevo, el cual mantuvo como límite el paralelo 24 y prohibió a Bolivia imponer nuevas contribuciones o aumentar las existentes por un lapso de 25 años a las empresas chilenas que operaban entre los paralelos 23 y 24 de latitud sur.

LA GUERRA DEL PACÍFICO

Las causas que llevaron al enfrentamiento de Chile con Perú y Bolivia no solo se debieron a los asuntos de límites. La Guerra del Pacífico fue un conflicto de carácter económico: fue la guerra por el salitre y en ella el Perú tuvo una participación protagónica.

Al iniciarse la década de 1870, Perú atravesaba por una grave crisis económica que lo impulsó a establecer un monopolio sobre la producción de nitrato, el que se vio entorpecido por la existencia de salitreras en Antofagasta, muchas de ellas explotadas por chilenos. Buscando superar esta situación, Perú trató de llegar a un acuerdo con Bolivia, que a su vez estaba interesada en desconocer el tratado con Chile de 1866 y recuperar la plena soberanía sobre los territorios en conflicto. Fue así como ambas naciones firmaron el Tratado Secreto de 1873, en virtud del cual se comprometían a asistirse mutuamente en caso de guerra.

En 1878 Bolivia desconoció el Tratado de 1874 y ordenó el cobro de un impuesto a la Compañía de Salitres de Antofagasta de 10 centavos por quintal de nitrato exportado, impuesto que esta se negó a pagar, recurriendo al gobierno chileno. Como Bolivia mantuvo su medida, lo que significaba la ruptura del Tratado de 1874, Chile se sintió autorizado para hacer valer sus primitivas reclamaciones territoriales. Así, el día dispuesto para el remate de los bienes de la compañía, tropas chilenas desembarcaron en Antofagasta y ocuparon la ciudad.

La Guerra del Pacífico se desarrolló entre 1879 y 1883 y durante ella se produjeron diversas campañas. La primera fue la de Antofagasta, que se inició el 14 de febrero de 1879 con la ocupación de la ciudad de Antofagasta y el posterior avance hacia Calama. La campaña naval fue una de las más importantes de la contienda, puesto que el dominio del mar era fundamental.

La primera acción de la escuadra chilena fue bloquear el puerto peruano de Iquique, lugar donde el capitán Arturo Prat y sus hombres dieron un ejemplo moral al país en un combate que significó para el Perú la pérdida de la *Independencia*, su mejor nave de guerra. Luego del combate de Iquique, ocurrido el 21 de mayo de 1879, el *Huáscar*, al mando del almirante Miguel Grau, desarrolló una intensa y hábil campaña, atacando puertos y naves chilenas, provocando importantes pérdidas, hasta que finalmente fue capturado por los chilenos en el combate de Angamos, el 8 de octubre de 1879, con lo cual Chile pasó a dominar el mar.

Las campañas en territorio peruano fueron varias. La de Tarapacá se inició a fines de 1879 y permitió la ocupación de esa provincia peruana, no sin antes librar intensos combates como el de Pisagua y Tarapacá. La campaña de Tacna y Arica significó el desembarco de 12 000 hombres en el puerto de Ilo, desde donde avanzaron hacia Tacna que tomaron por asalto. Posteriormente, los chilenos asaltaron el Morro de Arica, obteniendo así un control total sobre la región. Luego de esta campaña, las fuerzas bolivianas se retiraron del conflicto y Chile se dispuso a avanzar sobre la capital peruana. La campaña de Lima se inició en noviembre de 1880, cuando 26 000 chilenos desembarcaron en el sur de la capital peruana. Luego de la batalla de Miraflores, Lima fue ocupada.

La campaña de la Sierra se desarrolló en los Andes peruanos y fue una de las más sangrientas. Dirigidas por el caudillo Andrés Cáceres, pequeñas pero muy dinámicas y certeras unidades hostilizaron a las tropas chilenas estacionadas en los pueblos del

interior. Solo en julio de 1883, Cáceres fue derrotado en Huamachuco, con lo cual la guerra llegó a su fin.

Mientras se desarrollaba la campaña de la Sierra y amparado por las fuerzas chilenas, se instaló en Perú el gobierno del general Iglesias, con el cual Chile pudo iniciar negociaciones y celebrar un acuerdo. El 20 de octubre de 1883 se firmó el Tratado de Ancón por el cual Perú cedió a perpetuidad la provincia de Tarapacá. Se entregó a Chile la administración de las provincias peruanas de Tacna y Arica por 10 años, al cabo de los cuales un plebiscito decidiría si las provincias pasaban a Chile o quedaban para el Perú. El plebiscito sobre Tacna y Arica nunca llegó a realizarse, y solo en 1929 Chile y Perú llegaron a un acuerdo sobre el asunto.

Con Bolivia, el estado de guerra concluyó el 4 de abril de 1884, cuando la firma del Pacto de Tregua le puso término; por este se declararon suspendidas las hostilidades y los territorios situados entre el paralelo 23 y la desembocadura del río Loa en el Pacífico quedaron bajo el régimen político y administrativo chilenos.

La Guerra del Pacífico tuvo para Chile variados efectos. En el plano institucional reafirmar su modelo de sociedad y, sobre todo, confirmar la autopercepción de nación excepcional en el concierto latinoamericano. Noción que la historiografía peruana, por ejemplo, ha avalado cuando por medio de uno de sus más destacados exponentes, Jorge Basadre, el historiador de la República, sentenció, para explicar la derrota peruana, que "Perú y Bolivia pagaron caro, el uno, su orgía política y financiera; la otra su orgía política; ambos su imprevisión y desorden".

Desde el punto de vista territorial, le permitió expandir su territorio hacia el norte adueñándose, además del territorio de Arica, de las provincias salitreras de Tarapacá y Antofagasta. La guerra, como la ocupación por parte de Chile de territorios bolivianos, también dio lugar a disputas. El conflicto de la Puna de Atacama se presentó al ceder Bolivia, a Argentina, una parte de

los territorios ocupados por Chile en virtud del Pacto de Tregua de 1884. En 1899, Chile y Argentina llevaron el conflicto por la Puna de Atacama al arbitraje del embajador norteamericano en Buenos Aires quien, ante la imposibilidad de lograr un acuerdo entre las partes, dividió el territorio en disputa.

En el ámbito económico la Guerra del Pacífico transformó a Chile en el único productor de salitre del mundo, obteniendo una riqueza desconocida hasta entonces. Antes de la guerra, muchos capitales y trabajadores chilenos participaban en la industria salitrera peruana y boliviana. De 1850 en adelante, tanto chilenos como ingleses invirtieron en las salitreras de Tarapacá, aportando importantes transformaciones técnicas que aumentaron su rentabilidad. Concluido el conflicto, el gobierno chileno decidió privatizar todas las salitreras. En ese momento fue que algunos particulares se adueñaron de una parte importante de ellas, como el inglés John North. El Estado impuso un gravamen a la exportación del nitrato, creando así una fuente de recursos fiscales que permitió no solo pagar las deudas contraídas con motivo de la guerra y mantener su poderío militar, sino también, y lo más importante, contar con importantes recursos para desarrollar planes de expansión del sistema educacional de obras y servicios públicos, como puentes, caminos, canales de regadío, ferrocarriles y alumbrado público.

Desde una perspectiva social y de más largo plazo, la riqueza del salitre afectó las costumbres de la sociedad. Fue una riqueza fácil que contribuyó a mermar el espíritu de empresa que había hecho posible el anterior desarrollo del país, orientándose ahora los sujetos de la élite a disfrutar de las ganancias que a emprender nuevas iniciativas económicas y productivas.

LA SOCIEDAD LIBERAL

LA EXPANSIÓN SOCIAL Y CULTURAL

La sociedad paternalista, típicamente agraria que caracterizó al Chile colonial, y que se prolongó hasta mediados del siglo XIX, cedió paso a la sociedad capitalista, basada en la explotación minera, el comercio y la banca. Como consecuencia de la dinámica económica no solo aparecieron nuevos grupos sociales como la burguesía, la clase media y el proletariado, también se consolidó una nueva cultura marcada por la ética liberal que terminó legitimando el dominio de la burguesía. Devenida hacia fines de la centuria en oligarquía, estuvo vinculada a los grandes negocios y controló el poder público mediante prácticas y un sistema político que orientó en beneficio propio, como el cohecho y las políticas monetarias y crediticias lo demuestran.

En la segunda mitad del siglo XIX se consolidó la sociedad de clases, caracterizada por su movilidad, sentido crítico y el inconformismo de quienes la constituyeron. En ella todos los individuos aspiran a subir de posición, siendo la riqueza, la educación y la prestación de servicios los medios para ascender en la escala social. El liberalismo puso su sello a una sociedad que ahora se caracterizó por el sentido europeizante, y que los grupos burgueses dominaron sin contrapeso.

La burguesía fue producto de la evolución de la minería, la banca y el comercio. Su origen está en el mundo de los negocios. Ya no fue la agricultura la única, ni la principal fuente de riquezas. Los grupos burgueses eran los dueños de los yacimientos de

plata, cobre, carbón y salitre; fueron ellos también los propietarios de los bancos, las industrias, los comercios y las empresas; los que controlaban el comercio nacional e internacional, y, finalmente, los que se quedaron con la tierra, que si bien no les proporcionaba grandes riquezas, sí les dio prestigio social.

Encumbrada socialmente gracias a su éxito económico, la burguesía tenía una mentalidad defensora de las libertades políticas, contraria al autoritarismo presidencial, enemiga de la influencia de la Iglesia y opuesta al espíritu conservador de la aristocracia tradicional cuyos orígenes estaban en la época colonial; de ahí que una vez llegada al poder, realizara profundas transformaciones en la institucionalidad del país, ampliando el rango de los derechos y restringiendo la acción del presidente de la República en favor del Congreso Nacional.

El desenvolvimiento económico del país, la expansión educacional, la ampliación de las funciones del Estado, la necesidad de servicios intermedios y la llegada de extranjeros, son los fenómenos que explican el origen de la clase media chilena. Constituyeron este sector los artesanos calificados, los empleados del comercio, los ferroviarios, los técnicos de las faenas mineras, los funcionarios públicos, los oficiales del Ejército y los profesionales surgidos al amparo de la educación estatal. En la formación de la clase media tuvo especial significado la labor educacional desplegada por el Estado a lo largo del siglo XIX, que había sido fruto de la concepción liberal imperante. Esta vio en la cultura un elemento de liberación del hombre, mientras que la educación hizo posible el ascenso de los sectores modestos, convirtiéndose así en vehículo de movilización social. La clase media, que se concentró en las ciudades, no tuvo en sus orígenes identidad propia, limitándose a imitar a los grupos más altos. Subordinada, fue incapaz de crear un programa propio, por lo mismo, participaba de los proyectos e ideas políticas de los sectores burgueses que detentaban el poder y controlaban la actividad económica.

Los campamentos mineros, los puertos, las obras de ferrocarril y los centros urbanos fueron los ambientes donde se desarrolló el elemento obrero. El proletariado se concentró preferentemente en Santiago, Valparaíso y Concepción, debido a la migración del campo a la ciudad provocada por la dinámica económica. Sin embargo, fuera que habitara en centros urbanos o en campamentos mineros, como las salitreras del Norte Grande y los yacimientos de carbón de Lota, el proletariado se encontraba en una situación deprimida a causa de sus precarias condiciones de vida, las cuales no variaban demasiado de la de los habitantes del campo, entre ellos peones e inquilinos quienes, además, experimentaban un estricto control social por parte de los hacendados.

Los grupos obreros no tuvieron ninguna representación política a lo largo del siglo XIX, tampoco crearon entidades de carácter reivindicativo, limitándose sus organizaciones a las sociedades de Socorros Mutuos, las que en ocasiones y solo para situaciones puntuales llevaron a cabo acciones reivindicativas. En estas instituciones, como las Mutuales de Trabajadores, los obreros y sus familias recibían asistencia médica, instrucción y ayuda material en caso de necesidad extrema. Solamente a fines del siglo XIX aparecieron los primeros sindicatos que lucharon por condiciones mínimas de trabajo y habitación.

Debido al proceso inflacionario, las modestas condiciones de vida del proletariado decayeron aún más, provocando ya, hacia 1880, las primeras manifestaciones de protesta proletaria, que no solo no se atendieron, sino que fueron sofocadas por la fuerza, justificando el Estado la represión en la necesidad de mantener el orden para el adecuado desenvolvimiento de las actividades productivas.

El proletariado evolucionó de las preocupaciones sociales hacia la cuestión política a fines del siglo XIX, en particular en aquellas zonas caracterizadas por la alta concentración de obreros, como el norte minero y los principales centros urbanos. Fue en torno de los barrios elegantes del centro de la ciudad donde

los pobres se instalaron, siendo los conventillos el tipo de vivienda que los caracterizó; eran construcciones compuestas por un patio o corredor en común y dos o más cuerpos de habitaciones, cada una de las cuales era alquilada a una familia diferente.

En el ámbito cultural también influyó la doctrina liberal. Los intelectuales liberales, laicos, dominaron la creación intelectual y de sus filas surgieron las principales figuras de la historiografía, la novela y la poesía. La propagación del liberalismo se realizó por medio de la prensa, la docencia, el debate político, la historia y la creación literaria. La difusión de esta doctrina y de su ideario repercutió también en los estratos superiores del mundo popular, los que desarrollaron un movimiento en pro de la "regeneración del pueblo" mediante la educación, el ahorro y la moralización.

El burgués, cuyo modelo intelectual fue el realismo, manifestado en su orientación pragmática y utilitaria, a la vez que ilustrada y progresista, practicó un culto especial por la ciencia y el progreso. Mientras que las expresiones intelectuales y artísticas adquirieron una marcada fisonomía europea y elitista.

Una de las formas en las que se expresó la hegemonía de la burguesía fue con las obras arquitectónicas que se construyeron en Santiago. Tomando como modelo la sociedad francesa, los burgueses levantaron fastuosas residencias privadas y espléndidos edificios públicos, que cambiaron el aspecto de la capital, la cual comenzó a adquirir el carácter de una ciudad moderna, gracias a servicios como el alumbrado público, claro signo del poder burgués.

La riqueza del país hizo posible la construcción de suntuosos edificios para la burguesía que, a fines del siglo, proliferaban en Santiago. Palacios como el de La Alhambra —perteneciente a Francisco Ignacio Ossa—, el Cousiño y el Urmeneta fueron fiel reflejo de la riqueza acumulada por el sector dominante.

Mientras tanto el Estado se ocupó de crear y mantener establecimientos de enseñanza que abarcaban todo el proceso educacional. En este periodo, la enseñanza fiscal o pública experimentó importantes transformaciones, incrementando el número

de establecimientos y de matrículas. En el ámbito de la enseñanza superior se dictó la ley respectiva en 1879, lo que significó para la Universidad la acentuación de su carácter profesional y la consagración de su supervisión sobre la educación secundaria.

El proceso fue importante pues a partir de la reforma electoral que en 1874 extendió el sufragio, bastó con saber leer y escribir para cumplir con el requisito de propiedad, de renta y de ingreso que, hasta entonces, había restringido el derecho a voto.

El desarrollo de la enseñanza femenina fue otro de los adelantos impulsados por el liberalismo. En 1877 se autorizó el ingreso de la mujer a la Universidad, a la vez que se iniciaba la enseñanza pública destinada a la mujer tanto en liceos como en escuelas técnicas. La labor educacional del sector privado también se incrementó. Nuevos colegios secundarios y la fundación de la Universidad Católica en 1888 son claras expresiones de esta expansión.

Considerando la población en edad de asistir a la escuela, y el número efectivo de escolares existentes para diversos años, resulta que si en 1864 el 13.8% de los hombres y solo el 7.3% de las mujeres recibía educación primaria, para 1880 estas proporciones habían bajado para los hombres a 12% y aumentado para las mujeres a 12.2% al incrementarse su número en el sistema educacional gracias a la progresiva valoración social de la enseñanza.

A lo largo del siglo XIX la cobertura educacional primaria pública, aunque con carencias en la localización, de todas formas alcanzó grados apreciables de extensión, lo que permitió incorporar la población de las zonas rurales al proceso educativo. Con todo, hacia finales del siglo, el esfuerzo por extender la educación primaria no alcanzó en términos globales a 20% de los niños en edad de educarse, incluidos los matriculados en la enseñanza privada.

La fundación del Instituto Pedagógico, entregada a profesores de origen alemán, fue otro hito. En 1889 abrió sus aulas este establecimiento que llegaría a tener una profunda influencia en la modernización de la enseñanza, en el desarrollo intelectual del país y en la participación cultural de Chile en América.

Hasta entonces, los profesores se elegían entre los profesionales destacados, quienes sin embargo no poseían los conocimientos pedagógicos indispensables en un maestro. Fue el Ministerio de Culto e Instrucción Pública el que decidió la fundación del Pedagógico ante la evidente falta de método de los profesores, la mayoría de los cuales reducían su acción a fiscalizar la repetición de textos aprendidos de memoria por sus alumnos. La nueva institución se organizó en dos secciones: una de Humanidades Superiores y otra de Ciencias. Comunes a todos los futuros profesores fueron las asignaturas de filosofía, ciencias, pedagogía teórica y práctica, gimnasia y principios generales de derecho constitucional.

LA LUCHA POR LA LIBERTAD

El Chile del último tercio del siglo XIX experimentó transformaciones políticas materializadas en más competencia entre los grupos dominantes, mayor heterogeneidad ideológica y la ampliación de un cuerpo electoral todavía circunscrito a una minoría social, económica e ilustrada. La reforma de la Constitución para liberalizarla y, disminuyendo el poder presidencial, garantizar derechos fundamentales, además de las leyes para atenuar la influencia de la Iglesia, fueron los principales objetivos políticos de una sociedad que, aunque limitada en su participación efectiva, ya actuaba por medio de agrupaciones políticas consolidadas.

Hasta mediados del siglo XIX es posible advertir dos importantes sectores políticos: los conservadores y los liberales. Los primeros eran partidarios del orden y de los regímenes autoritarios; de origen y tendencias aristocráticas, querían mantener el sistema presidencialista y autoritario establecido en la Constitución de 1833. Los liberales, por su parte, fueron un grupo formado mayoritariamente por sectores de origen burgués y contrarios al excesivo poder presidencial, sobre todo si estaban en la oposición; aspiraban a disminuir las atribuciones del ejecuti-

vo, fortaleciendo las del legislativo, para lo cual lucharon por reformar la Constitución de 1833.

Estos grupos inorgánicos comenzaron a conformar progresivamente distintos partidos políticos, cuyas preocupaciones fundamentales fueron el mantenimiento o limitación del autoritarismo presidencial, las controversias político-religiosas y los problemas monetarios del país. El sistema de partidos que se conformó a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX significó un cambio esencial en la evolución política nacional desde el momento en que ellos pretendieron orientar decisiones que hasta entonces habían sido de exclusiva responsabilidad del presidente de la República, el gran detentador del poder, el principal actor nacional y en torno del cual giraba toda la actividad política. Solo el surgimiento de los partidos vino a restarle progresivamente su influencia.

El proceso dio lugar a la formación del Partido Conservador que, estrechamente ligado a la Iglesia, fue su defensor ante el Estado. Partidario de los gobiernos autoritarios y del control social de la vida política por medio de leyes restrictivas de las libertades públicas, fueron liberales y progresistas en materia económica. Una vez en la oposición, en la década de 1870, luchó por las libertades y los derechos individuales, combatiendo duramente el autoritarismo presidencial, característico del sistema político, ahora practicado por los liberales en el poder.

Compartiendo, por lo menos en sus orígenes, el ideario autoritario, el Partido Nacional no tuvo un programa definido, aunque fue un ardoroso defensor del liberalismo económico. Sin convertirse en anticlerical, y al igual que el Liberal y el Radical, defendió el predominio del Estado sobre la Iglesia.

El Partido Liberal tuvo como objetivo fundamental las llamadas libertades individuales. Mientras que el Partido Radical luchó por la democratización y laicización de la sociedad. Cercanos a los postulados del liberalismo económico y del progreso, los radicales impulsaron reformas profundas en la sociedad y fomen-

taron la educación estatal. Fue el partido político que mejor representó las aspiraciones de la clase media, y su programa liberal, anticlerical y laico, fue acogido con entusiasmo por estos sectores.

El Partido Demócrata o Democrático, fundado en 1887 por un grupo escindido del Partido Radical, tuvo como objetivos iniciales lograr la emancipación política, social y económica del pueblo, defender los derechos de los trabajadores y los intereses de sectores medios intelectuales. Se distinguió por su oposición al liberalismo económico y por su férrea defensa de la participación del Estado en la vida económica del país.

En Chile las divisiones sociales no se materializaron en los partidos políticos y en ellos, excepción hecha del Democrático, participaron individuos con iguales cualidades socioeconómicas, políticas y culturales. De esta forma, las diferencias políticas fueron más bien fruto de distintas visiones sobre los problemas del país, que de la extracción económica de los sujetos. Los partidos políticos, lejos de representar intereses económicos contrapuestos, fueron la expresión del control de las élites sobre el sistema político. Sobre las variables y nominales diferencias entre conservadores, liberales, nacionales y radicales, se impuso una misma cultura, un conjunto de prácticas e ideas que conformaron el imaginario colectivo del sector dominante en el que se incluían la aristocracia tradicional y la burguesía empresarial que terminarían transformadas en oligarquía.

Las divergencias que separaron a los miembros de la élite estuvieron principalmente en su origen, aristocrático o burgués en lo esencial, y en su tradición familiar, pero sobre todo, pues las anteriores se fueron diluyendo, en su relación con el poder político: excluidos o miembros de los grupos en el poder. En este contexto, el acceso a las instancias de dirección nacional estuvo basado en la legitimación que se podía lograr en la sociedad, en la trayectoria individual, más que cualquier otro instrumento. La lucha por el poder en Chile, luego de la Guerra del Pacífico, en realidad por el control de los recursos derivados del salitre, fue

así una contienda entre minorías, facciones de un mismo sector económico y social que se enfrentaron, por medio de los partidos políticos que las representaban en el Congreso Nacional.

Ellas, en último término y como la disputa que llevó a la Guerra Civil de 1891 lo demuestra, independientemente de sus ideologías y de los planteamientos de sus programas, tendieron hacia la conservación de su poder y del sistema político que lo garantizaba. Buscaron preservar un sistema jerarquizado, con vías de acceso controladas desde arriba y basadas en la imitación de los modos de ser de la élite. Lucharon por el control del Estado cuando percibieron que este pretendió independizarse y actuar al margen de sus intereses. Entonces combatieron el presidencialismo personificado en el presidente José Manuel Balmaceda que gobernó entre 1886 y 1891.

El liberalismo se enfrentó en Chile al autoritarismo presidencial en su búsqueda de la libertad política y la igualdad de derechos de los individuos. Puso como centro de interés al ser humano, de ahí su preocupación por garantizar los derechos individuales. Laico y anticlerical, se enfrentó también a la Iglesia, buscando disminuir su influencia en la sociedad. Racionalista y científico, el liberal tuvo una gran fe en la razón, en la ciencia y en el progreso indefinido de las sociedades.

El pensamiento liberal influyó también en la instauración de un régimen de carácter parlamentario, tendencia que se muestra en Chile desde 1861, en un comienzo con inseguridad y altibajos, luego con más fuerza, para quedar definitivamente establecido en 1891.

Hasta mediados del siglo XIX, el predominio de los sectores conservadores hizo imposible cualquier reforma de la Constitución. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo se hizo evidente la necesidad de readecuar las instituciones políticas y sociales a la realidad que vivía la nación, la cual no era otra que el predominio de la burguesía y del ideario político liberal. Fue durante la presidencia de José Joaquín Pérez, entre 1861 y 1871, que se

llegó a crear conciencia de la necesidad de modificar la Constitución de 1833 para disminuir el autoritarismo presidencial.

Las reformas a la Constitución se iniciaron con la modificación de las normas sobre reelección del presidente de la República, el cual, a partir de 1871, no podría ser reelegido. En 1874 se agregaron tres nuevas garantías constitucionales que aseguraron el derecho a reunirse y asociarse sin permiso previo y la libertad de enseñanza. Una nueva reforma vino a desmontar la maquinaria autoritaria que manejaba el presidente, al establecer el control del Congreso en materia de leyes sobre facultades extraordinarias, estableciendo requisitos y plazos para las mismas y enumerando las atribuciones que el poder ejecutivo podría ejercer durante su vigencia. En 1882 se simplificaron los mecanismos de reforma de la Constitución. Se suprimió el voto censitario y se establecieron incompatibilidades parlamentarias, todo lo cual restringió aún más el poder del presidente en beneficio del Congreso.

Tan importante como las reformas de la Constitución fue la interpretación que se hizo de ella, ya que progresivamente llegó a ser considerada como parlamentaria. Esta lectura se hizo sobre la base de la existencia de las llamadas leyes periódicas, sin las cuales el presidente no podía gobernar pues con ellas se autorizaba el cobro de las contribuciones y se establecía el presupuesto de la nación.

Los liberales vieron en la Iglesia una institución retrógrada, que limitaba el desarrollo de los individuos y de la sociedad. Las primeras manifestaciones de esta tendencia se encuentran ya en el debate sobre la libertad de cultos, producido en el Congreso en 1865. Las leyes sobre matrimonio civil, registro civil y cementerios laicos, las llamadas "Leyes laicas" aprobadas entre 1883 y1885, no solo limitaron la tradicional influencia e injerencia de la Iglesia en lo civil con los libros de bautizos, matrimonios y defunciones, sino que provocaron también la ruptura entre el gobierno de Chile y la Santa Sede a propósito del nombramiento del obispo de Santiago. La cuestión electoral fue otra de las preocupaciones esenciales del

liberalismo. Su lucha fue por la manifestación política del que llamaban pueblo, sin la intervención del ejecutivo.

En 1874 se promulgó una nueva ley de elecciones que, junto con quitar al presidente su control sobre ellas, entregándolo a las Juntas de Mayores Contribuyentes, eliminó el voto censitario, ampliando el número de electores. Otro asunto importante fue el de la libertad de enseñanza: en 1872 se dictó un decreto que autorizó a los colegios particulares a tomar exámenes, prescindiendo de las comisiones fiscales que los supervisaban, y en 1874 se estableció con rango constitucional la libertad de educación.

Con las reformas mencionadas, el liberalismo había destruido, virtualmente, el régimen autoritario establecido en 1833, y estructurado un orden por el cual se aseguraron mayores libertades y derechos a los sectores oligárquicos, atrincherados en el Congreso, favoreciendo la lucha y nuevas prácticas políticas que, como las estimuladas por los medios de transporte moderno como el ferrocarril, reflejan las transformaciones ocurridas en el país en la segunda mitad del siglo XIX. Entre ellas, evidentes grados de crecimiento económico, diversificación social, expansión cultural y libertad política, por lo menos, para los sectores altos, medios y el proletariado organizado.

POLÍTICA Y FERROCARRIL

La influencia del desenvolvimiento ferroviario sobre la evolución general del país a lo largo del siglo XIX fue notable, y muchos de los cambios ocurridos con posterioridad a 1850 en la estructura de la sociedad chilena y en las prácticas políticas están, de uno u otro modo, estrechamente ligados al desarrollo del ferrocarril.

Además de la función que cumplió en el proceso de expansión económica en su calidad de medio de transporte de materias primas, alimentos y productos, y por lo tanto instrumento de integración de los mercados, también influyó en la evolución políti-

ca al propiciar la ampliación del espacio público y político como consecuencia de las facilidades de comunicación que hizo posible.

La primera manifestación evidente del uso del ferrocarril como medio para la acción política fue con motivo de la campaña presidencial de 1876. Entonces, tanto el candidato oficial, Aníbal Pinto, como su contendiente, Benjamín Vicuña Mackenna, lo utilizaron para desplazarse entre Santiago y Concepción. Sin embargo, sería en la década de 1880, en concreto a partir de 1883 y hasta 1891, cuando el ferrocarril se constituyó en un privilegiado instrumento de acción política en manos del ministro y después presidente José Manuel Balmaceda.

Como ministro de Estado del presidente Santa María y como primer mandatario, el político salió constantemente a la provincia, alcanzando a la casi totalidad del territorio entonces integrado al quehacer nacional. Consciente de la importancia de las líneas férreas, cuando Balmaceda llegó a la presidencia, el Estado emprendió la construcción de líneas de ferrocarril a un ritmo muy acelerado. La bonanza de las rentas públicas provocada por los ingresos del salitre y, en especial, la función que se le asignaba a los ferrocarriles como instrumento de acción del Estado, explican el fenómeno. Así, entre 1886 y 1890 se planearon y construyeron líneas férreas que, una vez entregadas al uso público, significaron casi duplicar los 2 522 kilómetros existentes en 1886 entre líneas públicas y privadas.

Balmaceda no solo concibió los ferrocarriles como una herramienta para promover el progreso, además los aprovechó como medio para desarrollar una práctica hasta entonces inédita, la de sus viajes por el país, en lo que puede interpretarse como una "campaña permanente". Las posibilidades, frecuencia, características e itinerarios de sus salidas a la provincia fueron resultado de la existencia de vías férreas y vapores en los cuales pudo desplazarse por el territorio nacional.

Los ferrocarriles beneficiaron a Balmaceda por la proyección de su figura en la sociedad. El ritmo de construcciones ferrovia-

rias en el país no solo le dio la oportunidad de viajar frecuentemente al interior con el objeto de estudiar el trazado, iniciar los trabajos o inaugurar una línea o una obra ya concluida; también le permitió vincular su nombre, y el de la administración que encabezó entre 1886 y 1891, a obras de ingeniería que representaban un evidente beneficio. Así lo dejan ver la mayor parte de las crónicas que dieron cuenta de ellas, las cuales, además, permiten deducir los notorios dividendos políticos en términos de imagen pública que Balmaceda obtuvo gracias a los ferrocarriles. Este impacto se vio fortalecido por la repercusión que el ferrocarril tuvo en diversos ámbitos del quehacer nacional, todo lo cual contribuyó a robustecer la figura de quien entonces, y desde una posición de poder, promovía su construcción, velaba por su ejecución, los inauguraba y, además, los utilizaba regularmente.

La cercanía del ferrocarril al público común, la majestuosidad de su material rodante, el ritmo de vida que sus horarios impusieron a las poblaciones que atravesaba, la alteración que su proximidad provocaba, la actividad que su sola existencia implicaba para las tareas productivas, de servicios y burocráticas, sin duda transformaron la vida nacional, contribuyendo a sacarla del ritmo pausado tradicional. De hecho, viajar se transformó en una práctica más frecuente, dejó de ser un suceso extraordinario y pasó a ser parte de la cotidianidad de un sector de la población.

Junto con otros medios de comunicación y transporte como el telégrafo y la navegación a vapor, el ferrocarril, sobre todo por la extensión de sus líneas, su proximidad a los principales centros urbanos y productivos, el volumen de su carga y la intensidad de su uso, constituyó un medio de transporte que consiguió integrar la geografía nacional. De norte a sur, gracias a las líneas longitudinales, y de cordillera a mar, en virtud de los numerosos ramales construidos a partir de la línea central.

Contribuyó a reducir, en el imaginario y la concepción mental, las dimensiones físicas del país al "acercar" zonas y áreas que antes de su existencia aparecían lejanas y, prácticamente, inacce-

sibles. Ejemplo de esta evolución es la clara noción que Balmaceda tuvo respecto del papel integrador del ferrocarril cuando afirmó: "Si la naturaleza nos dividió de la región oriental por una muralla de piedra, si el mar nos separa del mundo, ofreciéndonos una huella de comercio tan ancha y barata como el océano, debemos completar la obra de la naturaleza, unificando y extendiendo la viabilidad interior del territorio. Es la manera de sustituir a nuestra voluntad las depresiones de los Andes y las relativas deficiencias de las marinas". En otra oportunidad señaló que la locomotora y sus carros de acero abrían en el valle y la montaña el surco por donde las producciones iban venciendo todas las resistencias y las sinuosidades del suelo.

Los políticos dispusieron de amplias oportunidades para hacer proselitismo gracias a la existencia de un sistema de transportes que, en cuanto a líneas férreas, cubría desde el extremo norte hasta la Araucanía, y que gracias a la navegación, los conducían a las regiones más lejanas. El mismo, además, les ofreció la posibilidad de utilizar un nuevo espacio de práctica, de sociabilidad política que, convenientemente empleado, era de gran utilidad para sus intereses y, por ello, representó un aliciente más para desplazarse a la provincia, como el caso de José Manuel Balmaceda lo demuestra.

La atención del presidente se aprecia en la gran cantidad de viajes que realizó, la extensión de algunos de ellos y el sentido de autoridad y dignidad que Balmaceda tuvo de la institución Presidencia de la República. Todo ello lo llevó a utilizar medios de transportes especiales con una frecuencia y de una forma desconocida para su época, a veces con un gran desembolso para el erario como, en más de una ocasión, le reprocharon sus críticos. Favoreció el uso que dio al ferrocarril el que el arribo del tren gubernamental siempre fue visto como un hecho especial, como una situación digna de apreciarse, no solo por las personalidades que transportaba, sino también por el espectáculo a que daba lugar.

La visión del convoy adornado con banderas chilenas en medio del humo de la locomotora y del sonido característico de un tren en movimiento, junto a los vivas y aclamaciones del público y las notas de la Canción Nacional interpretada por la respectiva banda, motivaron sensaciones que los sentidos de los asistentes captaron de múltiples maneras, todas ellas perdurables. De esta forma, el desenvolvimiento ferroviario en el país, y la mística que provocó, también fueron aprovechados por el político que fue Balmaceda. Lo que no impidió su trágico destino.

LA GUERRA CIVIL DE 1891

José Manuel Balmaceda había asumido la Presidencia de la República en 1886, liberal, combatió el autoritarismo presidencial en sus tiempos de parlamentario entre 1870 y 1881. Como ministro de Estado impulsó las reformas liberales en la administración de Santa María entre 1881 y 1886. Sin embargo, una vez elegido, comenzó a manejar el poder de modo autoritario sin aceptar someterse a las prácticas parlamentarias que limitaban su poder. Esta posición del presidente lo enfrentó incluso con su propio partido, el Liberal, el cual lo abandonó a solo meses de haber asumido el cargo. El aislamiento político del jefe del Estado se acentuó con el tiempo, hasta llegar a ser absoluto en el último año de su mandato. Se acusó al primer mandatario de pervertir el sistema republicano, intervenir en las elecciones, no escuchar la voz del pueblo representada por los partidos políticos en el Parlamento, y de querer imponer a su sucesor en la presidencia, aspiración que, practicada desde 1830 en adelante, a comienzos de la década de 1890 resultaba intolerable.

La práctica de José Manuel Balmaceda de trasladarse frecuentemente a las provincias, donde siempre fue aclamado y vitoreado por las poblaciones que se beneficiaban con las obras de adelanto material que impulsó gracias a la riqueza del salitre,

fue también duramente censurada por la opinión pública, en particular la de Santiago. Se interpretaron sus salidas como una estrategia destinada a ganarse la adhesión popular, gracias a las obras públicas que promovía, obviando además a los partidos y al Congreso.

La disputa entre el ejecutivo y el Parlamento hizo crisis a fines de 1890 cuando el Congreso, buscando corregir la conducta de Balmaceda, se negó a aprobar la ley de presupuesto para el año 1891. El presidente respondió prorrogando la ley del año anterior, ante lo cual los congresistas decidieron inhabilitar a Balmaceda para continuar ejerciendo su cargo, procediendo a embarcarse en la Escuadra, en lo que fue el comienzo del enfrentamiento entre ambos poderes del Estado.

La mayoría parlamentaria que había firmado el acta de deposición del presidente se trasladó al Norte, intentando bloquear los puertos salitreros para impedir que el gobierno obtuviera recursos. Balmaceda, que dominaba el centro y el sur del país, impuso severas medidas destinadas a aplacar la rebelión: hizo elegir un nuevo Congreso Nacional; encarceló opositores; cerró periódicos, y procedió al enrolamiento forzoso, medidas que no tuvieron ningún efecto en la marcha de la guerra y sí le acarrearon gran impopularidad.

Los revolucionarios adiestraron un ejército de 10 000 hombres y con él se trasladaron al centro del país, donde se encontraban las fuerzas gobiernistas. Los combatientes se enfrentaron en Concón y Placilla, el 21 y el 28 de agosto de 1891. Los revolucionarios obtuvieron un triunfo total. Las bajas, entre muertos y heridos, llegaron a cerca de 8 000, dos tercios de los cuales pertenecían al ejército balmacedista. Informado de su derrota, el presidente entregó el poder y se asiló en la legación argentina donde el 19 de septiembre de 1891 puso fin a su vida.

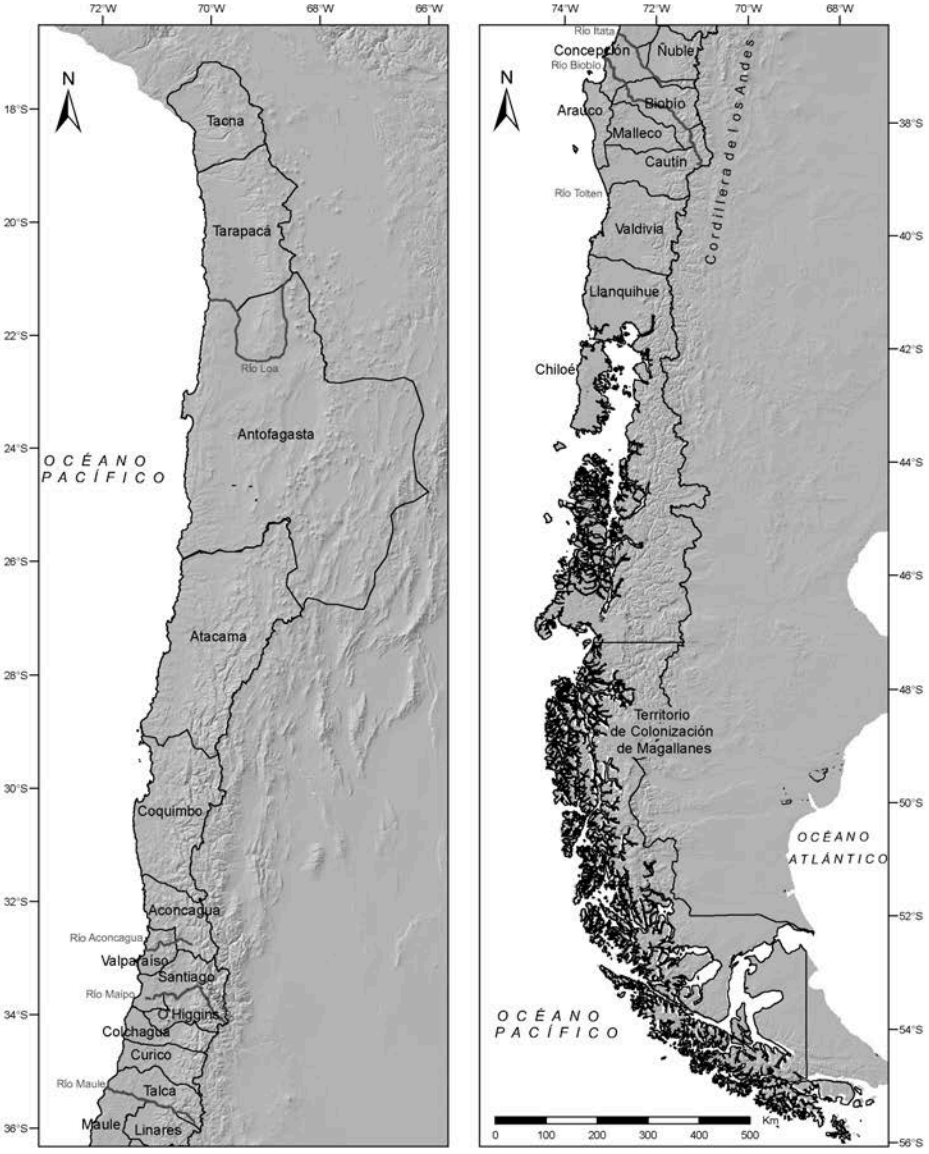
El conflicto de 1891 que derivó en Guerra Civil tuvo varios antecedentes. En lo político, la evolución del liberalismo en el país y su anhelo de quebrantar el autoritarismo presidencial y el

intervencionismo electoral, fue una de las principales banderas de lucha de la burguesía que en 1891 se enfrentó al poder presidencial. En el ámbito económico, las ideas del presidente Balmaceda destinadas a capitalizar la riqueza del salitre y a distribuirla por todo el país, como también controlar la devaluación monetaria, chocaron violentamente contra el espíritu liberal e individualista imperante en la clase dominante que disfrutaba de su riqueza en medio de la holgura. Su política de construcción de obras públicas, que restó mano de obra a la agricultura, fue otro motivo de querella, pues los hacendados resintieron tener que pagar en dinero a sus peones para mantenerlos en sus faenas.

La burguesía que a lo largo del siglo XIX se organizó en partidos políticos, haciendo sentir su voz desde el Congreso Nacional, exhibiendo su influencia y poder, en 1891 hizo evidente su voluntad de tomar el control del país.

La Guerra Civil de 1891 fue la resolución de una contradicción que venía desarrollándose en la vida política nacional. Ella se manifestaba en el hecho de que mientras el presidente de la República había perdido poder político en favor del Parlamento como consecuencia de las reformas a la Constitución, de hecho, en el plano económico, había ocurrido el proceso inverso, es decir, el Estado chileno, y su cabeza el presidente de la República, habían adquirido cada vez más poder gracias a los recursos producto de la explotación del salitre que recibía la hacienda pública, y cuyo manejo estaba en manos del ejecutivo. Realidad que postergaba los afanes de poder de la oligarquía representada en el Congreso Nacional. Si la Guerra del Pacífico había sido un conflicto internacional por el salitre, la Guerra Civil de 1891 fue la disputa interna por el nitrato pues, gracias a sus rentas, quien las controlara, dispondría del poder.

Chile en el siglo XIX,
división político-administrativa de 1888



LA CRISIS DEL RÉGIMEN LIBERAL

EL RÉGIMEN PARLAMENTARIO

La victoria de los congresistas en la Guerra Civil de 1891 significó la instauración del llamado parlamentarismo, un régimen en el que el Congreso, controlado por la oligarquía, tuvo supremacía política sobre la autoridad del presidente de la República. La rotación ministerial fue una de las características del sistema, pues los ministros de Estado debían contar con la confianza de la mayoría del Congreso, y como esta fue muy inestable los ministerios cambiaron continuamente.

Para la opinión pública el presidente había dejado de ser el protagonista de la vida nacional, transformándose en un actor "impotente", un "elemento decorativo", una "piedra de esquina", un "estafermo" que "no gobierna", como lo calificaban las expresiones utilizadas para describirlo entonces.

Los grupos burgueses, devenidos en oligarquía al consolidar su riqueza y disfrutar de ella sin contratiempos, dominaban por medio de los partidos políticos el Congreso Nacional, utilizando el ejercicio parlamentario para derribar ministros e interferir en la acción gubernativa del ejecutivo, tratando así de dirigir la política del presidente. Los gobiernos, apremiados por obtener las mayorías parlamentarias, cayeron en luchas partidistas estériles que les impidieron desarrollar políticas de largo plazo, lo que provocó graves perjuicios al país al impedir, por ejemplo, enfrentar efectivamente el creciente malestar social.

La intromisión de la política en la administración pública, la indisciplina social, la debilidad de los gobiernos para defender el interés general y la corrupción política fueron algunos de los males que caracterizaron este periodo. En cambio, hubo regularidad constitucional, se amplió la participación política y social, no surgieron caudillos militares, se vivió en un ambiente de libertad y tolerancia y se resolvieron conflictos limítrofes pendientes.

Las luchas de los partidos se transformaron en pugnas personales por el poder, dejando de lado los argumentos doctrinales. Los partidos y sus programas no presentaban diferencias sustanciales. La Ley de la Comuna Autónoma dictada en 1891, junto con ampliar el cuerpo electoral y evitar la intervención presidencial en las elecciones, reforzó el predominio de la oligarquía al introducir la práctica del cohecho o compra de los electores. Así, solo los que podían financiar una elección obtenían un cargo parlamentario.

El Partido Conservador, que agrupaba a la aristocracia tradicional y a algunos sectores burgueses, seguía estrechamente vinculado a la Iglesia católica. Liberales en lo económico, se limitaron a predicar la necesidad de practicar la caridad para superar la llamada "cuestión social". El Partido Liberal, que reunía a la clase media más acomodada, seguía defendiendo las libertades y propiciando la reforma de la Constitución, pero sin manifestarse sobre el problema social. Los liberales democráticos, que eran los antiguos balmacedistas, propiciaban la existencia de un ejecutivo fuerte y la laicización de las instituciones.

El Partido Radical fue el que demostró una mayor preocupación por los problemas sociales. Influido por el político e intelectual Valentín Letelier, incorporó a su programa algunos conceptos del socialismo de Estado tendientes a satisfacer las necesidades y aspiraciones sociales de los sectores más postergados, aunque en la práctica fue poco lo que logró.

Uno de los aspectos positivos del periodo parlamentario fue el arreglo de los conflictos internacionales pendientes desde el

siglo XIX. Con Bolivia se liquidaron los problemas existentes desde la firma del Pacto de Tregua de 1884 y en 1904 se firmó el Tratado de Paz que estipuló el dominio absoluto y perpetuo de Chile sobre los territorios ocupados en virtud del Pacto de Tregua.

Con Perú continuaba pendiente la situación respecto de Tacna y Arica a raíz de la firma del Tratado de Ancón en 1883. El plebiscito para determinar la nacionalidad de estas provincias nunca se realizó y solo en 1922 los gobiernos reiniciaron las conversaciones. Este acercamiento dio como resultado la firma, en 1929, del Tratado de Lima, por el cual se devolvió Tacna al Perú quedando Arica para Chile. Se estableció la frontera en la llamada Línea de la Concordia y se acordó que ninguno de los gobiernos podría ceder a un tercero parte o la totalidad de los territorios a que se refería el tratado, sin previo acuerdo entre ellos.

LA SITUACIÓN SOCIAL

Entre 1891 y 1925 se produjeron importantes transformaciones en los grupos que conformaban la sociedad. Tales cambios no solo fueron consecuencia del desenvolvimiento local, sino también de la evolución mundial como efecto del desarrollo industrial. La expansión económica experimentada por el país, así como el avance industrial significaron un acelerado proceso de urbanización, la consolidación de la clase media y un gradual cambio en la mentalidad de la oligarquía dominante.

En el ámbito político, la evolución del liberalismo permitió una mayor participación ciudadana y una débil, pero creciente, intervención del Estado en la economía en favor de los grupos más desposeídos de la nación. El desarrollo de las comunicaciones hizo más pequeño el mundo, acortó las distancias y vinculó las economías. El mundo entero se transformó en un solo gran mercado, en el cual las crisis que afectaban a unos perjudicaban a todos.

Los adelantos científicos y tecnológicos, más el desarrollo en la educación mejoraron las condiciones de vida de una parte de la población, llevándola a creer que el liberalismo lanzaba a las sociedades a una nueva etapa de progreso indefinido, que llegaría a todos los niveles sociales. Sin embargo, ya a fines del siglo XIX se dejaban sentir síntomas inquietantes de la grave crisis en que entró la sociedad liberal y que acabaría con ella.

Junto con la llegada del nuevo siglo, se hizo presente una aguda crisis social, moral, económica y política. En Chile se la llamó la "crisis del centenario" y sus causas fueron variadas: la riqueza fácil del salitre que transformó los hábitos de la burguesía, dando preeminencia al afán de lujo y a la ostentación, a una nueva escala de valores alejada de la ética, en la que la búsqueda del éxito individual fue lo esencial y que la arrastró a una grave crisis moral; la ineficiencia gubernamental del régimen parlamentario que agudizó los problemas sociales; la continua desvalorización del peso que provocó un creciente empobrecimiento de los grupos medios y proletarios, produciendo gran inquietud social; las periódicas crisis económicas que repercutieron en la economía nacional provocando quiebras y cesantía, al disminuir las exportaciones de salitre, y la precaria situación del proletariado, cuyas condiciones de vida eran insostenibles, sin que los sectores gobernantes hicieran algo por mejorarlas.

A comienzos del siglo XX una pequeña élite oligárquica monopolizaba el poder político, social y económico. La gran mayoría de la población sobrevivía al margen del poder y de sus beneficios. La brecha entre ambos impedía que los primeros percibieran la gravedad de la situación socioeconómica de la mayor parte de la población. La crisis social no tardaría en hacerse presente. Los sectores medios, proletarios y populares migrados del campo a la ciudad fueron los más afectados con la crisis que sufrió la sociedad liberal. El conjunto de trastornos sociales que afectó a estos sectores, provocando estallidos de violencia, se conoce como la "cuestión social".

La precariedad de la existencia y los servicios y atractivos de la ciudad provocaron la migración de los campesinos en busca de mejores salarios, pero como no encontraron empleos o si los encontraron fue con remuneraciones muy bajas, se vieron familias numerosas y sin dinero instalándose en conventillos: habitaciones en las que vivían hacinados, sin alcantarillado, sin agua potable ni luz eléctrica. En estas condiciones sanitarias deplorables, pronto hicieron su aparición las enfermedades y las epidemias, a las que se sumaron vicios como el alcoholismo y la prostitución, causantes de graves daños entre los sectores populares.

Buscando mejores oportunidades, muchos obreros se desplazaron hacia el norte salitrero. En la pampa, para su desengaño, la jornada laboral era extremadamente dura, con 12 o 14 horas diarias, y el trabajo de mucho riesgo. Las duras condiciones de vida, las enfermedades y vicios que los consumían, unidas a la inflación y la rudeza del trabajo, no tardaron en provocar estallidos de violencia, frente a los cuales las autoridades se limitaron a reprimir a los trabajadores.

Los precios de los productos esenciales como el pan y la carne experimentaron una continua alza. La agitación obrera y los conflictos de carácter económico y social comenzaron a sucederse en medio de la indiferencia de las autoridades. Las huelgas, los ataques a la propiedad pública y privada y las concentraciones de protesta, que terminaban en medio de la violencia, se hicieron periódicas. En este clima, el terremoto de Valparaíso, con su secuela de 3 000 muertos, saqueos y fusilamientos, y la matanza de la Escuela Santa María de Iquique ocurrida en 1907, donde murieron obreros, mujeres y niños, representan los momentos más trágicos del conflicto social que sufría el país.

La cruda realidad fue lo que llevó a que, a raíz de la celebración del centenario de la independencia, el político y líder proletario Luis Emilio Recabarren afirmara en un ensayo —"El balance de un siglo: ricos y pobres a través de un siglo de vida republicana" aparecido en 1910— que "la clase capitalista o

burguesa ha hecho evidentes progresos", mientras que "la última clase vive hoy como vivió en 1810", preguntándose, "¿cómo se pretende asociar al pueblo a los regocijos del primer centenario?".

Como reacción ante las inquietudes sociales y tratando de corregir los abusos y desigualdad existentes, la clase política, la oligarquía dominante, se vio obligada a iniciar la discusión de leyes que favorecieran a los grupos más postergados. En 1906 se dictó una ley de habitaciones obreras que hizo posible la construcción de poblaciones para los trabajadores, seguida por normas sobre los empleados de comercio, accidentes de trabajo, servicio de cunas en las industrias, previsión social y retiro de los empleados de ferrocarriles. Más tarde, luego de que Arturo Alessandri llegara al poder en 1920, se legisló sobre contratos de trabajo, seguro obrero y organización sindical. La llamada legislación social, que acogió modernas doctrinas en relación con el papel del Estado en la economía, representó un reconocimiento a la orientación social de la economía que entonces se comenzó a manifestar.

LA FRAGILIDAD ECONÓMICA

A comienzos del siglo XX la economía chilena dependía fundamentalmente de sus exportaciones, especialmente mineras. Cerca de dos tercios del total de los envíos al exterior correspondían a salitre y cobre, minerales sujetos a continuas fluctuaciones en cuanto a su precio y a las cantidades exportadas. La dependencia de los mercados externos puso al país en una situación extremadamente vulnerable ante las contingencias de la economía mundial. La situación se agravó a raíz del permanente déficit de la balanza comercial, lo que obligó al país a recurrir al crédito externo, acrecentando la deuda pública para poder financiar su presupuesto.

La fragilidad de la economía nacional se manifestó también en la permanencia de estructuras sociales anacrónicas, como

ocurría por ejemplo con las formas de tenencia de la tierra, que no solo explicaba la baja productividad del sector, sino que también impedía la formación de un mercado interno capaz de incentivar otras actividades productivas. Otras manifestaciones de la debilidad estructural de la economía y de su dependencia eran la falta de inversión, el exceso de importaciones suntuarias, la pérdida de productividad del sector primario, la explotación de las principales riquezas mineras por el capital extranjero, la constante devaluación de la moneda y la mala distribución del ingreso.

La difícil situación social y los problemas generales del país se vieron agravados por la crisis económica que sobrevino al terminar la primera Guerra Mundial. A la devaluación monetaria y la inflación se sumaron la disminución de las exportaciones del salitre y la cesantía que esto provocó.

Una de las principales transformaciones ocurridas durante las primeras décadas del siglo XX fue que la tradicional dependencia de la economía chilena de la británica se debilitó en favor de la estadounidense. El cambio se materializó en la presencia de compañías norteamericanas que iniciaron inversiones en diferentes industrias, como energía, transporte urbano y, fundamentalmente, en la minería del cobre. Esta última sufría una crisis que había significado su estancamiento luego de que Chile había alcanzado los primeros lugares como productor mundial. Fue en la década de 1910 cuando se incorporaron las empresas estadounidenses a la explotación del cobre. Tres fueron los yacimientos que se pusieron en producción: El Teniente, Chuquicamata y Potrerillos, que fue el origen de lo que más tarde se conocería como Gran Minería del cobre. Los nuevos yacimientos hicieron posible aumentar la producción de cobre de 26 000 toneladas métricas en 1906, a 321 000 en 1929. El valor de las exportaciones de cobre superó a las de salitre, transformándose el metal rojo, a partir de entonces, en la principal fuente de ingresos del país.

CULTURA Y EDUCACIÓN

En el plano de la cultura se dejó sentir la influencia francesa. El naturalismo se reflejó en la literatura que adquirió un marcado sentido social. Las obras de Carlos Pezoa Véliz y Baldomero Lillo mostraban crudamente la miseria y el sufrimiento de un sector de la sociedad. Por su parte, Luis Orrego Luco retrató en una de sus novelas la crisis moral de la oligarquía.

Las artes plásticas, la pintura y la escultura tuvieron destacados cultores como Alberto Valenzuela Llanos y Virginio Arias. En ellos se reflejaban también las transformaciones que el país experimentaba: los artistas ya no pertenecían solo al sector aristocrático, la mayoría de ellos formaba parte de la ascendente clase media.

Nuevas formas de existencia se materializaron también con el siglo. La vida hogareña, patriarcal y discreta, dio paso a formas más libres y desenvueltas en lugares públicos. El cine norteamericano y sus estrellas influyeron sobre la moda. Las mujeres adquirieron nuevas costumbres como beber y fumar y cambiaron también los ideales de belleza y los estilos de vida. Por ejemplo, entre los integrantes de la clase alta se difundió la costumbre del veraneo, la práctica de deportes y la vida al aire libre.

La orientación educacional también experimentó transformaciones pues en las primeras décadas del siglo XX en la sociedad se inició la discusión acerca del carácter que debía dársele a la educación para adecuarla a las necesidades del país. Muchos criticaron la enseñanza humanista y libresca que apartaba a los jóvenes del trabajo técnico y de las actividades económicas, proponiendo un modelo educacional orientado hacia la vida económica productiva. Una reforma del liceo, en la década de 1910, acogió parcialmente las nuevas orientaciones. Aunque los desafíos eran numerosos.

A comienzos del siglo XX, cuando el país, según el censo de 1907, tenía 3 220 531 habitantes, la matrícula de la enseñanza

primaria solo era de 249 073 alumnos. En la misma época, la enseñanza secundaria acogía a 7 190 escolares en los liceos.

Si se considera que en 1854 había solo 186 escuelas primarias públicas, que atendían a menos de 10 000 alumnos, y 20 establecimientos públicos de enseñanza secundaria con apenas 2 000 estudiantes, mientras que en 1902 había ya 1 700 escuelas primarias con unos 120 000 matriculados, y 40 liceos públicos secundarios con unos 9 000 alumnos, se podrá apreciar la persistencia del esfuerzo educacional del país.

La duplicación de los recursos fiscales entregados a la educación primaria entre 1854 y 1902, que nuevamente se doblaron entre 1900 y 1910 y 1920 y 1930, explica la expansión de un sistema que a partir de 1920 experimentó cambios todavía más profundos al introducirse reformas luego de casi un siglo de educación pública nacional.

La persistencia del afán educacional encabezado por el Estado desde la década de 1840 en adelante se explica pues este tuvo como objetivo esencial hacer de la instrucción pública una herramienta para la civilización y la disciplina de los sectores populares, pero, también, por su objetivo de que la escuela llegase a ser aceptada y reconocida por quienes asistían a ella como indispensable para mejorar su situación social.

Para hacer frente a las amenazas que se ceñían sobre la educación, el Estado asumió una conducta protectora y paternalista, destinada a evitar los motivos de rechazo hacia la escuela, actitud que luego de prácticamente medio siglo de evolución quedó materializada en la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria de 1920, la cual aseguró la gratuidad de la educación primaria fiscal para toda la población e introdujo su obligatoriedad por un mínimo de cuatro años y antes de los 13 años de edad. La aprobación de la ley contribuyó a ampliar todavía más el número de alumnos en el sistema escolar.

Paralelo a la multiplicación de la matrícula, las escuelas normales formadoras de profesores llegaron a 15 en 1927, permi-

tiendo que se graduaran unos 300 preceptores por año. Estos avances fueron los que permitieron bajar las tasas de analfabetismo de 60% en 1907 a 49.7% en 1920 y a 25.6% en 1930.

Fueron las crecientes aspiraciones de los grupos medios, en un clima de crítica social por la realidad del país en el centenario, las que contribuyeron a ampliar la matrícula escolar en todos los niveles, especialmente en el primario. Los avances en este campo convivieron con las carencias de la infraestructura educacional, con muy serias limitaciones en los materiales de enseñanza y con bajos niveles de ingreso de los docentes.

Como la promulgación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria no tuvo los efectos esperados, en 1929 una nueva ley pretendió vigorizar la obligación escolar y extendió la instrucción primaria hasta los 16 años, con la excepción de la población rural, a la que se obligaba solo hasta el 4º año primario, prohibiendo también emplear a niños menores de 16 años que no hubieran cumplido con la escolaridad establecida.

A pesar de los avances, a comienzos de la década de 1930 la visión que se tenía del llamado "Estado docente", esto es, el sistema de educación pública desarrollado durante la República, era crítica. Principalmente porque, con todas sus virtudes, era un sistema altamente inequitativo, que educó muy bien a las élites urbanas, que no solo no pagaron el privilegio que recibían, sino que el costo recayó en toda la población por medio de los impuestos. Su principal mérito había sido, sin embargo, implantar un sistema nacional de educación.

LA CLASE MEDIA EN EL PODER

Del interior de la clase media surgieron los intelectuales, escritores, ensayistas, literatos y académicos, que comenzaron a denunciar las desigualdades y abusos existentes en la sociedad liberal. Con su pensamiento y con sus obras fueron conformando

un programa imbuido de sentimientos nacionalistas e igualitarios, anticlerical y racionalista, y que simpatizaba con las tendencias que intentaban fortalecer la presencia del Estado en la vida nacional, transformándolo no solo en agente del desarrollo económico, también en ente corrector de las desigualdades presentes en la sociedad.

Con un programa definido y consciente del poder que había alcanzado, así como del estado de crisis del modelo liberal impuesto por la oligarquía, la clase media se dispuso a tomar el control del poder. Corrían las primeras décadas del siglo XX y su triunfo no tardaría en llegar. El primer síntoma de cambio se produjo en las elecciones parlamentarias de 1918, cuando la Alianza Liberal, formada por los partidos que representaban a los grupos medios y proletarios, obtuvo un inesperado triunfo.

La campaña presidencial de 1920 fue una novedad respecto de las anteriores. Por primera vez se expresaron masivamente anhelos inéditos en la historia nacional. Para la Alianza Liberal y su abanderado Arturo Alessandri Palma, que representaban a los pequeños comerciantes, industriales y agricultores, a los artesanos y obreros, a los sectores medios en general, la situación del país era propicia para que el sistema político y social se hiciera cargo del conflicto social, evitando que este lo destruyera al transformarse en revolucionario.

Arturo Alessandri presentó un programa de claro contenido de reforma social. El caudillo propuso establecer un gobierno fuerte, libertad religiosa, reformar la Constitución, promulgar una legislación de carácter social, estabilizar la moneda, crear el Ministerio del Trabajo y Previsión Social, elevar el nivel de la condición de la mujer y poner en vigor la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria. Buscaba superar la esterilidad gubernativa de la burguesía parlamentaria, evitar la agudización de los conflictos sociales, restaurar la estabilidad económica y encauzar la influencia de las nuevas tendencias democráticas que recorrían el mundo.

Elegido presidente, Alessandri asumió el gobierno en medio de un ambiente de gran expectación. Sin embargo, las condiciones no eran favorables para la materialización de los planes reformistas. El país atravesaba una situación financiera muy deteriorada y en el Congreso Nacional la oposición paralizó las iniciativas tendientes a superar las dificultades. Habiendo transcurrido gran parte del periodo presidencial sin los cambios esperados, el malestar social se fue acrecentando y el desprestigio del sistema político afectó también al presidente.

En 1924, el Ejército, expresión de la clase media, se movilizó. Cansado de la inoperancia parlamentaria, formó una Junta de Gobierno, Alessandri abandonó el país y se clausuró el Congreso. La oficialidad joven del Ejército, intranquila por la lentitud de las reformas, depuso a la junta y llamó nuevamente al poder al presidente. Con el apoyo del Ejército, y gobernando por decreto, Alessandri emprendió las postergadas reformas. Entre las más urgentes, la elaboración de una nueva constitución fue la más significativa. Con ella se pretendió corregir los vicios y abusos del sistema parlamentario, fortaleciendo la autoridad del poder ejecutivo y dando cabida a las nuevas concepciones sobre reforma social que la gran mayoría del país sustentaba.

La Constitución de 1925, aprobada formalmente en un plebiscito, aunque realmente impuesta por los militares, significó acabar con el régimen parlamentario y restablecer el régimen presidencial, ahora más moderado. Junto con normar la separación de la Iglesia y el Estado, incluyó nuevas garantías constitucionales de carácter social: aseguró el derecho al trabajo, limitó los derechos de propiedad en el caso de necesidad social y amplió los deberes del Estado en salud y educación.

Garantizó además la libertad de enseñanza, estableció que la educación pública era una cuestión preferente del Estado y que la primaria era obligatoria, estableciendo una Superintendencia de Educación Pública, a cuyo cargo quedó la inspección de la enseñanza nacional. Con normas como las mencionadas se

esperaba hacer frente a las principales limitaciones de la educación chilena, como su carácter altamente selectivo y su escasa preparación para la vida económica al no capacitar para el trabajo productivo.

La carta fundamental también creó el Tribunal Calificador de Elecciones que validaría los comicios para presidente, diputados y senadores, y reemplazó el sistema de voto acumulativo por el de representación proporcional, ampliando además el cuerpo electoral.

A la nueva Constitución se sumaron las reformas monetaria y bancaria destinadas a estabilizar la moneda y frenar la inflación. Este objetivo se cumplió con la creación del Banco Central y la promulgación de las leyes monetaria, general de bancos y orgánica de presupuestos. Además de las instituciones señaladas, en la época se presentaron proyectos sobre presupuestos, un órgano contralor de la legalidad de la actuación del Estado y sobre contabilidad estatal, ferrocarriles nacionales y deuda pública, una oficina de impuestos internos, impuesto a la renta, bienes raíces, papel sellado, tabacos, espectáculos públicos y sobre las exportaciones de minerales. Todas estas sugerencias llegarían a materializarse en el curso del siglo XX.

Las transformaciones operadas en las primeras décadas del siglo provocaron trastornos sociales que la clase dirigente no pudo resolver. La mayoría de la población del país, abrumada por las convulsiones, la agitación parlamentaria y las dificultades económicas, hastiada de los políticos tradicionales, añoraba un gobierno fuerte, que pusiese fin a la inestabilidad y al vacío de poder y que encauzara a la nación por nuevas formas de organización políticas, sociales y económicas.

El caudillo elegido para imponer el orden y la autoridad fue Carlos Ibáñez, un militar que había alcanzado notoriedad como líder de la oficialidad joven cansada de la ineficacia del sistema político y que se había expresado políticamente durante el gobierno de Arturo Alessandri. Luego de la renuncia de Alessandri

y de Emiliano Figueroa que lo había sucedido, Ibáñez fue elegido presidente en 1927 con una abrumadora mayoría de votos.

Asesorado por un grupo de ingenieros que sostenía nuevas concepciones sobre el desarrollo nacional, su administración se inició en medio de un clima auspicioso, lo que le permitió realizar importantes reformas que facilitaron la acción del Estado en el ámbito económico y social: creó la Contraloría General de la República, saneó la administración pública, estimuló la agricultura y la industria y desarrolló un amplio plan de obras públicas.

El gobierno, que inicialmente contó con la mayoritaria adhesión de la población, a medida que pasaron los años y se presentaron dificultades, comenzó a perseguir, encarcelar y exiliar a los opositores, asumiendo una conducta autoritaria que, finalmente, le significó perder el poder en julio de 1931. Luego de la caída de Ibáñez el país vivió un año de confusión política, de pugnas ideológicas, intervenciones militares y gobiernos efímeros, hasta que se produjo la reacción que permitió la vuelta del orden político e institucional en 1932.

Durante el segundo gobierno de Arturo Alessandri, entre 1932 y 1938, el país se vio enfrentado a dos tareas prioritarias: la consolidación del régimen democrático y la recuperación económica de la crisis de 1929. En este periodo se produjo una reformulación de las doctrinas políticas. Los partidos tradicionales, Conservador, Liberal y Radical, acogieron los contenidos de carácter social y económico surgidos en las primeras décadas del siglo. Aparecieron además nuevas tendencias, como la falangista y el nazismo, mientras la izquierda se consolidaba en torno de los partidos Socialista y Comunista.

Los jóvenes de clase media organizaron dos nuevos partidos: el Movimiento Nacionalista Socialista, inspirado en el fascismo italiano y alemán, y la Falange Nacional, que años después dio origen al Partido Demócrata Cristiano.

De las agrupaciones surgidas en el siglo XIX, solo el Partido Radical se fortaleció. Compuesto por burócratas, profesionales,

pequeños empresarios y sectores agrícolas, asumió la representación de los sectores medios, constituyéndose en el principal partido del país hasta 1952. Los partidos Conservador y Liberal fueron perdiendo representación en forma progresiva, hasta desaparecer del espectro político en los años sesenta.

La competencia entre las fuerzas políticas agrupadas en derechas e izquierdas se resolvió cuando la coalición de izquierda llamada Frente Popular encabezada por los radicales accedió al poder en 1938. Con la elección del presidente Pedro Aguirre Cerda se inició una etapa caracterizada por el predominio del Partido Radical, eje de diversas combinaciones políticas, que también llevaron a la presidencia a los radicales Juan Antonio Ríos (1941-1946) y Gabriel González Videla (1946-1952).

El Partido Radical y las fuerzas políticas que lo acompañaban en el poder representaban a los sectores medios y populares, consolidándose así la presencia de la clase media en la vida nacional e incrementándose la importancia y organización de los sectores obreros. Durante el periodo radical se impuso un estilo político caracterizado por su flexibilidad y por el clima de conciliación que permitió la participación en el poder de sectores de diferentes signos políticos, asegurando así la estabilidad del sistema, el que sin embargo no fue ajeno a los estallidos de violencia popular.

En 1952, los radicales perdieron el poder por el triunfo del ex presidente Carlos Ibáñez. El regreso de Ibáñez a La Moneda significó el rechazo de la sociedad al quehacer político y a los partidos, sin caer sin embargo en el caudillismo pues el sistema político y las instituciones que lo conformaban siguieron funcionando. Se censuró entonces, sobre todo, la ineficacia que habían mostrado los partidos en la resolución de los principales problemas nacionales, tanto los de carácter económico como los sociales.

EL ESFUERZO DESARROLLISTA

EL MODELO DE DESARROLLO HACIA ADENTRO

En los años treinta se intentó la industrialización del país dirigida por el Estado. La obra ejecutada por la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo) fue el resultado de un esfuerzo que, en último término, aspiró a cambiar el modelo de desarrollo existente, transformándose el Estado en un agente económico fundamental. El impulso determinante fue el terremoto de Chillán que en 1939 destruyó la zona central de Chile, y para cuya reconstrucción el Estado se involucró ideando un plan que incluyó la agencia promotora del desarrollo que fue la Corfo, cuyos conceptos básicos ya habían sido esbozados en la década de 1930, entre otros, por las organizaciones gremiales de los empresarios.

La industria chilena tuvo su origen en la segunda mitad del siglo XIX, y luego de la Guerra del Pacífico, a partir de la anexión de los territorios salitreros, inició un periodo de expansión y diversificación. El aumento de la población experimentado entre 1880 y 1930, en especial el aumento de la población urbana, facilitó el establecimiento de industrias al proveer de mano de obra y convertirse en mercado de los bienes producidos. La industria amplió su espectro de producción y comenzó la elaboración de bienes de mayor complejidad como locomotoras para ferrocarril y estructuras de fierro para edificios y obras de ingeniería civil, confirmándose el liderazgo del sector metálico y del transporte

Nuevos rubros productivos como el procesamiento de alimentos, el acero, la elaboración de cemento, de muebles y de ropa, además de transformaciones de las unidades productivas, reflejaron el desenvolvimiento experimentado por la actividad. Sin embargo, la industria, al igual que la economía chilena en general, continuó dependiendo del sector externo y mostrando un alto grado de sujeción de la actividad salitrera. Esto se reflejó en que mientras crecieron las exportaciones mineras, también lo hizo la industria. Además, el aumento de los ingresos derivados del salitre redundó en una mayor demanda por productos de la industria nacional.

A raíz de la primera Guerra Mundial, la industria experimentó un nuevo estímulo. El cierre temporal de los mercados y la interrupción del abastecimiento de bienes manufacturados y materias primas constituyó un desafío que, unido a la expansión de la demanda interna, permitió al sector industrial demostrar que tenía la capacidad para encarar la sustitución de importaciones a gran escala. La industria inició entonces un marcado ritmo de expansión que solo concluyó con la crisis de 1929. Para entonces, y pese al desenvolvimiento alcanzado, el sector industrial no había logrado mantener un proceso de industrialización acelerado y sostenido.

En la década de 1930 se impulsó un modelo de desarrollo económico que tuvo como objetivo fundamental la sustitución de importaciones y el mejoramiento de los niveles de vida de la población. En ese periodo se conjugaron diversos fenómenos que posibilitaron este cambio: el consenso social existente respecto del agotamiento del modelo de desarrollo basado en la producción y exportación de materias primas; la coyuntura internacional, representada por la crisis económica y por la segunda Guerra Mundial, que obligó a sustituir importaciones por productos nacionales, y la consolidación en el poder de la clase media, que aspiraba a transformar al Estado en un activo agente del desarrollo económico, social y cultural.

La creación de la Corfo en 1939 fue la materialización de un largo proceso histórico en virtud del cual el Estado fue asumiendo una actuación cada vez más amplia en la vida económica del país. Su creación fue obra del gobierno de Pedro Aguirre Cerda, y su propósito principal fue elaborar políticas económicas y crediticias y un plan de fomento de la producción que hicieran posible el desarrollo de la economía en general y de la industria en particular.

La Corfo realizó una obra trascedente en el ámbito del desenvolvimiento económico nacional. Producto de su acción se materializó la electrificación del país, tarea que desarrolló la Empresa Nacional de Electricidad, la explotación de yacimientos petrolíferos por la Empresa Nacional de Petróleos y la construcción de la usina de Huachipato encargada a la Compañía de Aceros del Pacífico, obras indispensables como base de sustentación de la industria nacional.

La agencia estatal puso en ejecución también planes tendientes a mejorar la productividad de las tareas agrícolas, fomentar las faenas pesqueras y estimular la producción forestal, las industrias del papel y la celulosa, la química, la petroquímica, la metalúrgica y la electrónica. Consecuencia de lo anterior nacieron la Industria Azucarera Nacional, el Instituto de Fomento Pesquero, Industrias Forestales, Papelera del Pacífico y la Sociedad Anónima y Maderera del Sur, entre otras. A la Corfo se debe la creación de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones, las Manufacturas de Cobre, la Industria Nacional de Neumáticos, Hotelería Nacional y la Empresa Nacional de Minería. Su acción abarcó casi la totalidad del espectro productivo nacional, transformando al Estado en un ente protagónico del desenvolvimiento general del país. Durante la dictadura de Pinochet la mayor parte de ellas fueron privatizadas de forma poco transparente.

EL FLAGELO DE LA INFLACIÓN

Aunque el modelo de desarrollo hacia adentro permitió un crecimiento sostenido de la economía, mejorando así las condiciones de vida de la población, no pudo satisfacer las crecientes demandas de los diferentes sectores sociales, provocando ciclos inflacionarios que llevaron el alza del costo de la vida a niveles nunca vistos en el país, y a un gran déficit en campos tales como el habitacional, el educacional y el laboral.

Entre 1950 y 1960 la población total del país pasó de casi 6 000 000 a 7 300 000 habitantes aproximadamente, lo cual significó que respecto al decenio precedente la tasa de crecimiento demográfico pasó de 2.4 a 2.9% anual. Esta aceleración demográfica acentuó el desequilibrio económico iniciado en los años cuarenta, haciendo más rígida la dependencia de la economía chilena del proteccionismo industrial que agudizó su tendencia al aislamiento de la economía internacional. De allí que el periodo 1950-1962 presente rasgos que sin diferenciarlo de forma sustancial del decenio anterior, acentuó el desequilibrio macroeconómico que influyó negativamente sobre la sociedad y la política.

Esta rigidez económica dependió mucho del comercio de exportación, la principal fuente de divisas del país, que en los años de 1950 creció 3.6% al año y continuó dependiendo, como en el decenio precedente, en 80% de la exportación de bienes mineros. La gran diferencia es que en el lustro 1957-1963, el precio del cobre, la principal exportación minera, disminuyó 30% en cinco años, periodo durante el cual las importaciones registraron en cambio un crecimiento muy superior, del 7.3% al año, casi el doble de las exportaciones. Este desnivel de la balanza comercial fue consecuencia del enorme incremento de las importaciones de bienes de capital que favorecieron principalmente a la industria manufacturera y, de manera parcial, al sector de los servicios. El desequilibrio entre exportaciones e importaciones

impidió que se diera un incremento del tamaño del mercado nacional que dependía de la articulación entre el crecimiento del ingreso interno y el volumen de las exportaciones.

El desequilibrio de la balanza comercial repercutió en la cuenta corriente con saldos negativos elevados para los bienes y servicios a partir de 1958, y en la cuenta de capital que registra un estancamiento de las inversiones directas y un notable incremento de los préstamos externos, que aumentan de 132 a 479 millones de dólares entre 1958 y 1962, pasando a ser uno de los principales factores en el desempeño económico del país. El desequilibrio se ve también en las salidas netas de capital que se multiplicaron por cuatro, de 100 a 401 millones de dólares, entre 1958 y 1962.

El deterioro del comercio exterior y de la balanza de pagos aceleró el desequilibrio de los recursos de que dispuso el gobierno. A comienzos de los años cincuenta los ingresos cubrían alrededor de 93% de los gastos, mientras que a comienzos de los años sesenta cubrían solo 81%. A diferencia de lo acontecido en los años cuarenta, cuando los ingresos fiscales excedían a los gastos ordinarios permitiendo dedicar una parte a las inversiones públicas, en el decenio siguiente el Estado tuvo que acrecentar constantemente el endeudamiento en dólares para atender sus inversiones.

Estos rasgos generales del desempeño económico permiten comprender la desarticulación que se produjo en este periodo entre la dimensión económica interna y la externa, la cual se tradujo en un reducido dinamismo de la estructura productiva y en un déficit fiscal que favoreció el proceso inflacionario. Este desequilibrio se expandió por efecto de la articulación entre el gobierno y las empresas estatales, y entre estas y las privadas, pues ambos sectores empresariales obtenían subsidios y el aval del gobierno para conseguir créditos en el exterior, en especial en Estados Unidos. Precisamente porque entre estas grandes empresas públicas y privadas estaban las del sector manufacturero,

la industria terminó por convertirse en el decenio de 1950 en la principal, por no decir única, fuerza dinámica del crecimiento, siendo la agricultura el sector olvidado por el gobierno, con el resultado que su incremento productivo fue incapaz de seguir el crecimiento de la población.

El desempeño económico de los años cincuenta encontró sus principales obstáculos en la recesión de las exportaciones, por la mayor competencia incluso del cobre africano, y por la imposibilidad de ampliación de la industria manufacturera debido a la reducida demanda interna y a la imposibilidad de exportar bienes manufacturados por la notable diferencia de precios con los productos de los países industrializados.

El deterioro económico producido por el creciente aislamiento del país de las finanzas internacionales se expresó en el descenso del volumen de intermediación financiera entre 1940 y 1962. En 1940, 25% del producto interno bruto fue generado por la intermediación financiera, es decir, por la actividad de los bancos, seguros y bolsa, mientras que en 1962 su volumen se redujo a 15%, con una pérdida de 10 puntos. Esto significa que la evolución de la economía financiera terminó por agravar el desequilibrio económico obligando al Banco Central a emitir moneda inorgánica, sin ninguna garantía real.

La inflación que se desarrolló a partir de 1950 era nueva respecto a los periodos de inflación que caracterizaron la economía chilena desde el último tercio del siglo XIX, porque a partir de 1950 el desequilibrio macroeconómico afectó a todos los sectores de la economía y repercutió en el área fiscal para difundirse sobre los ingresos de la población y, por lo tanto, sobre el nivel del empleo, de los sueldos, de los salarios e, incluso, de las ganancias.

La evolución de la inflación es un buen indicador del acentuado desequilibrio. Entre 1940 y 1946, la inflación fluctuó entre 9.1 y 30%, siendo la tasa media anual de 15.2%, mientras entre 1950 y 1959 fluctuó entre 16.5 y 83.8%, con una tasa

media anual de 38.3%, es decir más del doble de la inflación del decenio precedente.

A comienzos del decenio de 1950 ya no se logró contener la inflación. Varios ministros de Hacienda trataron de implementar una nueva orientación. Sus ideas, rechazadas por el Congreso, preveían austeridad para el sector público, devaluación, incremento de los impuestos, control del crédito y, sobre todo, reformar el sistema de indexación de los salarios, así como la obligación para las empresas de reinvertir una parte de sus utilidades.

Las políticas monetaristas no lograron en Chile, como sí lo hicieron en otros países, superar el desequilibrio macroeconómico crónico y dar vida a una transformación que lo acercara al orden económico internacional, porque no pudieron modificar el soporte económico sustentado exclusivamente en la minería, ni tampoco ampliar la base productiva de la agricultura, comercio y servicios.

En la fase siguiente la economía evolucionó hacia un desafío imposible, como consecuencia de la expansión de la demanda de bienes de consumo y de la disminución de la oferta de divisas por la política penalizadora hacia la gran minería. Ante esta situación, aumentaron los precios de los bienes controlados y se buscó liberalizar el comercio exterior. La consecuencia fue un incremento de la inflación, la caída de los salarios reales y el aumento del déficit fiscal. Los bienes comenzaron a escasear, se aceleró la inflación, se dio la fuga de capitales, la economía tendió a desmonetarizarse y sus efectos se transfirieron al ámbito social y, sobre todo, político, como años después se haría evidente.

LA REALIDAD SOCIAL

El incremento de la población urbana, como efecto del proceso industrializador que transformó la ciudad en polo de atracción para el campesino, fue uno de los fenómenos sociales más des-

tacados del periodo. Este proceso provocó graves problemas, puesto que las ciudades no tenían la infraestructura necesaria para absorber a las masas que se desplazaban del campo a la ciudad. Surgieron así las "poblaciones callampas" y la miseria urbana aumentó.

Otros fenómenos trascendentes fueron el desarrollo de la clase media y el amplio programa de organización social por medio de la ampliación de la base sindical y el impulso de los centros de carácter vecinal. Las dificultades que sufrieron los sectores campesinos en su afán por organizarse fue otro elemento que caracterizó el desenvolvimiento social del periodo.

El aumento de la población urbana era un proceso que venía dándose desde el siglo XIX, pero a partir de 1930 alcanzó niveles extraordinarios. El fuerte incremento de la población en la capital y en algunas otras ciudades, como Valparaíso, Concepción, Iquique y Antofagasta, hizo necesario crear nuevas fuentes de trabajo, mejorar la infraestructura básica de las ciudades y aumentar sus servicios. Una de las situaciones más difíciles provocadas por el crecimiento urbano fue la del transporte, que se hizo insuficiente y dio lugar a graves problemas de tráfico y contaminación al ir aumentando progresivamente el número de vehículos.

El ascenso y predominio de la clase media fue un proceso propio del siglo XX. No solo tuvo acceso al poder político, también constituyó un nuevo poder económico al vincularse a la banca, la industria y el comercio. Sus relaciones profesionales, comerciales y familiares con los sectores oligárquicos le permitió acceder a espacios que tradicionalmente le habían sido vedados. Igualmente copó el mundo artístico, literario y profesional.

En la segunda mitad del siglo, la identidad fundamental de la sociedad chilena estuvo marcada por los valores de los sectores medios. Su aspiración a la "casa propia" y a la educación profesional de sus hijos, su marcado equilibrio en materias políticas y su cercanía a la moral cristiana la caracterizaron. También es

propio de la clase media nacional un cierto chovinismo y, naturalmente, su espíritu crítico y su inconformismo.

El reconocimiento de los derechos políticos de la mujer fue otro de los elementos destacados del periodo que se inició en 1932. Ya a fines del siglo XIX la mujer había comenzado a salir de su estado de postergación, demandando su derecho a la educación y al trabajo. Más tarde, en las primeras décadas del siglo XX, comenzaron a formularse los primeros proyectos de ley sobre derechos civiles y políticos de la mujer.

Las dificultades experimentadas por el país en los años treinta fueron un impulso decisivo para el movimiento femenino. La depresión económica y sus secuelas impulsó a las mujeres a realizar su primera gran manifestación, en julio de 1931, para rechazar los atropellos de que eran objeto sus esposos, hijos y hermanos. En 1934 lograron que se les concediera el voto municipal y se dispusieron a la conquista de sus plenos derechos políticos. Conspiraba contra sus propósitos el temor que los partidos políticos tenían al voto femenino.

Luego de años de espera y diversos movimientos de presión, en 1949 se les habilitó para votar en las elecciones presidenciales y parlamentarias. Entonces la sociedad chilena avanzó un paso más en su camino hacia un sistema más democrático y participativo.

El desarrollo del movimiento sindical motivado por el proceso de industrialización, la tolerancia gubernamental y el anhelo de participación de los sectores laborales fue uno de los cambios más importantes producidos en la segunda mitad del siglo XX.

El sindicalismo contemporáneo chileno inició su trayectoria en 1936 con la organización de la Confederación de Trabajadores de Chile. La nueva agrupación, sin embargo, no fue capaz de llegar a ser la organización fundamental de los trabajadores chilenos. En su interior, la pugna entre la tendencia afín al Partido Socialista y la cercana al Partido Comunista impidió la formación de un ente sindical poderoso.

A causa de su debilidad, en los años de 1940 surgieron nuevas agrupaciones de trabajadores organizadas por sectores de actividad. En 1943 nació la Asociación Nacional de Empleados Fiscales y más tarde se constituyeron las de los semifiscales, de los profesores y de los empleados particulares, todas las cuales dieron origen a la Junta Nacional de Empleados de Chile. La nueva entidad promovió la sindicalización de los trabajadores a la vez que orientó su acción a lograr la unidad de los mismos.

En medio de las alternativas políticas de los años cincuenta, que entre otras consecuencias había significado la proscripción del Partido Comunista provocando gran malestar social, los trabajadores avanzaron decididamente en pos de la unidad. Finalmente, en 1953, y con la participación de 2 355 delegados que representaban a cerca de 950 entidades laborales, una asamblea constituyente dio origen a la Central Única de Trabajadores (CUT). A partir de entonces, la CUT desempeñó un papel fundamental en la lucha de los trabajadores por sus reivindicaciones sociales y económicas.

La existencia de organizaciones de trabajadores poderosas, con gran influencia en la sociedad, como fue la CUT, son un ejemplo del proceso de democratización de la sociedad chilena. El movimiento sindical, en general, mantuvo una actitud conciliadora hasta 1952. Pero luego de la creación de la CUT, y como reacción ante la espiral inflacionaria y la progresiva influencia de los partidos de izquierda en las organizaciones sindicales, la actitud de la CUT se hizo cada vez más beligerante, contribuyendo así al clima de polarización que se presentó en el país en los años sesenta.

A lo largo del siglo XX la Iglesia chilena evolucionó de posiciones conservadoras, que la identificaban con los sectores altos de la sociedad, hacia actitudes más progresistas y de mayor amplitud social. Contribuyeron a este cambio la propia evolución de la Iglesia en el mundo, y los problemas y conflictos que se produjeron en el país. En este contexto, el Concilio Vaticano II significó

para la Iglesia chilena un respaldo en su propósito de adecuarse a los cambios experimentados en Chile a lo largo del siglo.

Fue en el periodo cuando ejerció el gobierno de la diócesis de Santiago el cardenal Raúl Silva Henríquez, entre 1961 y 1983, que la Iglesia se hizo presente en diversos ámbitos de la realidad nacional. Las vicarías de Educación, la Juvenil, la Obrera, la Campesina y la de Solidaridad, le permitieron hacer suyos los problemas de una gran mayoría de chilenos y contribuir a su solución. El impulso que recibió la actividad parroquial le permitió a su vez integrar más fieles a sus actividades, transformándose en un actor esencial en la comunidad nacional.

La presencia de la Iglesia en la sociedad se reforzó y adquirió importancia fundamental, de vida o muerte en muchos casos, puesto que luego del golpe militar de 1973 no solo fue una de las pocas instituciones que conservó su estructura, sino que, además, se convirtió en activa defensora de los perseguidos por la dictadura.

EL MUNDO DE LA CULTURA

El predominio de la clase media se materializó también en el campo cultural. La cultura de clase media contenía elementos tomados de los sectores oligárquicos y de los grupos populares, de las tendencias tradicionales y de los patrones europeos y norteamericanos. La prensa, la radio y el libro contribuyeron a difundir la mentalidad de los grupos medios que, a mediados de siglo, se extendía a la mayor parte de la población urbana con excepción de los grupos marginados. Se sustentaba en los valores católicos, en el aprecio del orden, de la estabilidad y, sobre todo, de la seguridad como un valor social indispensable. También fue propio de la clase media de esta época, al menos en su dimensión pública, el civismo, la tolerancia, la solidaridad, el respeto por la actividad intelectual y su ambición económica.

Uno de los rasgos distintivos de la cultura de masas propia del siglo XX fue la norteamericanización de los valores, usos y costumbres de la población, entre otros factores, por la influencia de Hollywood. El cine norteamericano irrumpió en Chile en las décadas de 1910 y 1920 transformándose en una mercancía irresistible que llegó a ser valorada por la sociedad chilena sin mayores distinciones sociales. Esto generó un enorme impacto social y cultural que situó a Estados Unidos como referente absoluto de modernidad al "estilo norteamericano", que se concibió como alcanzable por medio del consumo del cine y de manufacturas norteamericanas que, de este modo, se transformaron en partes esenciales de la vida cotidiana citadina.

La modernización del país en el siglo XX se materializó en un gran dinamismo en el ámbito cultural, que en algún momento alcanzó resonancias mundiales. En el campo literario sobresalen Gabriela Mistral, quien recibió el Premio Nobel de Literatura en 1945, Pablo Neruda, quien lo obtuvo en 1971, y Vicente Huidobro. En la pintura y escultura surgieron figuras como Nemesio Antúnez, Enrique Zañartu, Roberto Matta, Lily Garafulic y Marta Colvin. En la música destacaron Claudio Arrau y Domingo Santa Cruz.

Para satisfacer las demandas culturales y artísticas de la población se crearon la Orquesta Sinfónica de Chile, el Ballet Nacional, el Coro de la Universidad de Chile y el Teatro Experimental. Todas, instituciones fundamentales en sus ámbitos y cuya acción perdura hasta la actualidad, ahora conviviendo con las agrupaciones privadas que han surgido en las últimas décadas.

La evolución del país hizo posible también una extraordinaria expansión de la población escolar que se prolongaría en el tiempo y que se reflejó en el sistema educacional y social. Si en 1935 el conjunto de la educación básica y media fiscal y particular atendía a 41.9% de la población de seis a 18 años, es decir 587 834 sujetos; en 1973, y en los mismos niveles, eran 2 760 145 alumnos, llegando la cobertura a 91.3% de la población en edad

escolar. También, una cada vez mayor heterogeneidad en el sistema educativo pues el alumnado provenía de los más variados orígenes sociales. Estas características condicionaron los cambios, transformaciones y reformas aplicadas desde la segunda mitad del siglo, que culminaron con la reforma educacional de los años sesenta que pretendió modernizar el sistema educativo.

Como su propósito esencial fue la puesta al día y democratización de la enseñanza, se propusieron como objetivos específicos la educación como patrimonio de todos, entendida como una política que garantizara las oportunidades del ingreso, permanencia y ascenso en el sistema educacional; la formación integral y la responsabilidad social, referida a crear una base cultural común que permitiera el diálogo entre los individuos y los grupos sociales; la formación para la vida del trabajo, que aspiraba a formar personal bien calificado en todos los niveles, y la educación como un proceso de toda la vida y de adaptación permanente a los cambios. La propuesta fue el fruto de un análisis de la realidad que se hizo cargo del hecho que la educación no estaba siendo un canal de movilidad social y que, por el contrario, retardaba y dificultaba el cambio social, con gran peligro para la vida democrática.

Al desenvolvimiento de la educación pública y privada primaria y secundaria se sumó la creación de numerosas instituciones de carácter universitario y técnico, como las universidades de Concepción y Técnica del Estado, hoy Universidad de Santiago. La preocupación por la educación de los sectores populares se materializó en la creación de escuelas rurales y en un amplio plan de alfabetización.

Otro de los elementos que caracterizó el desenvolvimiento cultural del país en el siglo XX fue el desarrollo de la investigación en las universidades e instituciones y agencias científicas. La creación de la Comisión Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico y del Fondo Nacional de Investigación Científica y Tecnológica fue un adelanto fundamental en la tarea de promover la

ciencia básica, actividad que, sin embargo, pese a los avances de las últimas décadas y a lo trascendental que resulta para el desarrollo del país, recibe menos de 1% del PIB para su financiamiento.

Un fenómeno de la época fue que a partir de la década de 1950 las ciencias sociales acapararon la atención preferente de los científicos, respondiendo así a los estímulos que generó el proceso de cambio que se experimentaba. Los trabajos del historiador Mario Góngora sobre el origen de los inquilinos en el Valle Central y sobre la propiedad rural son un ejemplo. También, la apertura hacia las corrientes marxistas y estructuralistas que pretendían explicar y dirigir el proceso de transformaciones sociales.

Como consecuencia de la expansión urbana, el afán industrializador y la influencia de los medios de comunicación, la cultura popular evolucionó hacia una cultura de masas, que aunque contribuyó a ampliar el horizonte intelectual del chileno al poner a su disposición espectáculos de variada índole, significó también la creciente influencia de la televisión, del radioteatro y de las revistas de variedades en desmedro de la literatura, el arte y la especulación intelectual. Tal vez un antecedente del mundo de los *realities*, la farándula y el morbo televisivo que se aprecia en el Chile del siglo XXI y que forma parte de una tendencia global.

CRISIS Y RECUPERACIÓN DE LA DEMOCRACIA

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA

La elección de Jorge Alessandri en 1958 significó el acceso de la derecha al poder. Pese a declararse independiente y técnico, Alessandri debió gobernar con los partidos Liberal y Conservador. Inicialmente, el gobierno desarrolló una fuerte expansión y un plan de estabilización económica que le permitió obtener algunos logros en la lucha contra la inflación. Sin embargo, a fines de su periodo presidencial era evidente que no se había materializado el proyecto político gubernamental, limitándose la administración a resolver los problemas más urgentes. Entre ellos, los daños provocados por el terremoto y maremoto que asoló la zona centro-sur de Chile en 1960, que tuvo en las obras destinadas a evitar la destrucción de Valdivia, amenazada por los efectos del movimiento sísmico sobre el lago Riñihue, una de la acciones épicas de los ingenieros nacionales que, luchando contra la naturaleza, conmovieron a todo el país.

En 1964 el candidato democratacristiano Eduardo Frei Montalva obtuvo la mayoría absoluta en la elección presidencial. Antes, se había desplegado una intensa "campaña del terror" en contra de la candidatura del izquierdista Salvador Allende, reflejo de un sistema político que ya comenzaba a mostrar crecientes grados de polarización e intolerancia.

El nuevo gobierno aplicó un programa que buscó transformar las estructuras de la sociedad chilena. La "Revolución en libertad", como se le llamó, puso énfasis en la profundización de

la democracia mediante planes de promoción popular, el desarrollo del sindicalismo, la reforma agraria y la adquisición de 51% de los yacimientos de la Gran Minería del cobre.

Durante los seis años de gobierno de Frei Montalva no solo se construyeron miles de viviendas, escuelas y jardines infantiles; aumentó la matrícula escolar; se impulsó la participación activa de la mujer en la vida nacional; se fomentaron la sindicalización campesina y las organizaciones vecinales, también se revitalizó la participación y presencia del país en la comunidad internacional.

Pese a los logros alcanzados, el gobierno no fue capaz de resolver el problema inflacionario. Lo anterior, unido a la polarización de la vida política y a una fuerte carga de ideologismo, propia de los años sesenta, explica la agudización de los conflictos sociales y políticos que se observó a fines del periodo presidencial de Frei, los que incluyeron hechos de violencia, tanto de las fuerza policiales como de agrupaciones políticas.

La lucha electoral de 1970 enfrentó tres programas, tres concepciones de la sociedad, que correspondían a las tendencias políticas que desde 1958 venían planteándose con nitidez: la derecha, el centro y la izquierda, cada una con su utopía, su planificación global, su proyecto excluyente, en una sociedad crecientemente polarizada y angustiada por la precaria situación de un gran porcentaje de la población que vivía bajo la línea de la pobreza.

La izquierda, agrupada en la Unidad Popular (UP), una coalición política que reunía a comunistas, socialistas, radicales, cristianos, masones, revolucionarios e independientes, llevó como candidato a Salvador Allende, quien propuso desarrollar nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para superar el subdesarrollo como para avanzar en el sistema socialista. Su programa planteó sustituir el sistema bicameral existente por una cámara única, y el establecimiento de tres áreas económicas: la estatal, la mixta y la privada.

La derecha, representada por el Partido Nacional, propuso una renovación política amplia y una profunda transformación económica que reemplazara los conceptos intervencionistas y estatistas por formas económicas en las que la iniciativa privada y el mercado tuvieran un papel protagónico. Postuló "La nueva República", a la cual se llegaría con una reforma constitucional y el retorno a formas económicas liberales. Jorge Alessandri fue el líder que representó esta tendencia.

En el centro político, la Democracia Cristiana (PDC) postuló a Radomiro Tomic, quien presentó un programa de carácter anticapitalista, muy similar al de la Unidad Popular, en virtud del cual el PDC debía declararse socialista y revolucionario y rechazar la nacionalización pactada del cobre, es decir el acuerdo con las grandes compañías mineras, apoyando la nacionalización por ley.

Luego de una campaña muy tensa, el abanderado de la UP obtuvo 36.2% de los votos en las elecciones presidenciales. En noviembre de 1970 Salvador Allende asumió la presidencia. Su gobierno, el primero declaradamente socialista que había en el país, inició entonces su "vía chilena hacia el socialismo".

En sus primeros meses el nuevo gobierno avanzó en su programa de expropiaciones y nacionalizaciones de su plan económico. El Estado expropió numerosas empresas privadas y nacionalizó el hierro, el carbón y el cobre, intensificó la reforma agraria e inició la estatización de la banca, lo que provocó la reacción de los grupos afectados.

Entre tanto, la inflación y la escasez de productos esenciales alentada por la oposición para provocar desabastecimiento, fueron acentuando el conflicto social. Las manifestaciones de protestas y de apoyo al gobierno se hicieron habituales, y normal fue también que terminaran en medio de la violencia. El régimen no pudo controlar la agitación y el uso de la fuerza, tanto de grupos oficialistas como de opositores, y la intensidad y frecuencia de los conflictos crearon un clima de gran polarización al cual contribuyó el proyecto educacional del gobierno, la Escue-

la Nacional Unificada (ENU), que la oposición y la Iglesia católica vieron como un proyecto totalitario, imposible de aceptar, en algunos casos, aun antes de haberlo analizado en profundidad.

Como antes, y también después, la educación también fue apreciada en situación de crisis por el gobierno de la UP o, lo que es lo mismo, que no respondía a las necesidades de un país que vivía una profunda transformación social, y que luchaba por salir del subdesarrollo. Entre sus síntomas se mencionaba la desigualdad de oportunidades de los escolares que ingresaban al sistema pues en 1972, de cada 100 estudiantes incorporados al primer año básico, solo 14.2 llegaban a 4º medio, y apenas 4.1 ingresaban a la Universidad. Según el censo de 1970, de cada 100 trabajadores, 8.3 jamás habían asistido a la escuela, 52.1 tenían menos de 4º básico y solo 34.9 habían cumplido o superado los seis años de escolaridad obligatoria, en tanto que 4.7% de los censados no declaró su nivel de estudios. La conclusión fue que se necesitaba más educación y para un mayor número de personas, pero también de mejor calidad y orientada a la calificación de la mano de obra.

Las estadísticas muestran que entre 1970 y 1973 el sistema educacional amplió su matrícula a un ritmo sin precedentes. Si en 1970 había 2 477 254 alumnos registrados en todos los niveles de enseñanza, en 1973 alcanzaban a 2 996 103, es decir, 17.4% de aumento en solo tres años y un crecimiento promedio anual de 6.54%, el más alto registrado hasta entonces. Mientras esto ocurría, todo el sistema educacional, considerando la población hasta los 24 años de edad, amplió su cobertura de 47% en 1970, a 54.5% en 1973.

Entre los actores que evaluaron la reforma educacional planteada por la UP, la Iglesia católica fue uno de los que expresó con más fuerza y claridad su rechazo, obteniendo, por su papel en la sociedad y la trascendencia de sus juicios, gran apoyo ciudadano; siendo determinante no solo en relación con la suerte final de la ENU, sino también del régimen que la promovió. La Iglesia

puso en duda el carácter pluralista de la ENU pues no veía destacados en parte alguna los valores humanos y cristianos que formaban parte del patrimonio espiritual de Chile y a los que, sostuvo, se adhería un altísimo porcentaje de la población.

La posición de la Iglesia católica era presentada por la prensa lejana al gobierno, y vista por la oposición a la UP, como un rechazo total y categórico a la ENU. Dada a conocer a comienzos del año escolar, en marzo de 1973, se sumó a las posiciones de otras instituciones, actores y fuerzas vivas de la sociedad, formando parte de un debate, en medio de un clima tenso por las circunstancias de la época, que transformaron el análisis del proyecto en un diálogo de sordos. De este modo, la propuesta educacional del gobierno de la Unidad Popular ofrece un elocuente ejemplo de la proyección política que el tema educacional puede llegar a tener en el país. Cuando fue planteada, en el ambiente de polarización por el que entonces atravesaba la sociedad, y que culminaría con el golpe militar de 1973, pocos fueron los actores sociales y políticos que la analizaron en su mérito. La ENU se transformó para la oposición en un motivo, un gran instrumento por medio del cual atacar al gobierno; fue un medio que facilitó su unidad y cohesión al verse en ella un intento por, como se dijo, instaurar un sistema educacional de carácter totalitario.

Para llevar adelante sus planes, el gobierno recurrió a resquicios legales mediante los cuales burlaba el fondo de la legislación. Los partidos de oposición, agrupados en la Confederación por la Democracia (Code), acusaron al presidente de colocarse al margen de la legalidad, entre otras razones por no contener a los sectores de extrema izquierda y sus acciones violentas, y no escatimaron esfuerzos por impedir lo que para sus dirigencias era un tránsito irreversible hacia un Estado marxista. Huelgas, paros nacionales y protestas diarias de diversos sectores productivos, educacionales y gremiales marcaron el año 1972. Junto con la presión de la oposición Allende sufrió la de sus partidarios más ra-

dicalizados, como los socialistas y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que lo urgían a acelerar el tránsito hacia el socialismo, promoviendo acciones de hecho y profiriendo declaraciones que exacerbaron el ya de por sí tenso clima político.

En este ambiente, las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 no resolvieron la crisis política puesto que, si bien la Code obtuvo la mayoría absoluta, la UP aumentó su votación respecto de 1970, llegando a casi 44%. Persistía así el empate político que dividía al país y que impedía que el gobierno materializara plenamente su programa o que la oposición destituyera legalmente al presidente utilizando una acusación constitucional.

A lo largo de 1973 las tensiones políticas se acentuaron, la violencia no disminuyó y las posibilidades de acuerdo se alejaron, todo inmerso en una profunda crisis económica, social y política. El sistema político se mostró incapaz de superar la situación y el régimen democrático comenzó a desmoronarse en medio de una intensa campaña de opinión en contra del gobierno de Allende. En un último intento por salvar la crisis, se iniciaron conversaciones entre el gobierno y la oposición que fueron un fracaso. Entre tanto, sectores opositores comenzaron a acercarse a las Fuerzas Armadas instándolas a acabar con el régimen de la Unidad Popular. Entonces se hizo presente también el intervencionismo estadounidense, que promovió, apoyó y financió acciones desestabilizadoras contra el gobierno de Allende.

EL QUIEBRE INSTITUCIONAL

El acceso al poder de los militares en 1973 no fue un hecho aislado en el contexto de la historia de Chile republicano, y tampoco fue inédito en el concierto latinoamericano de la época. En la historia nacional, en la época de la organización nacional, luego de la independencia, y en la década de 1920 los militares habían llegado al poder, mientras que una de las características

de la evolución política de las naciones latinoamericanas fueron las frecuentes intervenciones militares producidas a partir de los años sesenta.

Cada una de las Fuerzas Armadas de los países latinoamericanos que tomaron el poder político adujeron variadas razones, sin embargo, comunes a todas fueron la necesidad de restablecer el orden y modificar los sistemas políticos imperantes, recuperar las economías de situaciones críticas y hacer frente a las amenazas totalitarias que la Doctrina de la Seguridad Nacional representaban en el marxismo. Estos elementos, más los factores locales, explican la llegada al poder de los militares chilenos en 1973.

Una de las principales características de la historia de Chile en la segunda mitad del siglo XX fue la existencia de profundos desequilibrios en las estructuras sociales y económicas. En el plano económico, el desarrollo del sector industrial y minero fue muy superior al desenvolvimiento alcanzado por el mundo agrícola. En el ámbito social, el grado de bienestar alcanzado por los sectores medios y proletarios urbanos fue muy superior al de los campesinos y al de los marginados de las ciudades quienes, subsistiendo en condiciones muy precarias, constituyeron sectores dispuestos a otorgar su voto a quienes les ofrecieran una rápida solución a sus problemas.

Aunque el modelo de desarrollo hacia adentro implementado en la década de 1930 permitió un crecimiento sostenido de la economía, mejorando así las condiciones de vida de la población, no pudo satisfacer las crecientes demandas de los diferentes sectores sociales que conformaban la realidad nacional. Todo en medio de ciclos inflacionarios que llevaron el alza del costo de la vida a niveles nunca vistos en el país, y de una economía que continuó dependiendo de los mercados externos a pesar del esfuerzo industrializador. Aunque la producción industrial aumentó y se produjeron mejoras sociales, subsistieron las carencias habitacionales, laborales y educacionales.

Las graves diferencias existentes en la sociedad llevó a cada uno de los partidos políticos a realizar un diagnóstico de los problemas del país, concluyendo que eran necesarias transformaciones profundas en todos los ámbitos de la vida nacional. Surgieron entonces, a fines de la década de 1950, las planificaciones globales, proyectos que implicaban un cambio integral de la sociedad a fin de corregir los desequilibrios existentes en su interior. Cada sector político: la izquierda, la derecha y el centro, creyó tener la solución para el país; cada uno presentó su proyecto, diferente y excluyente del otro, y así se hizo imposible lograr el acuerdo político necesario.

Frases como "ni por un millón de votos cambio una coma de mi programa", utilizada por Frei el año 1964, o "avanzar sin transar", característica de los partidarios de la Unidad Popular, ni qué decir de los tanques atacando La Moneda en 1973, reflejan la situación política que llevó al quiebre de la democracia.

Los grupos marginados de los beneficios del sistema, apremiados por su precaria situación económico-social, presionaron a los partidos con la esperanza de obtener soluciones. Estos, a su vez, ofrecieron sus proyectos disputándose el electorado, con lo cual solo se consiguió agudizar más las diferencias e imposibilitar los compromisos. La vida política se polarizó. Cada sector creyó ser el dueño de la verdad y ninguno estuvo dispuesto a ceder. Entonces surgió la violencia política. Sectores juveniles y radicalizados de izquierda, influidos por la Revolución cubana, la usaron para presionar al sistema político en favor de las reivindicaciones de los grupos más postergados. En tanto entre las agrupaciones de centro y derecha también se organizaron grupos de choque para enfrentar, en la calle, a los partidarios de la izquierda.

La clase media, que era la gran beneficiada con el modelo imperante, se atemorizó con las presiones populares, y también se mostró dispuesta a utilizar la violencia para defender sus beneficios. Las fuerzas políticas, en su lucha electoral por el poder,

radicalizadas y cerradas a todo posible acuerdo, se volcaron a la calle, intentando resolver por la fuerza lo que electoralmente resultaba un virtual empate entre el centro, la derecha y la izquierda. Fue en este contexto de radicalización, agravada por las repercusiones de la Guerra Fría, que se produjo el triunfo de las fuerzas de izquierda en la elección presidencial de 1970.

La crisis de 1973 tiene variados antecedentes y múltiples causas. Sin embargo, uno de los factores fundamentales para explicarla fue la pérdida de confianza en el sistema democrático que mostraron los grupos sociales y políticos de la época.

Para la izquierda, se trataba solo de una democracia formal, que no era tal en la práctica, puesto que si bien existían derechos políticos para la gran mayoría de la población, en materia económica y social subsistían grandes y graves desigualdades. Para la clase media, las reivindicaciones de los sectores populares, materializadas en el programa de la UP, significaban una amenaza, frente a la cual muchos estuvieron dispuestos a sacrificar la democracia si con ello frenaban las aspiraciones populares. Finalmente, un sector importante de la derecha y los sectores más acomodados, desde el momento mismo en que Allende llegó al poder, estuvo dispuesta a renunciar a la democracia con tal de mantener su situación y privilegios.

EL RÉGIMEN MILITAR

La mañana del 11 de septiembre de 1973 había comenzado sin grandes variaciones para la mayor parte de los chilenos; pocos sospechaban los sucesos que a tempranas horas de la madrugada habían comenzado a desencadenar las Fuerzas Armadas. En Valparaíso se estaban produciendo movimientos anormales de tropas, encaminados a tomar control de los sitios estratégicos. Informado el presidente Allende de los sucesos en el puerto, se trasladó a La Moneda para organizar la resistencia, ante lo que,

no dudaba, era un movimiento militar para despojarlo del poder, como se rumoraba hacía semanas.

Cerca de las 8:00 horas de aquel día la población se enteraba, por las radioemisoras de oposición al régimen de la Unidad Popular, que una junta militar había asumido la conducción del país y que exigía que el presidente procediera a la inmediata entrega de su cargo, anunciando que todo el territorio nacional se encontraba bajo su control. Las emisoras oficialistas habían sido silenciadas y solo una de ellas, Radio Magallanes, pudo transmitir el último mensaje que Allende dirigió a sus partidarios y a la ciudadanía en general.

Pasadas las 11:00 de la mañana y puesto que Allende, quien se encontraba en el interior de La Moneda se negaba a entregarse, las Fuerzas Armadas presentaron un ultimátum al presidente: de no entregarse en tres minutos, se procedería al bombardeo del palacio presidencial.

La población seguía expectante los acontecimientos. Por las radios se transmitían los bandos de la Junta Militar en los cuales se explicaban las motivaciones de las Fuerzas Armadas, se daban instrucciones y se informaba sobre las medidas que el nuevo gobierno decretaba, entre ellas, el estado de sitio y el toque de queda. Minutos antes del mediodía la Fuerza Aérea inició el bombardeo de La Moneda, mientras que por tierra los tanques vencían la resistencia de quienes estaban dentro.

Luego del ataque, habiéndose rendido algunos de los acompañantes de Allende y suicidado el presidente, los militares ocuparon el edificio. El asalto había concluido y la Junta Militar, conformada por los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, Augusto Pinochet (Ejército), José Toribio Merino (Armada) y Gustavo Leigh (Fuerza Aérea), más el general director de Carabineros, César Mendoza, asumía la plenitud del poder.

A partir del 11 de septiembre de 1973 se instauró en Chile un férreo régimen militar. La existencia de un gobierno dictatorial no era un hecho inédito en la historia de Chile y su acceso al

poder obedecía, aproximadamente, a las mismas causas estructurales por las cuales en otras oportunidades también se había llegado a la solución autoritaria. Pero ahora, 1973 en adelante, en las circunstancias de Chile y el mundo de la Guerra Fría, sustentado también en la ola conservadora y neoliberal que sobrevendría en Occidente, se impuso un proyecto político de largo alcance y reformas estructurales que contribuyeron a cambiar de manera radical la sociedad chilena.

El nuevo régimen disolvió el Congreso Nacional, decretó el receso de los partidos políticos, proscribió toda actividad política, encarceló a los principales funcionarios del gobierno derrocado, clausuró los medios de comunicación que no le eran afines e inició una política de acoso y persecución de los opositores y partidarios de la Unidad Popular que habría de subsistir a lo largo de todo el gobierno militar, y cuya consecuencia más evidente fue la sistemática violación de los derechos humanos, además del exilio y el destierro de miles de personas que fueron acogidas en numerosos países, entre los que México sobresalió por la oportunidad y hospitalidad con que asiló a los perseguidos.

Entre septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990 se sucedieron las acciones represivas llevadas a cabo por órganos del Estado o por comandos que contaron con su amparo, variando en intensidad según las alternativas de la realidad local. Ellas se tradujeron en numerosas víctimas, respecto de muchas de las cuales todavía nada se sabe, y que constituyen los detenidos-desaparecidos.

Durante la mayor parte del régimen militar el gobierno mantuvo un absoluto control sobre todos los aspectos de la vida nacional. A la proscripción de la actividad política se sumó la disolución de las organizaciones sindicales y de las federaciones de estudiantes, la persecución de los empleados públicos, el control de las universidades, la censura a los medios de comunicación, el control implacable y exclusivo de la televisión, el encarcelamiento de los líderes de la oposición y la permanente vigencia de

estados de excepción que, limitando los derechos ciudadanos, facultaron al poder ejecutivo para actuar sin ningún contrapeso. La sensación de temor existente en la población fue uno de los signos más ilustrativos de esta política, sin que el poder judicial hiciera prácticamente nada por amparar a la ciudadanía.

La dictadura que siguió al golpe de Estado de 1973 implementó una profunda reforma económica y social cuyo propósito fundamental era conducir al país hacia una economía de mercado. En ella el mercado se transformó en el gran asignador de los recursos; el sector privado, por sobre el Estado, adquirió el protagonismo en la vida económica, y las exportaciones desde entonces desempeñan el papel de agente principal del crecimiento.

La transición hacia el nuevo modelo económico se inició algunos años después de haber asumido la Junta Militar, en abril de 1975, cuando el ministro de Hacienda de la época anunció un Plan de Reconstrucción Económica para hacer frente a la crisis de la balanza de pagos que se dejaba sentir desde comienzos de aquel año. En la emergencia, se comenzaron a aplicar importantes reformas estructurales: se levantó la mayoría de los controles a los precios, se devaluó el peso, se restringió el gasto público, se eliminaron los subsidios y se liberalizaron las tasas de interés, entre otras medidas.

Las reformas de libre mercado abarcaron todas las áreas de importancia de la economía, siendo el sector minero uno de los principales. Fue la forma de desmantelar el régimen intervencionista existente en el país. Se produjo una redefinición del papel del Estado en la economía, ahora subsidiario, eliminándose los déficits fiscales, disminuyendo drásticamente el gasto fiscal y bajando los impuestos, levantándose los controles de precios, liberalizando los mercados y privatizando empresas estatales, el sistema de seguridad social y una parte de los sistemas educacional y de salud públicos.

La economía se abrió al exterior, para lo cual se eliminaron las barreras no arancelarias a las importaciones, se cambió la

estructura arancelaria alta y diferenciada por una tasa arancelaria baja y casi uniforme, se redujeron los controles cambiarios y se abolieron todas las restricciones a las importaciones. Mediante la supresión de los límites a las tasas de interés y los controles del crédito, la liberalización de la inversión extranjera y el establecimiento de un Banco Central independiente, la autoridad creó un mercado de capitales libre y regulado.

Al igual que en prácticamente todos los aspectos de la organización del Estado, el sistema educacional experimentó profundas transformaciones, en especial en todo lo relacionado con la administración escolar pues, en términos de práctica pedagógica, contenidos, recursos y cobertura, se continuó con usos, medios y procesos en marcha desde años atrás.

Luego del golpe, y una vez reanudadas las clases en todos los establecimientos educacionales del país, pues muchos estaban en paro desde hacía meses en protesta contra el gobierno de la UP, en general, y la ENU, en particular, se dejó sentir un radical cambio en el ámbito educacional, siendo un notable ejemplo de la ruptura institucional de 1973.

En escuelas, liceos, colegios y universidades ya no estaban ni todos los alumnos ni todos los profesores, y los que permanecieron habían cambiado radicalmente, si no sus ideas, al menos su presentación personal. La toma del control del conjunto del sistema educacional y la intervención de las universidades implicó un proceso de depuración que hizo salir de las instituciones a los sujetos comprometidos con el gobierno popular.

Entre las orientaciones de la política educacional estuvieron las de mejorar la educación general, insistir en una preparación específica para una mejor adaptación de los alumnos al medio y al mundo del trabajo, y desarrollar la enseñanza especial y la educación parvularia, como efectivamente ocurrió.

En la educación también se perfiló la orientación económica neoliberal del nuevo régimen, es decir, aquella en que se conjugaba la acción subsidiaria del Estado con la activa del sector

privado. Fue así como se puso en marcha un conjunto de iniciativas destinadas al traspaso de establecimientos educacionales a las municipalidades, el aumento de la subvención a los privados y el traspaso de los centros técnico-profesionales a instituciones gremiales empresariales.

La educación superior también experimentó cambios significativos. En 1981 se inició un drástico proceso de cambio que diversificó el sistema incorporando junto a las universidades tradicionales, los institutos profesionales y los centros de formación técnica. Esta reforma incluyó la autorización para abrir nuevas instituciones y centros particulares, base del posterior desarrollo de las llamadas universidades privadas.

El proceso de descentralización educacional fue sin duda el aspecto más destacado entre las transformaciones promovidas por el régimen militar y, también, el que ha tenido los efectos más perdurables sobre el sistema. Esta transformación, cuya principal medida fue el traspaso de los establecimientos del Ministerio de Educación a las municipalidades, hizo posible una mayor autonomía en las determinaciones técnico-pedagógicas y la adaptación de los planes y programas a la realidad de cada zona, pero sobre todo una mayor participación del sector privado en la gestión educativa local.

Sin embargo, la municipalización de la educación ha significado una gran segmentación social debido a la escasez de recursos de la mayor parte de los municipios, lo que ha redundado en bajos resultados escolares de sus establecimientos y en la crisis de la educación pública.

La expansión de la matrícula de los párvulos y de los estudiantes de la enseñanza media y universitaria fue una de las constantes del periodo. La parvularia creció entre 1970 y 1989 en 253.21%, la secundaria en 145.65% y la superior 203.6%. En términos de cobertura, la educación de párvulos que en 1970 atendía a 14.6% de la población entre cinco y seis años de edad, en 1989 recibía a 48.4%. En la educación media la cobertura

educacional pasó de 49.73% en 1970 a 81.77% en 1988. Entonces, todavía había 19.27% de jóvenes de 14 a 17 años que no estaban integrados al sistema educacional, la mayor parte de ellos pertenecientes a familias de menores ingresos. Una manifestación más de la inequidad del sistema educacional en particular, y social, en general.

En el área del trabajo se flexibilizaron los mercados laborales mediante la reducción del poder de los sindicatos, se eliminaron las restricciones a los despidos y la intervención estatal en la negociación de los salarios. Por último, en el área social se intentó desarrollar una red social y así mejorar las condiciones de vida de los más pobres, los más directamente afectados por las nuevas políticas económicas.

La mayor parte de las reformas fueron implementadas sin que mediara discusión alguna en la sociedad, como no fuera la existente entre los sectores políticos, empresariales y académicos que apoyaron al régimen militar. Se desecharon las críticas opositoras y pese al alto desempleo, la caída del ingreso por persona y el endeudamiento interno, el modelo se mantuvo en sus bases logrando no solo la recuperación económica del país, sino también el crecimiento y modernización de la economía que, sin embargo, tuvo un comportamiento apenas regular comparada con la de otros momentos.

El desempeño económico de los gobiernos de Chile en los últimos 50 años demuestra que ha sido durante los periodos democráticos cuando la economía ha tenido un mayor rendimiento. Entre 1958 y 2012 las estadísticas promedio de crecimiento de la economía, desempleo, inflación, ingreso promedio del 10% más pobre de la población y la relación 10/10, es decir la proporción entre lo que gana el 10% más rico y lo que gana el 10% más pobre, demuestran que el cometido económico de la dictadura de Pinochet fue el más modesto. En todos los indicadores el manejo de la democracia es mejor que el de la dictadura, destacándose las diferencias en crecimiento, empleo, pobreza y equidad.

Considerados individualmente, el ejercicio de cada uno de los gobiernos democráticos también es mejor que el de Pinochet en casi todos los indicadores. De hecho, la dictadura tuvo un mejor desempeño que el gobierno de Allende en materia de inflación y de crecimiento de la economía, pero peor que los demás gobiernos democráticos en todos los indicadores de crecimiento, empleo, inflación, pobreza y equidad, y que el del propio Allende en los de empleo, pobreza y equidad.

Así, no solo son las violaciones a los derechos humanos o el enriquecimiento ilícito de sus jerarcas los que hacen de los 17 años de la dictadura un periodo repudiable, también su, por algunos, ponderado desempeño económico que, las incontrovertibles estadísticas muestran negativas en comparación con los gobiernos democráticos.

En el ámbito institucional el gobierno militar se impuso como tarea dar al país un nuevo sistema político. Se nombró una comisión encargada de elaborar una constitución que, recogiendo las experiencias pasadas y las ideas de quienes ejercían el poder, permitiera, sostuvieron, recuperar el régimen democrático, ahora protegido. La comisión trabajó a puertas cerradas durante un largo tiempo, entregando finalmente un borrador que pasó al Consejo de Estado nombrado por el régimen. Ese cuerpo, encabezado por el ex presidente Jorge Alessandri, realizó numerosos cambios al proyecto, intentando darle un cariz democrático. Finalmente, el proyecto pasó a la autoridad la que eliminó la mayor parte de las adiciones del Consejo de Estado y lo sometió a la consideración popular sin las mínimas garantías de un proceso electoral.

La Constitución de 1980 contó con un articulado permanente y disposiciones transitorias aplicables solo en el periodo comprendido entre su aprobación y su plena e integral vigencia a partir de 1990. Por ella se instituyó un régimen presidencialista protegido, que dotaba al ejecutivo de grandes poderes y excluía las doctrinas consideradas totalitarias del juego político democrático, limitando el pluralismo. La nueva carta consagró

la autonomía de las Fuerzas Armadas respecto del poder político y del jefe del Estado, convirtiéndolas en las tutoras de la institucionalidad por medio del Consejo de Seguridad Nacional, integrado mayoritariamente por militares.

En el último año del gobierno militar, una vez derrotado Pinochet en el plebiscito de octubre de 1988 y luego de progresivos acercamientos entre este y la oposición, se alcanzó un acuerdo para reformar, y así democratizar, la Constitución. Gracias a las reformas que la ciudadanía aprobó abrumadoramente en el plebiscito convocado en 1989, se eliminaron aquellas normas referidas a la proscripción de determinadas doctrinas políticas, se incorporó a un civil al Consejo de Seguridad Nacional, estableciéndose la igualdad entre los miembros civiles y militares, y se limitaron las facultades de dicho organismo.

EL AUTORITARISMO EN CHILE

Las causas del golpe militar de 1973 y la dictadura y su principal figura, propician una discusión que aunque parezca saldada respecto de los hechos más cercanos y su protagonista, no impide sin embargo transformarla en un estímulo para reflexionar sobre el autoritarismo en Chile.

De la dictadura militar y la responsabilidad de Pinochet en los fenómenos más notorios de la misma —ciertos logros macroeconómicos y la sistemática violación de los derechos humanos—, la opinión prevaleciente se puede resumir en las palabras de un colaborador del gobierno militar, influyente columnista, más tarde decisivo participante en la comisión destinada a esclarecer las violaciones a los derechos humanos y destacado historiador. Gonzalo Vial, en su texto "Como un cáncer" aparecido en 1985 en un semanario de circulación nacional, conmovido por los que llama "dolorosos crímenes", reflexionó sobre la responsabilidad ante la posteridad del régimen militar y el gobierno de Pinochet. Después

de mencionar algunas de las que califica de extraordinarias realizaciones económicas como destinadas a recibir un merecido reconocimiento, Vial advierte que, sin embargo, en el "ámbito ético o moral el juicio de la posteridad y de la historia es mucho más duro que el de los contemporáneos". Entonces, y recordando "los todavía impunes horribles asesinatos perpetrados durante los últimos seis años (para no ir más atrás)", concluye: "la responsabilidad histórica, por último, es de S.E. el Presidente de la República. A él, fundamentalmente, cargará o abonará la posteridad todo lo sucedido bajo el régimen y gobierno militar". Lo que Vial pronosticó en 1985 para Pinochet y su administración hace rato se cumplió. Incluso, a pesar de los alegatos inverosímiles del propio Pinochet y, todavía hoy, de algunos de quienes se beneficiaron más directamente con su administración.

Lo ocurrido con la imagen del dictador y su gobierno no debe llamar la atención. Así también sucedió con las proyecciones históricas de otras figuras y épocas marcadas por el autoritarismo, los abusos y la falta de libertad. Ese fue el destino de la dictadura que Ibáñez encabezó en la década de 1920 y del régimen impuesto por Diego Portales entre 1830 y 1837, los cuales, pese a sus pretendidos logros y adelantos, son recordados por sus arbitrariedades y excesos.

Aun considerando los antecedentes expuestos para la crisis de 1973, los recurrentes periodos de autoritarismo que a lo largo de la evolución republicana de Chile se han presentado pueden ser explicados en un contexto más amplio.

Es evidente que por lo menos desde el siglo XVIII, Chile muestra ciclos históricos conformados cada uno de ellos por tres etapas perfectamente identificables que se asocian a periodos de expansión, crisis y autoritarismo. Como es obvio no es que Chile esté condenado a repetir su historia, pero es un hecho que estas etapas se han sucedido en los últimos tres siglos.

A un periodo de expansión y crecimiento, como lo fueron el siglo XVIII, el Chile del siglo XIX entre la década de 1830 y 1891

y el lapso que va entre 1930 y 1970, aproximadamente, le siguió una etapa de crisis motivada por los cambios a que dio lugar la expansión nacional.

De estas crisis, como la del periodo de la lucha por la organización de la República que incluye la independencia y sus efectos; la del fin de la sociedad liberal, con el parlamentarismo y la crisis del centenario, y la de polarización y violencia que afectó al país desde el final de la década de 1960, Chile, hasta ahora, solo ha logrado salir recurriendo al hombre fuerte, al gobierno autoritario, a la dictadura —Portales, Ibáñez y Pinochet— que, restringiendo la libertad, impone el ansiado orden y estabilidad rotos por el periodo de crisis.

Respecto de los lapsos de expansión, se han caracterizado por el crecimiento económico, la formación o consolidación de nuevos grupos sociales, el enriquecimiento de la vida cultural, una mayor pluralidad política y, finalmente, la aspiración de un determinado sector de la sociedad a ejercer el poder.

Sin embargo, el desarrollo y las transformaciones que los periodos de expansión trajeron consigo significaron momentos de cambio marcados por las dificultades económicas, la efervescencia social, la inestabilidad política, el desorden y la violencia. Así ocurrió entre 1810 y 1829, durante la organización de la República; desde 1891 y hasta el primer gobierno de Ibáñez, y desde mediados de la administración de Frei Montalva en adelante. Los desequilibrios se manifestaron en cada momento de manera diferente y con intensidades también disímiles, lo que, sin embargo, no impide calificarlos como crisis. Crisis de crecimiento, motivadas por el desenvolvimiento de la nación que no solo generó nuevas realidades todavía no asumidas, sino también expectativas no satisfechas que, por eso mismo, llevan a la crisis institucional.

En esas coyunturas, la mayoría de la población, hastiada de la inestabilidad, angustiada por la amenaza, real o ficticia, que las nuevas realidades provocadas por la expansión le hacían sen-

tir sobre sus derechos, propiedades o privilegios, o, simplemente, cansada del desorden y las penurias económicas, siguió un solo camino, creando las condiciones para la aparición del hombre fuerte, de aquel que le garantizaba orden y tranquilidad.

Lo anterior explica que en 1829, 1927 y 1973 el país entrara en momentos de autoritarismo. Son las dictaduras de Portales, Ibáñez y Pinochet, las cuales se inician con la aceptación mayoritaria de la población que ve en ellas el medio de superar la crisis. No solo comparten su origen, también sus características esenciales. La principal de ellas, el imperio de la violencia y la arbitrariedad, por medio de las cuales se somete a una sociedad más temprano que tarde desengañada.

Ellas nacen como consecuencia del quiebre de la institucionalidad preexistente o bien de la desnaturalización del sistema y, a lo largo de su desenvolvimiento, presentan como objetivo inicial fundamental el fin de la anarquía, la recuperación de la autoridad o la supresión del caos para, luego, pasar a la etapa de la estabilidad, modernización o reconstrucción.

De tal forma, esos momentos autoritarios, además de su legado de dolor y conflictos, han heredado al país concepciones sobre el ejercicio del poder y la modernización político-administrativa o económica que han sobrevivido a las dictaduras que iniciaron su implementación. Participan también de la evolución histórica nacional, no como excepciones que es preciso olvidar, sino como etapas de cada uno de los ciclos que es posible advertir en la evolución histórica de Chile.

Restablecido el orden, y aplicadas las nuevas nociones, la sociedad chilena, ahora harta del autoritarismo, reacciona. Bien sea para eliminar al dictador, como ocurre con Portales; extirparlo de la sociedad, el exilio de Ibáñez, o, como ocurrió con Pinochet, integrarlo como uno más a la vida nacional. Esta última situación es una de las singularidades de la transición democrática chilena y ejemplo de la supervivencia de rasgos del régimen militar más allá de su fin formal.

La realidad histórica muestra que completado el ciclo el país comienza, una vez más, un nuevo periodo con su primera etapa de expansión, estabilidad, vigencia de la institucionalidad, crecimiento económico, pluralidad cultural, diversidad social, etc. Es el reinicio de la búsqueda de la modernidad, cualquiera que sea el significado concreto que en cada época se otorgue al concepto, y que hoy se asocia con democracia, desarrollo e inclusión social. La que, hasta ahora, siempre ha terminado en crisis, en ruptura que solo se ha superado recurriendo a la violencia, quebrando el sistema y cayendo en la dictadura. Tal vez, la verdadera modernidad —progreso, desarrollo o, sencillamente, convivencia republicana— consista en crear la capacidad de superar los momentos de crisis sin quebrar la institucionalidad.

De lo expuesto, se desprende que modelos como el que Pinochet representa son parte de la historia de Chile, que las causas que los llevan al poder no son unívocas, y que la historia no busca culpables, sino explicaciones que permitan enfrentar el presente y el futuro con menos incertidumbre.

Estas conclusiones no significan diluir las responsabilidades individuales, políticas e históricas, incluso judiciales, que tiene cada uno de los actores involucrados en los hechos y procesos históricos recientes. Sobre todo tratándose de hechos que repugnan la conciencia de la humanidad, como las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura de Pinochet, que deben ser explicitadas, como por lo demás ha ocurrido en Chile en muchos casos en los que los culpables han sido identificados, juzgados y encarcelados.

LA RECUPERACIÓN DE LA DEMOCRACIA

De acuerdo con la Constitución de 1980, en 1988 correspondía convocar a un plebiscito para definir el futuro político del país. El poder legislativo, ejercido por la junta formada por los cua-

tro comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y Carabineros, propuso al país el nombre de un candidato para ejercer el poder a partir del 11 de marzo de 1989. En caso de ser rechazado, debería convocarse a elecciones presidenciales en diciembre de 1989. El candidato propuesto para ser el abanderado de la opción "Sí" fue el general Augusto Pinochet. De ganar, iniciaría un nuevo periodo de gobierno de ocho años. La oposición a Pinochet, aceptando las reglas del juego impuestas por el gobierno, se agrupó en la Concertación por el No. Su objetivo era derrotar al general y con ello forzar a la convocatoria de elecciones presidenciales libres, tal como lo estipulaba la Constitución.

El 5 de octubre de 1988 se realizó la consulta popular. Los resultados definitivos fueron un claro triunfo de la opción "No": 55% de los chilenos dijo no a Pinochet y optó por la alternativa de las elecciones libres. El retorno a la democracia se convirtió en un hecho irreversible.

Las fuerzas políticas triunfantes en 1988 se organizaron en la Concertación por la Democracia que agrupó a 17 partidos políticos de oposición y presentó un candidato único a la Presidencia de la República, el democratacristiano Patricio Aylwin Azócar. Las fuerzas que apoyaban al gobierno se unieron en la coalición Democracia y Progreso, nominando como su candidato presidencial al ex ministro de Hacienda del régimen militar, Hernán Büchi. Un tercer candidato, el independiente Francisco Javier Errázuriz, concurrió también a la elección.

Aunque entonces la preocupación central de la opinión pública se dirigía hacia la elección presidencial del 11 de diciembre, en la misma fecha correspondería elegir a los miembros del Congreso Nacional. Los candidatos a diputados y senadores se alinearon en tres listas principales, las cuales coincidían con los tres candidatos presidenciales.

Patricio Aylwin triunfó con 55.2% de los votos, lo que le bastó para evitar una segunda vuelta y convertirse en presidente. La Concertación por la Democracia había triunfado también en

las elecciones parlamentarias, de tal manera que el gobierno que asumiría el 11 de marzo de 1990 contaría con un importante, aunque no mayoritario, respaldo en el Congreso Nacional, pues los senadores designados por el régimen saliente alteraban la voluntad popular.

Patricio Aylwin asumió el poder el 11 de marzo de 1990. Su programa de gobierno correspondía al elaborado por la agrupación de partidos políticos que lo habían postulado. Los aspectos más importantes del mismo se referían al propósito de la Concertación de democratizar la institucionalidad heredada del régimen militar y consolidar el sistema democrático, desarrollar y modernizar la economía y promover una mayor justicia social, reinsertar a Chile en el contexto internacional y lograr la reconciliación entre todos los chilenos luego de un periodo marcado por el odio y las divisiones internas de la sociedad.

Con el propósito de perfeccionar la institucionalidad democrática, para hacerla más representativa, más participativa y más eficiente, el gobierno impulsó varias reformas: al régimen de administración comunal y al de los gobiernos regionales; al sistema electoral; a la composición y creación de algunos organismos importantes del Estado; al sistema judicial, y al periodo presidencial. La suerte de estas reformas fue diversa, sin embargo, a fines del gobierno de Aylwin se habían dado pasos importantes en orden a la democratización de la sociedad.

El gobierno aplicó una política económica llamada "crecimiento con equidad". Después de un severo ajuste económico y de la aprobación de importantes reformas legales en el área tributaria y de la legislación laboral, el país entró en una senda de crecimiento que se tradujo en una mejoría permanente en las condiciones de vida de la población. La inflación fue controlada, la balanza de pagos presentó superávit y al promediar el gobierno, por ejemplo, el producto interno bruto había crecido 10.4% y las exportaciones en 12.3%. Como las nuevas autoridades mantuvieron lo sustancial del modelo económico

implementado durante el régimen militar, una de las características de la pactada transición chilena, el crecimiento y progreso que se logró se hizo sin afectar la estabilidad del sistema económico que, a pesar de las políticas sociales puestas en práctica a partir de 1990, sin embargo no pudo corregir la inequidad que el mismo genera pues, como afirmó el presidente Aylwin, "el mercado es cruel".

También se implementaron políticas sociales, basadas en los valores de la justicia y la solidaridad, tendientes a lograr una mayor justicia social e integración de la sociedad. Se buscó la equidad en las relaciones laborales y mejorar las posibilidades de acceso al trabajo, a la salud, a la educación y a la vivienda. La superación de la pobreza fue el objetivo primordial del gobierno. En los primeros tres años de la administración, la desocupación bajó a menos de 5%, las remuneraciones registraron un aumento real de 4.5%, se elevaron las asignaciones familiares de los trabajadores y las pensiones de los jubilados. Los índices de salud, educación y vivienda también experimentaron progresos, mejorando así la calidad de vida.

En el plano de las relaciones internacionales se inició una política de activa participación en la comunidad internacional. Esta acción se concibió como una política de Estado representativa del interés superior del país, con participación de todos los sectores y por encima de los fines partidistas. Numerosas giras presidenciales reinsertaron al país en la comunidad internacional y su prestigio recuperó el terreno perdido durante los años de aislamiento del régimen militar.

En educación, desde 1990 se iniciaron importantes transformaciones tendientes a ampliar la cobertura en educación media y preescolar, pero sobre todo, se buscó mejorar la calidad y la equidad de la educación. Por ejemplo, con una fuerte inversión en infraestructura y recursos pedagógicos, el fortalecimiento del desarrollo profesional docente y el establecimiento de un currículo nacional actualizado y pertinente, continuando así con

un proceso que motivado por la evolución histórica nacional había dado un paso trascendente con la aplicación de la reforma educacional de 1965, la propuesta educativa del gobierno de la Unidad Popular y la descentralización, municipalización y privatización de la educación instaurada en el régimen militar.

En su afán por favorecer la reconciliación nacional, el gobierno democrático señaló que ella solo sería posible sobre la base de esclarecer las violaciones a los derechos humanos ocurridas durante la dictadura, no únicamente como una manera de crear las condiciones para un efectivo reencuentro entre los chilenos, sino también para satisfacer las elementales exigencias de justicia que animaban a una gran mayoría nacional, a los propios agraviados y a sus familiares. Para lograr este objetivo se creó la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, a la que se encargó la tarea de establecer la verdad sobre las más graves violaciones a los derechos humanos cometidas entre septiembre de 1973 y marzo de 1990, reunir información que permitiera individualizar a sus víctimas y establecer su suerte o paradero, recomendar las medidas de reparación y reivindicación que estimara de justicia y sugerir las medidas legales y administrativas que debieran adoptarse para impedir o prevenir la comisión de nuevos atropellos a los derechos humanos.

La Comisión cumplió su tarea y en marzo de 1991 entregó su informe. En él se individualizan y describen aquellos casos de graves violaciones a los derechos humanos, desapariciones de personas detenidas, ejecuciones y torturas con resultado de muerte, cometidas por agentes del Estado o personas al servicio de este, y secuestros y atentados contra la vida realizados por particulares bajo pretextos políticos, y se identifica a cada una de las personas víctimas de estas violaciones. La Comisión consignó 2 279 muertos y desaparecidos, a los que años después la Comisión de Reparación y Justicia agregó 899, con lo cual las víctimas asesinadas por la dictadura, registradas oficialmente hasta el momento, ascienden a 3 178 personas.

El llamado Informe Rettig desató una ácida polémica respecto de la interpretación de los hechos que describe; sin embargo, nadie negó que esos hechos hubieran ocurrido. Su conocimiento fue el primer paso en la tarea que el gobierno se había impuesto de propender a la reconciliación nacional.

En el esfuerzo por esclarecer las violaciones a los derechos humanos, el año 2003 el gobierno del presidente Ricardo Lagos formó la Comisión Nacional sobre Prisiones Políticas y Torturas, en la que participaron integrantes de las Fuerzas Armadas. La Comisión Valech, pues la presidió monseñor Sergio Valech, concluyó en 2005 que las personas que fueron objeto de detención arbitraria y torturas a manos de agentes del Estado durante el régimen de Pinochet, alcanzó un total de 28 459 sujetos.

Mientras se desarrollaban los esfuerzos por esclarecer las violaciones a los derechos humanos durante la dictadura, Pinochet fue detenido en Londres en 1998, hecho que no solo alentó el proceso, sino que, sobre todo, provocó que la sociedad chilena abordara temas hasta entonces tabú, como por ejemplo, el enriquecimiento del dictador y su entorno.

El gobierno de Patricio Aylwin fue el gobierno de la transición. Durante los cuatro años de su mandato primaron los acuerdos entre las autoridades y la oposición, Chile transitó del largo lapso del régimen autoritario al funcionamiento normal de la convivencia democrática y la paz social, sin traumas y quebrantos insuperables. El país progresó y la estabilidad política, el crecimiento económico y el desarrollo social alcanzados suscitaron el reconocimiento de la comunidad nacional e internacional. La obtención de la Copa Libertadores que Colo-Colo, el equipo de fútbol más popular del país, logró en 1991, fue otro motivo de unidad y satisfacción nacional luego de años de violencia, persecuciones, terror y, además, aislamiento internacional.

Luego de la administración de Aylwin, la Concertación por la Democracia se mantuvo en el poder hasta 2010 gracias a los sucesivos triunfos electorales en las elecciones presidenciales de

Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Ricardo Lagos y Michelle Bachelet, la primera mujer en la historia de Chile en alcanzar la Presidencia de la República. Siempre derrotando a la coalición de derecha denominada Alianza por Chile, la que sin embargo, y gracias al sistema electoral binominal heredado de la dictadura, mantiene altas cuotas de representación parlamentaria, lo que unido a las exigencias de quórum para reformar la Constitución y legislar sobre materias clave, impidió que esos gobiernos pudieran realizar plenamente sus planes y programas.

Entre los consensos, la regla del balance estructural que ha guiado la política fiscal chilena desde 2001 ha resultado determinante para garantizar la estabilidad macroeconómica y sortear las periódicas crisis que han afectado la economía mundial, generando recursos para amortiguar sus efectos sobre la población chilena. La norma condiciona el nivel de gasto público a los ingresos estructurales o permanentes del fisco. De esta forma se mantiene el orden, en este caso económico, un valor muy apreciado por la clase dirigente, se contribuye a la estabilidad social, también muy valorada en el país, y se favorece la estabilidad política, cuyo quiebre siempre ha sido traumático.

Las bondades del modelo económico no ocultan sin embargo la dependencia del mismo de los mercados externos y la fragilidad de un sistema que además muestra escasa vocación por la reinversión en tecnología, modesta capacidad de innovación y limitadas condiciones laborales para los trabajadores.

Habiendo existido acuerdo en lo esencial entre oposición y gobierno, por ejemplo respecto del modelo económico vigente y las relaciones internacionales del país, hasta 2010 Chile ha mantenido su estabilidad institucional y el crecimiento económico y disminuido evidentemente la pobreza, aunque no la diferencia en términos de ingreso entre los estratos económico-sociales más pobres y los más ricos, la que en realidad se ha acrecentado creando una fuente de malestar social. Esto a pesar de los esfuerzos que en particular se realizaron durante la administración de Bache-

let, la cual tuvo un claro énfasis social, materializado en políticas destinadas a superar la exclusión de los sectores más pobres y a fomentar la integración de los marginados.

Reformas a la Constitución en la década del 2000 han hecho posible perfeccionar la democracia, aunque sin afectar el núcleo esencial del sistema, que todavía mantiene distorsiones como el sistema electoral que favorece a las minorías con un poder desproporcionado. Siendo también la creciente promiscuidad entre intereses económicos y políticos otro de los factores que tergiversan la institucionalidad. Se han realizado asimismo reformas estructurales de gran alcance, como la del sistema procesal penal, el régimen de pensiones y la salud pública, las cuales han significado un acceso más expedito a servicios básicos para la población o la disponibilidad de más recursos para los sectores más pobres.

En un área tan sensible como la educación hubo grandes avances en términos de cobertura escolar, y las estadísticas muestran que entre 1990 y 2006 esta y la escolaridad de la población ha aumentado sostenidamente. Así, por ejemplo, en los hogares de menores ingresos los jóvenes tienen tres años más de escolaridad que sus progenitores, y un poco más del doble que la de sus abuelos, llegando en la actualidad a 10.2 años.

Respecto de la enseñanza superior, en los últimos 20 años más que se ha duplicado la cobertura, y es relevante que entre los jóvenes del 40% de hogares más pobres se triplicara el acceso a la enseñanza superior entre 1990 y 2003. El crecimiento explica que en la actualidad 70% de los matriculados en ella sea primera generación de su familia en acceder a este tipo de estudios. Las estadísticas revelan también un aumento sostenido en la cobertura de la educación preescolar, salas-cuna y jardines infantiles, de 15.9% en 1990 a 36.9% en 2006 en los niños de hasta cinco años.

El mayor acceso de las nuevas generaciones a la educación, con un importante salto en los sectores de menores ingresos, es otra evidencia de la progresiva ampliación de la cobertura educacional. Esto explica que si al comenzar la década de los noven-

ta, 80 de cada 100 jóvenes iban al liceo, en 2003 lo hacían 93 de cada 100; que en los sectores rurales si hace 19 años, 50 de cada 100 jóvenes estaba en un liceo, en 2003 fueron 84 de cada 100; también, que entre 1990 y 2003 disminuyera casi en un tercio el porcentaje de jóvenes entre 14 y 17 años que no cursan estudios escolares, pasando de 19.7% en 1990, a 7.2% en 2003.

En el ámbito económico se continuó con las privatizaciones de servicios públicos, la diversificación de las exportaciones y el fortalecimiento de los contactos con los mercados externos mediante, por ejemplo, los tratados de libre comercio. También se ha invertido en infraestructura urbana, vial, carretera y portuaria con el sistema de concesiones, todas indispensables para el desenvolvimiento económico. Aunque el gran desafío sigue siendo en esta materia solucionar el problema de la matriz energética del país.

Pese a los evidentes progresos en términos de inclusión y acceso a una calidad de vida cada vez mejor para una gran mayoría de la población, lo que se refleja en un producto bruto que sobrepasa los 17 000 dólares per cápita, la sociedad chilena del bicentenario muestra un creciente malestar con su sistema político y económico-social.

El crecimiento del país que lo ha acercado al llamado "umbral del desarrollo" ha tenido el costo de una cada vez más profunda inequidad del sistema, mientras los equilibrios estructurales y los buenos índices macroeconómicos de las últimas dos décadas no se han reflejado siempre en la economía personal y familiar. La sensación de que pese al esfuerzo individual no se alcanzan las metas propuestas o impuestas por el modelo, debido a las trabas de las instituciones y los sistemas como el educacional, o a la "crueldad del mercado", han estimulado manifestaciones encabezadas por los estudiantes que en los últimos años han puesto en discusión temas trascendentes como el del lucro en la educación y el modelo de educación pública.

La falta de reacción de la clase política ante las demandas de una ciudadanía cada vez más consciente de sus derechos y em-

poderada, que reclama salud, educación y servicios básicos de calidad, puesto que paga por ellos y son fundamentales para su promoción social y calidad de vida, ha significado un desprestigio del sistema político y sus actores principales los diputados y senadores, pero también de los políticos y la política en general. En los últimos años las movilizaciones y protestas callejeras se han sucedido y las reformas no se han propuesto, o su discusión e implementación es muy lenta para la paciencia de la ciudadanía, y esta, pese a los esfuerzos del sistema que incluso aprobó la inscripción automática en los registros electorales, aunque eliminó la obligatoriedad del voto, sencillamente dejó de concurrir en masa a votar, registrándose una abstención histórica que alcanzó a 60% de los electores en la elección municipal de 2012. Una reacción que desafía la arraigada noción sobre la fortaleza de la institucionalidad; en Chile, apreciada como un requisito esencial de su viabilidad estatal y nacional.

Mientras tanto, el 2010, año del bicentenario que oficialmente se celebró en septiembre, coincidiendo con las fiestas patrias, y que se inició con un terremoto y maremoto de gran magnitud en febrero, asumió la Presidencia de la República Sebastián Piñera, representante de la derecha, sector que no llegaba al poder por la vía electoral desde 1958. Al nuevo gobierno le correspondió hacer frente no solo a la reconstrucción material de las zonas afectadas por el sismo, también a las demandas ciudadanas que ya por entonces mostraban una sociedad más dispuesta a hacer valer sus derechos, que ya no acepta convivir con la desigualdad ni el abuso, y que promueve la inclusión.

LAS EXPECTATIVAS DE UNA SOCIEDAD CRÍTICA

En el Chile del bicentenario, la insatisfacción social se ha reflejado sobre todo en la demanda por un sistema educacional de calidad, que para algunos, además, debería ser gratuito. El ma-

lestar general con un modelo de sociedad, que en algunos aspectos esenciales no satisface las expectativas de la población, ha hecho de la reforma del sistema educacional una de sus principales reivindicaciones.

Exigencia que constituye una constante a lo largo de la historia nacional y que ahora, además, sirve de ejemplo para mostrar las pretensiones y exigencias de la sociedad chilena actual. Algunas de sus características son la capacidad crítica, baja tolerancia a la frustración, creciente identidad como consumidor de sus integrantes y, también, una evidente desconfianza en las instituciones políticas, lo que la ha obligado a expresarse por cauces activados a través de las redes sociales que, por lo general, terminan en manifestaciones callejeras. La educación y los elementos que la condicionan resultan así en el Chile del bicentenario un reflejo de la situación del país.

Una sociedad en la que la clase media está mejor preparada y en expansión, se caracteriza por estar más informada, con expectativas insatisfechas, aspira a una mejor calidad de vida y se preocupa de cómo y cuánto vive, cómo trabaja, se mueve y relaciona con el medio. Que constituye un gran sector impaciente, con muchas aspiraciones, que se desempeña en un ambiente de gran movilidad, difícil de controlar, que otorga importancia a las libertades individuales y a la igualdad de género, y que, además, se muestra intolerante con el autoritarismo, razón por la cual los mecanismos tradicionales de control ya no la cohíben ni amedrentan.

Entre las constantes históricas de la sociedad chilena está, en primer término, la insatisfacción permanente que muestra respecto del sistema educativo. Si aún antes de la independencia los criollos se quejaban amargamente de la falta de establecimientos escolares, inquietud que los llevó a fundar el Instituto Nacional prácticamente al mismo tiempo que formaban la República; más tarde, en pleno desarrollo nacional, y teniendo presente el gran esfuerzo por levantar un sistema público de educación, las voces

críticas jamás se apagaron y se expresaron a lo largo de todo el siglo XIX. Los reclamos por la insuficiencia de establecimientos, de materiales, textos, docentes, y muchas otras carencias se repiten una y otra vez, todo en relación con la incapacidad del sistema para educar a la población.

En el cambio de siglo entre el XIX y el XX, a las críticas por las carencias materiales se sumaron los reproches por las características del sistema. Ellas apuntaron a la inequidad que mostraba, en el sentido que solo unos pocos privilegiados tenían acceso a la educación pública; pero también a su orientación académica, humanista, enciclopédica y poco práctica, que no preparaba para el trabajo.

Todas estas posturas, con las variaciones correspondientes a cada época, se mantuvieron a lo largo de todo el siglo XX y estimularon profundas transformaciones del sistema educacional. El malestar que la sociedad chilena de los albores del siglo XXI muestra, materializado en el reclamo por la calidad de la educación, no es más que la prolongación de una tendencia.

El problema de la inequidad es tal vez una de las características que siempre ha acompañado al sistema educacional nacional y a la sociedad que este refleja. Si hasta bien entrado el siglo XX se materializó en que solo unos pocos, muy pocos, tenían acceso a un sistema educacional gratuito, entre quienes sin embargo se encontraban los de mayores recursos; más tarde, cuando la cobertura educacional alcanzó la plena escolaridad de la población en edad de participar en el proceso educativo, se manifestó en las abismales diferencias existentes en la calidad de la enseñanza, y no solo entre los establecimientos públicos y privados, sino también entre los diferentes tipos de escuelas, liceos y colegios del sistema público.

En relación con su inequidad estructural, el sistema escolar nacional es fiel reflejo de la sociedad chilena, en más de un sentido: hoy, por ejemplo, en la desigualdad que existe en términos de recursos y calidad de la educación que reciben los diferentes

grupos que conforman la comunidad que es Chile. Situación que se repite con las prestaciones de salud, la seguridad pública y transporte urbano.

Entre los sistemas público y privado existe una brecha que pese a los discursos, recursos y esfuerzos no solo no se reduce, sino que se amplía, tal como por lo demás se aprecia en el nivel socioeconómico general con la desigual distribución del ingreso.

En el interior de los establecimientos educacionales, y a pesar de los esfuerzos por cambiar las prácticas y las formas de relación entre los actores involucrados, se reproducen el autoritarismo, la jerarquía, el abuso y la violencia que, también, ha predominado en la mayor parte de la historia de Chile. El sistema educacional refleja comportamientos que sus miembros traen de sus hogares, trabajos y espacios de sociabilidad y convivencia.

Las expectativas respecto de la educación en relación con su capacidad para promover los cambios sociales, económicos, políticos y culturales a que aspira Chile es otra constante. Se le atribuye una capacidad de transformación que, en razón de su orientación general, los recursos que se le han asignado, las condiciones en que se desenvuelve y la sociedad en que se inserta, es muy difícil de ejercer, y menos en el corto plazo, en lo inmediato, como espera la sociedad. En este sentido, respecto del sistema educacional el umbral de tolerancia y de frustración es mínimo, apareciendo por tanto siempre en crisis o, por lo menos, en serias dificultades.

Otro elemento que salta a la vista al examinar el sistema educacional en el largo y mediano plazos es la persistencia de prácticas pedagógicas que, a pesar de los cambios, transformaciones y modernizaciones evidentes en materia de administración escolar, establecimientos, salas, equipamiento, materiales, textos e, incluso, formación de los profesores, se resisten a desaparecer y se mantienen en el tiempo obviando la negativa evaluación que, desde por lo menos hace un siglo, se hace de ellas.

La clase expositiva, magistral o de autoridad, tan propia del sistema educacional chileno, en la que la participación del escolar se reduce a tomar apuntes o copiar un dictado, con una ocasional pregunta o respuesta en relación con lo que el profesor dictamine es, con toda seguridad, la práctica más antigua de la escuela, liceo y colegio nacional. Propia de una época en que a la escuela se iba a aprender a obedecer, y no existían otras fuentes de formación intelectual e información.

Así se formaban, o domesticaban, los buenos ciudadanos que la nación, la República y la economía requerían. Sujetos ordenados y sumisos, poco críticos, más acostumbrados a dejarse conducir que a proponer; más pasivos que activos, más sistemáticos que inquietos, más dados a la repetición que a la aventura; en definitiva, aptos para ser gobernados.

Una forma ideada cuando asistir a la escuela era un acontecimiento en la vida de los sujetos, un hito en términos de formación, un privilegio al que muy pocos accedían; cuando los calificados para enseñar, instruir, educar y formar eran muy pocos, verdaderos maestros a los que se escuchaba en silencio, evitando cualquier distracción propia o ajena, con respeto, incluso veneración, pues de sus bocas solo podían salir conceptos sabios y palabras elevadas. Materializando así un sistema, una práctica pedagógica rígida, inflexible y autoritaria, en el sentido de que la palabra del profesor no admitía dudas, discusión y, menos todavía, repudio o desobediencia.

Esta realidad, tal vez funcional a la necesidad de cohesionar a los actores de la nueva nación en el siglo XIX, tuvo también como efecto colateral, la reproducción de un sistema, autoritario por naturaleza, aunque muy cómodo para el docente y la sociedad al no fomentar el análisis, la crítica y, menos aún, la discusión.

Otra característica constante de la educación en Chile es la confianza que la sociedad tiene en ella como vehículo de superación personal, pero, en especial, de promoción social. Este resulta tal vez uno de los principales activos simbólicos que la

educación, considerada en abstracto, tiene para todos. Es, seguro, su principal característica a los ojos de los actores sociales. Su gran fortaleza, la razón por la cual siempre está en evaluación, en cuestionamiento, en el centro de la preocupación nacional.

A la educación se le atribuyen cualidades insuperables para promover la transformación, el mejoramiento de la vida concreta de los individuos. De ahí también la frustración de los muchos que, habiendo cursado todos o la mayor parte de los ciclos de la enseñanza, no obtienen la gratificación de la consideración y promoción social asociada a un mayor bienestar económico. En ocasiones una realidad provocada por la mala calidad de la educación impartida, pero la mayor parte de las veces porque en nuestra sociedad todavía operan factores culturales, como prejuicios, estereotipos y actitudes, para no señalar realidades como las grandes diferencias económicas en su interior, que inhabilitan y transforman en poco efectivo el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Esta realidad, que se prolonga en el tiempo, tiene en la canción del grupo Los Prisioneros *El baile de los que sobran* una metáfora muy potente. Aparecida en 1986 se transformó en uno de los grandes clásicos de la música popular chilena por la crítica social que contiene al tratar el tema de la desigualdad y la falta de oportunidades desde la perspectiva de los escolares chilenos de clase baja que, pese a completar, con esfuerzo y dedicación, su enseñanza de 12 años, finalmente se quedaron "bailando y pateando piedras", sin futuro ninguno, sin hacer nada. Mientras que para los otros, los que sí tuvieron educación de calidad, los 12 años terminaron con "laureles y futuro".

Pese a todos los esfuerzos, todos los discursos y declaraciones, todas las buenas intenciones, en Chile la educación para muchos todavía no asegura nada; y los sujetos, pese a haber completado sus estudios, incluso haber egresado de la Universidad o alguna institución de educación superior, se ven expuestos al escrutinio no de sus capacidades técnicas y profesionales, sino

de sus cualidades sociales relacionadas con, por ejemplo, su origen y aspecto, pero también lugar de residencia y otras características que aluden más al lugar del cual provienen que a lo que son como profesionales e, incluso, personas.

Expresión de una realidad originada en el periodo colonial, a medida que se sube en el nivel educacional de la población nacional, y por ello en el estrato socioeconómico, se mantienen los rasgos caucásicos y apellidos europeos; mientras que, si se desciende, aparecen los apellidos netamente chilenos o de etnias indígenas y la población presenta mayoritariamente mezcla amerindia. La constatación no es inocua si se tiene presente que los primeros representan el 5% de la población, concentrando eso sí la propiedad y el poder económico, mientras que los segundos, el 75% de la población, prácticamente no tienen acceso al poder o a la propiedad. Para no mencionar que se ha generado un sistema de discriminación de origen racial y genético por las distintas características físicas y psíquicas existentes entre los diferentes estratos socioeconómicos que componen la sociedad chilena.

Es el drama de una sociedad marcada por la jerarquía, la desigualdad y la violencia que, sin embargo, promueve mediante la educación la igualdad, la democracia y muchos otros valores y derechos que, adecuados para los salones de clases, aunque sin materializarse efectivamente, no tienen la repercusión que debieran en la realidad en la cual está inserto el sistema educacional.

Una constatación más de que para las grandes mayorías la expansión vivida por el país desde el siglo XIX ha sido solo una ilusión, una posibilidad si no imposible, a lo menos muy remota hasta bien entrado el siglo XX. Y de que las graves convulsiones experimentadas por Chile en la segunda mitad de la centuria pasada, que terminaron afectando incluso a aquellos que siempre habían estado ajenos al miedo, el dolor, la violencia y la precariedad derivada de la realidad social, también tuvieron

como antecedente las características de la existencia cotidiana de los chilenos. Todas las cuales, finalmente, terminaron haciéndose presentes en la vida social y pública, experimentando así la sociedad, como conjunto, lo que la mayor parte de las generaciones de chilenos había vivido en el ámbito que le era propio, aunque las representaciones del país y su historia difundieran otra imagen.

COLOFÓN

La estrella de la bandera y escudo nacionales de Chile representa la situación del país en el mundo, en el extremo suroccidental de América del Sur, aunque también el sistema unitario que lo caracteriza de 1810 en adelante. Pero la llamada "estrella solitaria" alude además al régimen republicano y a la libertad por la que los patriotas luchaban al momento de crear la enseña en 1817. La intensidad de ambas aspiraciones fue de tal magnitud que quedó reflejada en el símbolo por excelencia del Estado y la nación que comenzaba a delinearse. Transformadas por el artilugio de su expresión material en realidad omnipresente a lo largo del territorio, en definitiva también reflejan el plan, el programa, la aspiración de los organizadores del Estado, que vieron en la República y la libertad, aunque también en el orden y la estabilidad, la única forma de vida y la garantía de sobrevivencia de la nueva comunidad. Desde entonces la mayor parte de las representaciones de Chile, también las históricas, refieren, muchas veces contra la evidencia, cómo esta sociedad ha llegado a cumplir con el designio que los llamados "padres de la patria" le señalaron. Es el Chile de la "copia feliz del Edén" y del "asilo contra la opresión" que los versos de la Canción Nacional expresan poéticamente, y que los chilenos interpretan con fervor desde 1847.

Sin embargo, y a la luz de la trayectoria nacional, en particular de la segunda mitad del siglo XX, se puede sostener que estas nociones sobre Chile que los versos resumen metafóricamente, y que la historiografía ha desarrollado de manera reiterada, son

como aquellas estrellas extintas, tan distantes que su luz todavía nos llega y apreciamos, pero que hace tiempo han dejado de existir, formando un "paisaje estelar" imaginario, la ponderada historia de Chile, que en realidad no está allí, a lo menos en su versión más edificante.

Esa representación, útil y tal vez indispensable para cohesionar la nación en el siglo XIX, esa luz que se creyó necesaria para garantizar la viabilidad republicana de Chile, sigue viajando, aunque tal vez hoy es evidente, gracias a la atención puesta por la historiografía en los sujetos concretos y sus condiciones de vida, que la estrella, la realidad que la hizo posible, ya no está, se ha extinguido, incluso jamás existió, salvo como aspiración, como programa o placebo.

Fue una autopercepción, una ficción de Chile que sirvió para justificar la independencia y la organización nacional, pero que el estudio de la evolución histórica más allá del Estado, lo público y la nación, muestra que no existió o ya se apagó, aunque su brillo todavía siga alumbrando. Se transformó en una representación que evolucionó en una noción a años luz de la realidad, de la vida material de los sujetos que la componen, la sufren y la enfrentan.

Las concepciones de la historiografía tradicional sobre Chile siguen viajando, como la luz en el espacio, a pesar de que su fuente no exista, dando forma a un firmamento rebosante de mitos y fantasmas, de nociones sobre una entidad que nunca fue, un Chile inexistente que la dura lucha por la existencia, la modernidad y sus complejidades, la globalización y sus desafíos, y la creciente desigualdad que el modelo ha sido incapaz de corregir, han develado; contradiciendo la edificante visión de una trayectoria nacional que, ahora se percibe, no puede haber sido demasiado diferente de lo que en la actualidad un gran porcentaje de la población experimenta como condiciones objetivas de existencia, aun en medio de los extraordinarios logros que Chile ha alcanzado como comunidad a lo largo de su apasionante trayectoria histórica y, en particular, en las últimas tres décadas.

Situación expectante que tiene en los extranjeros sus principales voceros, pues entre los chilenos el malestar, la disconformidad por la situación personal y familiar es creciente, a pesar de los mentados éxitos institucionales y logros macroeconómicos reconocidos por la comunidad internacional e, incluso, por una parte de los propios chilenos, en particular por quienes la disfrutan.

Una vez más, como casi siempre, el acontecer concreto, la situación real de las personas, no calza con las representaciones que del conjunto se hacen. Solo que ahora la misma trayectoria de Chile ha hecho posible conocer la historia que identifica, muestra y explica la cotidianidad y dureza de la existencia de los sujetos que han formado y forman la ponderada República, Estado y nación llamada Chile.

Es la evolución histórica del país, su inserción en la globalización, el fortalecimiento de las identidades locales, el doloroso aprendizaje de los derechos humanos, el obligado respeto de las minorías, el empoderamiento de los consumidores, la falta de legitimidad y representatividad del sistema político, la creciente expansión de un clase media informada, el protagonismos de nuevos actores como los niños y las mujeres, sin olvidar los sujetos populares, los viejos y los jóvenes, entre muchos otros cambios de esta época, los que hacen que la historia, y la historia de Chile en concreto, se ocupe de realidades que van más allá de la loable trayectoria de lo público, del Estado, la República y la nación. Matizando, ampliando, comprendiendo, explicando no solo cómo se desenvolvió el país hasta su situación actual, sino también cómo vivieron los chilenos este proceso, cómo los condicionó, enfrentando de este modo los desafíos de la vida concreta por medio del conocimiento de su historia. Una historia que ya no busca la uniformidad, sino que se enriquece en su fragmentación y heterogeneidad. Que ya no resume una sola trayectoria nacional, sino que releva la de los diversos actores que se han desenvuelto en Chile, comprendiendo la diversidad, los ritmos

disímiles, la variedad, la riqueza y la posibilidad que cada uno de ellos ofrece.

La valoración de la pluralidad y la aceptación de la diferencia es, tal vez, la principal transformación experimentada por el país en el cambio de siglo entre el XX y XXI. Un cambio lento, estructural, en ocasiones difícil de apreciar, pero contundente y que se manifiesta de múltiples formas, ninguna de ellas tan espectacular como las que la historia tradicional utilizaba para ponderar las gestas del Estado y así formar la nación. Que obliga a una nueva forma de hacer historia sobre Chile, una en la que los sujetos de las más variada condición y situación, las masas, el consumidor, el ciudadano, la minoría sexual o racial, la llamada sociedad civil, es también protagonista, tal como ocurre en la realidad que nos toca vivir. Contemporaneidad que, esperamos, alguna vez será historia, y no una estrella fugaz, cuando no extinta, como la concepción del pasado que por ya demasiado tiempo ha prevalecido en Chile.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS*

Una de las características que se han atribuido a Chile es la de ser un "país de historiadores". La existencia de numerosas historias panorámicas puede ser el origen de esta afirmación que se basa en una tradición historiográfica relativamente abundante por el número de obras y, también, en su extensión y éxito comercial. Aunque tal vez sea la necesidad de afirmación nacional en el siglo XIX, y de explicar la crisis institucional en el XX, lo que explique el fenómeno.

Entre las obras generales, que han ido evolucionando del positivismo clásico a la interpretación y el ensayo, están la *Historia física y política de Chile* de Claudio Gay, aparecida entre 1844 y 1871 en París, con Casa del autor como editorial, y cuya sección histórica y social contiene 12 tomos; la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana, publicada en 16 volúmenes entre 1884 y 1902 por Rafael Jover, su viuda Josefina y la imprenta Cervantes; la *Historia de Chile* de Francisco A. Encina aparecida en 20 volúmenes entre 1938 y 1952 por Nascimento, y las más recientes, y nunca concluidas, *Historia del pueblo chileno* (Instituto de Estudios Humanísticos, Zig-Zag y Universitaria, 4 vols., 1980-2000) de Sergio Villalobos y la *Historia de Chile* (Santillana y Zig-Zag, 5 vols., 1981-2001) de Gonzalo Vial, la *Historia general de Chile* (Planeta, 3 vols., 2000-2004) de Alfredo Jocelyn-Holt

* Salvo indicación en contrario, todas las obras han sido publicadas en Santiago de Chile. Se indica la última edición en español cuando se trata de obras originales en otro idioma. Solo se menciona un editor cuando son coediciones.

—tal vez todavía en ejecución— y la ya culminada *Historia contemporánea de Chile* (Lom, 5 vols., 1999-2002) dirigida por Gabriel Salazar y Julio Pinto.

Trabajos de síntesis e interpretativos recientes son la *Historia de Chile, 1808-1994* (Madrid, Cambridge University Press,1999) de Simon Collier y William F. Sater; el de Brian Loveman, *Chile. The Legacy of Hispanic Capitalism* (Nueva York, Oxford University Press, 2001); la *Historia de los chilenos* (Taurus, 4 vols., 2006-2010) de Sergio Villalobos, y el compendio de Gonzalo Vial, *Chile. Cinco siglos de historia. Desde los primeros pobladores prehispánicos, hasta el año 2006* (Zig-Zag, 2 vols., 2009). La *Historia de América Latina* editada por Leslie Bethell en Cambridge University Press (Barcelona, Crítica, 16 vols., 1990-2002); la *Historia general de América Latina* de la UNESCO (Madrid, Trotta, 9 vols., 2000), y el trabajo de Marcello Carmagnani y otros, *Para una historia de América* (México, El Colegio de México, 1999) ofrecen también elementos de la evolución histórica nacional en el contexto de los procesos y periodos que cada una de ellas propone para abordar la historia de América Latina.

Entre los ensayos interpretativos de la historia de Chile que han tenido un gran y prolongado impacto público pueden indicarse: *La fronda aristocrática* (El Mercurio, 1928) de Alberto Edwards; el *Ensayo crítico del desarrollo económico y social de Chile* (Universitaria, 1955) de Julio Cesar Jobet; *Chile, un caso de desarrollo frustrado* (Universitaria, 1959) de Aníbal Pinto Santa Cruz; *La interpretación marxista de la historia de Chile* (Prensa Latinoamericana, 1967) de Luis Vitale, y *El mito de Chile* (Universitaria, 1971) de Ariel Peralta. Luego del golpe de 1973, trabajos como *La noción de Estado en Chile. Siglos XIX y XX* (La Ciudad, 1981) de Mario Góngora; *Origen y ascenso de la burguesía chilena* (Universitaria, 1987) de Sergio Villalobos; *La revolución silenciosa* (Zig-Zag, 1987) de Joaquín Lavín; *Los silencios de la revolución* (La Puerta Abierta, 1988) de Eugenio Tironi; *El quiebre de la democracia en Chile* (Universidad Diego Portales [UDP], 2013) de Arturo

Valenzuela, y *Chile actual: anatomía de un mito* (Lom, 1997) de Tomás Moulian, resultan también muy estimulantes para explicar el país, su evolución reciente y los cambios experimentados a partir de 1973.

En publicaciones periódicas de la especialidad como la *Revista Chilena de Historia y Geografía* (Sociedad Chilena de Historia y Geografía, desde 1911), el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* (Academia Chilena de la Historia, desde 1933), *Historia* (Pontificia Universidad Católica de Chile [PUC], desde 1961), *Nueva Historia* (Londres, Asociación de Historiadores Chilenos, 1981-1989), *Cuadernos de Historia* (Universidad de Chile [UCH], desde 1981), *Revista de Historia* (Universidad de Concepción, desde 1981), *Dimensión Histórica de Chile* (Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, desde 1984) e *Historia Social y de las Mentalidades* (Universidad de Santiago [USACH], desde 1999), solo por mencionar las más antiguas y reconocidas, se encontrará parte fundamental de la producción historiográfica sobre Chile. *Historia*, la única indexada en ISI, tiene página web con todos sus números en versión electrónica, lo que incluye el "Fichero bibliográfico" que desde 1961 el anuario especializado publica en cada número, ofreciendo ahí la bibliografía sobre Chile publicada con anterioridad a la aparición de la revista.

Para profundizar en el desenvolvimiento de Chile en el mundo de la información en formato virtual, la referencia fundamental para adentrarse en la historiografía y fuentes que lo abordan y reflejan es el principal sitio cultural del país, <*www.memoriachilena.cl*> de la Biblioteca Nacional.

La enumeración de algunas obras ordenadas por periodos históricos y que aluden a diversos temas y épocas permitirá orientar a quienes deseen profundizar, mediante la revisión de libros publicados en las últimas décadas, en la historia del país.

Obras de referencia, o que abordan temas y problemas particulares para más de una etapa histórica, ilustrando sobre un aspecto original o poco estudiado de la historia de Chile, son las

de Hernán Godoy, *La cultura chilena* (Universitaria, 1984); Eugenio Pereira Salas, *Estudios sobre la historia del arte en Chile republicano* (UCH, 1992); Armando de Ramón, *Santiago de Chile* (Mapfre, 1992); Mateo Martinic, *Historia de la región magallánica* (Punta Arenas, Universidad de Magallanes, 1992) y *De la Trapananda al Áysen* (Pehuén, 2005); Carlos Foresti y otros, *La narrativa chilena. Desde la independencia hasta la Guerra del Pacífico* (Editorial Andrés Bello, 2 vols., 1999-2001); Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos [Dibam], 2000); Germán Urzúa Valenzuela, *Historia política de Chile y su evolución electoral (Desde 1810 a 1992)* (Editorial Jurídica, 1992); Jorge Larraín, *La identidad chilena* (Lom, 2001); Pablo Lacoste, *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)* (Fondo de Cultura Económica [FCE], 2003); Isidoro Vásquez de Acuña, *Historia naval del reino de Chile, 1520-1826* (Compañía Sudamericana de Vapores, 2004); Ricardo Bindis, *Pintura chilena. Doscientos años* (Origo, 2006); Jorge Rojas, *Historia de la infancia en el Chile republicano. 1810-2010* (Junta Nacional de Jardines Infantiles, 2010); Cristián Gazmuri, *La historiografía chilena (1842-1970)* (Taurus, 2 vols., 2006-2009), y Pablo Camus y otros, *Ecología y ciencias naturales. Historia del conocimiento del patrimonio biológico de Chile* (Dibam, 2012). También algunas que reúnen a varios autores como la *Historia de la ingeniería en Chile* (Hachette, 1990); *Economía chilena 1810-1995. Estadísticas históricas* (PUC, 2000); *Historia de la vida privada en Chile* (Taurus, 3 vols., 2005-2007); *Camino a La Moneda. Las elecciones presidenciales en la historia de Chile, 1920-2000* (Centro de Estudios Bicentenario [Bicentenario], 2005); *Justicia, poder y sociedad en Chile: recorridos históricos* (UDP, 2007); *Fragmentos para una historia del cuerpo en Chile* (Taurus, 2009); *Nación y nacionalismo en Chile. Siglo XIX* (Bicentenario, 2 vols., 2009); *Historia de la Iglesia en Chile* (Universitaria, 3 vols., 2009); *Guerra, región y nación. La Confederación Perú-Boliviana. 1836-1839* (UDP, 2009), *Chile y la Guerra del Pacífico* (Bicentena-

rio, 2010); *Historia de las mujeres en Chile* (Taurus, 2010-2013); *Las revoluciones americanas y la formación de los estados nacionales* (Dibam, 2013), y la serie de Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Lom, 1999), *Las ardientes cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1932-1994* (Lom, 2000) y *El espejismo de la reconciliación política. Chile 1990-2002* (Lom, 2002).

La evolución histórica de Chile en relación con la de sus vecinos y Brasil, se puede encontrar en *Chile-Perú, Perú-Chile: 1820-1920. Desarrollos políticos, económicos y culturales* (Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso [PUCV], 2005); *Chile-Bolivia, Bolivia-Chile: 1820-1930. Desarrollos políticos, económicos y culturales* (Valparaíso, PUCV, 2008); *Estado y nación en Chile y Brasil en el siglo XIX* (PUC, 2010), y *Chile-Argentina, Argentina-Chile: 1820-2010. Desarrollos políticos, económicos y culturales* (Valparaíso, PUCV, 2012).

La obra de los científicos, profesionales y técnicos que con sus trabajos dieron a conocer Chile y sus recursos humanos y naturales, delineando la nación, consolidando la República y promoviendo el crecimiento y el desarrollo económico-social, se encuentra en la colección en 100 volúmenes, Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, iniciativa de la PUC, la Biblioteca Nacional y la Cámara Chilena de la Construcción (2007-2013).

Para tener una idea gráfica de Chile a lo largo de su historia, pueden consultarse obras como la de Rafael Sagredo Baeza y José Ignacio González, *La Expedición Malaspina en la frontera austral del imperio español* (Universitaria, 2004); Claudio Gay, *Atlas de la historia física y política de Chile* (Lom, 2010); Recaredo Tornero, *Chile ilustrado* (Valparaíso, El Mercurio, 1872), o la de la Fundación Mapfre, *Chile a través de la fotografía. 1847-2010* (Lima, Mapfre, 2010). Para apreciar la evolución territorial está la *Cartografía histórica de Chile* (Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile, 2010). También la *Cartografía magallánica, 1523-1945* (Universidad de Magallanes, 1999) de Mateo Martinic, y las re-

copilaciones cartográficas de Gabriel Guarda y Rodrigo Moreno, *Monumenta cartographica chiloensia. Misión, territorio y defensa, 1596-1826* y *Monumenta cartographica valdiviensae. Territorio y defensa, 1551-1820*, ambas publicadas por la Corporación de Amigos del Patrimonio Cultural de Chile en 2008 y 2010 respectivamente. Un atlas, el del Instituto Geográfico Militar, *Atlas de la República de Chile* (2005).

Para los tiempos precolombinos existen trabajos de síntesis como los del Museo de Arte Precolombino, *Los primeros americanos y sus descendientes* (1988); el de la Editorial Andrés Bello, *Culturas de Chile. Prehistoria. Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista* (1989), y *Culturas indígenas de Chile: un estudio preliminar* de María Ester Grebe Vicuña (Pehuén, 2010). Para los pueblos del norte, José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII* (Dibam, 1998) y la *Historia andina* de Jorge Hidalgo (Universitaria, 2004), y sobre los araucanos o mapuches, tanto en su etapa precolombina como posterior, las obras de José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche* (Sur, 1985), Leonardo León, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800* (Temuco, Universidad de La Frontera); Rolf Foerster, *Jesuitas y mapuches, 1593-1767* (Universitaria, 1996); Luis Carlos Parentini, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Dibam, 1996), y Guillaume Boccara, *Los vencedores: historia del pueblo mapuche en la época colonial* (San Pedro de Atacama, Universidad Católica del Norte, 2009). Un original y documentado texto sobre los indígenas del extremo sur de América en tiempos históricos es el de Rubén Stehberg, *Arqueología histórica antártica. Aborígenes sudamericanos en los mares subantárticos en el siglo XIX* (Dibam, 2003).

La dimensión social de la conquista y colonia, junto con su proyección histórica, se puede encontrar en los trabajos de Mario Góngora, *Estudios de historia económica colonial* (Universitaria, 1998); en los de Rolando Mellafe y René Salinas, *Sociedad y población rural en la formación de Chile actual: La Ligua 1700-1850* (Universitaria, 1988); Marcello Carmagnani, *Los mecanismos de*

la vida económica en una sociedad colonial. Chile 1680-1830 (Dibam, 2001); Sergio Villalobos, *La vida fronteriza en Chile* (Mapfre, 1992); en la serie de Isabel Cruz compuesta por *Arte y sociedad en Chile. 1550-1650* (1986), *La fiesta. Metamorfosis de lo cotidiano* (1995), *El traje. Transformaciones de una segunda piel* (1996) y *La muerte. Transfiguración de la vida* (1998), publicada por la PUC; el libro de Armando de Ramón y José Manuel Larraín, *Orígenes de la vida económica chilena, 1659-1808* (Centro de Estudios Públicos [CEP], 1982), y los textos de Eduardo Cavieres *El comercio chileno en la economía mundo colonial* (Valparaíso, PUCV, 1996), *Servir al soberano sin detrimento del vasallo. El comercio hispano colonial y el sector mercantil de Santiago de Chile en el siglo XVIII* (Valparaíso, PUCV, 2003) y, con René Salinas, *Amor, sexo y matrimonio en Chile tradicional* (Valparaíso, PUCV, 1991). Otras monografías relativas al periodo colonial, alguna figura de la época o tema particular de relevancia son las de Sergio Villalobos, *Los pehuenches en la vida fronteriza* (PUC, 1989) y *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la Guerra de Arauco* (Andrés Bello, 1995); Jorge Pinto Rodríguez, *La población del Norte Chico en el siglo XVIII. Crecimiento y distribución en una región minero-agrícola de Chile* (La Serena, Universidad del Norte, 1980); Santiago Lorenzo, *Origen de las ciudades chilenas. Las fundaciones del siglo XVIII* (Andrés Bello, 1983); Andrea Ruiz-Esquide, *Los indios amigos en la frontera araucana* (Dibam, 1993); Alejandra Araya, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial* (Dibam, 1999); Gabriel Guarda, *Joaquín Toesca. El arquitecto de La Moneda, 1752-1799* (PUC, 1997); Jaime Valenzuela, *Las liturgias del poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)* (Dibam, 2001); Emma de Ramón, *Obra y fe. La catedral de Santiago. 1541-1769* (Dibam, 2002); Tomás Cornejo, *Manuela Orellana, la criminal. Género, cultura y sociedad en el Chile del siglo XVIII* (Tajamar, 2006); Rodrigo Moreno, *Misiones en Chile austral: los jesuitas en Chiloé, 1608-1768* (Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas [CSIC], 2007); Ximena Urbina, *La frontera de arriba en Chile*

colonial: interacción hispano-indígena en el territorio entre Valdivia y Chiloé e imaginario de sus bordes geográficos 1600-1800 (Valparaíso, PUCV, 2009); Gabriel Guarda, *La edad media de Chile. Historia de la Iglesia. Desde la fundación de Santiago a la incorporación de Chiloé, 1541-1826* (PUC, 2011), y Verónica Undurraga, *Los rostros del honor. Normas culturales y estrategias de promoción social en Chile colonial, siglo XVIII* (Dibam, 2013).

La época de la independencia y de la organización republicana, tal vez una de las más estudiadas por la historiografía chilena, se encuentra en los textos generales pero también en una multitud de obras particulares que abordan los más diversos aspectos del fenómeno y del periodo que se prolonga entre 1810 y 1833. La enumeración de textos recientes, que en ocasiones sirven de verdadera síntesis historiográfica de lo publicado, junto con la de algunas monografías significativas, orientará las lectura de quienes deseen profundizar en este tema.

Estudios del proceso en *La independencia de Chile. Tradición, modernización y mito* (Mapfre, 1992) de Alfredo Jocelyn-Holt y el de Eduardo Cavieres, *Sobre la independencia en Chile. El fin del Antiguo Régimen y los orígenes de la representación moderna* (Valparaíso, PUCV, 2012); monografías como la de Sergio Villalobos, *Portales, una falsificación histórica* (Universitaria, 1989); Cristián Guerrero, *La contrarrevolución de la independencia en Chile* (Dibam, 2002); Gabriel Salazar, *Construcción de Estado en Chile (1800-1837): democracia de los "pueblos". Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico* (Sudamericana, 2005); Paulina Peralta, *¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837)* (Lom, 2007); Rafael Sagredo Baeza, *De la colonia a la República. Los catecismos políticos americanos, 1811-1827* (Mapfre, 2009); Julio Pinto y Verónica Valdivia, *¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840)* (Lom, 2009); Armando Cartes, *Concepción contra "Chile". Consensos y tensiones regionales en la Patria Vieja (1808-1811)* (Bicentenario, 2010), y Leonardo León, *Ni patriotas ni realistas. El bajo pueblo durante la independencia de*

Chile, 1810-1822 (Dibam, 2011), profundizan en algunos tópicos, problemas y actores de la época.

Aspectos de la evolución política del siglo XIX, así como algunos de los procesos más característicos, están reflejados en obras como las de J. Samuel Valenzuela, *Democratización vía reforma: la expansión del sufragio en Chile* (Buenos Aires, IDES, 1985); Cristián Gazmuri, *El "48" chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Universitaria, 1992); Jorge Pinto, *La formación del Estado y la nación y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión* (Universidad de La Frontera, 2000); Ana María Stuven, *La seducción de un orden. Las élites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX* (PUC, 2000); Simon Collier, *Chile. La construcción de una república, 1830-1865. Política e ideas* (PUC, 2005); Sol Serrano, *¿Qué hacer con Dios en la república? Política y secularización en Chile (1845-1885)* (FCE, 2008); Rafael Pedemonte, *Los acordes de la patria. Música y nación en el siglo XIX chileno* (Globo Editores, 2008), y Gabriel Cid, *La guerra contra la Confederación. Imaginario nacionalista y memoria colectiva en el siglo XIX chileno* (UDP, 2011).

La historia económica y social puede encontrarse en obras como las de Gabriel Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Sur, 1985); Eduardo Cavieres, *Comercio chileno y comerciantes ingleses, 1820-1880* (Universitaria, 1988); Arnold Bauer, *La sociedad rural chilena. Desde la conquista española a nuestros días* (Andrés Bello, 1994); Carmen Cariola y Osvaldo Sunkel, *Un siglo de historia económica de Chile, 1830-1930* (Universitaria, 1990); Julio Pinto y Luis Ortega, *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile, 1850-1914)* (USACH, 1991); René Millar, *Historia económica de Chile. Políticas y teorías monetarias en Chile, 1810-1925* (Universidad Gabriela Mistral [UGM], 1994); Ricardo Nazer, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Dibam, 1994); Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Élite y sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895* (Buenos Aires,

Sudamericana, 1997); Sergio Grez, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Dibam, 1998); Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)* (Dibam, 1998); Carmen Gloria Bravo, *La flor del desierto. El mineral de Caracoles y su impacto en la economía chilena* (Dibam, 2000); César Ross, *Poder, mercado y Estado. Los bancos de Chile en el siglo XIX* (Lom, 2003); Marco Antonio León, *Encierro y corrección: la configuración de un sistema de prisiones en Chile (1800-1911)* (Universidad Central, 2003); Luz María Méndez, *La exportación minera en Chile 1800-1840* (Universitaria, 2004); Igor Goicovich, *Relaciones de solidaridad y estrategia de reproducción social en la familia popular del Chile tradicional (1750-1860)* (Madrid, CSIC, 2006); Juan Cáceres, *Poder rural y estructura social, Colchagua, 1760-1860* (PUCV, 2005); Gabriel Salazar, *Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX)* (Sudamericana, 2009); Guillermo Guajardo, *Tecnología, Estado y ferrocarriles en Chile, 1850-1950* (México, Fundación de los Ferrocarriles Españoles, 2007); Luz María Méndez, *El comercio minero terrestre entre Chile y Argentina. 1800-1840. Caminos, arriería y exportación minera* (UCH, 2009); Macarena Ponce de León, *Gobernar la pobreza. Prácticas de caridad y beneficencia en la ciudad de Santiago, 1830-1890* (Dibam, 2011); Marianne González, *De empresarios a empleados. Clase media y estado docente en Chile, 1810-1920* (Lom, 2011), y Jaime Rosenblitt, *Centralidad geográfica, marginalidad política: La región de Tacna-Arica y su comercio, 1778-1841* (Dibam, 2013).

Problemas y temas relacionados con la vida cotidiana, los sentimientos, instituciones familiares, transgresiones y estructuras sociales y culturales, se encuentran en obras como las de Álvaro Góngora, *La prostitución en Santiago (1813-1930)* (Dibam, 1994); Marco Antonio León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Dibam, 1997); Teresa Pereira, *Afectos e intimidades. El mundo familiar en los siglos*

XVII, XVIII y XIX (PUC, 2007); María Soledad Zárate, *Dar a luz en Chile, siglo XIX. De la "ciencia de hembra" a la ciencia obstétrica* (Dibam, 2007); Mauricio Rojas, *Las voces de la justicia. Delito y sociedad en Concepción (1820-1875)* (Dibam, 2008), y Francisca Rengifo, *Vida conyugal, maltrato y abandono. El divorcio eclesiástico en Chile, 1850-1890* (Universitaria, 2011).

Sobre el salitre y su influencia en la economía y sociedad, textos fundamentales son los de Harold Blakemore, *Gobierno chileno y salitre inglés, 1886-1896. Balmaceda y North* (Andrés Bello, 1974); Thomas O'Brien, *The Nitrate Industry and Chile's Crucial Transition: 1870-1891* (Nueva York, New York University Press, 1982); Oscar Bermúdez, *Historia del salitre desde la Guerra del Pacífico hasta la Revolución de 1891* (Pampa Desnuda, 1984); Julio Pinto, *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)* (Lom, 1998); Alejandro Soto Cárdenas, *Influencia británica en el salitre. Origen, naturaleza y decadencia* (USACH, 1998), y Mario Matus, *Crecimiento sin desarrollo. Precios y salarios reales durante el ciclo salitrero en Chile (1880-1930)* (Universitaria, 2012).

La cultura, educación, arte y vida intelectual del país en el siglo XIX está en sus rasgos esenciales en textos como los de Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular, 1886-1896* (Dibam, 1993); Sol Serrano, *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX* (Universitaria, 1994) e *Historia de la educación en Chile (1810-2010)* (Taurus, 2013); María Loreto Egaña, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica política estatal* (Dibam, 2000); Iván Jaksić, *Andrés Bello: la pasión por el orden* (Universitaria, 2001); Nicolás Cruz, *El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile (El plan de estudios humanista), 1843-1876* (Dibam, 2002); Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (Universitaria, 4 vols., 1997-2007), y Manuel Vicuña, *Un juez en los infiernos. Benjamín Vicuña Mackenna* (UDP, 2009).

Sobre la ciencia y los naturalistas del siglo XIX, están los textos de Luis Mizón, *Claudio Gay y la formación de la identidad*

cultural chilena (Universitaria, 2001); Zenobio Saldivia, *La ciencia en el Chile decimonónico* (Universidad Tecnológica Metropolitana, 2004); Claudio Gutiérrez, *Educación, ciencias y artes en Chile, 1797-1843* (Ril Editores, 2011), y Rafael Sagredo Baeza, *La ruta de los naturalistas. Las huellas de Gay, Domeyko y Philippi* (Fyrma Gráfica, 2012).

La llamada sociedad liberal, sus características, evolución y prácticas políticas se encuentra en trabajos como los de Julio Heise González, *Historia de Chile. El periodo parlamentario. 1861-1925* (Andrés Bello, 1974); Luis Barros y Ximena Vergara, *El modo de ser aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900* (Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1978); Leopoldo Castedo, *Resumen de la historia de Chile. 1891-1925* (Zig-Zag, 1982); Rafael Sagredo Baeza, *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX* (Dibam, 2001); Manuel Vicuña, *La belle époque chilena. Alta sociedad y mujeres de élite en el cambio de siglo* (Sudamericana, 2001); Alejandro San Francisco, *La Guerra Civil de 1891. La irrupción política de los militares en Chile* (Bicentenario, 2 vols., 2007), y Jacqueline Dussaillant, *Las reinas del Estado. Consumo, grandes tiendas y mujeres en la modernización del comercio de Santiago (1880-1930)* (PUC, 2011).

La Guerra del Pacífico, luego del clásico que con ese nombre le dedicó Gonzalo Bulnes en 1911, ofrece algunos títulos que han complementado la crónica militar, explicando sus antecedentes unos, interpretando y proyectando en el tiempo sus consecuencias otros. Entre ellos, los de William Sater, *La imagen heroica de Chile: Arturo Prat, santo secular* (Bicentenario, 2005); Gonzalo Vial, *Arturo Prat* (Andrés Bello, 1995); Paz Larraín, *Presencia de la mujer en la Guerra del Pacífico* (UGM, 2002); Sergio Villalobos, *Chile y Perú. La historia que nos une y nos separa 1535-1883* (Universitaria, 2002); David Home, *Los huérfanos de la Guerra del Pacífico: el "Asilo de la Patria"* (Dibam, 2006), y Carmen Mc Evoy, *Guerreros civilizadores. Política, sociedad y cultura en Chile durante la Guerra del Pacífico* (UDP, 2011).

La trayectoria del siglo XX también se encuentra en obras de síntesis, como la que Mariana Aylwin y otros autores publicaron como *Historia de Chile en el siglo XX* (Emisión, 1985) o la *Historia del siglo XX chileno* (Sudamericana, 2001) de Sofía Correa y otros.

La historia económica de Chile en el siglo XX se halla en libros como el de Juan Ricardo Couyoumdjian, *Chile y Gran Bretaña durante la primera Guerra Mundial y la posguerra, 1914-1921* (PUC, 1986), y Patricio Meller, *Un siglo de economía política chilena (1890-1990)* (Andrés Bello, 1996).

La sociedad chilena, sus características, procesos y conflictos en el siglo XX son tratados en obras como las de René Millar, *La elección presidencial de 1920* (Universitaria, 1981); Peter DeShazo, *Trabajadores urbanos y sindicatos en Chile: 1902-1927* (Dibam, 2007); Paul Drake, *Socialismo y populismo. Chile, 1936-1973* (Valparaíso, PUCV, 1992); Tomás Moulian e Isabel Torres, *Discusiones entre honorables. Las candidaturas presidenciales de la derecha, 1938-1946* (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales [Flacso], 1990); Sergio González, *Hombres y mujeres de la Pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre* (Lom, 1991) y *Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino, 1880-1990* (Dibam, 2002); Jorge Rojas, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Dibam, 1993); María Angélica Illanes, *"En el nombre del pueblo, del Estado y de la ciencia". Historia social de la salud pública. Chile, 1880-1973* (Ministerio de Salud, 1993); Allan Angell, *Chile, de Alessandri a Pinochet: en busca de la utopía* (Andrés Bello, 1993); Joaquín Fermandois, *Abismo y cimiento. Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos, 1932-1938* (PUC, 1997); Larissa Adler y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Dibam, 1998) y *La cultura política chilena y los partidos de centro. Una explicación antropológica* (FCE, 1998); José Bengoa, *Historia de un conflicto. El Estado y los mapuches en el siglo XX* (Planeta, 1999); Elizabeth Hutchison, *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano, 1900-1930* (Lom, 2006); Stefan Rinke, *Cultura de masas: re-*

forma y nacionalismo en Chile. 1910-1931 (Dibam, 2002); Verónica Valdivia, *El golpe después del golpe. Leigh* vs. *Pinochet. Chile, 1960-1980* (Lom, 2003); Juan Pablo González y Claudio Rolle *Historia social de la música popular en Chile* (PUC, 2 vols., 2003-2009); Sofía Correa, *Con las riendas del poder: la derecha chilena en el siglo XX* (Sudamericana, 2005); Margaret Power, *La mujer de derecha: el poder femenino y la lucha contra Salvador Allende, 1964-1973* (Lom, 2008); Heidi Tinsman, *La tierra para el que la trabaja. Género, sexualidad y movimientos campesinos en la reforma agraria chilena* (Lom, 2009); Jorge Pinto, *La población de la Araucanía en el siglo XX. Crecimiento y distribución espacial* (Temuco, Universidad de La Frontera, 2009); Azun Candina, *Clase media, Estado y sacrificio: la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales en Chile contemporáneo (1943-1983)* (Lom, 2013), y Fernando Purcell, *¡De película! Hollywood y su impacto en Chile, 1910-1950* (Taurus, 2012).

La época de la Unidad Popular, en particular aspectos concretos de ella, se encuentra en trabajos como los de Joaquín Fermandois, *Chile y el mundo, 1970-1973. La política exterior del gobierno de la Unidad Popular y el sistema internacional* (PUC, 1985) y la *Revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular* (CEP, 2013); Luis Corvalán, *Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre* (Chile América, 2000); Claudio Rolle y otros, *1973. La vida cotidiana de una año crucial* (Planeta, 2003); Julio Pinto y otros, *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular* (Lom, 2005); Tanya Harmer, *El gobierno de Allende y la guerra fría interamericana* (UDP, 2013), y Edén Medina, *Revolucionarios cibernéticos. Tecnología y política en el Chile de Salvador Allende* (Lom, 2013).

Además de las crónicas políticas, testimoniales y memorias sobre el Chile de los últimos 50 años, la mayor parte de ellas escritas por los políticos protagonistas de los hechos narrados, existen obras de síntesis como las de Ascanio Cavallo, *Historia oculta del régimen militar* (La Época, 1988), *Los hombres de la transición*

(Andrés Bello, 1992) y la *Historia oculta de la transición: Chile, 1990-1998* (Grijalbo, 1998), además de biografías de algunos de los principales personajes de la época como las de Volodia Teitelboim, *Neruda* (Losada, 1985) y *Gabriela Mistral, pública y secreta* (Bat, 1991); Patricia Arancibia y otros, *Jorge Alessandri, 1896-1986* (Zig-Zag, 1996); Cristián Gazmuri, *Eduardo Frei Montalva y su época* (Aguilar, 2000); Diana Veneros, *Allende. Un ensayo psicobiográfico* (Sudamericana, 2003), y Gonzalo Vial, *Pinochet. La biografía* (Aguilar, 2002).

La historia y la memoria reciente de Chile se encuentran también en el texto de Carlos Huneeus, *El régimen de Pinochet* (Sudamericana, 2000); la trilogía de Steve Stern, *La caja de la memoria del Chile de Pinochet* (UDP, 2009); Verónica Valdivia y otros, *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)* (Lom, 2006); Alfredo Riquelme, *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia* (Dibam, 2009); Sergio Durán, *Ríe cuando todos estén tristes. El entretenimiento televisivo bajo la dictadura de Pinochet* (Lom, 2012), y María Chiara Bianchini, *Chile, memorias de La Moneda. La (re)construcción de un símbolo político* (Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2012).

Por último, y para conocer y comprender elementos esenciales que han condicionando la trayectoria histórica de Chile y su desenvolvimiento como sociedad, incluso el malestar social que experimenta en la actualidad, dos libros fundamentales: el de María Rosaria Stabili, *El sentimiento aristocrático. Élites chilenas frente al espejo (1860-1960)* (Andrés Bello, 2003), y el de Luis Ortega Martínez, *Chile en ruta al capitalismo. Cambio, euforia y depresión. 1850-1880* (Dibam, 2005). En ellos se encontrarán identificados algunos factores de larga duración que permiten entender la resistencia al cambio de los sectores dominantes, como también las actitudes y conductas que explican la vulnerabilidad e inequidad de la estructura económica chilena.

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos y no comerciales

Historia mínima de Chile
se terminó de imprimir en abril de 2014
en los talleres de Offset Rebosán, S.A. de C.V.
Av. Acueducto 115, Huipulco, Tlalpan, 14370 México, D.F.
Portada de Pablo Reyna.
Composición tipográfica y formación:
Socorro Gutiérrez, en Redacta, S.A. de C.V.
Cuidó la edición Eugenia Huerta.

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

Este libro explica los procesos esenciales que han dado forma a la trayectoria histórica de Chile, acogiendo lo que la historiografía corrientemente ha estudiado y difundido como historia nacional, pero también ofreciendo interpretaciones que complementan, y en ocasiones cuestionan, las nociones más arraigadas sobre la historia de esta realidad natural y social nombrada Chile desde épocas inmemoriales. De este modo se asume que no existe una sola historia de Chile y que la heterogeneidad también es propia de esta comunidad.

El punto de partida es la época actual y sus desafíos; entre ellos, la necesidad de explicar por qué las cosas en ocasiones han ocurrido de un modo inesperado, diferente a como, de acuerdo con la "historia oficial", se supone que debían haber sucedido.

Con explicaciones que permiten ir más allá de lo público, adentrándose en la cultura, mentalidad, comportamientos colectivos y autorrepresentaciones, o bien ampliando el marco temporal del análisis histórico, la obra propone claves que dan cuenta de la resistencia de los actores a comportarse según el papel que previamente se les había asignado, a rebelarse y poner en entredicho la supuesta trayectoria excepcional que se les ha atribuido, por ejemplo, olvidando su calidad de ciudadanos capaces de vivir plenamente los valores republicanos, como ocurrió con el golpe de Estado en 1973.

EL COLEGIO DE MÉXICO

ISBN: 978-607-462-609-4

Historia MÍNIMA